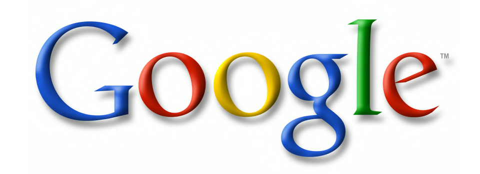
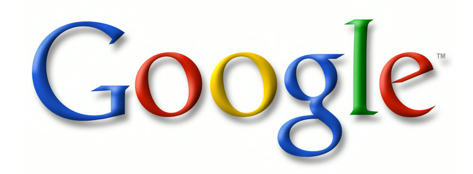


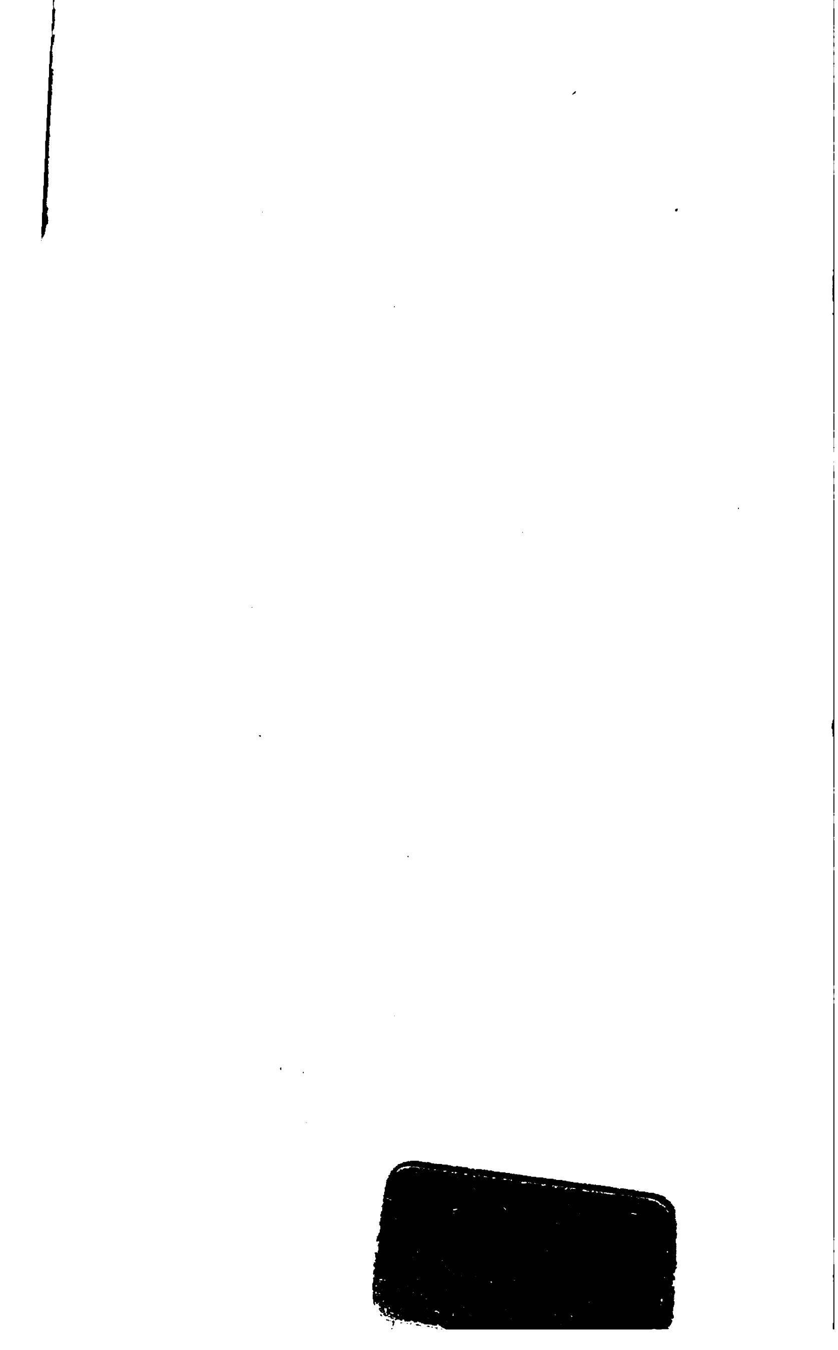


Arturo Cerretani

EL PRETEXTO



EDITORIAL
GUILLERMO KRAFT LIMITADA
BUENOS AIRES

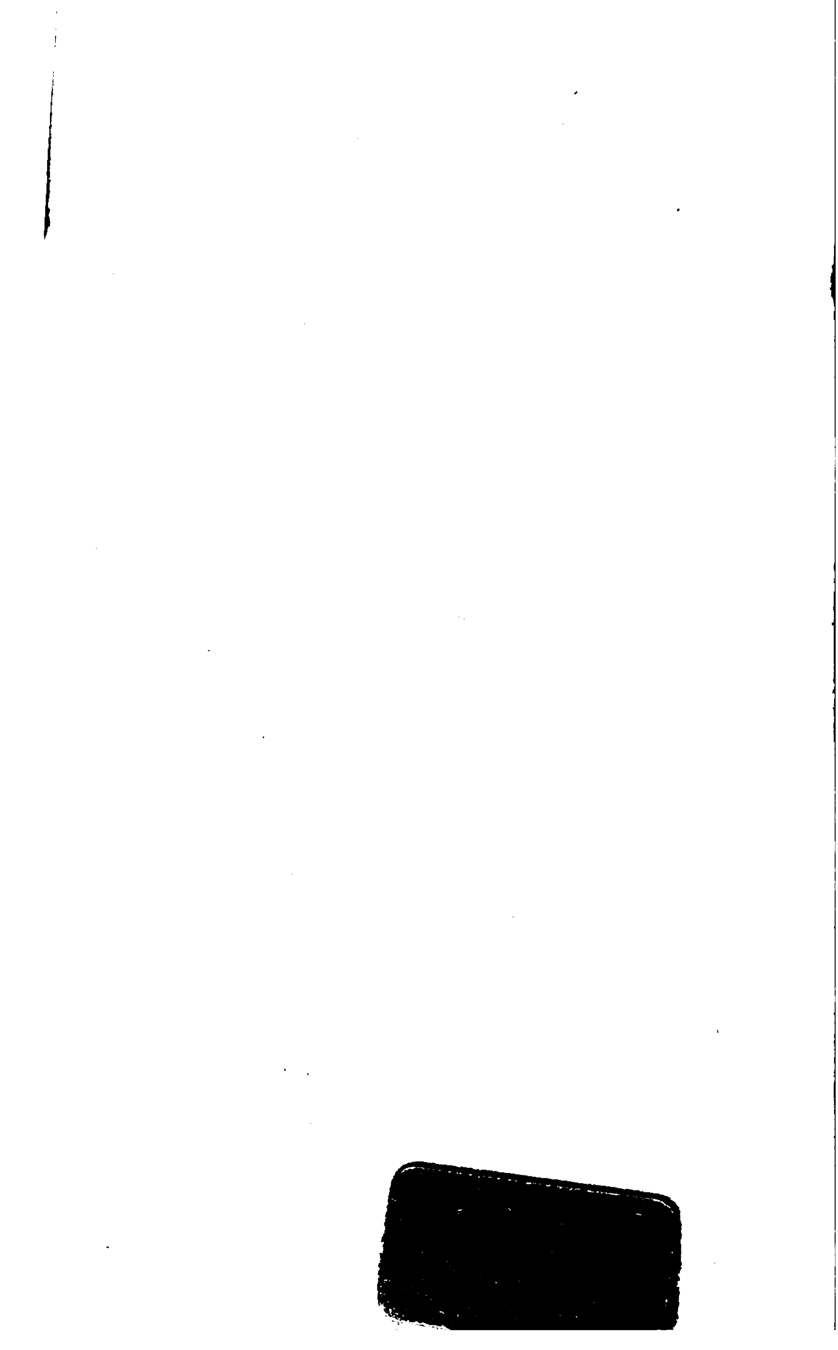


Arturo Cerretani

EL PRETEXTO



EDITORIAL
GUILLERMO KRAFT LIMITADA
BUENOS AIRES



—*¿Para quién te acicalas, vanidoso?*

—*Para la muerte.*

(El Centauro).

Se va a narrar la historia de un hombre que se vio precisado a cumplir un acto de falso heroísmo para evadir las vaguedades de la existencia. Protagonista de una hazaña superflua, incluso se pone en duda que haya sido protagonista. Este pobre ser humano sintió la morosidad del vivir como una mediocridad humillante, y por eso intentó la hazaña absurda y pueril hasta donde se quiera, pero de ningún modo carente de poesía.

Algo de grotesco y sustancial hubo en la aventura por donde le llegó la muerte, algo capaz de engalanar y ennoblecer toda la superfluidad de la existencia anterior. El hombre de esta historia que se va a narrar terminó sus horas como bestia fatigada, como un monstruo melancólico detenido durante el cumplimiento de la proeza por los hados aniquiladores.

—¿Para quién te acicalas, vanidoso? —se lee en *El Centauro*.

—Para la muerte.

El llamado Jota Eme pasó las horas postreras de la vida acomodándose a bien morir. El amor, la amistad, un propósito de dulce existencia: todo le fue revelado a destiempo, cuando ya empolvaba las mejillas para la palidez sin retorno.

Desaparición lamentable, la de Jota Eme, perforada la carne por boquetes de bala. La vida contenida du-

rante apenas dos décadas por ese cuerpo de varón, se puso a manar y a manar tal como si con el desatinado sangrar la forma ya inerte buscase proseguir la tarea malamente emprendida.

Jota Eme se llamó en realidad Jaime Mayor, y tenía poco más de veinte años al ocurrir la peripecia que se empieza a narrar. Todo fue visto, mucho fue intuído, y lo no visto ni intuído por fuerza debió ser inventado.

La sensación precisa es que Jota Eme pasó las últimas horas de su vida acicalándose para la muerte, según se lee en *El Centauro*, y que hubo no poca jovialidad de rara especie en el acicalamiento.

Por eso toda la historia es la historia de un pretexto, y cualquier referencia que a ella se haga puede ser considerada como alusión a un alegre moribundo.

I

Se dice a partir del comienzo que Jota Eme trató de despabilarse aquella mañana al despertar, puesto que con la claridad inicial empezaba el día señalado para el acontecimiento. Se incorporó en la cama, se puso de pie bruscamente y en dos zancadas se encontró ante la ventana de su cuarto. La abrió, respiró con dificultad, hasta que el aire de la calle le desenmarañó en parte la turbación del sueño.

Pasaba un descomunal carro de mudanzas en ese momento, y un ciclista se vio obligado a maniobrar con destreza para no enredarse con los cascos enflecados del cadenero.

Otras figuras concretas restallaban de vida allá abajo: un verdulero ambulante, dos o tres mujeres obesas y gesticuladoras. Una criatura solitaria (un rapadito) fumaba como un turco en el cordón de la vereda, y un curioso sujeto viejísimo hacía avanzar su gran cargazón de espaldas rumbo a la esquina apoyado en un bastón. Alguien, arriba, en un ventanal superior, silbó una melodía en boga por aquel entonces.

Jota Eme cerró el postigo y comenzó a vestirse. Dio con la tricota verde debajo de la cama, y con la camisa, la corbata y los tiradores en otros escondrijos también increíbles. Luego resonaron pasos en el corredor, en las vecindades del cuarto.

Alguien usaba la ducha en la casa, y alguien aserraba un tablón en las inmediaciones. No tardaron en llamar a la puerta de Jota Eme con nudillos enérgicos. Era la señora Asunta, la patrona.

—Adelante —dijo el inquilino, que en ese momento terminaba de ajustarse la corbata.

La patrona asomó la cabeza envuelta en trapos para informar acerca de varias cosas: alguien (era solamente un rumor) había escuchado tiros en la noche, por el lado del mercado de Montevideo y Sarmiento (acababa de comunicárselo por teléfono una de sus amistades); Jota Eme tenía los ojos indecentes esta mañana; y por otra parte por ahí merodeaba esa muchacha Donata, la que vivía en el cuarto frontero, con ganas de ofrecer al inquilino algo especialmente preparado para él. Vaya, estaba muy inquieta a raíz de eso, la muchacha Donata... Luego de la andanada la patrona desapareció.

Jaime exploró su propia imagen en el espejo improvisado por el vidrio de la ventana, y comprobó que sus rasgos habían madurado varios años en una sola noche. Algún trabajo subterráneo del espíritu le añadía pasado, le decoloraba los labios y le encanecía las sienes. Se pasó la mano por la cara y se en-

contró malsano, con la barba sobrecrecida, los labios resecos y desparejos. Nada de extraño: Saverio Landa se había cansado de machucar en el Férguson que al empezar la acción largamente prevista, el ejecutor se siente aniquilado.

La muchacha Donata se mantenía a la expectativa en el corredor. Cuando vió aparecer de vuelta a la señora Asunta le dirigió una mirada de total desamparo.

—Esta mañana parece ido —le anunció la patrona.

—Debe pensar mucho —intentó disculparlo la muchacha.

Y se resolvió a dejar de lado la habitual pusilanimidad y a meterse de rondón en el cuarto de Jota Eme con esa fuente recubierta con un repasador a cuadros rojos y blancos preparada desde muy temprano. Doña Asunta, mentalmente, le infundió el vigor preciso para llevar a término la proeza.

—Si ahora lo molesto puedo volver más tarde —balbuceó atropelladamente con la voz empañada y casi inaudible, ante la puerta del vecino.

Jaime sintió en la piel de las mejillas, en especial debajo de los ojos, el esfuerzo que cumplía para ofrecer a la recién llegada una cara medianamente aceptable:

—Oh, no ¿por qué? Al contrario, tengo mucho gusto.

Se miraron y sonrieron, aunque la mirada intercambiada no podía ser aún de gran inteligencia porque no eran todavía una relación formal, y de ahí las dificultades, el entorpecimiento de las cortesías. Permanecieron un rato en silencio, hasta que ella decidió dejar la fuente en la mesita. Ni ganas tuvo de hacerle saber a ese muchacho tan arduo que las frituras habían sido amorosamente preparadas para él. Y él... quién sabe por qué, caramba, se estaba ahí como hechizado y sin decir nada que contribuyese a hacer menos penosa la entrevista.

—A lo mejor le pasa algo, señor Jaime —intentó ella acomodar las cosas, la situación.

Se encontraron juntos y solos por primera vez. No, no era molesto ponerse a hablar. Solamente resultaba un tanto engorroso.

—Usted no tiene a nadie, me parece —comentó Jaime sin demasiada intención, sólo por quebrar de alguna manera lo tropezoso de la circunstancia de la cual únicamente ella parecía ser responsable.

La muchacha enrojeció hasta la raíz del pelo, y él se vió obligado a añadir a modo de disculpa:

—Lo digo porque siempre se la ve tan sola.

En efecto, sí, ella vivía sola; y por esa razón se creyó autorizada a preguntar a su vez:

—Y usted ¿por qué vive tan solo también?

Bueno, esta radical intromisión en los meandros de la intimidad ajena quebrantó un poco el envaramiento que los paralizaba. La situación, se hizo más llevadera, las sonrisas fueron tan cautelosas como al comenzar, pero menos ambiguas. Se hablaban, se decían tímidas confidencias. Jaime vivía en la más perfecta soledad simplemente porque no tenía a nadie, por ejemplo. Madre, sí: una madre lejana, inaccesible. Ella por su parte, también por ejemplo, debía la soledad al hecho de tener demasiados familiares: padres, hermanos, tíos. Toda ésta, gente incomprobable.

—Diez hermanos, calcule —dijo a modo de defensa contra quién sabe qué sometimiento anterior a su presente aislamiento.

Otro silencio. De nuevo las dificultades querían volver a empezar.

—¡Qué triste es su cuarto! —exclamó ella de pronto, por suerte, mirando en círculo; y, como si envidiase un beneficio excepcional—: ¡Y eso que tiene ventana a la calle! Doña Asunta no le ha puesto una mala cortina. Yo le voy a colocar una de correr, con argollas de madera, una tarde de éstas. Cuando usted no esté en casa, claro. Va a llegar de la calle y se

va a encontrar con la sorpresa. Creo que le va a gustar.

Dejó escapar un suspiro, se restregó las manos y volvió a lanzar un corto suspiro. Todo esto era muy extraordinario para una muchacha que acaba de violar la celda de un cenobita, y por esa razón estaba desconcertada, temerosa. Ideas peregrinas de doña Asunta, todas éstas. La señora Asunta la había obligado a meterse en el cuarto del vecino como Pedro por el suyo y ahora no sabía qué hacer ni qué necedades decir. Tal vez lo prudente hubiera sido marcharse ipso facto, pero vacilaba y, en vez de salir pitando preguntó: "Usted... ¿qué hace?" sin tener idea de estar indagando la vida del prójimo en la propia fortaleza del prójimo.

—A qué se dedica, quiero decir —los nervios la obligaron a forzar la marcha.

Hacía denodados esfuerzos por aparecer desenvuelta y vivaz, pero Jaime comprendía que la pobre joven era todo lo contrario de desenvuelta y vivaz, y que estaba dejando los pulmones en el esfuerzo de impresionar favorablemente a un extraño. Que nadie se atreviese a decir de ella "Es una cachirula tiene un cerebro de torcacita". Vaya, la joven se daba perfecta cuenta de que esta violación del cuarto de un muchacho podía ser interpretada por algún maligno como un intento de violación del muchacho mismo.

—¿Sabe cuántos años le hago, señor Jaime? —dijo además, para no ser esa muchacha sin temperamento que debían de suponer los demás habitantes de la casa y los compañeros de la oficina—. No le hago más de veintidós o veintitrés. Y debería decirme de qué trabaja, creo.

—Soy una especie de pianista.

Jaime dio a conocer su profesión con el tono de quien hace una declaración deshonrosa. Confesar "Soy pianista" a secas no era una buena respuesta. Como si esta chica pudiese ser torpe al punto de pregun-

tar: "¿Uno que arregla pianos, quiere decir?" No fue tan torpe.

—No tiene manos de músico —reparó en cambio.

—Es que no soy músico. Soy un pianista capaz apenas de tocar el piano en el Férguson para un grupo de forajidos.

—¿Qué es el Férguson? No lo conozco. La verdad es que no conozco casi nada de Buenos Aires.

—¿Hace mucho que está en Buenos Aires?

—Estuve siempre. Nací en pleno centro, en Paraná y Lavalle, pero nadie me llevó nunca a ninguna parte.

Jaime trató de explicar que ámbito antinatural era ese local llamado Férguson, ubicado en las proximidades del bajo. Era difícil que nadie llevase allí a una muchacha, y menos de la clase de ella.

—Yo no soy de ninguna clase —la muchacha renunció al impremeditado elogio de Jaime.

—Cómo que no —arriesgó él—. A mí me parece que es de muy buena clase. De la mejor que existe.

—¿Qué toca en el Férguson? —Ella formuló la pregunta con los oídos cerrados al comentario halagüeño.

—Bah, ahí la gente no es demasiado culta ni se preocupa por estas cosas. Por lo general toco cosas mías, ideas que tengo, pavadas que se me ocurren.

—¡Oh, entonces es maravilloso! ¡Usted compone música suya!

—La toco, nada más. Después la olvido.

—¡Quiere decir que improvisa...! ¿Cómo hace para improvisar?

—Pongo las manos en las teclas y le doy a Dios la oportunidad de que me ilumine.

—No me imagino como puede hacer usted para conseguir la ayuda de Dios. ¿Le reza, Jaime?

—Le propongo un tema, un motivo cualquiera, una frase, o dos o tres notas pescadas por ahí. Dios en seguida me comprende y me manda combinaciones. Yo las desarrollo, y resulta una melodía. Nada más. Cualquiera lo hace.

La joven comenzó a sentirse exaltada. Esto le resultaba sobremanera maravilloso. Pero, ¿qué clase de gente lo escuchaba en el Férguson? ¿Gente digna, por lo menos?

Caramba, ¿lo sabía él acaso? Toda clase de gente: buena gente, mala gente, gente ni buena ni mala.

Entonces, por lo visto, ni siquiera en ese Férguson se daba con nadie este señor a quien acababa de llamar Jaime sin aditamentos respetuosos, en un rapto de repentino entusiasmo.

Estaban de pie el uno frente a la otra; procuraban no mirarse los ojos sino en los momentos indispensables. Ella se había exaltado en más de una oportunidad y hacía girar la vista para recorrer las paredes del cuarto. Él, por instantes, le contemplaba las manos, los encajes de la blusa estrenada ahora mismo para lucir un poco, el brillo de los zapatos puntiagudos: en todo le parecía sorprender la necesidad, aunque constantemente vigilada, de lanzarse hacia él con secreta violencia y quién sabe para qué, para devorarlo quizá. Con todo, se dejó impresionar por la presencia de esta muchacha a la vez medrosa y audaz como por una buena noticia que comenzase a circular.

—¿En qué estará pensando, Jaime? —la oyó preguntar con voz desteñida.

Él mintió al afirmar que pensaba en el Férguson y en su trabajo de pianista. No podía decirle que estaba pensándola a ella ni dejar traslucir que, en tanto clavaba los ojos en el entarimado del piso, en realidad trataba de reconstruirla in mente con esa blusa lila recién puesta (¿de broderí, se dice?), con esa pollera de sarga azul rígida por los anchos tablones, con el pelo enrulado a fuerza de tijera caliente.

—¿Y usted? ¿En qué piensa usted?

—En el Férguson ese, y en ese trabajo suyo.

Donata tal vez no mentía. Hay mujeres que suelen entregarse sin imponer condiciones no sólo a un hombre, sino también a su pasado, a su porvenir y a la

atmósfera que lo circunda, en la cual encuentran sustancias vitales inadvertidas. Donata pertenecía sin duda a ese género de incondicionales. Sin embargo, ¿qué sabía Jota Eme acerca de ella como para soñar con retratarla así, interiormente? La muchacha estaba ahí, y era como si no estuviese; permanecían ambos silenciosos y vacíos de toda idea salvadora que permitiese avanzar con decoro hacia alguna solución.

—Ni siquiera sé cómo se llama —se lamentó él con suavidad al cabo de un rato demasiado largo.

—Me pareció que no le interesaba saberlo —replicó ella.

Entonces Jota Eme se dejó escapar una solemnidad de fuste, destinada a paralizar a la muchacha dentro de las cuatro paredes de la habitación.

—Un hombre que va a morir —argumentó sin poder evitar (antes bien, acentuándolo) lo demasiadamente tétrico de la sentencia— debe conocer el nombre completo de la última mujer que lo mira en los ojos.

Parrafada romántica, claro que sí. Pero ya estaba exhalada, y era al mismo tiempo una sentencia aplastante y superior.

Y quedó pendiente de la muchacha, tembloroso él ahora por el gran miedo de ver quebrarse ahí mismo todo lo que había en ella de sumamente frágil.

II

A ella de ninguna manera le parecía falso ni romántico lo que acababa de escuchar. "¡Oh, no... ! ¿Por qué dice eso?" Giró sobre los pies y fue a sentarse en el borde del silloncito destripado.

—¡Oh, no!, ¿por qué? —gemía—. ¡Oh, no!, ¿por qué?

Todo el cuerpo se le aflojó, y la indecisión de la mirada se transformó en un quieto haz cristalino. Cosa curiosa, pero se la veía sufrir y gozar al mismo tiempo.

Por su parte, Jaime se sentía más a sus anchas ahora, quién sabe por qué razón. Se sentía exultante, visto su tremendo poder de aniquilar a una jovencita mediante una noticia referente a sí mismo. Advirtió que la piel de la cara se le ajustaba sobre los músculos según la conveniencia del compromiso, sin necesidad de forzarla a una acomodación especial. Estaba tranquilo, descansado, podía respirar más profundamente, y la sangre marchaba sin dificultad en las venas con trancos pausados.

—¿Por qué ha dicho eso? —suplicaba ella solamente con la mirada primero, y luego también con la voz temblorosa—. ¿Por qué dice que va a morir? ¿Por qué? ¿Por qué?

Se notaba una dolorida exigencia, tanto en los ojos como en la voz, y a la vez un dilatado asombro. Imposible defraudarla de ahora en adelante.

—Escuche, por favor —prosiguió cuando por fin se compuso y consiguió expresarse con alguna lucidez—. Nadie anuncia una cosa tan terrible solamente por gusto. Usted habla de "Un hombre que va a morir..." Bueno, supongo que tendrá sus razones para decir semejante atrocidad. Además no trate de engañarme: yo sé, yo sé. Que en lo que dice hay un fondo de verdad, eso es lo que sé.

—No hay ningún motivo para que nadie sepa nada, y menos usted.

—Sin embargo yo sé.

—No nos conocemos, es la primera vez que estamos juntos y que decimos muy poco más que buen día o buenas noches. Usted no sabe nada de mí, por otra parte.

—No crea. Sé que se llama Jaime Mayor, y que algunos le dicen Jota Eme. Hace rato que lo vengo estudiando.

—¿Vigilando?

—No, estudiando. Y me consta que está en peligro. Parecía espiritada, hablaba con vehemencia y sin demasiado artificio, completamente despojada. Fuè como si la pomposa confesión de Jaime hubiese desencadenado dentro de ella la vibración de alguna fibra escondida, personalísima, sólo ahora visible a través de un pecho convertido en arqueta de cristal. O si no, mejor, como si el secreto brutalmente expuesto por Jota Eme le hubiese rozado algún oscuro misterio particular.

—¿Por qué tiene que ser así, a la fuerza, quiere hacer el favor de decirme? —insistía hecha un manojo de nervios, atormentándose los nudillos.

—Le parece absurdo que yo esté en peligro, ¿no es eso?

—En parte, sí. La obligación de que usted esté en peligro es lo que encuentro incomprensible. Usted dice: "Tengo que morir...". A lo mejor no basta que usted lo confiese o que yo haya terminado por saberlo para que las cosas tengan que ser por fuerza de esa manera. Es desesperante.

—No me tome tan en serio, por favor.

—Lo tomo en serio porque sé, porque me consta que lo que dice es algo demasiado serio. A usted le parece que sólo se conocen los conocidos... Sin embargo, a veces es preferible ser desconocidos para adivinar las cosas verdaderas por escondidas que estén. No sé por qué le extraña que yo sepa cosas. Las sé porque las sé, nada más. Lo que no entiendo es por qué bendita regla de tres todo tiene que terminar en esto, en morir.

—A veces uno se siente harto, Donata.

—¿Harto de qué? ¿De vivir, de andar por la tierra, de no tener a nadie? ¿Ni una mano amiga, ni un amparo?

—Supongo que debe ser por eso.

—Y usted se va a suicidar sólo porque "debe ser por eso".

—No me voy a suicidar. No se trata de esa tontería.

—¡Ah! ¿no?

—Se trata de otra cosa.

Jota Eme procedió completamente a la deriva a partir de ese instante. Respiraba a pleno pulmón, sin prestar positiva atención a la muchacha. Ella hablaba y hablaba, sin embargo, y podía ser una forma de la crueldad este desdén de escucharla apenas.

—Siempre supe que a usted podía estarle pasando algo extraordinario —decía ella exultante, con su voz cada vez más pastosa—. No que lo haya vigilado, no. Vigilar no es la palabra. Lo he visto pasar, nada más. Siempre lo miraba ir y venir desde el fondo de mi pieza y, en estos últimos días sobre todo, tuve idea de que le sucedía algo desagradable. Podrá parecerle ridícula esta actitud mía, puesto que usted ni siquiera era un amigo, pero he estado siempre tan inquieta... En realidad no sé en qué conflictos puede andar usted, pero eso en lo que anda y que yo no conozco ni remotamente, es lo que terminó por darme tanto miedo.

Le dirigió una mirada suplicante por la jactancia de creer conocerlo tan sin motivos. A pesar de todo, si creía conocerlo, ¿cómo combatir una sensación de ese tipo? Acaso le había inventado de pies a cabeza una personalidad equis, para su especulación personal. ¿Y si en realidad era así? Ella había terminado por comprender, por sentir, por intuir a Jota Eme con toda la piel, con cada poro, y eso, seguramente, significaba conocer a una persona extraña tanto o quizá mucho más de cuanto esa misma persona es capaz de conocer su propio enmarañamiento interior. La sola proximidad de Jota Eme, su fugaz presencia en los corredores de la pensión de doña Asunta, le hacía a ella el efecto de una quebradura de las vértebras. Algo doloroso, cómo que no, pero al mismo tiempo podía ser, a lo largo de la columna vertebral, como un espasmo de felicidad.

Donata hablaba estas cosas sin pudor. Se ignoraba qué lugar podía ocupar el pudor en un instante tan crucial por lo menos para ella, en una hora de tan fundamental importancia.

—Siga, por favor —rogó Jota Eme.

—Usted no me escucha.

—Sí que la escucho. Lo que está diciendo me hace muy bien. Siga, por favor, se lo ruego.

—Anoche soñé con usted.

—¿Me le aparecí?

—Ajá, sí.

—¿Yo, con mi cara, con mi cuerpo?

—Era usted nomás. Pasaba delante de mi pieza como todos los días. Yo abría mi puerta, pero no de par en par, sino dejando apenas una rendija... Y usted, en el vestíbulo, se puso a escuchar lo que yo le decía. Lo curioso es esto: lo que yo necesitaba decirle en ese momento era esto mismo que le estoy diciendo en este preciso instante.

—¿De veras?

—No dirá que no es importante haber soñado una cosa así, y estar contándoselo ahora, y darse cuenta de que todo es lo mismo.

Jota Eme se sintió conmovido y le tendió una mano. Llegaron a un lapso de misterioso y dulce compañerismo.

—Usted cree en Dios, me parece —arriesgó ella por sorpresa.

Jaime explicó: había creído en el pasado y ahora volvía a creer otra vez; pero hubo un período de la vida durante el cual todo había sido tan oscuro, tan indeciso para su alma... En fin, una verdadera miseria en materia de creencia en Dios. Ella sonreía plácidamente, un poco liberada.

—A todo el mundo le pasa más o menos lo mismo —dijo; y añadió en seguida, inesperadamente, con un surco entre ceja y ceja—: Usted no tomará las aspirinas con soda, me imagino...

Él la miró con curiosidad. Ella prosiguió sin detenerse.

—Oh, cuando un día me enteré de que tomando las aspirinas con soda uno se puede morir, me asusté pensando que usted a lo mejor no lo sabía. Y con seguridad no se le ocurre qué hice aquella madrugada, hace unos meses, cuando en el centro se corrió la voz de que habían volcado bolsas de cianuro en los filtros del agua corriente. Usted no estaba en casa, y me quedé despierta hasta las mil para ponerlo sobre aviso en cuanto llegase. Doña Asunta se puso a protestar, me dijo que yo era una pazguata, que usted con seguridad estaba tan informado como el que más y que, por las dudas, en vez de esperarlo despierta, lo mejor era pasarle un papelito por debajo de la puerta para explicarle las cosas. ¿Le parece de veras que fui tan pazguata yo? A mí me parece que no del todo, y que usted hubiera hecho lo mismo si se hubiese fijado en mí tanto como yo me estaba fijando en usted. Pero sí, no vaya a creer: pazguata lo fui muchas veces nada más que porque me gustaba serlo. Si quiere se lo explico, Jaime. Dígame que no se va a reír de mí, que no me va a tomar por una paparula de esas, como dice doña Asunta. Déjeme ser espontánea, por favor. Hoy no tengo ganas de apretarme los sentimientos contra el corazón para terminar llorando de rabia.

—Hable, dígamelo todo.

—Escuche: hubo días en que me sentía incapaz de pensar una sola cosa, de leer un libro o de hojear el *Caras y Caretas,* por ejemplo, sin preguntarme si usted pensaría lo mismo que yo pensaba. Dialogaba con usted, yo. A veces estábamos de acuerdo y a veces no. Pero era un colmo: una vez nos peleamos ¿a que no adivina por culpa de quién? De una actriz despampanante, Lía de Putti; porque usted la tenía en la boca del estómago, y a mí, al contrario, me arrebataba hasta el delirio. Vaya si nos peleamos, Jaime: dijimos barbaridades altisonantes, poco felices, realmente feas al-

gunas, y nos separamos disgustados. Otra vez tuvimos un cambio de palabras porque yo quería convencerlo para que leyese *La vendedora de Harrod's*, y usted dijo a los gritos que lo que una muchacha debía leer era *Don Quijote de la Mancha;* y cuando le argumenté que les tenía aversión a los libros en verso (usted y yo hablábamos así, a la sanfasón...), usted se puso hecho un energúmeno y gritó y pataleó como si lo hubiese picado una tarántula. Pobrecito.

—¿Por qué pobrecito?

—No se daba cuenta de que me gustaba ser tan ignorante con usted. Porque, si no era una gran ignorante, no sé cómo iba a conseguir que usted se sentase a mi lado para enseñarme tantas bellezas como le agradaba enseñarme. Si supiera la cantidad de cosas buenas que leí y que supe gracias a usted: *La guerra y la paz,* José Ingenieros, Lugones, las *Misas herejes,* de Evaristo Carriego, *Madame Bovary*... Un día en que estaba de buen humor me invitó a ir al cine, y después a cenar juntos en el Jullien. Oh, sucedieron aventuras graciosas, ese día: fuimos al Cristal Palace a ver *El Templo de Venus* y resultó una cinta inmoral, con señoras desnudas y todo eso. Me acuerdo de una mujer en cueros que se alejaba de espaldas hasta perderse de vista. Algunos aullaban como perros en celo. ¡Qué vergüenza! Ese Cristal Palace era un lugar equívoco, y tuvimos que emprender la retirada porque la gente nos tomaba por otra cosa. A mí, claro, a mí, me tomaban por lo que no era. Después, en el Jullien, usted se dio cuenta de que a lo mejor no le alcanzaba la plata porque era un restaurante caro, de lo más pituco, y fuimos a parar a un bodegón de la calle Paraná. Usted, Jaime, tenía mucha confianza con el mozo que nos atendió.

—Bárnaba.

—Eso es, Bárnaba. Tenía la cabeza monda lironda como una bola de billar y había peleado en Caporetto. Para postre (nos hartamos de antipasto y de milane-

sas trufadas...), nos recomendó zuppa inglese. Usted quiso hacerse el culto y discutió con él. "English soap", decía usted. "Sopa no, jabón", quería hacerle entender. Inútil, claro.

—¿Qué más, Donata?

—Había mucha gente. Pero nadie se fijaba en nosotros. En la mesa de al lado un hombre le contaba a otro cosas sobre Puerto Madryn y sobre los galenses del sur. Los escuchamos un buen rato.

—¿Qué más?

—Después nos vinimos caminando hasta casa.

—¿Y al llegar a casa?

—Qué sé yo, Jaime...

—Dígame qué paso al llegar a casa.

—Oh, nada de malo. Le cebé unos mates, y usted dijo más o menos lo mismo que me decía hoy: que con un hombre como usted no se podía contar porque usted era un hombre que...

—¿Qué?

—No lo dijo con palabras, claro. Pero me lo dio a entender.

—¿Qué le di a entender, Donata?

—Jaime, yo lo supe sin dificultad.

—¿Que yo soy un hombre destinado a morir?

—Sí, eso fue lo que supe, Jaime.

III

Se negó a reconocerlo en los primeros momentos, pero ya parecía seguro que la dilatada conversación sostenida con Donata había producido en el ánimo de Jota Eme una suerte de lento ablandamiento.

Ella no opuso ninguna resistencia al final, como si el repentino apasionamiento estuviese dentro de lo dulcemente previsto. Se le hizo trizas el espinazo y, con la mirada, daba a entender que lo que ahora ocurría había sido anhelado en secreto desde hacía mucho tiempo; y además que con la ansiedad por momentos frenética que la dominaba, estaba traicionando a varias generaciones de mujeres inmaculadas de su estirpe.

Después ya no tuvieron nada importante que decir, salvo que el nombre completo de ella era Donata Siria.

Ahora Donata Siria no estaba allí; acababa de abandonar el cuarto con los zapatos en la mano y los muslos al aire, y Jota Eme recorría lo ancho y lo largo de la covacha a trancos sin proporción que le estrechaban cada vez más el ámbito hasta convertirlo en armadura asfixiante. Se sentía liviano, ineficaz, olvidado de llevar adelante aquella misión planeada por Saverio Landa (y también por Basilio Prato) en las noches reveladoras de Férguson. Jota Eme, el persuadido por Saverio Landa para ejecutar la acción, sentía el cuerpo aniquilado y tembloroso del mismo temblor con que un rato antes Donata Siria se le había desmayado entre los brazos. No, esta vez no se trataba del aniquilamiento previo a la realización de los sucesos, sino más bien de una especie de azogamiento procedente de Donata y del preciso calofrío de Donata instalado en las carnes, abandonado por ella en la superficie de su piel como el fugaz remanente de un agrio perfume.

Sobre la mesa estaban todavía las frituras, oro y azúcar. Donata, maravillada y desconcertada por cuanto acababa de ocurrir, se negó a probarlas cuando él se lo indicó con relativa torpeza. Se llevó las manos a la cara y, en vez de ponerse a llorar, huyó de Jota Eme como de un apestado. Jota Eme no pudo retenerla. La seda del corpiño se zafó de sus ma-

nos y la puerta se abrió y se cerró en una fracción de segundo. Oyó el chasquido de los pies desnudos en el pasillo; en seguida pudo escuchar como también se abría y cerraba en una fracción ínfima de tiempo la puerta de la propia muchacha; y luego, cuándo no, los nudillos premiosos de doña Asunta y la voz que susurraba "Ábrame, Donata", con esa intolerable ansiedad de fisgona que siempre le subía a la garganta.

Hubo en la casa un silencio perfecto hasta que rompió a llover. Es decir, no. Una vecina en alguna zona del edificio se dio a pedalear en la máquina de coser con estrépito de chaparrón que recordaba la fanfarra de los techos de zinc, allá en la vieja casa con vastos patios en la calle Deseado, en el andurrial donde el muchacho debió transcurrir la segunda parte de la adolescencia. También este diluvio a pedal lo disminuía y aniquilaba al traerle a la memoria los espectaculares renuncios de aquel tiempo.

Muchas cosas inesperadas empobrecen y desmejoran a un hombre. Se dejó caer en el silloncito destripado, pero volvió a incorporarse violento contra sí mismo, y a desplazarse de pared a pared. Se consideraba aherrojado, esta era la palabra. Antes lo había persuadido a llevar a cabo la acción peligrosa el canto de sirena de Saverio Landa; y ahora Donata Siria era quien con sus sueños alocados y su pasión extremada, inexplicable, inventada a lo mejor, lo alejaba casi sin réplica de la muerte para cuyo sudario en la mañana de este día se había despertado.

Se encontraba con una de las cuatro paredes cada dos o tres pasos; y, en la última pared, con un vulgar espejito donde era de cajón alisar el pelo hacia la nuca. Ahora sí, se podía decir que le brillaban los ojos indecentes: toda la desnudez de Donata Siria en las pupilas, las ropas destrozadas, los brazos y los muslos descompuestos, toda la morbidez generada por el abrazo súbito de una muchacha engorrosa.

Se sentía nervioso y oprimido, y si andaba de muro a muro como lanzadera desenfrenada, dejándose tropezar con las sillas, con la mesa, con la colcha arrojada al suelo, era porque hacía falta aventar lo más pronto posible la maldita molicie que le alteraba el ánimo,

Hoy era el día, redoblaban hoy los tamboriles anunciadores de la acción premeditada, buscada con ahinco y por fin descubierta entre la maraña de tantos días ineficaces. Donata Siria no podía convertirse en el obstáculo capaz de desbaratarlo todo. Donata era muchacha apenas para ser mantenida dentro de algún vericueto del organismo como un amable recuerdo, y nada más. Remoloneo del alma, Donata Siria. No otra cosa. Presente, atendible y aceptable solamente la persuasión de Saverio Landa estampada en el alma y burilada en el cerebro hata la disgregación final.

Cómo que no decía las razones justas, derechas y aladas, el camarada Saverio Landa, a quien todos escuchaban y aprobaban en el Férguson, tal vez sin gran aparato, entre tute y brisca, o entre copa y copa, pero siempre con escondida veneración. Saverio persuadía aún al más remiso como era capaz de persuadir él mismo, Jota Eme, en ocasiones, como alguna vez cuando al tocar el piano acertaba con una de esas construcciones maléficas de mar y trapecio tan convincentes. Como aquella vez, hacía ya tanto tiempo, allá en Deseado, cuando tuvo su propio ejemplo aunque estrictamente musical, referente al arte de persuadir al prójimo, de conmoverlo de la cabeza a los pies, de cambiarlo de malo en bueno y asustado.

Añares de esto. Pero, quién lo olvida. Muchas peripecias de la adolescencia Jota Eme las sentía disueltas en la tormentosa madurez de estos días. Disueltas no todas, sin embargo; algunas solamente enquistadas y prontas a cobrar formas inauditas.

Se había refugiado en su cuarto, aquella vez, en la casa familiar de la calle Deseado, para practicar los ejercicios del Kramer y demás. Allá en la sala que daba al jardín se oía el parlotear sin ton ni son de las visitas y, de tanto en tanto, se escuchaba reprender a alguien que debía de ser una criaturita malcriada. Sin duda era otra vez cuestión de los De Matteis, tan visitadores; y entonces la criatura de marras era el fusilable hijito de la señora De Matteis, mujer que siempre hablaba con esa voz descascarada que daba la dentera del peor de los limones. Esa voz le hacía estallar los tímpanos, lo dejaba después con un humor endemoniado. La madre de Jaime supo siempre que, tratándose de esa señora, él no debía ser llamado ni siquiera para saludar.

La señora De Matteis estaba acostumbrada a las esquiveces del raro hijo de la señora Mayor, y era tan bien educada que fingía no reparar en la ofensa. Era una mujer no vieja (al contrario, todavía jugosa desde algún punto de vista...), alta, con el cuerpo en forma de letra equis delatada a través de vestidos sobrecargados que no la favorecían. Tenía dos incisivos en forma de avanzante paleta, y desde ese púlpito fluía sin reparo el río del hablar, tan agresivo. Los ojos eran negros, o bien la mujer usaba lentes ahumados. Quién sabe por qué no se tenía interés en recordar la particularidad con exactitud.

De pronto qué increíble silencio, mi Dios. Seguramente la madre de Jaime y Jacobita De Matteis estaban entregadas ahora a las confidencias profundas, practicadas casi semanalmente con religiosa gravedad de ejercicios espirituales. Jaime se puso a machacar las teclas del piano con denuedo que antes bien resultaba empeño vengativo, para dificultar allá en la sala la supuesta intimidad. La Marsellesa, primero, y en seguida los compases batalladores

de la Marcha de Garibaldi atravesaron las paredes, y algún desasosiego debieron de llevar a la compañía. Hasta que la puerta se abrió de par en par y, con la luz restallante del patio asoleado, se encendió de golpe la salita de música y entró con furia de tromba la criatura dañina.

Jaime ignoró al chico durante un rato. Lo supuso acurrucado contra el musiquero, masticando el propósito de señalar su propia presencia de la peor manera.

Intolerable que siguiese ahí, agazapado y amenazante: Pronto, ya mismo era preciso impedirle el desmán que sin duda traía oculto debajo del poncho. Se trataba de adelantársele y de perjudicarlo, sin darle tiempo a cumplir ninguna de sus habituales atrocidades.

A partir de ese momento Jota Eme pensó menos en la música nueva que ahora se le tramaba y destramaba entre los dedos que en la presencia diabólica del muchachito pronto a disparar como una ballesta su incesante malignidad. Lo miró con disimulo: parecía abismado, estaba recostado contra el musiquero, sentado en el suelo, con los ojos como palanganas y como si desfilase un ejército de maquiavélicos congéneres ante sus pupilas descoloridas.

Vaya, sí, era nomás la gravidez de esta melodía informe lo que anegaba a la criatura en esa sosegada deseperación. Acababa de troncharse el lazo que lo ligaba a algo vital; alguna cuerda preciosa había terminado por desprenderse dentro de ese organismo de siete u ocho años, algún misterioso y fundamental ligamento quedaba destruído.

Fue entonces cuando Jota Eme llevó a feliz término el experimento que durante años recordó como valioso, y el cual presentemente rememoraba como algún aspecto paralelo de lo ocurrido entre él y Saverio Landa: deliberadamente hizo hincapié en las tonalidades solemnes de la música y las dejó intro-

ducir como inflexibles espadones en la materia vil de la criatura, hasta desarraigarla. Hizo progresar el tema, lo remontó, lo retrajo con la certeza de estar embrujando a este coriáceo retoño de Jacobita De Matteis.

Fuè una felicidad. La música se elevó en la habitación con volutas de fiebre, espesas, semejantes, las aguas fétidas de una charca, y cayó pesadamente para volver a elevarse y a desplomarse otra vez como un cielo pastoso capaz de descender sobre las personas hasta cubrirlas con un manto pestilente.

Un mundo completo, una forma global se creó por sí misma en el ámbito del cuarto y en las manos de Jota Eme, fascinado él también por el embrujo de la propia hechicería.

Existía un testigo volcado contra el musiquero y espatarrado en el suelo. Tenía siete años, ocho a lo sumo, y absorbía a bocanadas letales la música de su propio aniquilamiento. Mostraba los ojitos de laucha desbordados, la boca desarmada y las mejillas con toda la piel llorada y caliente. Jota Eme notó que se crispaban los dedos de la criatura, y tuvo miedo.

Eso terminó, se detuvo. Se hizo un alto, y no quedó nada en el aire, ni un eco. El muchachito dirigió al pianista una mirada desvaída, interminable y, poco a poco, con lentitud, se recobró y retomó la forma habitual de retoño funesto antes de escapar corriendo hacia el patio lleno de sol.

Saverio Landa persuadía del mismo modo en el Férguson, y conseguía su objeto de destrabar el lazo que unía a un hombre consigo mismo. Antes de la aparición de Donata Siria no había dentro de Jota Eme sino la melodía de Landa, igual a un encantamiento. Y ese destrabamiento, esa enajenación no llevaba sino a la pausada y segura certeza de que

hoy —hoy, exactamente— es el día en que debe ser despachado al otro mundo el Entregador.

Porque hay un Entregador en esta historia; y es Jota Eme el individuo designado para hacerlo desaparecer del mundo de los seres concretos, ante quienes su presencia resulta de infamia.

Pero ahora tenemos aquí a Donata Siria y necesitamos sacárnosla del cuello, arrancárnosla de encima, aunque se lleve entre las uñas pedazos de nuestra carne a manos llenas.

Todavía tenía en las orejas los pasos de ella, con los pies desnudos, como una pulpa. Se llevó las manos al cuello de la camisa y lo entreabrió porque se ahogaba y porque se sentía harto de todo, hasta de vacilar y no saber que hacer.

Se decidió por fin y salió al vestíbulo con cautela.

La puerta de Donata estaba cerrada. Con seguridad se conversaba todavía ahí adentro, sin embargo, si es que ya se había terminado de lloriquear. Palpó el bolsillo del saco: abultaba. Fué buen pensamiento el de seleccionar los dos buñuelos más logrados (oro y azúcar, ambos), y zamparlos en el bolsillo envueltos en papel de diario. Cuando Donata volviese al cuarto con el pretexto de colocar las cortinas de correr, vería que el obsequio no había sido desdeñado ni mucho menos. Por su parte se reservó el derecho de alojar el paquete en una boca de tormenta no bien se encontrase lejos de la casa.

Atravesó el vestíbulo procurando no hacer ruido y, sobre todo, cuidadoso de no llevarse por delante, como sucedía casi a diario, la mesita enana y el florero de barro cocido puestos ahí para marcar el centro geométrico de la pensión.

Por fin se encontró en el palier, y luego entre las rejas del ascensor que bajó a tropezones los cuatro

pisos del edificio con la reluctancia de quien en realidad desciende a los infiernos.

Respiró cuando llegó al portal de la casa y tuvo a la vista ese sector de la calle Tucumán, tan de ir y venir los peatones, los autos destartalados y los tranvías prepotentes.

IV

No bajó a la calle. Encendió un cigarrillo en el umbral y se hizo de lado para dar vía libre a un vecino.

Hombre ¿no era el mismo tipo machacón que acababa de pasarse la mañana en la ventana del otro piso silbando *La Danza de las Libélulas?*

La noche ya
su manto echó,
y la penumbra...

Y la penumbra invita al amor, o cosa así. El vecino reparó en Jota Eme como si hubiese reconocido en él al individuo atento a su silbo. Estaba afeitado y parecía muy pulcro. Tenía el aire convencional de un marqués español o de un cómico de la legua. Parecía también ceremonioso al extraer un cigarrillo y al pedir fuego con un murmullo.

—Usted vive abajo, me parece.

El amable vecino tenía ganas de quedarse con él para cambiar ideas acerca del tiempo y de las muchachas que pasaban contoneándose, pero este su-

jeto del piso de abajo, caramba, era una positiva vizcacha, y tenía una cara que de ningún modo facilitaba las expansiones.

Al verlo alejarse hacia Florida, Jaime llegó melancólicamente a la misma conclusión a que sin duda debió llegar el silbador:

—"Es la cara que Dios me ha dado —reflexionó—. Es este hocico impotable que traje al nacer...".

Aunque, la verdad, no se trataba del hocico impotable, poco comunicativo, sino de su propio espíritu dificultoso. Esto era lo que en realidad alejaba a la gente de su lado. Cuando topaba en alguna parte con un conocido, Jota Eme saltaba, por lo menos subconscientemente a la acera opuesta con el fin de evitarse el encontrón. Salto advertido por los demás, ni qué decir, en la máscara lisa que sin excepción le achataba los rasgos en esos trances. Esto resultaba violento, pero no conseguía evitarlo, y de ningún modo se debía a ninguna especie de orgullo sino a la timidez congénita. Empezaba por sentir la torpeza del propio ademán, la voz que brotaba de su garganta llena de borrones, la falta de palabras adecuadas, y la vergüenza, el pudor del propio cuerpo, como si el propio cuerpo y todo lo que de él emanase fuese abusivo y bueno sólo para lesionar aquí y allá a la gente desprevenida.

Sin embargo, esto no había pasado con Donata Siria. Donata Siria se había acercado a él para dejarse abrazar y besar. Gran muchacha, Donata. Linda persona para vivir con ella un rato largo, con olvido de todo lo demás, incluso del Entregador, y del Férguson, y de Saverio Landa el persuasor. Pero estas reflexiones eran las del ablandamiento, camarada Jota Eme; el infeliz ablandamiento del que hacía falta zafarse costase lo que costare.

Quiso pensar en otra cosa, necesitó desatenderse a sí mismo porque únicamente mediante cierto tipo de desatención lograría arrancarse de adentro la sen-

sación-Donata que por momentos le atenaceaba las entrañas, la sensación-muchacha, esa forma de muchacha perfumada, toda ella una trenza de brazos y muslos pulposos, tan buena de abrazar y de besar incesantemente.

—Donata Siria... —pronunció separando las sílabas, como si con eso pudiese expeler la sensación-muchacha hacia la vereda de enfrente.

No consiguió sino insistir en formar y volver a formar en su mente la imagen de Donata. Se trataba del ablandamiento, sin vuelta de hoja. Era éste un fofo pensamiento agarrado a su cerebro para compartir un lugar demasiado estrecho con otro pensamiento hasta ahora sólidamente templado. Qué rabia; qué tormento, incluso. Daba ganas de quedar convertido en piedra, porque uno, a partir de ahora, se sentía vigilado. Sentía uno, ahora y con nitidez, los reproches, los comentarios que hacían acerca de uno a la distancia:

—"Ahora está medio metido en esa famosa Donata, y no en la acción —se le reconvenía allá—. Usted nos defrauda, Jota Eme, usted se nos equivoca en números. Por otra parte, siempre ha tenido el defecto de fallar fiero en materia de números según su propia confesión''.

Dios, qué dificultad para explicar las cosas. Saverio Landa era de los que no entienden de la misa la media cuando lo que ha de entrar en juego son los sentimientos.

—''Cambiar un hombre hasta tal punto —el persuasor Saverio lo despreciaría con toda su alma— nada más que porque a último momento se le pone a tiro una infeliz capaz de ocuparse de él un par de semanas a lo más, a escondidas, y que por fin se deja manosear. Bah, no es cosa de varones. Debería darse cuenta de que la tal Donata inventó eso de los sueños nada más que para arrimarse a usted, nada más que porque es arrimadora nata. Lo que busca

esa incontinentita es descalabrarlo, Jota Eme. Y ya lo tiene un poco descalabrado, no vaya a creer. ¿Por qué, si no, piensa en la incontinentita y no en el Entregador? Además... ¿Se va a quedar ahí, Jota Eme, parado en una puerta de la calle Tucumán como buzón en la esquina? ¿Se cree que es de veras un hombre con todas las de la ley un pobre tipo que se queda como apampanado después de haberse estado besuqueando con una lasciva muchacha?"

Reproches de semejante calibre le dirigía Saverio Landa, tan defraudado y tan competente para argumentar sin admitir réplica. Le clavaría el oprobio en el pecho, como una puñalada certera, Saverio. Inflexible Saverio.

En la puerta de esa casa de la calle Tucumán al doscientos, y parado "como un buzón en la esquina", Jota Eme rememoró su primera aparición en el Férguson.

Día memorable, aquél: se acercó al patrón, aquella vez, con el estómago hecho trizas de pura hambre, y el buen hombre consintió en que probase su habilidad en ese piano allí arrumbado desde el tiempo de Ñaupa, como si se hubiese presentado ante él un organillero con un mono sabio al hombro.

—"Pruébelo, haga bailar un poco al animalito..." —como si hubiesen dicho una cosa de ese estilo.

Sin embargo, con la actitud de presentarse sombrero en mano y derrengado, Jaime Mayor culminaba una férrea decisión: ponía punto final a la vida de familia y se lanzaba a las calles de la ciudad con ese aire de andar en el aire que había terminado por caracterizarlo.

Músico lo era, y bastante, aunque menos de lo soñado tantas veces a lo largo de la adolescencia tan prolongada, y también a lo ancho de esta madurez repentina e incómoda que luego había sobrevenido

sin que la llamasen y a cuyos imbricados recovecos nunca conseguía uno acomodarse del todo. La tarea de vivir no es moco de pavo para quien lleva la adolescencia metida en los huesos como un remanente de candor infantil, ni se despoja uno así nomás de esa necesidad de mirar la vida circundante como una aventura siempre inédita y sorprendente.

Oh, sí, trabajo muy arduo este de no desmayar a cada rato ante la inestingüible canallada en que consiste casi siempre la vida de los demás. Y esto de fingirse cínico, audaz, malpensante, sólo para adecuarse de algún modo al cinismo, la audacia o los malos pensamientos ajenos... qué incómodo, Santo Dios. Qué estorbo el de vivir en la ficción de no escuchar, de no ver, en la de saltar a la vereda de enfrente.

Un cristiano se equivoca en números.

Porque durante los primeros tiempos Jaime consideró muy posible conciliar los estudios musicales con ese empleo procurado con generosidad por el marido de Jacobita De Matteis. Duró una punta de meses este período, y tuvo luego aquel feísimo remate: el señor Gerente lo había zamarreado de lo lindo y lo había paseado ante todos y cada uno de los demás esclavos de la fábrica inquiriendo (la respuesta siempre era obvia...) si Jota Eme resultaba o no culpable del delito que saltaba a la vista, y si se lo consideraba o no merecedor del castigo ejemplar.

Fueron los camaradas, los amigos del alma quienes pronunciaron la sentencia despiadada; y éste se hizo el momento dramático de su existencia, el que lo obligó a ahondar hacia el porvenir y a descorrer la cortina detrás de la cual se prolongaba una espantosa oquedad. Sintió por primera vez una clase de miedo desconocido, trascendente, vital, del que un cristiano no vuelve sino amedrentado para el resto de la siega.

Habló con la madre; expuso palabras parecidas a razones; acaso eran razones porque también fueron muy limitadas. La madre ni aprobó ni dejó de aprobar, puesto que a partir de la lejana viudez la pobre señora se había pasado la vida meditando el instante en que el hijo se le desprendería de los brazos.

—De un hijo como el suyo, señora Malvina, yo me deshago lo más pronto posible —había opinado el señor De Matteis cuando la madre corrió a entrevistarlo haciendo de tripas corazón.

Jacobita dejó de frecuentar la casa de la calle Deseado, pero antes de tomar esa resolución pronunció dos o tres insolencias muy ofensivas en venganza tal vez de la cantidad de desdenes recibidos de Jaime Mayor. Suponía la señora Malvina que esta mujer había estado enamoricada de su hijo, y si ahora decía cosas tan desagradables, y para colmo dejaba de visitarla, no era ciertamente porque Jaime fuese de verdad el hombre inferior que ellos insinuaban con alevosía, sino porque la Jacobita trataba de frenar con esa manera malvada sus propios instintos pervertidos.

Porque, vamos a ver, ¿qué podía reprocharle la Jacobita a la madre de Jota Eme? Sí, quizá el haber buscado desde el principio la oportunidad de convertir en artista a un hijo que visiblemente no servía para gran cosa... Pero, ¿con qué coraje embarcar a este buen hijo tan bien dotado, en trabajos pesados y sin gracia? Los hijos de las vecinas eran carpinteros, mecánicos, maestros mayores de obra, telegrafistas, ya se sabía. A Jaime le gustaba la música en cambio. ¿Algo de malo, de detestable, de ruin, en el hecho de tener ese extremado gusto por la música? Bueno, entonces que estudiase piano con Madame Morval, si de verdad era esa la vocación insobornable de semejante buen hijo.

Fecha de piedra blanca cuando descargaron allá en Deseado el Breyer de segunda mano. Llegó un

poco torpe y sin desenvoltura, como un viajero de tercera clase luego de un viaje demasiado fatigoso. Lo dejaron en la salita, y por la noche no durmieron ni la madre ni el hijo. El instrumento estaba con ellos como una presencia viva y nueva, y descansaba en la salita (que a partir de ahora era "de música") como un viejo pariente rescatado luego de infinitas plegarias.

A Jacobita De Matteis nunca le había parecido aceptable que el hijo de la señora Malvina pasase horas y horas enclaustrado para ejecutar esas cantilenas tan aburridas. Y se enardecía, y protestaba:

—¿Qué gana con eso? ¿Quién se divierte con eso, quiere decirme? Tiene que hacerle mal al cerebro eso de pensar siempre lo mismo.

Soplaba las opiniones a través de los dientes paletudos: quería ventilarlo, sacarlo a la calle. El señor De Matteis era personaje en la Bitumina, y si se lo convencía mediante un paciente trabajo de zapa, estaba en condiciones de conseguirle una situación.

—No se trata de que sea constructor o mecánico de autos, como usted dice, Malvina. Se comprende que para un hijo como el suyo hay que pensar más alto, con más ambición. Caramba, un muchacho como él, con tantas condiciones.

—¿De veras? ¿Condiciones? —inquiría halagada la madre.

—¿No tiene dos manos, acaso? ¿Y un cerebro de ángel? Buena presencia, además, simpatía... Dios le dio todo lo que se necesita.

—¿También simpatía?

—Puede caer en gracia.

Llegaron al convencimiento de que el estudio del piano y una ocupación formal en la Bitumina de ninguna manera resultaban incompatibles. Hacer por el arte y hacer por la vida: se estaba ante una magnífica solución. Pero —ah, sí— se trató de la Bitumina, esa empresa dedicada a la fabricación de as-

fálticos, la implacable losa que se desplomó sobre las espaldas de Jaime Mayor, la ilevantable losa.

Porque al poco tiempo fuè evidente que el consorte De Matteis de esa señora Jacobita, lo odiaba de pies a cabeza.

—¿Contento, Jaimucho? —repiqueteaba Jacobita De Matteis cada vez que llegaba él de la diaria tarea y no era lo bastante listo como para hacerse humo antes de ser avizorado por ella.

Pero el señor De Matteis lo odiaba. Gozaba de una situación prominente en la empresa (en connivencia visible con ese artefacto de respirar y de alimentarse que era el Gerente) y se hacía valer. Usaba cuellos almidonados y podía ser sorprendido varias veces por día ante el espejo de su despacho en la tarea de atusarse los bigotes enhiestos como antenas de mariposa. A pesar de su corpulencia podía haber algo de equívoco en sus movimientos y en la mirada bizca. Efectivamente, este ridículo sujeto no lograba soportar a Jaime, lo tuvo entre ceja y ceja desde el principio.

—Usted se me equivoca en números, amiguito — le gustaba cacarear sin mirarlo de frente, dirigiéndole la palabra y haciéndole reproches de costado y siempre al pasar.

Decía que el señor Gerente estaba disgustado. La amenaza siempre pendiente, la losa.

Cierto, nada más fácil que Jaime Mayor se equivocase en números. Su ocupación consistía en acumular guarismos y extraer promedios estadísticos, unos sobre otros en filas inagotables. Linda tarea para un escarabajo, como podía ser linda tarea para los topos esa que realizaban los operarios en los humosos cobertizos. Caras y manos embreados, ojos relucientes de gente afiebrada, escupitajos negros. Y el ruido ensordecedor de los pilones al desplomarse sobre los moldes llenos de asfalto semilíquido.

La de esos hombres era una tarea subterránea, infernal, gobernada por la prisa, por la avidez de alguien que, detrás, encima, a un costado de ellos los gobernaba con encono de enemigo a muerte.

Luego estaban los hornos: tarea preciosa para quien necesite pagar en vida un poco del infierno que ha de tocarle después de la muerte. Y eran seres humanos los que estaban al servicio de esa arquitectura asfixiante destinada a tres fines: envenenar lenta y seguramente a quienes realizaban allí una tarea cualquiera, dar seguridad al paso de la gente insensible que luego caminaría por las calles y aceras de la ciudad, y por último asegurar una existencia superior a una cofradía de bien nacidos que tenían derecho a depilarse las cejas bogando en un yate, en pleno crucero por el Mediterráneo.

Esto quizá no llegó a intuirlo nunca, con precisión, Jaime Mayor. Sentía, sí, una desazón que le acongojaba la boca del estómago cada vez que un azar de la diaria tarea lo llevaba a visitar los cobertizos. Una angustia en las tripas provocada no solamente por los hedores densos que repletaban el aire. Advertía que, incomprensiblemente, se sentía más desdichado. Nada más. Y más pesimista.

Luego, abocado a sus números, tenía la certeza de que, llegado a determinado punto, era menester equivocarse con una suerte de fatalidad contra la que no había rebelión posible. Jugó a adivinar en qué momento preciso llegaría a equivocarse. Llegó a encontrar incluso un placer inédito en sentirse cerca del error, en pasar por las inmediaciones del yerro sin advertirlo y saber luego, tener la seguridad luego de haber fallado inexorablemente con cinco o seis cifras de antelación. Pero éste era un placer que lo dejaba insatisfecho, con la garganta dolorida. Le gustaba más morder la punta del lápiz tinta, embadurnarse de violeta los labios y la lengua, pero enajenarse en cambio en el segundo mo-

vimiento de la *Pequeña Serenata Nocturna*, por ejemplo.

—"Usted se me equivoca en números..."

Sí, señor, sí. Puesto que la felicidad de quienes se depilan las cejas ante las costas de Mónaco depende de los aciertos y no de los errores de un servidor, Jota Eme (un servidor), trataría de enmendarse a la brevedad posible. Para enmendarse, se sabe, no hay como fruncir las cejas, apretar los labios y dejarse de pavadas, y de sueños, y de nocturnas Serenatas.

Sin embargo, no fueron estos desaciertos los que desencadenarían el reventón final. El acabose definitivo le sería procurado a Jota Eme por mediación de su inaceptable fisonomía. Otros tienen de odiable la voz (Jacobita De Matteis); otros el bigote kaiseriano, apelmazado a cosmético y la mirada de dama joven (el señor De Matteis, Arístides); y otros, por fin, la propia cara ensartada entre los hombros como una máscara odiosa capaz únicamente de provocar en el prójimo una infinita serie de resentimientos.

Casi siempre, en obsequio de jefes y camaradas, Jota Eme procuraba acomodar la piel del rostro a una expresión benigna. Ningún resultado a la vista. Ganó que le quedó el vicio de gesticular a destiempo, además de esa injusta nombradía de escondedor que le fuè endilgada por algunos enemistosos camaradas de galera, y que era tan difícil de desarraigar.

Luego ocurrió la atrocidad ideada por el señor Gerente como consecuencia, según pareció al principio, de su notoria incapacidad para deducir promedios.

Aquello tan demoledor, aquello tan sumamente desgraciado que hizo con él el señor Gerente de la Bitumina, empresa de asfálticos.

V

Aquel fue un período vergonzoso —meditaba Jaime sin resolverse a bajar a la calle, ligado aún por lazos sutiles a la conversación que con seguridad todavía se destrenzaba a su respecto en la habitación de Donata, allá en el cuarto piso.

Constantemente salía de la casa gente apresurada, todo el mundo bajo el signo de la inteligencia destinada a un fin, y gozosa de pasar por encima de Jota Eme, ahí encadenado, como si el muchacho fuese el solo obstáculo a superar para la realización de las respectivas fortunas.

El episodio final de la Bitumina le hizo sentir en sangre la ruin vida sobrellevada hasta ese momento, vida que en lo venidero sería aún más deleznable con seguridad, porque Jota Eme se trocaría además en el expulsado, en el infeliz que además de equivocarse en números, sin proponérselo, provoca todo pelaje de reacciones y da lugar, por otro justo motivo, a que el resto de la humanidad lo someta a una vía crucis denigrante.

Adosado al portal de su casa y mirando sin ver a la gente que transitaba en tumulto por la calle Tucumán, revivió los hechos con claridad tal que volvía a padecerlos como recién ocurridos.

Recordaba: la vergüenza le impidió presentarse de inmediato ante su madre, la tarde en cuestión.

Recordaba: lo primero que pensó fue tomar un cortado, no en el habitual "Garesio", bar situado en la esquina de la fábrica, sino dos cuadras más allá,

en "El 14", un cafetín de mala muerte y si se quiere más inofensivo que el anterior.

Sentía una extraordinaria necesidad de pensar a solas. Incluso los movimientos y los pasos eran distintos ahora que un encontronazo con los azares de la vida lo convertía en perdulario hecho y derecho. Entró con ese andar distinto para ir a tumbarse en la silla más cercana a la vidriera llena de moscas, como se tumban los perdularios. Era así, entonces, con las rodillas separadas y los pies casi debajo de la mesita opuesta, como se comportan en lugar público los que ya no tienen nada que perder. Así colocaban los codos y los antebrazos, y así, con un manotón desganado, alejan de sí el florero lleno de estúpidas flores de pasta.

En seguida el boliche se hizo insoportable porque, como todos los boliches, estaba saturado con presencias de la Bitumina. El mozo, aunque flaco en exceso, era parecidísimo a cualquier subjefe; y el patrón, semioculto por el mostrador, tenía panza e inmoralidad bastante como para llegar alguna vez y con mínimo esfuerzo a Gerente General. Claro que tenía ojos y orejas de haber apuñaleado por la espalda a su socio para quedar como único dueño de "El 14", y por otra parte se le veía en las rayas de la frente la cantidad de faltas de ortografía que era capaz de meter en un sobre cuando se trataba de proporcionar a los paisanos de Arbó de Arriba las noticias más alentadoras acerca de la vida que se lleva en Buenos Aires.

Intolerable este bar "El 14" todo pomposo, con flecos de papel barrilete en los estantes, y embituminado por varias generaciones de moscas. Intolerables este patrón panzón, y ese mozo esquelético, aspirante a patrón panzón también él.

No, gracias, no tomaba nada, ya se iba. Había entrado por distracción, simplemente porque un servidor —¿no se le notaba eso en la trompa, acaso?— era un tipo capaz de equivocarse en números.

Al salir de "El 14" se encontró a la vez en la calle y junto al estribo de un tranvía que se detuvo ante él en el justo momento. Subió, puesto que lo invitaban: procuraría dormitar durante el viaje, si en realidad resultaba tan prolongado como lo deseaba en su fuero íntimo.

Un largo viaje hasta algún confín: Puente Alsina, donde impera el malevaje según dicen, o Nueva Pompeya, donde no hay nadie salvo mujeres que van a misa.

Dormir un inacabable trecho, eso necesitaba. Se habló una vez de un cura proletario que sabía pegar la hebra en los coches de la Anglo. Bueno, macanudo, él también; también Jota Eme pegaría la hebra en un coche de la Anglo rumoroso y rojizo, y se convertiría también él entonces en cura proletario.

El viaje fue largo, en efecto, pero no consiguió cerrar los ojos porque siempre menudeó gente infatigable en el pasillo, y señoras abundantes por los cuatro costados, gustosas ante la perspectiva de sentarse al lado de un perdulario joven. Oh, no, nunca tenían la moneda a mano. Hubo señores De Matteis (Arístides) atildados como figurines, y muchachitos de catorce años que tarareaban canciones viciosas en la nuca de los pasajeros. ¿Una chiquilina colgada del brazo de la mamá, a lo mejor? Sí, también una chiquilina: la mamá lo miró con desdén e hizo una mueca expresiva; la chica no, al contrario, llegó a darse vuelta para sonreirle con afecto dudoso. Palabra: le guiñó un ojo en determinado momento, y luego tomó a la mamá por el brazo regordete y la atrajo hacia sí para comentarle en la mejilla algo acerca de la calle.

Más tarde, cuando Jota Eme abrió de nuevo los ojos, madre e hija ya no estaban ahí. Volvió a quedar aletargado y a soñar que viajaba lleno de sosiego en un tranvía inacabable.

Esto parecía final de recorrido porque el yuyo encuadraba los adoquines y las casas estaban defendidas por rejas como si por la calle sólo circulase gente de mal vivir. El tranvía entró en una curva pronunciada, y allí se hizo adelante el guarda, resuelto a pellizcarle la punta de la nariz con las uñas renegridas si insistía en no apearse ya mismo. Bituminico también él, como tantos otros.

Dedujo que debía encontrarse en algún lado opuesto de la ciudad: Flores o Floresta, si no Villa Luro. Poco pulido y engalanado el barrio, para ser Flores. Floresta más bien, ya que los cercos eran de alambrado abierto, ventrudos, y estaban atiborrados de madreselvas entrelazadas con campanillas. Un tranvía 99 pegaba ahí la vuelta al centro de la ciudad.

Lindo nombre el de la calle donde había ido a recalar: se llamaba Mercedes, como una señorita, y en las veredas se desarrollaban muy buenos paraísos. Una dama provecta, con un ralo rodete plantado en pleno occipucio, estaba en el jardín, detrás de la reja impenetrable, y trataba de destapar con un pincho la flor de la regadera. Tenía la nariz ganchuda, como hecha a propósito para tomar el olor a ese tipo de flores solamente.

Andando en zigzag y dando vueltas sin sentido se llegaba a una plazoleta esquemática, muy poco arbolada, sin monumento o glorieta a la vista, y a una iglesia también rudimentaria, detenida en el crecimiento, toda ella columnatas y paredones muy llovidos.

Jota Eme estaba sin pensamientos ahora. Sólo le recorría el cuerpo una tristeza difusa cuyo motivo generador podía haberse desvanecido. Quedaba, empero, la necesidad de no ser visto por nadie, la de escapar hacia zonas de la ciudad cada vez más remotas, ésta por ejemplo, tan pobrecita y desamparada que podía llegar a convertirse en excelente refugio para perdularios desesperados.

VI

Era la hora del atardecer, en que las madres se instalaban en la puerta de las casas y se ponían a clamar a grito pelado en procura de los hijos nunca hartos de potrear. Los hijos regresaban a regañadientes, astrosos, porrudos, algunos con velas tamañas sobre el labio superior, otros con los ojos empavonados, y los más con escoriaduras y tajos de toda clase. Allí eran las reprimendas y soplamocos de padre y señor mío, los chicos berreaban por pura fórmula, sin embargo, y volvían a disparar y a potrear al menor descuido, inatajables ahora hasta las nueve y a veces hasta las diez de la noche.

Y bien, Jota Eme conocía todo esto al dedillo, pues insidiosamente el tranvía de la Anglo acababa de transportarlo de retorno a la primerísima adolescencia vivida, antes de la mudanza a Deseado, en andurriales muy semejantes a este. Para Jaime Mayor éste podía ser un viejísimo mundo conocido alguna vez como detrás de las aguas boscosas de una pecera y olvidado luego, padecido y soterrado; habitado alguna vez, pero no plenamente, sino en la medida de la voluntad arbitraria de los demás, de la prepotencia de los demás ejercida hasta hacer de uno el solo, el triste y el avergonzado, en tanto los otros —mejor adecuados al medio— desplegaban triunfantes hacia el futuro la propia vitalidad.

Esta obsesión predominante de la infancia hubo de ser modificada en forma paulatina, aunque nunca de manera definitiva. Esa realidad a veces muy cruel, tan padecida entonces, fué reemplazada por otra por lo menos diferente, de modo que el retraimiento, la

sensibilidad alertada con cualquier motivo, el llanto fácil y solitario, llegaron a ocupar el espacio moral destinado antes solamente a la tristeza y a la vergüenza.

Jota Eme fue retraído y taciturno por superioridad con respecto al entorno que le tocó en suerte, y por eso las dificultades que debió enfrentar respondieron no a un engreimiento inmotivado, sino antes bien a la altivez consecuente a un acto de mera defensa, o acaso, más que a un acto, a una actitud, a un programa.

Poco tenía él que ver con los demás si él tocaba el piano, por ejemplo, y los demás llegaban a sentirse resentidos por ello. Todo esto era en cierto modo secreto e irrevelado aun para su propia conciencia. Se sentía admirado y al mismo tiempo vituperado cuando tranqueaba rumbo al Conservatorio de Madame Morval, a lo largo de la calle San Pedrito, con los cuadernos de música apretados debajo del brazo, orondo, desafiante, dichoso de exhibirse y de pisar fuerte a su antojo.

¿Qué pitos tocaba Jaime en la mansión de esa Madame Morval, siempre tan vestida de seda y tan bien oliente a perfumes agridulces, quizá para hacerse perdonar el maldito estrabismo?

—Pitos no, el piano —fue preciso aclarar ingenuamente en cierta ocasión—. Solfeo, teoría, y todas esas cosas del Arte.

Los compañeros no comprendían de primera intención: la Teoría, el Solfeo, y Todas Esas Cosas del Arte les resultaban exageraciones más allá de las posibilidades culturales de todos ellos. Gente sencilla, los padres; y los hijos lúcidos vivaces, pero un poco ignorantes, lo envidiaban bastante y lo maltrataban a menudo. Como cuando Jota Eme tuvo una hermosa cítara barcelonesa, a los siete años (vivía entonces con su madre en Dolores y Tandil), y ellos no sólo no eran dueños de nada parecido, sino que no habían

tenido oportunidad de ver un instrumento de esos en la vida, ni eran sobrinos de una lejana tía Filipa capaz de regalarle a un chico semejante primor con motivo de unas Navidades. Sin embargo, parecían sensibles y se enternecían cuando Jaime colocaba la pauta de cartoné debajo del encordado de acero y con la uña de carey del bueno punteaba las cuerdas (tajeadas de mayor a menor, como el flequillo de los muchachos cuando salen de la peluquería) y del inestimable cofre emanaban trinadas y quejadas (como el perfume de las melenas) las notas de Torna a Surriento, non mi lasciar o las de Canta, canta vagabundo tu miseria por el mundo.

Lo mismo que el caracol dedicado a especulaciones metafísicas en el dédalo de su casa a cuestas, así Jaime Mayor, adolescente, rumiaba una existencia musical en la soledad laberíntica de su encierro y pudo crecer desdeñoso de cuanto tenía por escenario la calle, allá donde el sol, el viento y las riñas a trompada limpia curtían el cuero de los camaradas y les brindaba una vitalidad y una entereza que él, siempre transparente y por momentos incluso diáfano, les envidiaba apenas.

Hubo un tiempo durante el cual sólo se atrevió a seguir desde las roturas de una persiana las idas y venidas de los amigos de la infancia, ya gente robusta, de voz áspera como soga de hilo sisal. Ferrarín trabajaba en la General Motors, sabía escupir de lado y regresaba todas las tardes luciendo lleno de grasa el mameluco azul que le daba toda esa gloria de mecánico; la hermanita de Ferrarín, la Beti, que supo ser tan afiladora desde chica, estaba ahora de novia con un búlgaro mucho mayor que ella, pero con seguridad, como siempre ocurre, pronto se casarían y comerían perdices, y a mí no me dieron porque no quisieron. Silvio Gosende tuvo su empleo en una lencería de Villa Devoto y aprendió a expresarse con

esa corrección que en un comienzo pareció extravagante, pero que fué prontamente imitada.

—"Sumo placer... Lo mismo digo... Verbigracia... Como usted disponga..."

Pastor Santana lucía un uniforme de mensajero muy flamante y conocía el mundo y el alfabeto morse. El petizo Morando se empeñó en ser idóneo de farmacia. Con todos Jaime había alternado mano a mano y tenido acuerdos y diferencias, pero siempre sintió como una lastimadura el hecho de haber sido aventajado hasta por el más ínfimo de la camada en inventiva, en conocimientos o en audacia para agarrar la vida a dos manos, mientras él debía contentarse con vivir, y llamaba vivir a la circunstancia de reparar en la forma de las cosas, los olores, los colores, la inédita melodía que surgía de ellas, y al raro placer de recordarlas en el piano.

También en esta plaza descarnada los chicos gritaban acuerdos y diferencias, aunque lo hacían más decididos que los de su época. Soberbia generación, esta de ahora. Gente esta de ahora capaz de ir lejos debido nada más que a su aptitud para cambiar improperios con felicidad.

Las viejas tenían libre acceso al templo por una arcada lateral a la que se llegaba luego de recorrido un sonoro pasadizo destinado a deslindar la nave propiamente dicha de los sucuchos habitados por los sacerdotes. Todo trunco, en este edificio: murallones sin revocar, mortificados por el rastro verdinoso de las tormentas.

Jaime entró a la grupa de las mujeres.

Le dio por ahí de pronto sin pensarlo demasiado y a raíz de un grave impulso del corazón. Entró y se saturó de la soledad generosa allí tan abundante; una soledad dócil, flexible a cuanto se exigía de ella, de vez en vez quebrada por algún aislado susurro de

rezos en común o por la monotonía de alguien que inventariaba pecados ante la mirilla de un confesionario. No descolocaban, sin embargo, esos rumores; eran antes bien sustentáculos de la soledad, su población específica. Sin ellos la soledad hubiera sido solamente sopor inhabitable. Ahora podía uno hacerse de esa soledad y trasvasarse a ella, y sentir en el fondo de la garganta y en el medio del pecho un cadencioso fluir de sentimientos puros.

Un sacerdote joven, muy pulcro, vino de la calle a pasos rápidos y se hincó ante el altar mayor antes de encaminarse a la sacristía. Una devota se apresuró tras él, lo obligó a detenerse y le habló con la boca pegada a la oreja más tiempo del que disponía el otro para prestarle atención. Un hombre de cincuenta años (un constructor, puesto que llevaba planos azules doblados en un bolsillo del saco), entró en punta de pies, se arrodilló en uno de los reclinatorios centrales, extrajo un rosario y empezó a cabecear y a acusarse del derrumbe de una casa de dos pisos.

Jaime se arrimó a un altarcito lateral y apoyó las espaldas en una de las corroídas columnas del crucero. Allí, con aire paciente de aguardar un milagro de otra clase, estaba San Roque con su llaga y el perro de la escudilla. Un absceso en la pierna, tal como la que ostentaba el santo, le había parecido a Jota Eme mucho más sobrellevable que esta profunda ulceración abierta en su alma desalmadamente por el gerente de la Bitumina. Envidió la suerte de San Roque, y su ventaja de ganar el cielo al poco costo de lesión superficial. Sin duda el santo lograba sacar más y mejor partido de su machacadura que él de la dolencia que ahora le emporcaba el alma con supuraciones nauseabundas. Oh, no, de este caballero San Roque no podía venirle ni una minúscula partícula de consuelo, porque bien mirado se trataba de un rival.

Vibró de pies a cabeza acometido por este pensamiento: estaba en una iglesia de Dios, acababa de penetrar allí en respuesta a un extraño impulso del corazón, como la no premeditada consecuencia de un tormento anterior, como si se hallase ante la imprescindible precisión de descubrir alguna clase de bálsamo, vale decir, algo que se pide con humildad y es concedido gratuitamente: la paz del alma y demás, la del cuerpo también, porque el cuerpo duele como duele en tales ocasiones. Una cosa muy importante estaba perdida, y en este mismo momento acabamos de encontrarla; agua lustral que despoja de toda la miseria.

Perfecto: esta soledad y estas aguas remedaban una vieja experiencia personal proveniente de los años límpidos y no demasiado lejanos de la infancia. Dios y las sonoridades del templo:

Dios está aquí,
venid, adoradores:
adoremos...

La paz mendigada y concedida. Inexplicable cómo el beneficio inmenso pudo de pronto desaparecer del alma sin dejar en apariencia la más diminuta huella, si ayer mismo fué cuando incluso la mano de la madre en la cabeza limpiaba el corazón de todo lastre, lo mismo que el entregarse de pies a cabeza a Dios en el rezo.

Quién sabe dónde estaba ahora el Señor de aquellos años minúsculos. En los dorados del altarcito, quizá, en las luces trémulas o en los ángeles lúgubres con un ramo de flores cobrizas en las manos.

Venid, adoradores:
adoremos
a Cristo Redentor.

Aquella paz, cuando un azar doloroso hacía buscar a Dios para convertirlo en juez de algo irremediable, que sin embargo se remediaba... Quién sabe por qué razón el Señor de aquellos años no acudía como entonces para despojar a Jota Eme de esta suciedad. ¿Acaso no se trataba entonces y hoy del mismo Señor tan comprensivo siempre, y siempre tan al alcance de la mano?

Resultaba inaudito pensar que la casa hubiese podido cambiar de dueño, o que en esta época tan enrevesada al dueño le diese por emboscarse cuando más necesaria se hacía en todas partes su confortante presencia.

VII

Pasó un tiempo imprecisable. Los pies quedaban petrificados en las lajas del piso y los hombros achatados contra la columna de rugosa mampostería.

—Perdón, Señor, no sé si esto que me pasa duele como es natural que duela, o si me duele a mí más que a otros colocados en mi lugar. Es un dolor y una fatiga; y no me atrevo a levantar los ojos porque el mundo se ha ido cerrando poco a poco, porque poco a poco se me ha hecho inhabitable. Señor, pasa algo extraordinario, algo sumamente anormal porque, la verdad, no le pasa a nadie más que a mí. Señor, allí donde yo pongo el paso arrastro conmigo todo lo que me lastima y ofende.

Jota Eme descubrió dos cosas en ese momento: por una parte acababa de sumirse en un rezo, informal, sí, pero auténtico como los de antes; y por la otra

se le hizo posible que el llagado San Roque conociese el misterio de hacer tangible el emboscamiento de Dios. Vale decir, quizá San Roque tuviese la facultad de desembocar al Altísimo. Ahí estaba su mirada de palo, librada de impurezas mundanas para afirmar que a través del boquete el Señor podía hacerse más y más conocible.

Bueno, ya que estaban: explique usted por qué el Señor se descuida al punto de dotar a Jota Eme de una vida tan inaguantable, mientras regala toda clase de favores a otros ciudadanos mucho menos meritorios. Explique, explique, Caballero San Roque, si de veras es tan buena persona como pretende aparentar. Por qué tanto sinsabor para Jota Eme y en cambio tanta concesión, tanta prebenda para los señores y señoras De Matteis, para los gerentes de las Bituminas incontables que yerguen orgullosas chimeneas de ladrillo y humo en la faz de la tierra. Al señor Arístides De Matteis se le adivinaba la alegría de vivir en los bigotes tudescos calcados sobre los de Guillermo II y en la femenina energía con que era capaz de pronunciar de soslayo, pero marcando todas las sílabas, esa frase de tanto fatal tormento:

—Usted se me equivoca en números, amiguito.

Luego estaba el gerente, cuyo cogote apoplético lo derribaría exánime llegado el momento, pero a quien entretanto sobraba agilidad para cometer con los subordinados cuanto desafuero le brindase un goce en bandeja. ¿Por qué bendita razón y por qué ley inalcanzable estos seres infectos e infecciosos se beneficiaban con una paz y una alegría que a Jaime Mayor y a los congéneres embituminados de los cobertizos se les empantanaba a cada rato?

El chirrido breve de una puertecita lo quitó de esta meditación dirigida a los ojos de San Roque, detrás de cuyas pupilas el Señor espiaba, escuchaba, y seguramente asentía con suaves cabeceos. En ese momento el padre Espíndola terminaba de confesar y

de echar la bendición a una devota, cerraba tras sí el ventanillo chirriante del confesionario con gesto reumático y se alejaba rumbo a otras oscuridades replegadas en la nave de la iglesia. Vio el nombre del cura en el remate de la cabina, igual toda ella a una ínfima catedral calada en cedro, y fueron entonces San Roque, la llaga y el fox terrier de la escudilla quienes hincaron en la conciencia de Jaime Mayor el poderoso impulso de correr tras el padre Espíndola para exigirle un adarme de esa paz que prometía el Señor: un aligerador, un restañador cualquiera.

Era hombre caduco, el padre Espíndola. Tenía el pelo canoso, escaso; se lo veía cargado de espaldas, jiboso más bien, y arrastraba los pies al caminar. Cuarenta, cincuenta años de cura, el individuo. Posible darle alcance, entonces, antes de verle desaparecer tras las poternas vedadas a los profanos. Lo siguió unos pasos, pero se contuvo al ver que doblaba la rodilla ante el altar mayor y demoraba más de la cuenta la genuflexión, antes de reincorporarse para reemprender el andar claudicante.

Acaso existía alguna manera fácil de presentarse a él: rozarle el hombro, por ejemplo, con suavidad (no fuese a darle un golpe de sangre ahí mismo), y susurrar "Padre, confesión", con voz meliflua en la cuenca de la oreja anquilosada. El sacerdote se volvería hacia él, y algún rechinamiento de fleje enmohecido habría de escucharse, seguro. Y sería mirado Jota Eme de determinada manera inquisitiva.

Ya, se comprende, era preciso hacer examen de conciencia de rodillas en uno de esos bancos, a pocos pasos del constructor atribulado a lo mejor. Hacía falta previamente desnudarse, desanudarse, balancear las culpas y los cargos, y extraer una especie de promedio índice acerca de la propia negrura. Se debía poner 3.14.16 en la columna de la derecha, e indefectiblemente 3.14.16 bien calculado para el margen de la izquierda. Guay con equivocarse en números. Pi

Erre Dos donde corresponde Pi Erre Dos, aunque mesié Pierre Dos haya sido un general del ejército francés que sucumbió en el Marne, según se le ocurría; y si no Pierre Dos, nomás 3.14.16 en ambos casilleros; y sumar, sumar y sumar, y extraer la raíz del promedio y dar con la cifra estadística, con el índice favorable a la empresa, aun a riesgo de morir uno de tedio y de equivocaciones en números como en el putridero de la Bitumina.

Se sentía ahora como en la plena infancia, cuando con el Devocionario abierto en las hojas más ajadas insistía en lograr cierta coherencia entre los propios pecados y el elenco de las infracciones posibles que allí figuraban unas detrás de otras, enganchadas como los vagones de un tren que, pitando, pitando, rueda hacia el infierno.

Recordó velozmente que en realidad nunca fue la culpa lo importante, sino el amparo proveniente de la absolución. Se recordaba a sí mismo curvado en el reclinatorio de madera tan olorosa como la de estos bancos, prosternado con un máximo de reverencia, buscando y a veces fraguando (para no ser del todo un infeliz) una concreta lista de malas acciones cometidas bien al descuido, bien conscientemente.

—"¿He mentido?

—No, no he mentido".

—"¿He robado?

—No, no he robado".

—"¿He levantado falso testimonio?

—"Silvuplé (como se estudiaba en la clase de francés...), ¿qué caracho significa levantar falso testimonio?"

Por mucho que se hurgase en los repliegues de la intimidad hasta ajarlos como a las hojas especiales del Devocionario, no era así nomás como se daba con esa mentira, ese robo, ese falso testimonio o esa fornicación que hacían falta para ser un confesando apreciable. Recordaba ahora con lucidez el trascur-

so de la semana, a partir de la anterior confesión con aquel sacerdote cuyo desdichado nombre austríaco era tan jorobado de pronunciar. Podía rememorar cada uno de los pasos cumplidos en la calle, en la casa, sin tropezar ni siquiera con el rastro de una sola de las maldades horrendas reclamadas por el cuestionario. "Pero, esta criatura es un zonzo de la gran siete" —debía opinar el santo cura con justa razón.

—"Recapitulemos, joven... ¿Ha mentido?"

—"No he mentido".

—"¿Ha robado?"

—"No he robado".

Claro que sí, la más grande zoncera, la de este gurrumino inocente. Y por eso —claro que sí— Jota Eme se había visto obligado a tramar un embuste siniestro en reemplazo de tanta ineptitud, aquella vez cuando manifestó al cura que se le había aparecido un ángel. Sí, señor, sí, estaba sentado en un montículo de piedras (porque esto ocurría cuando un piquete de cíclopes empedraba la calle Directorio) y cómo no podía no ser un ángel esa aparición celeste si usted podía verle las alas no bien daba un poco las espaldas.

—¿Alas de nácar, vamos? —quiso saber el confesor.

—Sí, padre, de nácar.

—Y por supuesto túnica de seda.

—Cómo no, de seda azul y blanca.

—Ya. ¿No tendría también bordados de oro y plata?

—Sí, padre.

—Me imagino que habrá extendido la mano para tocarte.

—Sí, padre: la cabeza.

—Y te habrá llamado con su dulce voz.

—Sí, creo que me tocó la cabeza y me llamó "Jaime..." con su dulce voz. Parecía un buen ángel.

El padre Haigenwerke era decididamente austríaco y olía a pipermint con tanta asiduidad como para pensar que éste podía ser su aliento natural. Se rascó la hendedura de la barbilla y lanzó sobre la frente de Jaime una mirada laboriosamente furibunda:

—Jaime, no se puede asegurar que eres un impostor, pero lo pareces mucho.

—Yo, padre...

—Y un solemne mentecato, además. Pero mentecato lo eres sin parecerlo. Vete allá y reza veinte Padrenuestros.

—Sí, padre.

—Y cincuenta Avemarías antes de que se te vuelva a ver el pelo por aquí.

En lo sucesivo, cada vez que llegaba a la iglesia la sinuosa doble fila de colegiales, el feroz Haigenwerke no daba descanso a los ojos ladinos hasta localizar al pecador para pulverizarlo con su voz trepidante de condenador.

—¿Y, caballerito, y? ¿Bien de salud, el ángel? ¿Qué tal el ángel? ¿Sin novedad?

Imposible esperar que ahora este rechinoso padre Espíndola pudiese tener la mente más abierta y cordial que el sacerdote austríaco, ni había a mano un exceso de argumentos para convencerlo acerca de que no siempre era el pecado lo importante del caso, sino el aplacamiento, el lenitivo, la paz tan anhelada. El delito existía o no, y cuando no existía quizá valía la pena inventarlo; lo imposible de fraguar es el sosiego, la infinita benignidad que restaura el alma del hombre bendecido por Dios a través de otro hombre.

Dejó escurrirse al padre Espíndola camino de la sacristía. Antes de alcanzar la doble puerta se le apareó al cura una ancianita: también las ancianitas buscan un modo de serenidad inalcanzable, y susurran sus denodadas luchas para escapar a la tentación. Otra mujer de traza humilde dejó caer una moneda en la hucha de las ánimas, y el indiferente tin-

tineo bastó para arrancar a Jaime de su ensimismamiento.

La iglesia comenzó a poblarse de gente viva, las imágenes se convirtieron otra vez en barnizadas figuras de palo y yeso, de nuevo los resplandores no fueron sino manchas humeantes siempre a punto de quedar extinguidas. Por algún motivo inexcrutable el Señor quedó a su vez resentido, incrustado dentro de las pupilas opacas de San Roque.

Jaime caminó hacia el atrio, lentamente, posando la mirada en las imágenes que lo dejaban pasar sin intentar retenerlo.

Debajo de los pies se encontró una laja rectangular de buen tamaño, carcomida por una antigua inscripción latina. Tuvo la sensación de haberse detenido en el centro trascendente de algo definitivo: halló en el brazo y en los dedos los ademanes precisos para hacer la señal de la cruz. Simple ademán, gesto mecánico, incierto, impuesto desde afuera hacia adentro misteriosamente. Miró a su alrededor, durante unos instantes, sensibilizado, alerta. Allá estaba la pila del agua bendita. En el reverso de los altos postigones, un devoto leía prevenciones para la próxima novena.

—Jaime Mayor —creyó que alguien lo llamaba con su dulce voz.

—Soy yo. ¿Qué pasa? —se dio por aludido.

No era nadie, no había nadie, ni siquiera curas o feligreses ocasionales o sacristanes en la tarea de cambiar las velas o de lavar la cara de los santos.

Nadie: negrura y soledad.

Se dirigió al portal que ponía en el atrio, fabricado con el mismo doloroso cedro de los confesionarios, con la ansiedad intocada y sin advertir en esa pervivencia de la angustia un fracaso personal.

La pila del agua bendita estaba seca. El reborde de mármol aparecía sucio y desgastado por los dedos repetidos de los fieles. Se escuchó un estornudo mal reprimido. (La señora Malvina consiguió una vez un

frasco de agua del Jordán; por si no lo era, la hizo bendecir por el párroco de la Candelaria; madre e hijo vivieron en beatitud durante un tiempo...) Alguien se deslizaba por el deambulatorio con zapatos chillones.

—Chau, hasta luego —tuvo ganas de decir Jota Eme, pero las palabras no lograron articularse en su garganta.

Salió de la iglesia, y en la plaza observó a dos hombres que disponían los fuegos artificiales para alguna celebración a realizarse durante la noche. Un individuo más importante, muy parecido a Arístides De Matteis, estaba con ellos y parecía comunicar órdenes muy interesantes. Tocaría la banda esa noche, y gente lozana y bendecida acudiría al festejo.

En la esquina tropezó con un vendedor de cotorras. Las había de todos los colores dentro de las jaulas: verdes, amarillas, blancas; algunas eran tan insignificantes, que parecían no tener color de nacimiento.

El pajarero echó hacia la nuca el chambergo en actitud de prestar mucha atención cuando Jaime se aproximó para preguntar por el tranvía que podía dejar cerca de la calle Deseado.



La madre estaba encerrada en su habitación con dos monedas de cobre aplicadas en las sienes, sujetas por un cintajo. Esta era su enfermedad: prolongadas jaquecas que la abatían hasta obligarla a pasar horas

y horas tendida en la cama, sumida en tinieblas. El doctor Magliano diagnosticaba presión sanguínea por debajo de lo normal y, para elevársela, prescribía un remedio imposible: nada menos que vino de calidad inferior (bebido con cierta abundancia), excelente a causa del tanino. La señora no resistía un medicamento tan drástico, le producía arcadas dolorosas, bascas de muerte, y por eso se resignaba a soportar con cristiano estoicismo las interminables dejazones que prácticamente la aislaban del mundo.

Jaime entró no obstante la clausura, y aprovechó la oscuridad del cuarto para informar debidamente acerca de lo ocurrido: acababa de perder el puesto en la Bitumina —explicó, de pie, sin atreverse a avanzar un paso—; volvía a ser el zanguango sin porvenir de quien ella debería otra vez avergonzarse. Ahora nomás llegaría Jacobita para chillar "Su hijo, señora, es tal y tal...", y ella no tendría más remedio que tolerárselo, puesto que por esa boca hablaba la esposa de un hombre todopoderoso, indesmontable del feliz caballo con que trotaba a través de la vida. Seguramente la señora Malvina estaría dispuesta a tolerar que Jacobita dijese de él barbaridades sin cuento y hablase de perdulario, pelafustán, inservible y demás adjetivos apropiados a su rencor. Con seguridad era así.

La pobre mujer no abrió opinión. Tenía la nuca hundida en la almohada, y la cinta de pique que sujetaba los cobres de dos centavos en las sienes era casi lo único que se adivinaba de ella en la penumbra. El hijo le parecía distante en ese momento; era un hijo cambiado, éste; diferente hijo del entresoñado a lo largo de este mismo atardecer interminable.

—¿No me escucha, mamá?

—Sí, querido, sí.

Coincidencia que Jaime, en la iglesia de Floresta, hubiese rememorado a la misma criatura lejana. Madre e hijo habían confluído los dos prácticamente en

el mismo pensamiento, entonces; ambos habían desvivido lo vivido por Jaime hasta el presente, para retrotraerlo y fijarlo durante unas pocas horas en la criatura aquella, desde donde se hubo de partir para llegar al individuo de hoy. Sin embargo, ni el uno ni la otra acertaban a poner de manifiesto el pensamiento secreto, la común aventura sentimental, coincidente, pero sin expresión.

—Que ahora venga esa fulana De Matteis y le hable pestes de mí, ¿se lo va a aguantar, mamá? Yo supongo que no debería aguantárselo.

Como si no fuese la madre eso que yacía ahí inmóvil y a oscuras. Se la hubiera dicho a una vecina, más bien; una señora conocida, una comadre de ahí a la vuelta: doña Malvina Mayor, una impersonal señora de esas.

—Tiene que saber, mamá: si no vine en seguida a decirle lo que pasaba fué porque me sentí avergonzado.

Narró someramente. Enfatizó algunos pormenores, sin embargo: la insolencia de los compañeros incapaces de tomar partido por el inocente, y la sonrisa cáustica, envenenada de mortal veneno, de los que consideraba más inofensivos.

En seguida notó que, o no ponía bastante entusiasmo en el relato, o bien la madre lo estaba haciendo a un lado deliberadamente, para no permitir que nada exterior a ella misma acentuase la propia dolencia. La señora Malvina parecía sumida en un dolor muy cierto, pero ajenísimo a este que Jaime trataba de exponer. Quedó con la palabra en la boca, con la mitad de la aventura por narrar.

—¿Abro un poco la ventana, mamá?

—No, por Dios. Se me parte la cabeza.

—Necesito hablarle, mamá. Usted debería saber bien las cosas por si después viene la Jacobita y empieza a insultarme. Usted sabe que siempre insulta. No debería permitírselo.

A oscuras era difícil; las palabras tenían otro valor a oscuras; así, a oscuras, no se podía adivinar ningún eco revelador en el rostro de la madre.

Dejó de esforzarse Jaime. Ya no intentaría nada más, puesto que era tan inútil. Quedó como una hora antes había permanecido frente al altarcito apenas luminoso de la iglesia, con los pies y las espaldas ateridos; y como ante el desapego claudicante del padre Espíndola: sin la miel necesaria, sin la paz restañante. Allá tuvo la impresión acabada de que ese amigo suyo, el Señor de la infancia, tan condescendiente Señor como solía mostrarse entonces (cuando incluso era tan formidable como para aparecer entre dos sueños y hacerle saber con toda esa luz: "Andamos bien, Jaime, macanudo, así me gusta"), ahora se le negaba con obstinación si es que no se encogía de hombros ante cada tentativa cumplida para acercársele.

Era como para machucarse la cabeza contra la pared. Quién sabe qué eran, qué significado tenían el Señor y toda esa gente, incluída la madre doña Malvina. Fisiología pura, materia crasa e impenetrable envoltura paquidérmica. Todos ellos lejanos y enmudecidos ante la vana gesticulación atribulada de quien tanto necesitaba de todos.

—"Jaime Mayor..." —quién sabe si era verdad que lo había llamado la dulce voz cuando de pronto se halló en el centro de una laja latina, que era también el punto capital de algo muy trascendente.

Lo habían llamado cuando ya daba la batalla por perdida y se retiraba del templo. Y ahora la señora doña Malvina buscaba con mano silenciosa, por encima de la frazada blanca de los veranos, los dedos de Jaime para susurrar con socorrida condolencia:

—Quién te dice que todo no tenga arreglo.

Tal vez no decía eso en realidad. Jaime conocía el alma inerte de la madre y sentía la inercia de la propia, incapaz en adelante de balbucir una oración pedigüeña o de proponer una vez más "¿Abro la ven-

tana, mamá?" en un intento de escrutar la cara de esa señora y extraer de uno cualquiera de sus gestos una leve señal de entendimiento.

—Hasta luego —murmuró—. A lo mejor más tarde hablamos.

Se refugió en la salita de música. También el Breyer resultaba un organismo insensible al cual no se lograba contagiar ninguna clase de entusiasmo. Congelado y luctuoso, como si él también estuviese resentido con motivo de esta perra vida siempre a oscuras y pensase que más le hubiera valido poseer alma de pianola y soltar chorros de música deleznable, foxtrots y tangos para distraer a los pavotes de la vecindad, y lentamente agonizar en la propia insignificancia como una mariposa de alumbrar moribundamente a la virgen.

Imposible arrancar nada de este reseco piano. Ahora Jaime podía pasar horas ante el teclado sin que tamborilease una vana melodía entre los dedos. Estaba vacío de todo, Jaime Mayor, y como sumergido en una suerte de estupefacción que lo dejaba en babia la mayor parte del tiempo. Nadie, de las tetillas para adentro: ni gente, ni Señor, ni madre que te parió, y ni siquiera este cachazudo instrumento que no vale un carajo a la vela. Habría que recolocar todas estas penurias dentro del cuerpo, puesto que por la maldita razón de la Bitumina todo se había descolocado.

Perfecto, pero quién sabe cómo y quién sabe mediante la ayuda de qué o de quién.

Salió al patio, vociferó en voz baja una ristra de malas palabras y, para terminar de desahogarse, pegó un par de patadas a la maceta de la begonia.

Luego se dirigió a la calle y caminó un par de cuadras con las manos metidas en los bolsillos y sin pensar en nada.

El paseo serviría de descanso. Sin este descanso previo tal vez no tendría fuerzas para llevar a cabo la proeza de recolocar dentro de sí a la madre, al Señor, a la multitud inexpresiva. Desmoralizador en alto grado esto de sentirse tan solitario como en este día y con seguridad como llegaría a sentirse en los días siguientes. Fuè como si un considerable impulso lo obligase a agitarse innecesariamente. Tenía ganas de correr, de superar con un buen salto los zanjones de la calle Deseado. Y hubiera saltado nomás el zanjón a esta altura de la vida de no haberse encontrado de pronto ante una muchachita cruzada de brazos en el zaguán de su casa, una de las más lujosas del barrio.

Si Jota Eme se detuvo fuè porque físicamente no pudo seguir adelante. Tuvo ganas de insinuársele a la muchachita; de sonreirle amistosamente. Una idea alocada de tipo que está en la luna, seguramente; ni que la chica fuese una cualquiera como aquella otra del tranvía, una lactante capaz de guiñar un ojo con determinada procacidad.

—¿Qué mira, pedazo de idiota? —reaccionó ella porque Jaime, en efecto, estaba ahí a cuatro pasos y la miraba con estupor muy parecido al descaro.

—¿La calle Deseado, por favor? —preguntó él, con ese estupor.

—No se haga el vivo, ¿quiere? —replicó la mostacilla con voz y mirada ásperas de mujer crecida.

Jaime no tuvo más remedio que seguir de largo con las manos en los bolsillos, como las traía al llegar ante la casa de la muchacha, y ni siquiera asombrado. ¿Qué tenía en el pecho esa chica tan violenta? Una flor, una anémona.

La madre estaba otra vez a oscuras en su cuarto. Silencio impresionante el de esta tardecita mortecina. Los pasos de Jaime levantaron varios ecos en el pa-

tio cubierto, se escuchaba a la distancia un fonógrafo de tono muy agudo, dentro del cual se lamentaban Enrico Caruso o Titta Rufo —*Vorrei baciar/i tuoi capelli neri*. . .—, y también, mucho más cercano, el recio campaneo del herrero vecino.

Jacobita De Matteis estaba allá adentro, a puertas cerradas con la señora doña Malvina. No lo oyeron llegar, porque si no hubieran callado de repente, y en cambio se escuchaba el sostenido murmullo de las maledicencias secreteadas en la tiniebla indolente del cuarto materno. La puerta estaba solamente entrecerrada. Las voces escapaban hacia el patio como ráfagas. Jaime oyó sin dificultad.

—Lo que usted debería hacer es cortar por lo sano —opinaba con vehemencia la señora De Matteis—. Mi marido dice que a un zángano así hay que enderezarlo lo más pronto posible. Por su propio bien, ¿entiende? Para que deje de ser un zoquete y un malintencionado. Vea, mi Arístides no da por él un centavo partido por la mitad.

Se mostraba exaltada, y hablaba con su voz detestable. La madre de Jaime contestó sumisamente: siempre se había sentido envenenada por el temor de que ese hijo se desprendiese de ella alguna vez.

—Todos los hijos se desprenden, señora mía —relinchó la De Matteis con la impaciencia que la acometía de un tiempo a esta parte.

—Pero éste es único. Desde que murió mi marido, siempre pensé que él también se me moriría.

—Pero ¿por qué? ¿Qué motivo?

—Ningún motivo. Era un pensamiento triste, nada más.

—Lo maleducó desde el principio, debe ser eso.

—Siempre pensé que él también se me podía morir y que yo iba a quedarme sola.

—Una idea fija, ¿no? Además, más sola de lo que él la tiene. . .

—Oh, sí, tan sola. Aquí nunca se dice nada. Somos un poco extraños, él y yo. Porque él quiere serlo, claro. Yo por mí hago lo posible para sacarle cosas. Pero sí, siempre el miedo de verlo enfermo alguna vez.

—Ya ve que creció sano y fuerte. Demasiado.

—No, ¿por qué demasiado?

—Nada más que los zánganos por el estilo de Jaime son fuertes y están siempre tan bien de salud.

—No diga eso, doña Jacobita.

—La salud sirve cuando sirve para bien.

—A Jaime le sirve para otras cosas.

—¿Para qué? ¿Para casarse con una muchacha rica, acaso?

—Oh, él no piensa en eso. Pero si ni siquiera tiene novia.

—Debería pensar, debería tener una novia muy rica, porque es un parásito y a usted le gusta que lo sea. Creo que usted no ha sido buena madre, aunque esté segura de haberlo sido. Le faltó severidad. A los hijos hay que tenerlos a raya desde el principio. Sobre todo a su Jaime. ¡Cómo pensar que se le podía morir, con esos hombros y ese cuello de toro que tiene! ¿No ve los brazos y las piernas que Dios le ha dado? Es un precioso muchacho, varonil, lleno de vigor, de energía. Es simpático, dulce. Pero usted hace muy mal en defenderlo y justificarlo.

—¿De veras cree que lo entiendo? Se equivoca, Jacobita: cada vez menos. Es como si desde que dejó de ser un mocoso alguien hubiese empezado a levantar una pared. Sí, año tras año, una pared; y como si ahora fuese tan alta, tan alta... Jacobita: como si la pared estuviese entre él y yo, y no pudiéramos vernos nunca. No lo comprendo ni lo justifico. Lo que hago es dejarlo vivir a su modo. Es todo lo que puedo hacer por él.

O bien se produjo un silencio, o si no las dos mujeres hablaron con voz inaudible. Volvió a levantar repiques de esquila el yunque de la herrería; otra

vez el fonógrafo desparramó la voz del dios Caruso por las calles, y voló una rígida flecha de pájaros negros en el cielo del patio.

—Lo que hizo en la Bitumina es bochornoso —se oyó, como un latido más fuerte que otro en la pausa densa de la tarde.

—¿Qué hizo, Dios mío?

—Arístides no tuvo más remedio que elevar una nota al Directorio. El señor Imbusto, el gerente, se emperró en iniciar un sumario, pero Arístides movió cielo y tierra para tapar el asunto. ¿Quién le dice que no hubiera ido a parar a la cufa, ese bombón de su hijito, si no? No me pregunte qué hizo. Que se lo diga él con pelos y señales. Mi marido piensa que usted debería cortarle los víveres. Hay un piano, ¿verdad?

—¿Quiere que se lo quite, el piano?

—Dígame para qué necesita piano un hombrachón como él, con ese tórax, con esas piernas. Y no me diga que es su vocación. Es... las pocas ganas que tiene de ganarse la vida como Dios manda, señora mía.

"Señora mía" fue un punto final. Las dos mujeres abandonaron la habitación y advirtieron que Jaime, en el patio, les había escuchado el secreteo. La madre esbozó una sonrisa melancólica; Jacobita De Matteis sacudió el busto, dudó un segundo o dos y terminó por dar las espaldas a la madre y al hijo y por encaminarse hacia la puerta cancel con el taconeo decidido de quien lleva toda la razón entre pecho y espalda, la hace valer porque es razón de peso, y deja en el embaldosado del patio una huella recta, imborrable.

IX

Era mujer recomida por continuas rabietas, Jacobita De Matteis. Terrosa por naturaleza, a menudo se la veía súbitamente enrojecida por tormentas interiores desatadas sin anuncio previo. Por lo que restaba de cara, aparte esa enormidad de antiparras color betún negro, las prontas llamaradas parecían encenderla por dentro como un farolito japonés. Vibraba casi siempre, solía golpearse el pecho con los dedos de la mano izquierda aunados en racimo y, en esos fugaces momentos, quedaban marcados en la tela del vestido, a ambos lados de la mano que golpeaba, dos brotes de notable reciedumbre.

—No hay que hacerle mucho caso —vaciló la madre cuando el estrépito de hierros de la puerta cancel rubricó la fuga precipitada de la amiga—. Está enferma, no es feliz y está enamorada.

—Yo no quiero ser una carga —murmuró Jaime con la voz rota.

—Jaime: quién habla de eso.

De eso hablaba por de pronto esa ruín Jacobita. hembra odiable hasta la pared de enfrente. Y hablaba ella misma, la madre, incapaz de encontrar palabras ajustadas para poner a la amiga presunta en vereda. Si era cierto que no había que hacerle caso, que no dijese ella misma, la madre, esas cosas arrastradas que no le iban ni le venían.

De modo que él, Jaime, se había pasado la vida a punto de morir. Era una especie de sobreviviente, entonces, un excedente, una sobra. Gracias: en adelante se reservaría el derecho de vivir y moverse con el desparpajo de quien ha tenido la dicha de no estirar la pata a tiempo.

Ah, sí, resultaba una especie de rescate cuanto le tocase vivir de hoy en más. Gracias, gracias. Reviviría a partir de ahora lo que hasta el presente sólo pudo vivir de prestado; y lo primero que haría —ya estaba sumamente resuelto— sería ponerse a escribir una carta insultante dirigida a la abominable Jacobita De Matteis.

—Dice lo que dice porque está enamorada —lloriqueó la madre.

—Del marido no, ¿eh? —(la señora doña Malvina se ruborizó; Jaime comprendió a tiempo)—. ¿De quién está enamorada? ¿De mí? ¿Por qué?

—Me imagino que no es feliz con el señor Arístides.

—¿Desde cuándo está enamorada de mí?

—Desde siempre. Tuve que darme cuenta porque siempre quiso ayudarme a educarte a su manera, y porque no hace más que hablarme de vos durante todo el tiempo. No tendría que decirte nada, pero si Jacobita habla como habla, si parece que te tiene inquina, es por eso.

Pensaba cosas atroces, las decía y era capaz de hacerlas... simplemente porque estaba enamorada de él. Gran noticia. Graciosa, y además inaudita. Como para divertirse un rato.

Y ella, la Jacobita, ¿tenía idea de que él no sólo no estaba ni remotamente prendado de sus brotes poderosos, sino que ni siquiera se había fijado nunca en ellos y que si de algún modo la tenía presente era para odiarla con más conocimiento de causa, para encontrarle en la cara, en los dientes, en las nalgas, más y mejores motivos para ese odio?

Estaban de pie madre e hijo en el medio del patio, sin moverse, sin pensar en sentarse en las sillas de mimbre resquebrajadas por el sol y repintadas con pintura verde. Otro disco de Caruso en la otra cuadra: *Del mio pensiero/tu sei regina...* —se desgañitaba el divo con solemnidad desproporcionada.

—Deberías contarme bien lo que te sucedió en la Bitumina, Jaime —solicitó la madre, lamentosa.

—Cuando vine a decírselo, usted no tuvo interés en escucharme.

—Justo en ese momento no podía más de la cabeza.

Dolor de cabeza efectivo, o quizá necesidad de conocer previamente la opinión de Jacobita. O si no, desinterés completo, inhumano por cuanto acababa de suceder de trágico en la Bitumina. De todos modos, un primer plano de jaqueca insoportable como una sensible pantalla destinada a cubrirlo todo, toda la existencia.

—Me pusieron de patitas en la calle —exclamó Jaime con íntimo regodeo—. Me acusaron y me fletaron.

—¿Te acusaron de qué? Algo malo que habrás hecho.

—No sé si hice o no hice algo de malo. Lo importante es que me llevaron y me trajeron como si lo hubiese hecho.

—Supongo que el señor Arístides no tendrá ninguna culpa.

—Todos son unos miserables, todos tienen la culpa: el señor De Matteis, el señor Imbusto y los galeotes que en cuanto los tienen a mano se ponen a reverenciarlos como si fueran ídolos. De Matteis es un marica del que hay que disparar, y el otro, el gerente, el Imbusto ese, es un negrero, un chupasangre por cuenta del Directorio. ¿Quiere saber, mamá, lo que es la Bitumina? Una fábrica, sí, pero no de asfalto, sino de pobre gente que termina con los pulmones llenos de alquitrán y que tarde o temprano van a parar al hospital con la sangre podrida.

—Jaime, no importa lo que haya pasado.

—Importa, es fundamental.

—No hay que estar tan rabioso.

—No estoy rabioso, estoy triste.

—Tenés que reaccionar, hijito.

Otros reaccionarían, Jaime no. Él —lo dijo, lo manifestó con todas las letras— a raíz de esto se sentía vencido para ineternum. Los que reaccionan de esta clase de contrastes lo olvidan todo en la primera coyuntura; él no tenía el menor interés en olvidarse de nada, necesitaba estar triste, siempre, por esa causa inolvidable; para él resultaba un ideal eterno esto de pasarse la vida rabiando contra las demasías de los demás: un ideal y un programa para toda la siega.

Decía estas cosas ni siquiera con entusiasmo. Pronunciaba palabras vehementes para exaltarse con su altisonancia; no lo consiguió demasiado; y de seguir así —llegó a pensar— terminaría por ceder a una idea tan monstruosa como la de presentarse ante los ídolos Imbusto y De Matteis para doblegarse ante ellos y pedirles humildemente toda clase de disculpas.

—Eso nunca —gritó ante la mirada atónita de la madre, que por supuesto no alcanzaba a comprender el exabrupto.

Renunció a seguir hablando. Basta de dilaciones: redactaría contra Jacobita esa carta urticante, y la redondearía con tal inteligente sutileza, que también el bellaco marido hermafrodita tendría en cuatro líneas su exacta dosis de tortura. Uno es un coloso, una máquina de fulminar al prójimo, y no se detiene hasta ver al enemigo convertido en piltrafa, con el cuello de la camisa repelado en los bordes y el bigote, antes tan pimpante, completamente derramado sobre la comisura de los labios como usan los chinos de Marco Polo que se ven en los grabados de *El Millón*. Y luego un derechazo justo en los labios carnosos, como aplicado con los puños de plata de Georges Carpentier.

—Hediondo el marido y hedionda la prostituta que se acuesta en su cama —rechinó entre dientes con retórica que en ese momento le resultó agradable.

—Jaime... —suplicó la madre con un rápido parpadeo de horror.

El hijo no la oyó. "Chau" —dijo; y se encerró en su cuarto; pero ni escribió la famosa carta ni intentó tocar el piano. Elaboró en cambio insultos variados, sonoros, satisfactorios, durante un buen rato; y lloró luego, por que no podía más de pena, hasta secar varios canales interiores.

Daban las ocho en el reloj de la sala grande cuando la señora Malvina le anunció que la cena estaba lista. Se negó a salir. Y en adelante, según se lo prometió a sí mismo con reiterada energía, se negaría a probar un solo mendrugo no ganado con sus manos inútiles convertidas en garras diligentes aptas para todo servicio.

También se sintió acometido por el prurito de volar a la calle y pasar una verdadera noche de parásito acurrucado en un banco de plaza, hambriento y libre como los gorriones de los canteros.

—La plaza está llena de crotos —diría alguien al llegar a su casa, escandalizado, ante la mirada atónita de la familia bien avenida.

En efecto, cómo no; y uno de ellos, y croto máximo, será Jaime Mayor el perdulario, el réprobo. Hermoso, hermoso, llevar esa suerte de vida miserable a partir de ahora.

No obstante la férrea resolución, el rebelde decidido postergó la iniciación de la aventura hasta el día siguiente.

La noche le hizo comprender el fracaso con más intensidad, lo obligó a pasar revista al odio universal que brotaba de su encono y crecía hasta quién sabe qué límites más universales aún, al amparo de la oscuridad del dormitorio. Incluso podía empezar a aborrecer los objetos a partir de este punto: el piano, la mesa, el tintero de onix de San Luis con su pesa-

lísima pluma hecha a imitación de las de ave, el ropero, el musiquero, las perchas, la esponjosa oscuridad del cuarto apretada alrededor de su garganta con ánimo homicida.

Qué incalificable fiasco la visita a la iglesia de Floresta. Peripecia lamentable porque aquello de *Dios está aquí/venid adoradores,* resultaba hasta mejor oportunidad una aserción incomparable. Dios estaría nomás, en aquel lugar solemne, afiligranado hasta la esencia del oro y las puntillas, pero no para Jaime Mayor, no para Jota Eme el réprobo y el desdichado. Como del mismo modo no habían estado para el réprobo y el desdichado los camaradas hipócritas de la Bitumina, como no estuvo la propia madre nada expansiva o la joven de la anémona en el pecho, para quien resultaba tan cómodo sentirse irritada.

Con las manos en las sienes llegó a la conclusión de que San Roque, por ejemplo, pudo haber sido el adecuado intercesor; pero él, con irracional ansia de desquite, le volvió las espaldas dejando con un palmo de narices al Señor que atisbaba detrás de una rendija, lleno de pasmada curiosidad. Si de pronto Jota Eme volvió las espaldas, Señor, fue porque también de pronto —¡qué embromar!— se le acabaron las ganas de humillarse. La cosa fue así, Señor, para que usted sepa.

Luego, la madre: acababa de tenderle la mano para la confidencia total, la pobrecita, y él la había rechazado. Ninguna gana de ser compadecido o socorrido. Y también la pebetita de la anémona; Jota Eme tal vez hubiera podido conseguir por lo menos la flor, la anémona, caso de llegar a convencerla con buenas palabras y no con ese talante de aburrido sin remedio que adoptó en el justo momento. Siempre equivocado, Jota Eme; siempre pifiador de números. Pobre.

Se acababa todo, éste era el punto extremo. Ahora tenía apretado el pecho y la espalda este desdén per-

sonal, vigoroso como un odio bien madurado, acariciable, plegable ni más ni menos como la sombra del famoso Peter Schlemihl del cuento alemán. Claro que incluso detestaba las cosas que se ponían al alcance de su furor. Si con una rabiosa coz echó el cobertor a los pies, fue porque se negaba a sentirse digno del calor que proporcionaba la manta contra el frío de la madrugada. No quería nada de nadie; ni de nada, así se tratase del cobertor. Afuera sábanas y demás beneficios. Preferible quedar desnudo al aire, con la piel pegoteada de sombras y erizada de frío. Hubiera sido capaz de saltar ya mismo de la cama, a no ser por el molimiento que lo incapacitaba para moverse ni siquiera un trecho corto. Tenía sueño, ahora, pero ni dormir quería, sólo porque el sueño es también una generosidad inmerecida. Lo rechazaba todo, a esa hora de la enconada desesperación. Permanecería exaltado y despierto hasta la enfermedad y la muerte si hacía falta.

Abrió los ojos a las nueve de la mañana siguiente, y pasó lo menos dos horas tratando de componer la famosa y rajante misiva contra el matrimonio De Matteis:

"Gente execrable..." —comenzó.

Bueno, si empleaba tales retóricas terminarían incluso ellos por tomarle bonitamente el pelo.

"La miseria y el acoso del humilde tiene sus límites..."

Tampoco, porque De Matteis y consorte, gente roma, no entenderían de qué límites ni de qué acoso se les estaba hablando. Y además eso sonaba a Víctor Hugo, a Almafuerte, y por otra parte tenía apenas un ligerísimo acento insultante. Hacía falta algo tan rotundo como un corte de manga.

"Mis sentimientos..."

Terminó por rasgar todos los papeles y por renunciar a tal tenor de venganza que, por lo visto, resultaba inapropiado a su temperamento.

Entonces salió a la calle. La madre doña Malvina acababa de poner una batata en la brasa y a lo ancho del patio estaba suspendido un buen perfume antiguo, inolvidable. Sintió una agujeta en el estómago y por poco no cierra los ojos al pasado y se mete en la cocina.

Se contuvo a tiempo. Y entonces —"Chau, mamá..."— salió por fin a la calle y dio comienzo con alma y vida a la peregrinación que cuarenta y ocho horas más tarde debía arrimarlo al Férguson, lugar del mundo tan propicio como cualquier otro para un fracaso.

X

No entró a tomar un café ni un vaso de cerveza, sino nada más que a sentarse un poco. Era el Férguson. Nada de peculiar en este Férguson, salvo tal vez la necesidad de aglutinarse que ahí singularizaba a los parroquianos; la de formar una unidad, probablemente.

El dueño, no bien lo vio aparecer, le echó desde el mostrador una mirada alerta y comprensiva al mismo tiempo, pero Jaime tenía a tal altura de la peregrinación el pensamiento bastante confuso y no entendió la actitud ciertamente generosa de aquel hombre.

Allí había en ese momento un apiñamiento de individuos en tren de polemizar. Esta clase de gente se la encontraba en todas partes: en la calle, en las

esquinas, porque la humanidad podía estar hecha de disputadores impenitentes. Sin embargo, éste era un grupo compacto, según Jaime Mayor coligió en las primeras de cambio. No, no disperso, sino aglutinado. Claro está que fue una impresión pasajera; el cerebro de Jaime estaba desvaído en estos momentos, y era fácil equivocarse en números; el pensamiento de Jota Eme, desde días atrás, había dejado de ser una función activa para trocarse en secreción involuntaria.

Se acercó a una de las mesas pensando, segregando: "Estos son un racimo; estos viven como racimo; cuando se mueran, se van o morir todos juntos, como un gran racimo".

Contra una de las paredes se había instalado un ciego muy corpulento y de fisonomía aniñada. Tocaba un curioso instrumento mixto, compuesto de una ventruda guitarra a la que se acoplaba una armónica mediante un listón que la hacía llegar a la altura de los labios. Las manos del ciego, regordetas, iban y venían sabiamente, y las mejillas sebosas se le hinchaban por momentos hasta adherirse a la armónica Hohner de dos octavas.

Casi en seguida vió a la acompañante, una mujer que cantaba melodías berlinesas y tenía colgado del hombro un acordeón a piano sujeto a la espalda mediante una correa y encajado en una depresión de la botarga usada a modo de repisa.

—*Ta-ri-rá*... —cantaba la mujer— *Der sommer/ Der ist da.*

Demasiado desgarbada para llamar la atención en mal sentido. Era atlética y lánguida al mismo tiempo, pero de una languidez puramente interior. Terminó por escabullirse conduciendo al ciego de la mano.

Este era un lugar desfavorable, entonces —reflexionó el recién llegado con mucha dificultad—; por consiguiente hacía falta eliminarse ya mismo.

Jaime Mayor se esfumaría ya mismo; ya, ya se estaba esfumando; estar aquí todavía de pie, pero dispuesto a irse, es una de las tantas maneras de esfumarse que tiene un hombre. Así y todo se sentía tan lleno de fatiga que se le hizo paradisíaca la posibilidad de sentarse a esa mesa, apoyar ahí los codos y luego, lentamente, dejar caer la cabeza entre los brazos desfallecidos.

En algún momento se durmió. Fue Basilio Prato quien llegó a contarle una vez, andando el tiempo:

—Usted durmió el día de su llegada. Parecía un ex-hombre de Máximo Gorki, pero me acerqué para echarle un vistazo de cerca y me di cuenta de que no podía ser un vago así nomás. ¿Por dónde había andado, para llegar descalabrado hasta ese punto?

Andado, no, realmente. Odiado, sí, un poco, por calles, esquinas y plazas de Buenos Aires, incluso en un cubil de esos tan sórdidos donde usted pasa la noche por un par de monedas que hurgando hurgando termina por encontrar en el fondo del bolsillo. Allí no le preguntan quién es usted ni cómo se llama ni de dónde viene, y si son tan osados como para animarse a preguntar, usted dice sin asco que es nomás Pedro Perico Pereira, Pobre Pintor Portugués. Nadie se le ríe en la cara. Aunque tampoco le dan a probar un bocado así se esté cayendo al suelo por la mucha debilidad. Nada, ni aun si se ofrece a lavar platos y copas en la cocina, o a pintar de colorado rabioso el frente de una casa, o a acarrear baldes de mezcla en una construcción donde hasta la gente más negada encuentra un trabajo apropiado para su situación.

¿Nunca empezó a leer algo de Knutjansun, usted? Uno sí, una vez empezó. Uno tiene un estante con libros en la casa, además de cuadernos de música, y se puede empezar a leer: "Todo el hambre que debí

soportar en Cristianía..." Así está escrito el primer renglón, y el libro se llama *Hambre*, precisamente. No se pasa de ahí. Es terrible y es bastante. Lo extraordinario del caso es que, a pesar de haber leído una barbaridad de ese estilo, uno siga con ganas de ir a ver qué pasa en Cristianía.

—"¿Usted quiere trabajar de peón con esa carucha de mujercita que Dios le dió?" —le dicen a uno, y lo mandan al cuerno sin reparo.

Quién sabe de qué está hecho el mundo, señor Basilio Prato: de calabreses que le miran a uno las manos y encuentran que son demasiado escuálidas para manejar la mezcla de cal y arena. Con todo, estas manos han sabido errarles a los guarismos de la Bitumina; estas manos...

¿Usted sabe lo que es un promedio estadístico, señor Prato? Bueno, un promedio estadístico viene a ser Knutjansun y el hambre que se debe soportar en Cristianía obligatoriamente. O a lo mejor está hecho el mundo —Buenos Aires por lo menos— de gente echada para atrás, de trompudos, de empresarios sin misericordia ni amor al prójimo que en cuanto lo ven a usted necesitado cuanto menos de una palabra afectuosa, ponen entre usted y ellos, y al trote, por la parte baja veinte varas de desprecio.

Uno deja su casa todo broncoso, lleno de ínfulas, con la cabeza repleta de proyectos disparatados, y lo primero que se le planta de frente para impedirle seguir adelante es un cansancio inaguantable. Uno se despatarra en cualquier parte: un banco de plaza es de rechupete para hacer de croto, o el cordón de una vereda solitaria. Y en seguida, una vez sentado, con las rodillas en el pecho y los dedos entrecruzados sobre las canillas para sostener las piernas en alto, empieza a subir desde las entrañas un hambre atroz. Como si uno hubiera abandonado con el cuerpo físico solamente la casa de la calle Deseado donde ha vivido hasta la noche anterior. El alma sigue siendo

revolucionaria y sigue petardeando al mundo que la lesiona. El cuerpo no, el cuerpo añora las sábanas, el calorcito del cobertor malamente repudiado, y siente toda esa gran nostalgia de la batata asada en la brasa. Pero el cuerpo humano, señor mío querido, es cosa bellaca, y no sabe sino del cansancio y del hambre de órdago. Sólo muy adentro de uno sigue en pie la resolución de terminar con esta vida de parásito, para emprender una nueva existencia librada de trabas. Incluso la imagen materna —allá en la casita de la calle Deseado, y a quien uno quiere suponer llorando a lágrima viva la ausencia del hijo tarambana—, incluso esa imagen impulsa hacia adelante, borrosa como aparece, embretada como está en un rinconcito de la conciencia.

Resolución y empuje los hay en todos sentidos, y hay también aguante para lo que venga, salvo para el hambre. Es Knutjansun lo que maltrata, es Cristianía. Y el cansancio, claro. Hace falta comer y dormir, y si se descuida tampoco viene mal tomar unos mates en una pausa. El cuerpo este que uno lleva consigo como una carga suele tener más pretensiones que Anchorena cuando el bocado, las sábanas y demás comodidades de la vida se han convertido, aunque sea por decisión de uno mismo, en una posibilidad solamente teórica.

Estas fueron las razones mediante las cuales el señor Basilio Prato pudo colegir que el mozo recién aparecido en el Férguson no era del todo el vago y el ex-hombre de Máximo Gorki imaginado al principio; por más que, quién sabe, tratándose de un cuerpo del hombre, hay algo en él que se ajusta en seguida a la actitud del vagabundaje. Uno se convierte en trotacalles y en mendigo desde el vamos.

Jaime tenía idea de haber pasado por lo menos una noche en el plúmbeo Hotel Manfredi de la calle Río Bamba, antes de llegar a Bartolomé Mitre. No se sa-

be cómo pudo dar con semejante reducto; quizá andando y odiando, naturalmente, porque el odio no lo abandonaba ni siquiera un tranco de pollo, era parte del empuje inicial, y parte también de su nuevo aspecto físico de individuo echado a perder y resuelto a no tener domicilio fijo hasta algún final que podía o no ser de desolación.

Del Manfredi recordaba ahora una ringlera de habitaciones dispuestas en fila india, una luz más muerta que viva y un corredor flanqueado por una barandilla de hierro con pasamano de madera recién barnizada. Y allá, en el fondo del corredor, la sombra regordeta de un sujeto maduro, sonrosado, muy cordial y servicialísimo con algunos elegidos.

—Me gustaría serle útil... ¿No quiere un cuartito para usted solo? Si se pone en mis manos va a dormir como un príncipe.

Meneaba el plumero, hablaba con labios consistentes y le alumbraba los ojos un brillo acaramelado significativo. El tipo daba ganas de devolver porque, aparte, de la nariz para arriba era bastante parecido a don Arístides De Matteis.

—Yo no tengo pretensiones —se opuso Jaime con ese total cansancio, en aquella ocasión—. Duermo en cualquier catre, yo.

Por suerte el encargado del hotel se dio cuenta de que el huésped al parecer no estaba para jaranas de la índole que a él parecían preocuparlo tanto.

—¿Va a dormir con los atorrantes, entonces?

—Y bueno, sí.

Tal vez fuera mera casualidad, pero si bien le tocó hacer noche en el cuarto número Cuarenta y dos, donde estaban armadas cuatro yacijas de hierro, no le tocó en cambio ni sombra de vecino, y pudo ser el sujeto sonrosado quien se ocupase de desviar hacia otros reductos a los posibles ocupantes. Quién sabe. Y algo se hizo escuchar (atisbos de conversaciones

groseras, blasfemias, protestas a voz en cuello) a lo largo del pasillo abarandado.

Luego nada más. Jota Eme durmió como un tronco. En mitad de la noche se despertó porque presumiblemente había estallado una trifulca en algún sector del edificio, y quedó largo rato fruncido en ese jergón que olía a lana quemada y estaba saturado de pesadillas ajenas. Prestó atención; la gresca ocurría en un piso alto; las habitaciones laterales y el corredor parecían silenciosos. Se escuchaban imprecaciones feroces, resonó un prolongado aullido de espanto, y luego una silla fue echada a rodar por una escalera o quizá alguien quiso lanzarla contra la pared semihueca, de la que el revoque se desprendió desgranado como una andanada de confites de boda.

Fue una agarrada con todas las de la ley, y tanto podía haber sucedido en el piso de arriba del Hotel Manfredi como en una casa de vecindad ubicada en lo alto por el azar de una construcción enrevesada. Jaime aguzó el oído. La turbulencia se prolongó durante unos momentos, y a continuación se produjo un silencio tajante y aparentemente sin consecuencias. Escuchó con más atención y dedujo que alguien lloraba o suspiraba con lejana congoja. Podía ser el ronquido de cualquiera de los atorrantes en los cuartos número Cuarenta y uno o Cuarenta y tres, aunque hacía falta esforzarse mucho para percibirlo. Llegó a la conclusión de que no valía la pena. Bah, dormir era demasiado bueno para seguir frenando el sueño con motivos de tan poca monta. Desfrunció el cuerpo. Durmió. Soñó.

Al despertar, la luz del sol penetraba por varios agujeros practicados en la puerta. Parecían hendijas hechas adrede con un cortaplumas y aún con sierra de calar.

Y estaba dentro del cuarto el sujeto ese, haciendo la limpieza. Rápidamente Jaime se replegó sobre sí mismo con la sensación de haber sido tocado:

—¿Qué hace ahí? —farfulló.

El sujeto hacía solamente la limpieza, cosa corriente en la casa a partir de las ocho de la mañana. Naturalmente, no en todos los casos se respetaba el sobresueño del huésped, pero en la ocasión era distinto. Por lo de anoche, naturalmente. Quizá el huésped había oído algo extemporáneo anoche.

Lo miraba con ojos turbios, el encargado del hotelucho. Contó que allá arriba alguien había asesinado a alguien de una y media a dos menos cuarto, y ahora los agentes de investigaciones iban y venían incesantemente. Ninguna curiosidad, el huésped, por saber de qué podía tratarse, qué extraño. Jaime tuvo la impresión de sentirse degradado por el solo hecho de ser mirado y hablado por un ejemplar de esta casta en las presentes circunstancias.

Bajó a la calle. Por la puerta vecina del Hotel Manfredi sacaban en camilla una blanca forma de mujer asesinada. Frenada contra el cordón de la vereda estaba pronta una ambulancia a caballo, a cuyo alrededor se había aglomerado una regular cantidad de curiosos. Se le apretó el corazón al verificar que su nueva libertad, su actual sensación de ser un gorrión en los canteros de una plaza, quedarían a partir de ahora tocadas por el signo del asesinato. No le sedujo este crimen cometido en las proximidades de su propia habitación, cosa de tres metros por encima de su cabeza. Se horrorizó ante el pensamiento de haber dormido (algo equivalente a haber dejado el alma en libertad durante horas) luego de consumado el hecho, cuando la mujer asesinada ya no pertenecía a este mundo porque una entidad desconocida le había alojado una porción de balas en el cuerpo.

—¿Balas? ¿Quién le dijo balas?

Se enteró. La desdichada tenía en el cuerpo cerca de docena y media de puñaladas, casi todas mortales. El matador era un hombre feroz, una fiera sa-

ñuda capaz de matar tres o cuatro veces seguidas a la misma mujer, tendida a su lado. Más no se podía matar, señor mío.

—¿Pero de dónde saca que fue el marido y que la pescó infraganti? Hay que ver cómo viaja usted. Pasa que mientras ella dormía el tipo le echó el ojo al anillo, un zarzo que bueno bueno, y se le atravesó en la garganta. Quiso zafárselo, pero ella se despertó, y él entonces la abrió de arriba abajo para no dejarla desahogarse.

—Yo la oí gritar... —murmuró Jaime.

—Trató de escapar, quiso llamar a la gente. Pero cuando la gente llegó, la pobre ya se iba en sangre. Se lo tuvo merecido, me parece, porque ¿quién le mandó irse a dormir a un hotel con un extraño?

—Yo la oí gritar —repitió Jaime para sí mismo.

Era, efectivamente, otro hospedaje el edificio vecino en cuyo frontis se leía el cartel compuesto con grandes letras doradas sobre cristal negro: Picadilly Hotel. Se vio también que pertenecía a los señores Piriz (Juvenal) y Casalengo (Franco). Jaime estaba por enterarse de la fecha de fundación, en 1907, pero ya introducían el blanco despojo en la ambulancia entelada de negro como una verdadera carroza fúnebre.

La policía quiso disolver a los espectadores cada vez más apiñados. Luego el carromato se alejó, y en la calle quedaron dos o tres grupos para contar los hechos con mucha vehemencia y de varias maneras distintas.

Una señora retacona dijo conocer a la protagonista del suceso.

—La muchacha se llama Beata —aseguró—, era una atorrantita, pero estaba pelechando y se sabía que alguna vez podía pasarle esto.

—"¿Beata? —pensó Jaime—. ¿Puede morir de tan mala muerte una muchacha llamada Beata? ¿Y por qué alguna vez podía pasarle esto que le pasó?"

XI

El nombre de Beata, la forma como poco a poco había llegado al conocimiento de su existencia y, previamente, al de su muerte, se le sumergieron a Jaime en una hondonada de la conciencia. Cada vez más tuvo a esa Beata por dentro, a medida que progresaba la mañana y la ansiedad del estómago se hacía dificilísima de tolerar porque ya se infiltraba en el torrente de la sangre y se estaba convirtiendo en la pulsación de un hambre enfurecido a lo largo de las venas, los huesos, en la cabeza misma y en las caderas. Todo el cuerpo dolorido y torturado.

Tampoco en el curso de esa mañana probó ningún alimento; se lo prohibió a sí mismo terminantemente. Ni quiso sentarse en el cordón de una vereda ni en el reborde de la fuente en la plaza del Congreso. Verboten todo, para hacer méritos: no comer ni sentarse, ni nada sospechoso de favorable y benéfico.

—Soy un expulsado —se repetía con exaltación—. Uno es ahora y para siempre una excrecencia inmunda de la humanidad.

Con ese torrente de hambre y cansancio en los músculos siguió adelante, dejando atrás calles y calles con los pies cada vez más entorpecidos y una mente destrabada cada vez menos suya.

Tuvo vaga idea acerca de otros escasos acontecimientos sobrevenidos durante esa jornada de peregrinación previa a la recalada en el Férguson. Algo relacionado con un animalito doméstico, barruntaba. Como si Jota Eme se hubiese portado perversamente con un animalito casero, y alguien de voz

desesperada se hubiese puesto a gemir con un estertor de agonía:

—Es un maldito; nadie quiere a ese mal hombre porque es un endemoniado maldito.

Chillidos de criaturita, también, y semblantes torvos tan asomados a las ventanas que al menor descuido podían caer a la calle.

Los tumbos lo llevaban por Tucumán hacia el Paseo de Julio. Ningún interés en evitar ni torcer el rumbo de esa brújula imantada para él por los dioses errantes.

—Es un maldito. No lo quiere nadie —al mismo tiempo que piedras filosas le rozaban la nuca y el cuello.

Eso es, valía la pena: lapidado además, para colmo de sufrimientos que uno es capaz de padecer sólo porque es un coloso y la determinación que lo lleva adelante no admite tropiezos. Ningún dolor, sin embargo ni en la nuca ni en el cuello. Sólo el efecto moral en lo que restaba de alma.

Al llegar a Reconquista necesitó apoyarse en la moldura de una pared, en la puerta de una baratijería. Un hombre tatuado, un turco, salió un instante para ver de qué se trataba. Pero se desentendió en el acto y volvió a ocuparse de su negocio. Fue una cara familiar, como si algún rostro gentil de la calle Deseado se hubiese corrido hasta aquí para darle la bienvenida.

—"Salud, Jota Eme".

Fue otro embrollo de las entrañas hambrientas, pero tuvo idea de que entraba en su propia casa de la calle Deseado para desplomarse en una de esas hamacas de mimbre pintadas de verde y que oscilaban al menor conato de viento bajo el entoldado del patio. La madre juntaba las manos al mirarlo, y él decía "Oh, mamá..." con cierta altanería.

—"A Dios gracias estás otra vez aquí" —suspiraba la señora doña Malvina, otra vez con monedas de cobre en las sienes.

Y todo volvía a quedar encarrilado como antes de comenzada la tropezosa peregrinación, cuando los sentimientos se conservaban intactos y no hacía falta salir a pasearlos por las calles tumultuosas donde se podía gritar a los pasantes impunemente: —"Es un maldito". Ahora dormiría una horita, y a la mañana siguiente se pegaría una ducha, enfilaría el jetra azul a espigas y dispararía a estampar la millonaria en el libro de oro de la Bitumina donde consta la hora de llegada y de salida de los esclavos innumerables.

—"Mamá, el traje de sarga tiene rodilleras".

Firmaría el gran libro, y allí vería orondo, con el pecho ensanchado, al buen señor Arístides.

—"Hoy tiene mejor semblante, señor De Matteis. ¿Cómo está, qué tal se encuentra la señora Jacobita?" —preguntaría, ya que se estaba en tan felices términos.

—"Muy bien de números, excelente Jaime Mayor".

—"Empeño que se pone en la tarea, señor Arístides".

—"Capacidad, Jaime, su beata capacidad".

—"¿Mi beata capacidad?".

—"Su beata capacidad".

Y puesto que esta podía ser la calle Deseado, y un centenar de metros más allá levantaba las rejas llenas de jazmines su propia casa, primero caminó con un último esfuerzo, y luego entró sin pedir permiso.

Había cierta fiesta, allí. Incluso estaba presente, caramba, la señora Jacobita, pues era Jacobita esta mujer del acordeón a piano que se zarandeaba con dengues alemanes. Y ahí lo tenían al eminente De Matteis atareado en succionar con su ancho hocico el filo de la armónica Hohner de dos octavas.

—"¿Dónde está Beata, silvuplé?" —exigía el recién llegado a los hombres reunidos en racimo imposible de desracimar.

Se sentó a esperar la respuesta. Puso los codos en la mesita y esperó y esperó. O bien se quedó de pie aguardando el momento de esfumarse de este lugar también oprobioso.

—*Ta-ri-rá*... —berreaba frau Jacobita.

Sí, quedó de pie aguardando que el matrimonio musical se mandase mudar. Cuando esto terminó por ocurrir se sentó a la mesita, puso la cabeza entre los brazos y fue entonces cuando se acercó Beata en persona y le dijo que las heridas del pecho, del vientre y de las manos ya habían dejado de sangrar detrás, debajo, dentro de la cándida envoltura.

Cuando volvió a la realidad comprobó que los individuos del Férguson seguían trenzados en varias discusiones. Aparecían más raleados, y pudo distinguir a tres o cuatro de ellos: Saverio Landa, Basilio Prato, Pedro Manso, según supo más adelante. Quizá también Lázaro Bill y el Duque Pablo andarían por ahí. Los demás resultaban ambiguos y menos estimables. El patrón alternaba con la clientela sentado a horcajadas en una silla de Viena en cuyo combo respaldar apoyaba los brazos.

Lo miraron con el rabo del ojo; Jaime también los miró a ellos con el aire de quien intenta tener cierto derecho a hacerse perdonar un pequeño error. Les agradeció toda la vida (Dios mío, durante qué poco tiempo...) la actitud considerada.

—"Si no hubiese sido por la bondad puesta de manifiesto por esa gente excepcional ¿qué se habría hecho de mí?" —siempre pensó.

Les adivinó en el acto la buena voluntad, la apreció en el hecho casual de que lo mirasen —por primera vez desde la salida de su casa— sin sombra

de resentimiento. Más tarde, cuando el dueño le puso delante un plato de estaño en cuyo centro se tambaleaba una pila de leverwurst rodeada por una corona de liptauer... oh, eso ya pudo significar una positiva distinción.

No era sitio desfavorable, entonces, este Férguson donde los pasos de un perdulario rayaban el punto final. Al contrario, aquí tenía remate amigable el cansancio, y cesaba en las venas el fluir del hambre torrentoso. Había además gente cordial alrededor; y las heridas de Beata cicatrizaban a tambor batiente debajo de su envoltura en blanco de nieve.

—Usted ¿qué hace? —preguntó uno de los contertulios desde un rincón alejado.

Jaime se encogió de hombros. ¿"Qué sabe hacer? ¿A qué vino aquí?" —parecía querer saber el que interrogaba.

—Toco el piano —susurró en respuesta, seguro de descargar sobre sí una tempestad de injurias. Dios es benigno, sin embargo, y esa gente ni siquiera esbozó una sonrisa de picardía al escuchar la respuesta.

—"Es una impostura —pensó, desconfiado—. Me van a meter de cabeza en un pozo ciego".

Y permaneció a la expectativa, acodado a la mesita y con las palmas de las manos aplicadas a las mejillas, sin atreverse a hincar el diente en el leverwurst.

Los tres días zigzagueando de aquí para allá, a patacón por cuadra, pernoctando al raso salvo el alto en el Manfredi de la calle Río Bamba, lo habían llenado de insectos y de desconfianza. Sólo durante un par de minutos pensó que la peregrinación no tenía por qué haber terminado aún, y que esa gente no tenía entonces por qué no ser tramposa en grado semejante al mucamo sonrosado del hotel.

Era preciso esperar: que aclarase debidamente, primero, y se vería luego si resultaba o no posible

saborear sin mayor riesgo las húmedas rodajas que le habían puesto debajo de la nariz y que olían como tanta paz junta, como tanto sosiego.

—Bueno, si es cierto que toca el piano, ahí tiene uno —declaró el patrón con esa alentadora sonrisa que le dividía en dos la cara con un tajo neto.

Acababa de entrar más gente. Se formaron nuevos grupos en torno a las mesas y cerca del mostrador. Aquel tipo, Saverio Landa, hablaba con voz más cantarina y masticada que la de los demás. Las palabras se prolongaban en su boca, cobraban un relieve especial y terminaban por mostrarse bien educadas y finas. Era un notable hablador, muy bueno. Pero el patrón seguía indicando que allí había un piano, como si Jaime hubiese hecho su aparición en el Férguson con un mono al hombro y pudiese obligarlo a bailar para hacer feliz a una docena de parroquianos inteligentes.

Con todo, era bastante sospechoso que en este Férguson pudiese haber un piano. Lo había, sí, señor. Ahí estaba, inocentemente, como un pájaro miedoso que oculta la cabeza bajo el ala renegrida: un veterano instrumento agobiado bajo una caparazón de polvo fergunsoniano.

—Me gustaría que antes manducase algo sólido —dijo el patrón, el único de los circunstantes que manifestaba interés por dirigirse a él directamente.

—No, señor, está bien así —farfulló Jota Eme. Se le había puesto entre ceja y ceja la tozudez de ganarse el sustento, y esta era la primera oportunidad que se le presentaba de dar cumplimiento al propósito en tres días de peregrinaje, durante los cuales debió proceder por fuerza a la liquidación de numerosos entusiasmos.

Se puso de pie vacilante y se descubrió, porque era más bien odioso haber permanecido hasta el momento con el sombrero encasquetado hasta las patillas. El patrón lo vio trastabillar al aproximarse

al ángulo donde dormitaba esa cucaracha vieja. Y en el momento de levantar la tapa del teclado, Jaime alcanzó a columbrar de reojo a la walkiria: Ta-ri-rá asomaba ahora la trompa piloteando como antes al ciego del guitarrón. Al ver tan colmado el Férguson se resolvía a probar suerte una vez más, pero se la notó hacerse hacia atrás, perpleja al advertir que un inesperado colega se proponía reemplazarlos y hacer música en el maltrecho armatoste. Finalmente se la vio replegarse cariacontecida y sin presentar batalla.

Oh, aquel había resultado un día más bien famoso. Jota Eme tocó lo que le vino a las manos: el *Vals de las olas,* quién sabe qué *Preludio* o *Nocturno* de Chopin... Al principio hubo un comienzo de desconcierto en los ojos de aquella gente, porque todo se hizo como si se hubiesen puesto a exhalar música las tablas del mostrador, por ejemplo, o las de la estantería, o esa mesita vinosa. Cierto, comprobado que el decrépito piano, tan entrado en años, sonaba más o menos como un mostrador. Jaime no estaba contento. Los otros tampoco. Algunos empezaron a chichonear más fuerte como si tratasen de verter indirectamente una opinión. Otros optaron por desvencijar las mesas con el puño al bajar los naipes de la escoba de quince. Hubo quien remontó, en el aire un bostezo tremebundo.

Al rato fue Basilio Prato quien con la actitud concentrada, el oído tenso y los ojos manifiestamente bondadosos, pudo llevar cierta calma a la agitación creciente de la parroquia.

—No está nada mal —dijo con tono afirmativo—. Me gustaría tenerlo algunas veces por aquí.

—Capaz que le gusta, entonces.

—Ajá.

Este fue el comienzo. Aquí y así empezó la recalada en el Férguson, con un "Ajá" que lo implicaba todo,

incluso una bienvenida formal, incluso un abrazo cariñoso.

Este Basilio Prato no era hombre locuaz. Cuando Saverio Landa teorizaba según su costumbre, Prato, cejijunto, se limitaba a golpetear con el dedo índice la brasa del cigarro sostenido entre el medio y el pulgar. Landa, entonces (y con Landa, Pedro Manso, Lázaro, el Duque, y todos los demás), tomaba aquello como una señal de asentimiento. Se buscaba la aprobación de Basilio Prato porque era hombre de juicio.

Jaime Mayor estuvo seguro de algo en ese momento: ese hombre estaba a sus espaldas, chupaba con avidez la punta de su medio toscano y se dejaba penetrar por la música creada en el piano mohoso por los dedos agarrotados de un servidor. El hombre asentía, y sólo a raíz de ese asentimiento el porvenir en adelante se le haría mucho menos incierto.

—Siga, por favor. Si no está muy cansado, siga.

Jaime tocó y tocó música en el piano del Férguson como un desesperado. Después volvió a la mesita y comió hasta hartarse. Y volvió a tocar, y a comer. Por fin (tenía entre los dientes la última rodaja de una segunda o tercera pila de leverwurst) dejó caer la frente y roncó no menos de diez horas seguidas sin enterarse de lo que ahí se hacía con su cuerpo y con su porvenir.

XII

Cuando Jaime Mayor tuvo novia, se trató de esa jovencita del Picadilly que otro había matado. La peripecia relacionada con Beata alcanzó en su intimidad contornos insensatos, pues se enamoró de un ser ya difunto y tan desconocido que fue preciso re-

inventarle partícula a partícula el alma y el corazón. No fue cosa deliberada. Beata se le formó desde adentro, y él se dejó arrastrar hacia su nulidad, enajenadamente.

—"Ya no le sangran las heridas".

Se halló con este pensamiento al despertar. Estaba todavía en una dependencia del Férguson, según intuyó debido a la superposición de los hedores nauseabundos allí almacenados y a los rumores inconfundibles. Se le habían pegado al oído las sonoridades del local mientras dormía en una de esas mesas, y ahora le identificaba. Alguien lo arrancó de allá, seguro, para depositarlo en esta pocilga alejada del salón pincipal en distancia y nivel. Se sentía en lugar elevado, y lo que pasaba afuera también pasaba debajo, aunque no conseguía adivinar cómo ni quiénes pudieron subirlo hasta estas alturas. Curioso no recordar nada de la ascensión, sobre todo considerando que no ha de ser tarea fácil la de llevar a cuestas a un hombre dormido o muerto, y él había estado en aquella mesa dormido y como casi muerto.

Alargó la mano para tantear una pared embebida de humedad; quizá parte del hedor provenía de las resquebrajaduras, porque eso era una charca descompuesta por las filtraciones de las cañerías. Más hacia el techo debía de haber un minúsculo ojo de buey.

Alguien subía. Oyó las pisadas y se mantuvo en tensión hasta que un rectángulo del muro se disolvió en luz repentina ante la puerta entornada para dar paso a ese individuo.

—Está despierto —comprobó sin sorpresa el recién llegado, uno cualquiera de los borrosos parroquianos de allá abajo.

Era Basilio Prato, nada menos, según logró descifrar Jota Eme al fin, con los ojos todavía amodorrados. Prato avanzó hacia Jaime y preguntó sin excesivo tono de burla:

—¿Piensa quedarse ahí hasta el Día del Juicio?

De ninguna manera. Jaime pensaba quedarse un
poco menos que hasta el Día del Juicio.

—"Tengo que ver a Beata ¿comprende?" —estuvo
n un tris de informar.

—No tenía idea de dónde me habían metido —dijo
n cambio.

—No podíamos dejarlo arrumbado como un fardo,
 lo subimos. Usted, a lo que parece, tiene tan buen
liente para dormir como para llenarse el buche.

El hombre levantó la cabeza hacia el ventanuco
(en efecto, había un ojo de buey en lo alto de la
pared, aunque no tan chico como se podía pensar)
 lo abrió mediante el manejo de un juego de cade-
netas. En la pocilga hubo un poco más de luz, de
nodo que por fin pudieron verse las caras. Fue un
apso durante el cual se escrutaron el uno al otro
n un esfuerzo para reconocerse. Tal vez Prato pa-
recía más alto y enjuto mirado de abajo a arriba
lesde la horizontal del camastro donde Jaime yacía.
Pero no, ya era así la noche anterior: alto, algo en-
corvado y de carnadura nudosa.

—Usted es bastante joven —un poco se asombró
Basilio—. ¿Por qué se escapó de su casa? Me ima-
gino que estaba harto de soportar a la familia.

—No, la familia no —protestó el interrogado—.
Las cosas que sucedían.

—Cosas graves.

—Ahora se me ocurre que no eran tan graves.
A lo mejor vuelvo a pensarlo y termino por volver
a mi casa.

—Le aconsejo que lo haga.

—Lo voy a pensar con calma.

Jaime recordó confusamente:

—"Me gustaría tenerlo algunas veces por aquí..."
—había dicho este señor.

Quién sabe por qué intentaba devolverlo a la vida
familiar el mismo hombre que la noche antes había

dicho una cosa tan protectora. Lo miró con ojos interrogantes. Prato decía ahora:

—Mire que duerme raro, usted. Mueve las manos, los pies, pronuncia palabras incomprensibles. Dígame una cosa: además ¿está así por alguna mujer?

—Por Beata —asintió Jaime rápidamente.

—¿Quién es Beata? ¿Su novia? ¿Le pasó algo con ella? ¿A ver si lo que pasa es que Beata le colgó la galleta?

—Tengo idea de que quedé en ir a verla.

—Ah, tiene idea.

—No me acuerdo bien.

—¿Usted tocaba el piano en alguna parte? ¿En algún cine? ¿En algún café?

—No, en ninguna. En realidad anoche toqué por primera vez en la vida delante de público. Yo trabajaba en la Bitumina y tocaba el piano, lo estudiaba, en las horas perdidas.

—¿Y qué pasó?

—Me echaron de la Bitumina como a un perro.

—Oh, eso es bueno.

—¿Bueno, que a uno lo pongan de patitas en la calle como a un perro sarnoso?

—Pero si usted toca el piano, si es pianista... ¿cómo se las va a componer para no ser un perro sarnoso en la Bitumina? Explíqueme por qué lo echaron, exactamente.

—Me acusaron y me dieron el olivo. Me hicieron bailar la polca del espiante, ¿comprende? No le voy a decir por qué me la hicieron bailar hasta desjarretarme. Es un secreto.

—Tiene que revelármelo. Si no me cuenta todo de cabo a rabo no voy a entender ni medio de lo que le pase en adelante.

Jaime confesó. Ni por las tapas era cierto que él robase esas cosas que desaparecían a vista y paciencia de los capataces y jefes de oficina. Los compañe-

ros, sí, muchos hurtaban a mansalva cuanto quedaba
al alcance de sus manos; era una costumbre que ve-
nía de lejos, inmemorial, como se dice. Chorros vie-
jos, todos. Él no, Jaime no, jamás. Podía jurarlo.

—Caloteaban de todo y a cuatro manos: papel ro-
maní, formularios, biblioratos, repuestos, hasta una
máquina de escribir marca Electra, el año pasado.
Pero yo no, nunca jamás. Se lo juro por Dios.

Tal vez era suficiente confesión, quizá fuera posi-
ble entender a partir de ahora lo que a Jaime le su-
cediese en adelante. Si no era suficiente, podía con-
fesar además que había sido sometido a un paseo in-
famante. El señor Imbusto, el gerente, carne y uña
con el señor De Matteis, lo agarró de un brazo y lo
obligó a recorrer los diversos despachos: Contaduría,
Personal la propia Oficina de Cómputos y Estadís-
ticas. Todos los esclavitos se levantaban como sacu-
didos por un chirlazo al ver entrar al señor Imbusto,
y quedaban con la boca de par en par al ver con qué
garra poderosa traía aferrado el antebrazo de Jaime
Mayor y cómo lo echaba al medio con la cabeza baja
y las piernas temblequeantes. El señor Imbusto to-
sía, carraspeaba con mala intención y preguntaba a
unos y otros si este ruín sujeto que tenía el placer
de exhibir ante ellos merecía o no ser puesto en mi-
tad de la calle como un perro sarnoso. Sí, sí, cómo
que no. Dijeron que sí, que era justo. Todos lo ase-
guraron —¡picota! ¡picota!—, aun sin saber bien de
qué se trataba. Cuando llegaban a saberlo, cuando
se quedaba en claro que Jaime Mayor era acusado
de los robos reiterados, asentían entonces con toda-
vía mayor convicción. Incluso los ladrones notorios,
y los no tan notorios, pero que también robaban su
parte, ponían gran fervor en hacerse cruces y más
cruces. Qué caras de muertos de miedo, señor, cuan-
do exageraban la pleitesía y afirmaban que un suje-
to tan redomadamente vil como Jaime Mayor debía

ser puesto de patitas en la calle, sin dilación, como perro sarnoso.

—Usted... ¿qué había robado? —quiso saber Prato con ojos inquisidores, ante los cuales mentir podía ser lance de sumo riesgo.

—¿Yo? Nada, señor. Nunca nada, ya se lo dije: ni una pluma Perry, ni un papel secante, ni un carbónico.

—¿Por qué no se defendió?

—No sé defenderme. No me gusta y no sé, además. Lo triste del caso, señor, es que yo siempre termino por poner cara de culpable. También tuve cara de haber robado en la Bitumina porque, cuando los demás piensan que uno es ladrón, uno, bueno, se siente ladrón y se pone colorado aunque no lo sea. No le puedo explicar más. Es así. Es un defecto: uno se pone colorado hasta la coronilla por cosas horribles que no hace, pero que los demás le atribuyen sin dificultad. ¿No estoy colorado ahora? ¿Sabe por qué? Porque antes le aseguré que era inocente y usted igual preguntó: "¿Qué había robado usted?" Pucha digo, no sé si me explico. Ni siquiera sé si usted me comprende o no me comprende.

Basilio Prato reflexionó que aquello era lo más importante de cuanto pudo ocurrir en la vida del muchacho; pensó en el acto que el asunto de la Bitumina, la acusación injusta, la actitud envenenada de los compañeros, el resentimiento consiguiente, eran todos ellos sucesos capitales y formidables puntos de partida hacia cualquier destino.

—No se preocupe —gesticuló más que habló; y extrajo del bolsillo del chaleco color de pan quemado un Roskoff espectacular.

Dijo que eran las dos de la tarde.

XIII

Jaime tuvo vergüenza de seguir en la horizontal a las dos de la tarde e hizo un brusco movimiento para intentar levantarse. El señor Prato le tocó el hombro con una mano cariñosa.

—No se preocupe —gesticuló de nuevo y ensartó otra vez el sólido Roskoff en el bolsillo del chaleco. Jaime volvió a tenderse lenta y perezosamente, con todos los reparos hechos a un lado, desahogado y en cierto modo feliz. Prato se sentó a los pies del catre y partió por la mitad un cigarro antes de inquirir:

—¿Cómo diablos se llama usted?

—¿No se lo dije ya? Jaime Mayor, me llamo. Pero en la Bitumina y en otras partes me dicen Jota Eme nomás.

—Bueno, "Jota Eme nomás"... ¿Qué resuelve en definitiva? ¿Se queda aquí y toca el piano para la clientela o vuelve a su casa? A menos que prefiera conversarlo con esa tal Beata antes de aceptar. Decídase.

Jaime entrelazó los dedos por debajo de la nuca y adoptó una actitud de independencia para declarar que en este momento no sabía qué hacer. Estaba plenamente agradecido a la buena gente que le había dado de comer y que para colmo le proporcionaba este lecho inestimable para su descanso. Generosidades de esta especie no se olvidan así como así, pero lamentablemente no sabía qué hacer.

—Me imagino que no voy a poder levantar la vista del suelo después del zafarrancho que hicieron conmigo en la Bitumina —añadió—. Palabra de honor

que no robé ni una pluma cucharita, ni un secante, ni un papel carbónico, pero me zamarrearon y tuve que ponerme colorado hasta las orejas como si de veras no hubiese hecho en la vida otra cosa aparte de robar a trochemoche. No sé qué diferencia puede haber entre ser ladrón y no serlo, entonces.

Clavaba en los ojos de Prato una mirada de vencedor.

—Ya ve que estoy sonado —clarineaba con la intención brillante en las pupilas—. Ya ve que no tengo más remedio, que soy un tipo acabado, despachado del todo.

Prato volvió a ponerle en el hombro una mano inteligente y amable.

—Lo que a usted le pasó es bueno porque le ahorra años de equivocaciones, de tanteos y de planteos provisorios— dijo con bondadosa lentitud—. Usted tuvo la suerte de ser colocado muy pronto ante una situación concreta de esa índole.

—Y eso es bueno, según usted.

—Es lo mejor que le pudo pasar, porque cosas de esa clase, tiene que creerme, terminan por suceder siempre, pero suceden muy de a poco, a veces a lo largo de toda una vida. Un hombre tropieza con ésto y con aquéllo pausadamente, pero también constantemente, porque las leyes sociales suelen ser pausadas y constantes. Dentro de usted se va acumulando un sedimento... Está bien: llámelo amargura. Lo cierto es que un buen día, a determinada edad, uno se da cuenta de que le sobra amargura hasta para regalar al vecino, uno se ha convertido en un amargo, en un resentido (la palabra le suena mal; pásela por alto...) y no sabe cómo pudo llegar a ser el enemigo de tantas cosas como ahora resulta que es.

Prato raspó un fósforo en la pared y luego trató de incendiar el medio toscano. Jaime le pudo ver a la lumbre de la cerilla los poros de la nariz y, en las mandíbulas, los pelos de la barba sin afeitar; se sin-

tió menos independiente y vivaz que un rato antes, vista la reciedumbre de ese semblante iluminado.

—Le decía que usted se pone de pronto a odiar a la gente y no sabe por qué —reanudó Prato una vez mal encendido el cigarro—, y a fuerza de odiar a los demás no consigue sino despertar odios a su alrededor.

—Mire, eso es la pura verdad —admitió Jaime con un cabeceo.

—Le diré: algo parecido nos pasa a todos, salvo a un sector de brutos que, o bien se han enriquecido a costa del dolor ajeno o ya no les queda un resto de sensibilidad para darse cuenta de que existe el prójimo y llorar con las tantas porquerías que hacen llorar. Usted es un afortunado. Usted tuvo la ventaja de que le entregasen toda la experiencia posible en una bandeja de lujo y a su edad.

—Sí, señor, sí: en una bandeja de lujo.

—Pero hay un peligro: esto puede quebrarlo a usted; a lo mejor ya está roto en pedazos.

—El carácter, claro.

—Y la inteligencia, y los sentimientos. Usted, a lo mejor, ya no va a poder enfrentar la vida con espíritu realmente joven, inocente, altruísta, generoso. Su inteligencia ha sido atacada de frente por un gusano, y ya no espera gran cosa de ella porque se la han manoseado. En cuanto a los sentimientos: me va a decir si no es verdad que lo ha traído aquí la quebradura total de los sentimientos. Dice que tiene una novia, Beata. A lo mejor ni siquiera está tan seguro de que la tiene.

—Ahora me parece que no, realmente.

—No puede estar seguro de nada, en adelante. Sólo puede estar seguro de que lo han quebrado.

—Así es nomás: y es bastante triste.

—Para su sosiego piense que una cosa así hubiera llegado a ocurrir de todas maneras a su debido tiem-

po. Nadie se libra de tener con respecto a la humanidad los mismos resentimientos que usted ha llegado a tener de golpe y porrazo por obra de una casualidad más oportuna que otras. Ahora usted es un resentido; pero no hay que avergonzarse de serlo hasta ese nivel. El resentimiento y la amargura en su punto de saturación pueden llegar a ser mucho más creadores de lo que la gente cree.

—Bueno, pero qué debo hacer ahora, vamos a ver.

—Puedo explicarle lo que no debería hacer.

—Explíquemelo, por favor.

—No debería precipitarse, por ejemplo.

—Ajá.

—Deje que a partir de este momento la vida le vaya sucediendo. No la exija, no la provoque; pero tampoco la abandone. Vigile la vida, Jota Eme, piense que la vida quizá no es toda y sin excepción como se la enseñaron en la Bitumina, pero buena parte de ella sí. Hay un sector de la vida que irremediablemente se entreteje de esa manera bestial.

Por fin pudo Basilio Prato dar una buena chupada a su medio toscano, brillante de saliva. El humo azulado invadió la covacha y, aletargado en el aire, amenazó quemar los ojos de Jota Eme. Ya la punta del cigarro empezaba a coronarse con un anillo de dura ceniza.

—Con el tiempo me va a comprender mejor —reanudó Prato—, y piense que si le hablo tal como le hablo no es para perjudicarlo, precisamente. Por supuesto que no debería meterme en lo que no me importa ni tratar de ponerlo sobre aviso acerca de nada, pero usted toca el piano de una manera especial y, tómelo como quiera, no me gustaría tener que arrepentirme alguna vez por no haberlo alertado a tiempo.

Jaime se sentía sin respiración. Notable, extraordinario que este hombre mayor, respetable y tan sen-

sato, llevase la cordialidad al extremo de tomarse todo este trabajo con relación a un recién aparecido, un Juan de Afuera por quien por ahí, según se sabía, no daban un cobre partido por la mitad. Este hombre, Prato, contagiaba a Jota Eme un poco de su propia expectabilidad.

—Gracias por todo —musitó Jota Eme, conmovido.

—Aquí puede tocar el piano todo lo que quiera —dijo Basilio Prato al cabo de unos segundos de silencio reflexivo—. Con eso tiene la manducatoria asegurada, y un techo.

Dijo *techo* mirando a su alrededor con discreta ironía. Jaime aplicó otra vez la palma de la mano contra el tabique encharcado y la retiró empapada en cal pringosa que despedía un olor penetrante. No muy sano el ambiente, pero era nomás un cobijo en el cual, llegado el caso, un perdulario puede guarecerse sin hacer daño a nadie y sin molestar demasiado a los demás. Por otra parte no era imprescindible traer aquí a Beata. Para Beata ya se daría con otro refugio más digno.

—¿No le parece, señor? —pensó en voz alta.

Basilio Prato lo miraba ahora sin prestarle atención. Era un señor notable, excelente y altamente intencionado, pero impersonal cuando empezaba a dar un consejo. Impersonal con respecto a Jota Eme, como si Jota Eme fuese un alma vacía, un cuerpo sin rostro, una agitada oquedad dentro de la cual todo dios pudiese pensar en instalarse cómodamente. Ante él no se sabía, entonces, si era juicioso alegrarse o no por el hecho de haberle encontrado en el camino.

—¿Qué le parece, bajamos?

Bajaron. El salón del Férguson estaba vacío. Se llegaba al local propiamente dicho descendiendo los veinte peldaños de una escalera resbaladiza. La humedad de la maloliente pared convertida en charca

llegaba también hasta aquí; o era otra humedad mezclada con nuevos olores estancados en el aire con la familiaridad de quien toma del brazo a un amigo.

—El patrón llamó a un afinador de la otra cuadra —le hizo saber Prato mientras bajaban aferrados al empinado pasamanos.

Cuando llegaron del todo al local (pasaron antes por un depósito de barriles, damajuanas, botellas vacías y trastos de toda laya...), Jaime tardó en reconocerlo. Estaba vacío, y además parecía otro local: había allí otra luminosidad, se notaba cierta densidad más rala en el ambiente. El patrón estaba oculto en alguna parte de donde emergió súbitamente. Era un sótano abierto en el piso, y de ahí surgió el patrón como una aparición de teatro. Detrás de él asomó la pelambre del peón que hacía la limpieza.

—¿Y? —se dirigió a Prato como si previamente le hubiese encomendado una misión interesante.

Prato se quitó el cigarro de la boca y salivó anchamente en un recipiente con aserrín que estaba a su alcance, antes de declarar que a este muchacho Jota Eme, cómo no, le daba la viaraza de quedarse a tocar el piano en el Férguson.

—Sin compromiso —estipuló—, sin sueldo por una semana a dos, pero va a tener que aflojarle algo más adelante.

—¿Por qué no, si rinde? —pestañeó el patrón.

—¿Cómo, si rindo? —Jaime quiso saber entonces.

—Si gusta a la gente. Si viene gente a escucharlo.

—¿Y si no llega a venir?

—No sé. El afinador dice que es un mal negocio.

—¿Hacer música aquí es mal negocio?

—No, haber comprado el piano. Pero no lo compré. No quise darle explicaciones al afinador, pero este cachivache ya estaba aquí cuando me hice cargo del Férguson en el 18. ¿A usted también le parece que no es gran cosa? Dígamelo francamente.

—Un piano es siempre un piano —opinó Jaime.

—Ayer se oía bastante lindo lo que usted tocaba.

—¿Quién le dice que no era lindo en serio?

Jaime apretó y desapretó los puños varias veces, con gran maravilla del patrón, se acercó al instrumento, levantó la tapa y dejó caer el índice en una de las teclas. Fue una nota inicial que resonó como si no fuese una nota inicial; quedó esparcida en el aire, opaca y múltiple, como una sucesión de manchas apenas salpicadas en el ámbito enrarecido del Férguson diurno. El patrón consideró oportuno balancear los ojos encomiásticamente, como si aquello ya fuese una sonata de Beethoven.

Basilio Prato se acomodó en una mesita un tanto alejada del instrumento y le pidió un jafanjaf y *La Prensa* al muchacho de la limpieza. Parecía haberse desentendido de todo, se disponía a leer como si ahora fuese a encontrar en el diario la sustancia y la razón de sus próximas actividades clandestinas.

—¿Va a tocar algo ahora? —preguntó el patrón con timidez de uno que siente el alma anhelante de melodías puras.

—Ahora no hace falta, me parece.

—Dice el afinador que quedó al filo.

—No está mal.

—Quedó como nuevo, dijo el afinador.

—Voy a tocar alguna cosita cuando empiece a caer público —prometió Jota Eme con limitada solemnidad.

El patrón se decidió a cerrar la doble tapa de la escotilla del sótano. Basilio Prato ya tenía delante su jafanjaf y estaba sumergido en la lectura. Jaime trataba de recordar qué era lo que se había propuesto hacer. El peón trajinaba.

XIV

Cuando hubo público —el Férguson empezó a poblarse a eso de las cinco o seis de la tarde—, Jota Eme se sentó al piano. No logró tocar ni siquiera con relativo acierto. Tuvo conciencia de estar cumpliendo un compromiso de cualquier manera.

—"A la buena de Dios" —pensaba. Flexionaba los dedos de tanto en tanto, con cierto aparato para impresionar o para indicar que tropezaba con alguna dificultad insuperable, y que de ello podían tener culpa el piano o la gente.

Por su parte, la concurrencia —heterogénea, abigarrada— no hacía caso de él, tal como si el hecho de escuchar música bien o mal ejecutada tuviese a esa parroquia muy sin cuidado. El patrón de vez en cuando le dedicaba un guiño desde el mostrador, para darle ánimo.

La concurrencia resultaba demasiado ruidosa y desinteresada por el momento, pero cuando llegase el turno de tocar en serio les diría: "Ahora boca abajo todo el mundo"; a menos que el silencio se produjese en forma espontánea no bien empezase el artista a dar de sí la suma de excelencias que en el fondo se consideraba capaz de comunicar a los demás. En el ínterin lo sensato era quedar con las manos apenas inquietas sobre el teclado amarillento sin exigir nada de extraordinario ni de los demás ni de sí mismo.

Se podía pensar en Beata entretanto, por ejemplo. Era oportuno pensar que se estaba descuidando el aspecto Beata de la vida. Uno ha comido y bebido con exceso —dormido también, demasiado— y toda

esa lujuria de comer, beber y dormir ha redundado en perjuicio de la muchacha que por ahora no es sino una impresión desvaída y una respuesta melancólica a un nombre tan grave de pronunciar. Beso de labio a labio, Beata... Se siente uno mentalmente apaciguado al enunciar semejante nombre. Beata como bondadosa, como dulce y como entristecida de antemano. Sin embargo, triste es cualquier novia —reflexionaba— que a un desventurado como Jota Eme le toque en suerte. Porque si Jota Eme se jacta de tener una novia es porque puede dejar la cabeza en su cálido regazo para sentirse durante largo tiempo arrullado, dichoso y desdichado al mismo tiempo.

Depositaron un imperial en la tapa del piano enmantillada de polvo. La espuma de la cerveza asomó el cuello para mirar al pianista por encima de la orla del vaso y se desparramó henchida de satisfacción. Nueva muestra de dadivosidad por parte del patrón del Férguson; indudable señal de aprobación, también. Jota Eme se volvió apenas y pudo verle sonreír animoso, en tanto restregaba el estaño del mostrador con el estropajo empuñado con brío.

—"Si rinde, si gusta..." —había dudado en la mañana.

Presentemente tenía la ilusión de que el pianista caído del cielo y agasajado con tanto despliegue cordial, empezaba a rendir dividendos insospechados. Esto era muy satisfactorio para Jota Eme, pues ya no aparecería para ocupar todo el portal la walkiria del acordeón a piano ni su camarada el guitarrero ciego; ahora Beata tendría el techo asegurado. No la húmeda pocilga, claro está, sino un cielorraso excelente con molduras y ángeles de yeso, debajo del cual la novia pudiese estar melancólica a sus anchas y a cuyo amparo acudiría el pianista del Férguson para ver si era posible trocarle el desgano en algo más apropiado al porvenir.

Llegaba el pianista del Férguson y la encontraba asomada a la ventana entretenida en mirar cómo los chicos jugaban en la calle a la gataparida. Ella diría:

—"Los chicos me gustan de alma..."

Y él, entonces:

—"Son la piel de Judas..." —porque esto de la piel de Judas es algo que se acomoda a los muchachitos de la calle.

Beata estaría un poco ensimismada; él iría a sentarse despacito en el sillón naranja para no interrumpirle los pensamientos. Tal vez había vuelto a sangrar las heridas: todos los martes sangran un poco.

—"Beata..." —la llamaría Jota Eme al cabo de un rato.

Ella entonces se acercaría como las hadas, sin pisar el suelo, y le pondría en los labios la yema de uno de sus dedos transparentes.

A sus espaldas quisieron saber si se proponía tomar la cerveza cuando estuviese caliente. El pianista interrumpió la ejecución y miró al interpelante por encima del hombro.

—Toca macanudamente —le dijeron.

—Me parece que no es para tanto —repuso él.

—Yo creo que usted mismo no se puede juzgar. No se oye. Debería escucharse desde afuera.

Era Saverio Landa. Dijo él mismo que era Saverio Landa tal como vestía y calzaba, y añadió que en general la música no le parecía gran cosa. Hizo la salvedad:

—En su caso, sí, me parece que tiene sentido. ¿De qué clase es?

—¿Cómo de qué clase?

—Pregunto si pude haberla escuchado antes.

—Oh, no: toco cualquier cosa, yo.

—Toca de idea, va.

—En realidad estaba improvisando un poco, pero ya ve que nadie tiene interés en escuchar.

—Yo sí, para que sepa. Me pasaría las horas escuchándolo.

—Debe ser moledor. Figúrese que ni a mí mismo me divierte.

—Se equivoca, al contrario, es muy agradable. Bueno, no, agradable no es la palabra indicada. Sabrá que a mí me gusta decir siempre la palabra precisa. Imagínese que usted y yo, por ejemplo, nunca llegaríamos a ponernos de acuerdo si antes no estamos de acuerdo en el sentido que los dos les damos a las palabras. Agradable no, entonces, su música. Yo diría que su música más bien resulta una especie de eco.

Jota Eme se alarmó, aunque no quiso mostrar su alarma y pasó los dedos velozmente a lo largo de las teclas como si se hubiese abismado de repente en otro pensamiento. No obstante cedió:

—¿Eco? —preguntó con las mandíbulas apretadas—. ¿Eco de qué?

—De otro eco —repuso Landa sin dar importancia al juego del pianista.

Luego agregó, explicativamente:

—Uno lleva algo concreto adentro. Todos llevamos adentro algo concreto, lo sepamos o no lo sepamos. Por dentro, le estoy diciendo, en la conciencia. Bueno, eso que usted improvisa en el piano es como el eco de ese algo. En seguida resulta familiar. Porque es interior, claro.

—Familiar... —murmuró Jaime, cautivado.

—Eso quiere decir que por lo menos hay un entendimiento subterráneo entre quien hace algo ponderable y el que lo mira hacer: entre usted que toca el piano y yo que lo escucho tocar, por ejemplo.

—¿Le parece?

—Estoy seguro. Tiene que haberle pasado algo por el estilo, antes, alguna vez... ¿Nunca encontró a nadie con quien pudiera llegar a entenderse mano a

mano? Le diré, no es fácil; pero siempre se termina por encontrar a alguien capaz de pensar los pensamientos que uno todavía no sabe cómo empezar a pensar. ¿Me entiende?

—No mucho, pero le diré: me gustaría entenderlo.

—Mire, estoy convencido nada más que porque usted está ahí tocando y yo estoy aquí oyéndolo, de que vamos a ser muy amigos dentro de poco tiempo. Usted es Jota Eme, ¿no es así? Bueno, a mí puede nomás llamarme Saverio, sin más vueltas.

Esta fue la primera conversación sostenida con el persuasor. Comenzó por manifestarse persuadido él mismo con motivo de los impromptus de Jaime en el piano del Férguson, y luego, poco a poco, insensiblemente, Landa fue adquiriendo preeminencia hasta centrar al pianista en el círculo y la esfera de sus propias cavilaciones. Era un individuo menos alto que Basilio Prato, pero de musculatura compacta, y tenía la cara achatada, desvaída de golpe hacia la nuca. Todo él daba, a pesar de todo, la impresión de una extraña fragilidad. Podía tener ojos amarillos de gato, y piel seca de individuo que se escama e incluso pierde peso al escamarse. Tal vez era el sujeto con la fragilidad ideal para meterse —y caber— en la oquedad rumorosa de los demás.

—¿En qué piensa cuando toca así? —el personaje parecía interesado en grado sumo—. No se puede improvisar tan... ¿Cómo le puedo decir? Tan orgánicamente, si se tienen nada más que ideas vulgares en la sesera.

Jaime no consiguió expresar:

—"Pienso en Beata cuando toco el piano sin saber lo que toco..."

Alargó la mano hacia el imperial y bebió un trago de cerveza tibiona. El otro runruneaba a su alrededor y parecía querer decir solamente cosas destinadas a halagar al pianista novato.

—Tiene un marote especial usted —exclamó con un dejo de encomio—; un macanudo marote. Y aunque no sepa por ahora las cosas que hace, las hace a la fuerza porque las tiene adentro. Del ombligo para adentro uno no sabe qué es y cómo es, pero le aseguro que es como es y que no conseguirá nunca llegar a ser de otra manera. Ayer no me lo pude imaginar tan buen pianista a usted. Uno cree siempre que un buen músico debe tener un aspecto diferente. No basta que esté muerto de debilidad y de sueño y que se note a simple vista que lo está. Hambre y sueño tiene cualquier tilingo. No es un privilegio de magnates, pero el artista se muere de hambre y sueño de otro modo. Al artista, quién sabrá nunca por qué, se le exige mucha más dignidad para soportar las miserias de este mundo. Esto es algo tradicional, en la materia.

—Pasa que yo no tengo ninguna clase de dignidad, señor Landa.

—Llámeme Saverio, por favor. ¿Por qué no tiene ninguna clase de dignidad, si se puede saber? Y yo puedo llamarlo Jota Eme, me imagino. Total, si vamos a ser tan amigos.

—Pasa que de pronto me encontré sin dignidad. Sí, cómo no; llámeme de cualquier manera. Tengo la impresión de haberlo perdido todo, y de que a partir de este momento lo que a mí me hace falta es empezar a buscar otra cosa. Otra cosa, y no lo que antes tenía a mi alcance y que era tan desmoralizador.

Jaime quedó satisfecho por haber logrado redondear lo que se le ocurría, un pensamiento —exacto o no— pero bastante bien hilado. Saverio Landa le clavó los ojos gatunos, tan amarillos y reflexivos, y concluyó exaltado:

—Con razón no tenía traza de músico.

—¿Traza de qué tenía, en cambio?

—Se va a reír cuando lo sepa.

—Dígalo igual.

—Usted, anoche, a pesar de sentirse aniquilado, y de estarlo realmente, tenía aspecto de hombre de acción.

Llegó el momento de reír, según el previo anuncio de Saverio Landa. Jaime no lo consiguió. Tendió nuevamente el brazo hacia la tapa polvorienta del piano, paladeó otro trago de cerveza caliente y se relamió. Tenía encima esos ojos alimonados y sentía la cara recorrida por la sonrisa que a Saverio le brotaba en los labios como si fuese la mueca de otra persona.

—Me parece que se equivoca —argumentó—. Yo, de hombre de acción no tengo ni esto.

—Sí, tiene.

—Ni esto, señor.

Mediante una cantidad mínima de movimientos, Saverio enganchó con el pie la pata de una silla vecina. No miró a Jota Eme durante varios segundos, sino a sus propias reflexiones, como si dentro de sí las observase andar de aquí para allá. Jota Eme se mantuvo atento: quién sabe cómo un gato puede mirarse amarillamente a sí mismo... Oh, sí, el personaje ejercitaba desde el primer instante un rarísimo influjo. Aun antes de romper a hablar preparaba, con actitudes medidas, morosas y reflexivas, el resbaladero por donde las opiniones se canalizaban luego, en la más perfecta dirección.

—¿Sabe qué pasa, Jota Eme? —empezó a hablar, enseguida de sentarse y con las manos en las rodillas, inclinado en equilibrio hacia adelante, lo más cerca posible del objeto de sus preocupaciones—. Pasa esto: que usted es un tipo que no se cabe a sí mismo. Pierde el tiempo tratando de sacarse afuera, pero no lo consigue porque se desconoce y no sabe si lo que conseguiría sacar al aire acabaría por matarlo. Dentro de usted hay algo que desborda hacia afuera. Usted sufre porque no se da cuenta si es mejor meterlo otra vez para adentro o empujarlo hacia afuera del todo.

—¿Y usted qué opina?

—Que habría que sacarlo afuera del todo. ¿Y sabe otra cosa? Estoy muy contento por haber topado con usted. Se me hace que usted y yo tenemos una cantidad de cosas para intercambiar.

—¿Cosas?

—Pensamientos, decisiones.

—¿Le parece?

—Vamos a ser carne y uña, Jota Eme. Aquí, en el Férguson y aunque no parezca muy apropiado de primera intención, el ambiente da margen para mucho.

—¿Por ejemplo para qué?

—Por ejemplo para hacer madurar.

—¿Qué es lo que tiene que madurar? —Jaime se enardeció al escuchar esa palabra dicha con relativo desabrimiento, pero que al parecer se convertía en la clave de cuanta circunstancia impenetrable comenzaba a envolverlo.

—Debería bastarle con saber que algo que anda por ahí y que todavía está verde, llegue a madurar de alguna manera.

—¿Una fruta es lo que tiene que madurar?

—Una decisión. No se alarme, por favor. No hace ninguna falta entender las cosas demasiado rápido. Esto también es un poco como la música o los versos.

Sonreía Saverio Landa sin pedantería de ninguna clase, seguro de sí mismo y de su poderoso influjo personal. Jaime no encontró argumentos para refutar esas palabras desganadas de las que ni siquiera resultaban afirmaciones demasiado rotundas, ni para formular preguntas que pusiesen al conversador en el aprieto de tener que contestar con más justeza. Le pareció un poco traído de los pelos todo este discurso enigmático que de momento no le interesaba sino mediocremente.

—Puede ser —dijo en forma displicente, para quitarse de encima a este hombre glauco, sonreidor, y tan seguro de los propios razonamientos como de la propia apostura.

Dejó el vaso vacío en la tapa del piano, se pasó la manga por los labios y alargó las manos hacia el teclado.

—Puede ser, no. *Es* —oyó.

Fue el sonido de esa voz lo que lo obligó a vacilar un tanto; una voz amarilla, como los ojos de quien la exhalaba. Después de todo, quién se creía Jota Eme para oponerse por el solo prurito de no dar el brazo a torcer. A lo mejor no resultaban de veras tan de poco fundamento las afirmaciones de este Saverio Landa, expuestas con todo ese desparpajo, esa falsa llaneza, con esa visible convicción de dejar una semilla clavada en la carne de un hombre, y en su conciencia desprevenida un germen de segura fructificación.

—Usted es un hombre de acción... Usted no se cabe a sí mismo... Dentro de usted hay algo concreto que desborda hacia afuera...

Podía ser de una verdad incontrastable, a lo mejor, este desborde de cierto y en el fondo halagüeño. Pero entonces, si de veras era tan verdad, cualquier porvenir se hacía sumamente posible a partir de haberlo descubierto.

Respiró con gran excitación. Tuvo el agrado un poco violento de sentirse ante este piano, al lado del señor Landa, de espaldas al patrón, buena persona, no lejos de aquel Basilio Prato de quien venía toda la protección como de un nicho acolchado, y no lejos tampoco de la notable cáfila frecuentadora del Férguson que de un modo o del otro, estaba seguro, terminaría por favorecerlo con su entusiasmo.

Se animaron las manos de Jota Eme. La música comenzó a ser más misteriosa y aceptable, aunque los presentes acordes eran solamente asomos del mundo futuro, completo y armónico, que paso a paso se iría conformando entre estas paredes, bajo este techo.

Una personalidad futura, suya, incuestionablemente propia de Jota Eme, le bajó a las manos ágiles.

bruscas e inteligentes en el teclado del arcaico armatoste.

Un lago, en el Férguson. Una inmersión.

Se interrumpió de golpe, y sin pensarlo mucho bajó la tapa sobre las teclas todavía vibrantes. Landa ya no estaba ahí a su lado. Se lo veía más allá, alejado; al parecer cambiaba impresiones con Basilio Prato, el hombre de donde procedía la mejor protección.

—"¿Qué le pasa, Jota Eme?" —sintió la mirada del patrón clavada en la nuca.

Abandonó el taburete roscado, esquivó varias mesas donde escasos fergusonianos se trenzaban en tumultousas partidas de cabrero, y se encaminó al mostrador.

—Tengo algo que hacer —explicó al patrón atónito—. Me acabo de acordar. Tengo que hacer un asunto muy urgente.

Salió del local, y no hizo nada especial aquí y allá hasta tres horas más tarde.

XV

Deambuló, según parece, a lo largo de esas tres horas. Calles y plazas otra vez como durante el prolongado lapso de la peregrinación que lo recaló en el Férguson.

Llegó a la plaza del Retiro, se metió en la estación, vio salir y llegar los trenes del Tigre. Recorrió de ida y vuelta varias cuadras del Paseo de Julio, recibió invitaciones desde dudosas ventanas, sumergidas en

—Usted, anoche, a pesar de sentirse aniquilado, y de estarlo realmente, tenía aspecto de hombre de acción.

Llegó el momento de reír, según el previo anuncio de Saverio Landa. Jaime no lo consiguió. Tendió nuevamente el brazo hacia la tapa polvorienta del piano, paladeó otro trago de cerveza caliente y se relamió. Tenía encima esos ojos alimonados y sentía la cara recorrida por la sonrisa que a Saverio le brotaba en los labios como si fuese la mueca de otra persona.

—Me parece que se equivoca —argumentó—. Yo, de hombre de acción no tengo ni esto.

—Sí, tiene.

—Ni esto, señor.

Mediante una cantidad mínima de movimientos, Saverio enganchó con el pie la pata de una silla vecina. No miró a Jota Eme durante varios segundos, sino a sus propias reflexiones, como si dentro de sí las observase andar de aquí para allá. Jota Eme se mantuvo atento: quién sabe cómo un gato puede mirarse amarillamente a sí mismo... Oh, sí, el personaje ejercitaba desde el primer instante un rarísimo influjo. Aun antes de romper a hablar preparaba, con actitudes medidas, morosas y reflexivas, el resbaladero por donde las opiniones se canalizaban luego, en la más perfecta dirección.

—¿Sabe qué pasa, Jota Eme? —empezó a hablar, enseguida de sentarse y con las manos en las rodillas, inclinado en equilibrio hacia adelante, lo más cerca posible del objeto de sus preocupaciones—. Pasa esto: que usted es un tipo que no se cabe a sí mismo. Pierde el tiempo tratando de sacarse afuera, pero no lo consigue porque se desconoce y no sabe si lo que conseguiría sacar al aire acabaría por matarlo. Dentro de usted hay algo que desborda hacia afuera. Usted sufre porque no se da cuenta si es mejor meterlo otra vez para adentro o empujarlo hacia afuera del todo.

—¿Y usted qué opina?

Saverio Landa lo convidó a unos tragos. Jota Eme aceptó porque de pronto le pareció que podía tener sed.

—¿Dónde estuvo metido, Jota Eme?

—Caminé, señor, hasta quitármela de la cabeza.

—A Beata, claro.

—Si usted habló de mí con el señor Prato no necesito contarle mi... Bueno, mi noviazgo. Se me hace que el señor Prato adivinó que yo podía llegar enseguida a esa conclusión.

—¿A qué conclusión, por favor?

—Bueno, vea, resulta que yo no conocí a Beata ni nada parecido. Desde que salí de aquí no hice más que andar de un lado para otro, y llegué al resultado de que me había metido hasta la verija con una muchacha que era pura invención. ¿Usted cree que el hambre y el sueño pueden trastornar a un ciudadano hasta ese punto? Bueno, como le digo: yo había inventado a Beata, pero terminé por sacármela de la cabeza. Fue bravo, me costó mucho. Era como si al tratar de arrancármela a ella de adentro también me estuviese arrancando algo de aquello que usted hoy decía.

—¿Qué le dije? No me acuerdo.

—Los ecos, señor. Eso de que los ecos se transforman en música. Pero ya estoy tranquilo, ya no la tengo más a Beata. Ahora ando más liviano por la calle y por todas partes, respiro más hondo y me siento mucho más feliz que antes. Debo de haber ensanchado ese círculo que usted dijo.

Explicó con muchos pormenores la aventura del Hotel Manfredi y el asesinato ocurrido en el vecino Picadilly. También explicó cómo llegó a enterarse del nombre de la mujer asesinada y de qué manera, a su juicio, el hambre y el sueño la habían transferido a su ámbito sentimental. Viarazas de muchacho poco acostumbrado a no dormir y a no comer. Ahora mismo, al regresar al Férguson, había visto desplegado

Dejó el vaso vacío en la tapa del piano, se pasó la manga por los labios y alargó las manos hacia el teclado.

—Puede ser, no. *Es* —oyó.

Fue el sonido de esa voz lo que lo obligó a vacilar un tanto; una voz amarilla, como los ojos de quien la exhalaba. Después de todo, quién se creía Jota Eme para oponerse por el solo prurito de no dar el brazo a torcer. A lo mejor no resultaban de veras tan de poco fundamento las afirmaciones de este Saverio Landa, expuestas con todo ese desparpajo, esa falsa llaneza, con esa visible convicción de dejar una semilla clavada en la carne de un hombre, y en su conciencia desprevenida un germen de segura fructificación.

—Usted es un hombre de acción... Usted no se cabe a sí mismo... Dentro de usted hay algo concreto que desborda hacia afuera...

Podía ser de una verdad incontrastable, a lo mejor, este desborde de cierto y en el fondo halagüeño. Pero entonces, si de veras era tan verdad, cualquier porvenir se hacía sumamente posible a partir de haberlo descubierto.

Respiró con gran excitación. Tuvo el agrado un poco violento de sentirse ante este piano, al lado del señor Landa, de espaldas al patrón, buena persona, no lejos de aquel Basilio Prato de quien venía toda la protección como de un nicho acolchado, y no lejos tampoco de la notable cáfila frecuentadora del Férguson que de un modo o del otro, estaba seguro, terminaría por favorecerlo con su entusiasmo.

Se animaron las manos de Jota Eme. La música comenzó a ser más misteriosa y aceptable, aunque los presentes acordes eran solamente asomos del mundo futuro, completo y armónico, que paso a paso se iría conformando entre estas paredes, bajo este techo.

Una personalidad futura, suya, incuestionablemente propia de Jota Eme, le bajó a las manos ágiles.

—Pensamientos, sentimientos, razones oscuras de las que usted se desprende a través del piano para que no le revienten por dentro como una bomba de tiempo. Créame, por favor: lo que usted saca al aire cuando toca el piano es el musolino barrendero, es el doctor afamado. Usted está superpoblado por dentro, Jota Eme, y cuando se pone a hacer esa clase de música que no será suya, pero que tampoco es de otros, lo que hace es despoblarse. Ahora, me gustaría advertirle una cosa.

—¿Cuál?

—Está mal. No tiene que despoblarse. Debe guardar cada vez más metida adentro toda esa energía.

—¿Guardarla para qué?

—Para poder descargarla cuando llegue la madurez que hace falta para dar cumplimiento a la propia misión en el mundo.

—¿Yo también tengo una misión?

—Todos tenemos una. Usted la suya, aunque todavía no se le ha cruzado por la mollera en qué puede consistir.

Jaime examinó fugazmente sus manos pulidas. Tenía las uñas chatas, sólidas; las falanges ya parecían dotadas de una vida propia muy robusta. En realidad fingía observarse las manos para aclarar el curioso efecto que las palabras de Saverio Landa producían en su espíritu. Se sentía seducido a pesar suyo, comprobaba. La voz de Landa no era solamente la voz de un ser humano, la de un semejante: era una bordona que vibra oscuramente y que también oscuramente hace vibrar el escondido cordaje de los demás.

—¿Y uno, cómo se da cuenta cuando llega esa madurez? —preguntó de sopetón, a la vez que estiraba los dedos y apretaba los puños.

Landa parecía estar siempre atento para dar cualquier pelaje de respuesta. Imposible tomarlo por sorpresa.

el fondo de las arcadas, las rechazó sin un gesto. Se sintió atraído por un local que era divertido de sobra. Tenía nombre extranjero y allí, metiendo los ojos en un aparato de metal, se podía ver a la mujer desnuda.

Se sentía alicaído, comprobaba a cada tranco que ahora en la calle no se encontraba en su medio. Ahora su medio podía ser nomás exclusivamente el Férguson.

Cuando llegó de vuelta, ahí estaban el patrón y Saverio Landa ligeramente preocupados por su ausencia.

—Llegué a pensar que no se le volvería a ver el pelo —confesó Landa—. ¿Qué diablos busca en la calle?

—Qué sé yo —Jaime se encogió de hombros.

—Todo le queda estrecho, ¿verdad? Las veredas. los cuartos... Usted no se dará cuenta, pero está tratando de ensanchar su círculo.

—¿Sí? ¿Para qué?

—Para caber cómodamente dentro de él, ¿cómo no se da cuenta?

El patrón lo recibió alborozado, pero sin las sutilezas desconcertantes de Landa. Se alegraba infinito de volver a verlo —declaró campanudamente. El Férguson no merecía quedarse sin el pianista que le había tocado en suerte por un arcano de esos. Mucha, mucha gente preguntaba por él a raíz de su desaparición repentina.

—¿Gente? ¿Qué gente?

—Hombre... Gente del Férguson.

La importante gente; esos mismos individuos crispados que no le prestaban atención cuando él se esforzaba en el piano y que, incomprensiblemente, no se resignaban ahora a no prestársela.

—Usted aquí se instala —concluyó el patrón, enamorado de su conquista, sonriente, afectuoso.

Saverio Landa lo convidó a unos tragos. Jota Eme aceptó porque de pronto le pareció que podía tener sed.

—¿Dónde estuvo metido, Jota Eme?

—Caminé, señor, hasta quitármela de la cabeza.

—A Beata, claro.

—Si usted habló de mí con el señor Prato no necesito contarle mi... Bueno, mi noviazgo. Se me hace que el señor Prato adivinó que yo podía llegar enseguida a esa conclusión.

—¿A qué conclusión, por favor?

—Bueno, vea, resulta que yo no conocí a Beata ni nada parecido. Desde que salí de aquí no hice más que andar de un lado para otro, y llegué al resultado de que me había metido hasta la verija con una muchacha que era pura invención. ¿Usted cree que el hambre y el sueño pueden trastornar a un ciudadano hasta ese punto? Bueno, como le digo: yo había inventado a Beata, pero terminé por sacármela de la cabeza. Fue bravo, me costó mucho. Era como si al tratar de arrancármela a ella de adentro también me estuviese arrancando algo de aquello que usted hoy decía.

—¿Qué le dije? No me acuerdo.

—Los ecos, señor. Eso de que los ecos se transforman en música. Pero ya estoy tranquilo, ya no la tengo más a Beata. Ahora ando más liviano por la calle y por todas partes, respiro más hondo y me siento mucho más feliz que antes. Debo de haber ensanchado ese círculo que usted dijo.

Explicó con muchos pormenores la aventura del Hotel Manfredi y el asesinato ocurrido en el vecino Picadilly. También explicó cómo llegó a enterarse del nombre de la mujer asesinada y de qué manera, a su juicio, el hambre y el sueño la habían transferido a su ámbito sentimental. Viarazas de muchacho poco acostumbrado a no dormir y a no comer. Ahora mismo, al regresar al Férguson, había visto desplegado

tiempo todavía a través de los vericuetos más abruptos. Si calló fue porque ya era visible que Jota Eme, excitado por una vaga codicia, temblaba ahora de la cabeza a los pies.

—Pero si se pueden combinar cosas tan lindas con usted, Jota Eme —prosiguió no obstante el interlocutor, luego de comprobado el brillante efecto de sus palabras—. Mire, mire: le chispean los ojos. Mírese en ese espejo y dígame si no le chisporrotean los ojos como si los tuviese llenos de glicerina. Es la esperanza, Jota Eme. Ahora usted esperanzado.

—A lo mejor sí, claro.

—Usted, Jota Eme, es un frasco taponado y lacrado. Vamos a ver qué pasa cuando un día de estos Basilio Prato y yo lo destapemos.

Una cosa especial, un detalle: hasta ese momento se había sentido solo frente a Saverio Landa; y a partir de ahora era como si el Férguson hubiese sido invadido de golpe por la parroquia habitual. Una repentina, ahincada agitación en todo el ámbito del Férguson. Del techo colgaban lámparas desnudas y guirnaldas de adorno. La luz eléctrica era rojiza, formaba ocasionales globos de una luminosidad limitada por zonas matizadas de un gris parpadeante.

—¡Epa, basta, por favor! —gritó un parroquiano porque el patrón se había puesto a restregar con papel mojado un vidrio del ventanal que daba a la calle, y eso ataba los dientes.

Jota Eme se aproximó al piano y colocó las manos en las teclas. Sentía los dedos entumecidos por la falta de ejercicio, pero eso no importaba y se puso a ejecutar un alegre tema.

—Es un tema melódico de Borodin —previno por decir algo; y se quedó tan pancho luego de la mentira.

Landa lo había seguido y estaba acodado a un costado del piano, escuchó e incluso marcó el compás con el pie y con el índice de la mano derecha. Cuando

Jaime terminó, se mostró muy contento y agradecido, le palmeó las espaldas y luego pidió otra cerveza para ambos, quizá antes de volver al tema de la acción y del artista destinado a convertirse en boca y mano de la multitud.

Todo fue así a partir de entonces.

Esto duró un tiempo imprecisable. Meses y meses.

El recuerdo de lo ocurrido en la Bitumina, el de Beata Colantuoni asesinada en el Picadilly, reinventada y después vuelta a asesinar en la imaginación, las conversaciones tan llenas de tanteos preliminares sostenidas con Basilio Prato y en especial con el persuasor Saverio Landa, todo ello se remontaba justamente a mediados de 1923.

Y esto de permanecer inmóvil en la puerta de la casa donde ahora vivía, en la calle Tucumán al doscientos, rememorando sensaciones prácticamente diluídas en el pasado y pensando de soslayo en la muchacha Donata Siria, ocurría a principios del 24.

Enero de 1924.

La patrona, señora Asunta, informaba sin dar excesiva importancia a la noticia que en la noche alguien de su amistad había escuchado tiros en Montevideo y Sarmiento, a la altura del mercado.

XVI

Durante las últimas semanas del año llegó a plenitud la decisión de liquidar de una vez por todas al Entregador.

La madurez profetizada por Saverio Landa se le había presentado a Jota Eme no como repentina revelación sino antes bien como el cauteloso adensarse de un fruto verdeante en las cavidades de su pecho.

Llegado a esta cota en el diagrama de la nueva actividad espiritual, Joma Eme sintió en forma cada vez más avasalladora la necesidad de producirse a sí mismo, imperiosamente, según el constante espoleo del camarada Landa. A poco andar se advertía sin error posible que el impulso inicial podía proceder de Basilio Prato —individuo modesto, escondido—, pero que éste dejaba a la voz cantarina y bien masticada de Saverio Landa la tarea de llevar adelante la persuasión hasta cualquier infernal extremo.

Pero entonces, si Prato era cabeza pensante y Landa el armonioso lenguaraz capaz de traducir en vocablos aquellos pensamientos y de inculcarlos en mente ajena ¿qué resultaba en puridad Jota Eme, pianista del Férguson?

Vaya, sí, se sintió conmovido hasta la coronilla cuando se descubrió a sí mismo trocado por lento arte de magia fergunsoniana en hombre del destino, en mano armada, en brazo ejecutante de un determinado, prefijado final inexorable.

Para su mejor desarrollo fue obligado a alejarse del Férguson y a tomar pensión en la casa de la señora Asunta, patrona famosa, en la calle Tucumán antes de llegar a Reconquista. En esa habitación del cuarto piso vivió sutilmente, como burgués ordenado y mediativo, desconectado del resto del mundo, embebido en la babia perseverante de los soñadores de un único sueño. Vida monótona, aunque siempre alerta y preñada de jugos vitales, de odios dispersos canalizados en un solo odio, unitario, preciso, situado en el centro de la mira matemáticamente.

Hasta que en la mañana del día previsto para la acción decisiva, se había presentado Donata Siria

inopinadamente en su cuarto para interrumpirle la cotidiana maniática ensoñación.

Donata Siria era una entidad real, positiva, perfumada, de cabello sedoso y coyunturas flexibles. Sus pies desnudos en el piso producían un rumor mate inolvidable, el runruneo de su voz no se desvanecía en el cerebro porque era como una nube en un valle sin vientos. Además había manifestado que Jota Eme era una realidad dentro de su pecho, del mismo modo quizá que Beata Colantuoni lo había sido en el de él. Lástima de realidad tardía, sin embargo, llegada a destiempo, cuando no debía haber para Jota Eme ninguna otra realidad aparte de la decretada muerte del Entregador.

Razones de sobra para resolverse a no pensar más en Donata Siria, para escapar de ella, en cambio; porque una muchacha de tan agresiva comunicabilidad era seguramente el anti-destino, la gran entorpecedora. Allí, en la puerta de la calle Tucumán, terminó por hacer mentalmente a un lado a la muchacha, por desembarazarse de Donata como de un fardo no molesto —Dios mío, no—, pero sí inconveniente.

La calle aparecía atestada de gente nerviosa que se meneaba de un lado a otro sin objeto visible. Se estaba a horas escasas de un suceso extraordinario, y los transeúntes producían la impresión de hallarse sumergidos en la más desidiosa ignorancia. Curioso, extraño el gesto huero de quienes ponen los pies en el sitio preciso donde se ha de cometer un crimen sonado, y no se sienten recorridos por ningún escalofrío premonitor. Quién sabe por qué razón tenebrosa toda esa superflua gente ni siquiera sospecha en Jota Eme al fatal protagonista de una aventura ineluctable. Andaban, tropezaban unos con otros, se agitaban sin fatigarse nunca, pasaban al lado de Jota Eme, lo rozaban, y no se les erizaba el pelo ante la sugestión tremenda que sin duda emanaba su persona. Gente crasa, desinterés culpable .¿No tenía marcado

en la cara, Jota Eme, el acontecimiento futuro, y estas manos de pianista no eran también manos (garras) de protagonista, acaso?

Por supuesto, llevadero al máximo, fácil hasta la extenuación esta ganga de ser el exclusivo amo de un secreto entre varios millones de habitantes. La gente es vana y estúpida; este caballerazo de sombrero orión es un cretino con sombrero orión. Y aquel otro, ni que hablar: ese, ese que corre tras su honrado negocio de peso sobre peso es un pelafustán incurable. Y aquella señora será nomás lo quiere parecer: una figura pornográfica, como Jacobita De Matteis cuando cruzaba las piernas sólo para mostrar intimidades al descruzarlas. Ignorantes, ignoradores. Todos. Vana y torpe la totalidad: gente inferior, desprovista, secuaces inconscientes del Entregador.

Logró despegarse de la puerta donde acababa de evocar en círculos no pocos compases de su vida pasada.

Adios, adios dulce Donata Siria llegada tarde. Chau, mio bene. Addio, l'armata se ne va.

El sol, que se ensuciaba la cara en los charcos del puerto antes de seguir ciudad adentro, proyectaba en el suelo la sombra barrosa de Jota Eme. Se podía jugar a pisarla, sin conseguirlo, mientras se encaminaba uno hacia la casa de música cuyo dueño tal vez supiese algo acerca del tiroteo a la altura del mercado. Nada menos que a la altura del mercado...

Pero ¿por qué? ¿Por qué a la altura del mercado, de Sarmiento y Montevideo con toda precisión?

Bah, ninguno de estos infelices peatones tenía cara de contar con un pariente entre los héroes de la refriega, y los más que compraban el diario al canillita de la esquina lo hacían con el gesto artificial de quienes no esperan nada de gran interés, salvo una mera información acerca de montas y pronósticos

para las carreras de mañana. Ni el menor rastro que aludiese a pólvora en la actitud de los transeúntes. Invención todo esto, tal vez. Fantasiosos que podían ser la señora Asunta y sus informantes. Casi tan imaginativos como Donata Siria, capaz esta última de soñar con pelos y señales un paseo, una ida al cine, una cena en el Julien o en el Napoleón.

(Bueno, ya la tenemos otra vez a Donata encima de los hombros. Por lo visto es un lazo anudado al cuello, esta muchacha, tal vez porque la aventura con ella pudo ser también algo así como la coronación de una peripecia largamente incubada. Un estallido de orden frutal, el de esta mañana. El vegetal, la planta, no saben que contienen en sí toda la primavera y que —ocultamente arraigado en los tallos, en las hojas— el frutecimiento termina por suceder. Por qué no: Donata Siria pudo haber sido preformada por la presencia de aquella sosa Beata Colantuoni infiltrada en la maraña de los sentimientos suspendidos hasta alguna oportunidad del porvenir.)

En otro plano, más tarde, al expandirse la noticia de la muerte del Entregador, esta misma gente de oropel y relumbrón que ahora entorpecía el paso hacia la casa de música, hallaría que el hecho era previsible, que se lo presentía anidado en algún sector secreto de la ciudad subterránea.

El Justiciero —lentamente elaborada dentro de sí la máquina infernal aniquilante— lograba convertir al Entregador en volátil recuerdo de las multitudes.

—Usted tiene que comprender —había dicho Saverio Landa— que para dar ocasión a una justicia, antes hay que provocar el advenimiento de un justiciero.

—¿Y si el justiciero muere en la empresa?

Caramba, sí, con toda probabilidad era previsible que también el héroe designado para aplicar la definitiva justicia quedase liquidado en el momento justo de administrarla.

Saverio no anduvo con ocultaciones ni con paliativos en aquella emergencia. Casi era irracional, según él, que el justiciero se librase de morir con la misma muerte que trata de infligir. Prato fumaba con ahinco su medio toscano de turno ante esta raza de argumentos.

Jota Eme no les daba entonces sino una importancia relativa, pero ahora se le llenaba la boca de amargor al recordarlos. Inútilmente buscaba ensanchar el pecho para hincharse con la vanidad que hasta el día de hoy le había sustentado el ánimo. Como si hasta el presente una faja de yeso le hubiese envarado la osamenta, y a partir de los últimos sucesos el rígido cinto hubiese empezado a ceder.

Se sentía agobiado, con las piernas flojas y la respiración dificultosa. De vez en cuando, ante alguna vidriera que reflejaba su imagen, enderezaba violentamente las espaldas para no ser de veras ese señor anquilosado que titilaba en el cristal.

—Hoy es el día, esta noche será la noche —repetía entre dientes para comunicarse algún tipo de enfervorización.

Cruzó a la vereda opuesta y caminó todavía unas cuadras hasta dar con Rigoletto de Verdi en Corrientes y Libertad.

No fue encuentro inesperado por cuanto Rigoletto de Verdi era un lustrabotas jiboso con quien solía tropezar en las tardes cuando, antes de encaminarse la Férguson, en el bajo, recorría algunas calles para meterse la ciudad en el bolsillo.

Rigoletto de Verdi: un personajón con dos violentas cejas bruscamente aunadas como golpes de alquitrán en el nacimiento de una nariz vigorosa. La frente de este hombre era una rejilla de finísimas arrugas dispuestas horizontalmente, a través de la cual parecían infiltrarse rumbo al cerebro los eventos exteriores.

Sólo la boca de Rigoletto de Verdi era limpia y móvil. Quién sabe por qué se lo suponía podrido en plata.

XVII

Estaba adormilado, con la jiba descansada en una columna del alumbrado público. Jota Eme sintió ganas de acercarse a este hombre y, sin gran conciencia de los movimientos que realizaba, se encontró con un pie en la caja que el lustrador apretaba entre las piernas, alegre catafalco tachonado de bronces.

Rigoletto se encalabrinó, saludó al cliente con una sólida sonrisa profesional y, miope y desgarbado hasta la caricatura, se atareó en la búsqueda de los implementos del oficio.

Una fugaz mirada casi cotidiana hacía toda la relación con el hombrecito. Jota Eme se sintió enternecido al ver de cerca la joroba puntiaguda, tan consistente debajo del saco de lustrina lleno de regios lamparones, obsequio de un mozo del Ideal-Bar.

—Usted tiene un precioso apodo, Rigoletto de Verdi —susurró a modo de saludo.

El lustrabotas aferró el cepillo con las manazas tamañas y se empeñó en la capellada del zapato, sediento desde hacía meses incontables.

—Gran tipo, Verdi —prosiguió Jota Eme admirativo— : *Falstaff, Otello, Un ballo in maschera,* calcule.

Rigoletto se encogió de hombros, extrajo dos planchuelas de baqueta endurecida a martillo y las espetó entre el zapato y la media del cliente.

—Se dice que anoche hubo una jarabortina de tiros a la altura del mercado —repentinamente Jota Eme cambió de conversación.

El comentario no llegó a oídos del jorobeta quizá porque en ese momento un ómnibus Fitipaldi hizo retemblar el empedrado de la calle Corrientes y, en la esquina, los cristales del Ideal-Bar gimieron un prolongado gemido. No obstante levantó la barbilla y sonrió con un atisbo de comprensión.

En esa mueca viò Jota Eme que ni más ni menos se encontraba ante un sordomudo. Todavía más enternecedor, entonces. Rigoletto jadeaba y lo miraba a ratos, y vagamente le dirigía juguetonas sonrisas con su boca simpática.

—Corrió la mar de sangre —insistió Jaime, elocuente, como si las palabras fuesen a rebotar en los ojos de porcelana que ahora no se apartaban de él—. No sabe, claro, si ha salido algo en los diarios de la mañana. A lo mejor no hubo tiempo... Pero, con todo, imagínese, Rigoletto de Verdi, la cantidad de cosas extraordinarias que yo podría explicarle a usted. Usted debe de ser un inocente que mira la vida, pero que no se la sabe de memoria como se la sabe de memoria un servidor. Estamos rodeados de truhanes, Rigoletto: usted, yo, toda la gente buena y noble está rodeada de malhechores.

Procedían sin duda del laúd de Saverio Landa esas notas que a Jota Eme le repicaban por dentro y provocaban la afluencia de palabras terminantes. No creía ni dejaba de creer en la sustancia del propio discurso. El discurso estaba en el aire para ser modulado de la mejor manera. Se sentía jactancioso de una jactancia nacida en Saverio, prolongada y frutecida en su vientre.

—¿No le parece que todos estos son una cáfila de frangolladores, y que hace falta ponerlos en vereda de una vez por todas?

Rigoletto repetía con la cabeza su rítmica aprobación. Una moto ametralló la calle y, metida dentro de la sucesión de estampidos, gimió la voz de Jota Eme:

—Rigoletto de Verdi —gimió—, hoy es el día en que yo debo morir. Este sol es mi último sol, Rigoletto. Y me pregunto si vale la pena. Hace una semana que Saverio Landa y yo contrajimos el compromiso de no ver más el sol. De no verlo más yo ¿comprende? Algo muy solemne y formal: un verdadero juramento. Siete días, siete, padeciendo el día de hoy encerrado en mi pieza. Y hoy, cuando precisamente ha llegado el día de hoy, no sé que cosa maligna me está sucediendo. Hasta anoche nomás por lo menos me sentía exaltado, y pensaba: el Ejecutor, el Redentor, la mano armada, el órgano armado de la multitud. Una meta como la gente ¿no le parece, Rigoletto? Escuche, escuche, Rigoletto de Verdi: yo, esta noche o a lo sumo en la madrugada de mañana, tengo pensado morir en aras de esta humanidad de truhanes, de frangollones, de manflorones indiferentes y por el Judas nuestro de cada día. Y voy a morir matando (esto, claro, corre por mi exclusiva cuenta: que nadie se entere, por favor), y voy a morir matando en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

El lustrabotas frunció los labios. Tal vez la meditación susurrada por Jota Eme con toda esa vehemencia transponía la rejilla de su frente y comenzaba a sacudir el obtuso cerebro. Jaime musitaba palabras exaltadas, e incluso las redondeaba con gestos de grandilocuencia.

—Pasa que Saverio Landa no me cree capaz, Rigoletto. Pasa que dudó siempre, que dudó hasta el momento mismo del juramento (hace siete días), y pasa que todavía está allá junto al mostrador del Férguson, dudando. Tiene los ojos amarillos, Landa, y siempre sabe hacer creer que lo espera todo de uno, pero sin dejar de hacer saber en ningún momento que no confía más que en sí mismo. ¿Cómo no voy a tener que morir hoy, si morir hoy también es la manera

de mostrarle a Landa que uno es tan capaz de morir como él?

Pasó el hombre sin piernas, raudo sobre sus patines enchufados en los muñones. Velozmente alargó la mano y acarició de pasada la joroba de Rigoletto de Verdi.

—¡Gobbetto porta fortuna! —gritó dejando tras sí la estela de una carcajada homérica.

Rodaba alegre, veloz en la vida. También él era una excrecencia de la humanidad, segmento putrefacto de esa humanidad que —un poco quizá, nada más que un poco— quedaría redimida esta misma noche con la liquidación del Entregador, certera, concluyente. ¿Para quién te acicalas, vanidoso? ¿Para quién te acicalas?

—¿No tiene suelto, Rigoletto? —se acercó una señora muy agitada, con un billete de diez pesos en la mano.

Nadie tenía pesos sueltos para ella: ni Parpadakis, el cigarrero griego de ahí nomás, ni Lopecito, el mozo del Ideal-Bar plantado en la puerta de la ochava, aburrido, con los brazos cruzados sobre las solapas del saco nuevo. Todos redimidos esta noche, todos liberados: el cigarrero del Pireo, la señorona criolla que no conseguía cambio, el mozo tagai, perito en sisas del Ideal-Bar.

Gran parte de la humanidad vuelta a la vida como consecuencia de la doble muerte que ocurrirá en esta misma noche. El nuevo redentor está aquí —venid, adoradores— con el pie derecho enhiesto en el mueblecito taperolado de un ilustre lustrabotas sordomudo, ignorado por todos y solamente en apariencia tan superfluo en el mundo como todos, pero jactancioso, febricitante, pugnaz, acerado en dirección a una hora final. Pero también —oh, sí, oh, sí, ¿cómo hace uno, cómo, para quitarse de encima, del cuello, el lazo que ahoga?— pero también temeroso de que un último ablandamiento provocado por la inesperada desnudez

de Donata Siria eche por tierra la pugnacidad, el aceramiento, todo, quizá, menos la jactancia de haber podido hacerlo de haber querido. Venid, adoradores, adoremos a un redentor de pacotilla, a un infernal vanidoso que se acicala para la muerte.

Llegó otro Fitipaldi, frenó en la esquina para dejar subir a un padre y dos hijos que venían corriendo. Pasó otra vez, poblando la calle de estampidos la misma moto de la vez pasada. La columna del alumbrado público donde Rigoletto de Verdi estribaba la joroba zumbó con un magnífico retumbo de orquesta filarmónica de Londres.

Jota Eme percibió un tironcito en el dobladillo del pantalón. ¿Estaba servido? No, todavía faltaba poner el pie izquierdo ahí en berlina. Bueno, si de veras hacía tanta falta... Lo puso. Rigoletto se atareó y terminó con el zapato izquierdo batiendo una marca. Jota Eme pagó el importe de la lustrada con un gesto de esplendidez copiado a la distancia, uno de los muchos ademanes superiores y odiosos del señor Impoco.

—Chau, Rigoletto de Verdi. Adiós para siempre.

Y no bien Jota Eme encaminó los pasos, ahora relucientes, en dirección a la casa de música, le salió al encuentro un vendedor de rifas.

Era novato en la esquina. Un hombre a quien Jota Eme veía ahora por primera y última vez, puesto que a partir de esta noche se interpondría entre ambos el abismo de la muerte.

—Justo —pensó—, justo, así ha de ser. Esta esquina va a cambiar de cara tantas veces, van a venir a poblarla nuevos pobladores que serán desconocidos por mí durante toda la eternidad.

Y miró al sujeto buscando ver en él a toda la humanidad que habría de superarlo en cantidad de vida una vez rematada la acción de esta noche. Notó que ante ese pensamiento se le erizaba la piel, y que Do-

nata Siria (¿Donata Siria?) se le aflojaba en las caderas y en las piernas.

—Yo no soy como los demás —decía el hombre, criollo desde la planta de los pies hasta el ponchito de raída vicuña que le cubría los hombros—, yo soy un buen rifero. Yo clavo el extracto en ese poste y usted puede ver si gana o no gana la máquina de coser.

Jota Eme se detuvo a escucharlo, fascinado. Cárneo y sonoro, este último poblador de Libertad y Corrientes. Cuerpo viviente, enfundado en una bombacha de campo y en un saco cortón hecho con tela de sobretodo, a los cuales sus movimientos de buen rifero hacían tan vivos como todo el resto de su atuendo. Vivientísimo, el hombre, en tanto este Jota Eme flojo sobre las piernas, con barba de día y medio, ojeroso, maltrecho, ya tenía una hoya prevista en el peor camposanto, si no una plancha de mármol en la Facultad de Medicina, codo con codo apretado contra otros infelices de miembros rígidos y cara lánguida, finados y no reclamados como él.

—¡No le lleva una rifa a un padre de familia! —lloriqueaba pajueranamente el buen rifero mientras un practicante aventajado introducía la grosera mano enguantada entre el sexto y el séptimo espacio intercostal de Jota Eme para tantearle el corazón y ver si por ahí no andaba todavía extraviado y medio muerto de susto un latido salvador.

Carne, huesos, entrañas de Jota Eme... ¿Los había puesto en el mundo una mujer para semejante destino?

Pensó en la señora Malvina y la sintió más viva que él, allá en Deseado. Tal vez para la madre sería un mediocre consuelo verse heredera de una máquina Singer que, según estos informes, bordaba, hilvanaba, ojalaba y todo lo demás.

—Soy un buen rifero yo. Yo le vendo a usted la rifa premiada, señor mío.

Rigoletto de Verdi se había agenciado un nuevo liente junto a la columna del alumbrado público; el nozo del Ideal-Bar acababa de descruzar los brazos ›ara señalar quién sabe qué dirección a una especie le banquero asomado a la portezuela de su doble faeón; la señora aquella regresaba feliz porque había onseguido cambio en la taquilla del Smart Palace.

—"Fué el último pensamiento de mi querido hijo –le diría la señora Malvina a la inseparable Jacobia De Matteis—. Pensó en mí, mi querido hijo, antes e".

Antes de. No diría la palabra. Lloraría la palabra n el regazo de la inseparable Jacobita.

—"Pensar que hubieran podido ser tan diferentes ıs cosas, a poco que Jaime me hubiese hecho caso..." –reflexionaría la Jacobita, mentalmente adúltera ›davía, post mortem adúltera.

—"Claro que sí, oh, claro que sí".

—"De un muchacho echado a perder yo hubiera echo un muchacho lanzado a ganar. Yo lo hubiera ınado entre mis manos de educadora. Él tuvo la culpa, él, de que mi vida sea ahora tan estéril. Pero ya o hay remedio y ni usted ni yo, doña Malvina, queemos pronunciar la palabra".

Se convertirían ambas en viudas inconsolables cuo luto quedaría dictado por las sombras de la habiıción donde gustasen encerrarse para declamar las enas concomitantes. Dentro de esa clausura mordisıearían inapetentes las masitas resecas, y sorberían ›n leve chasquido el té luctuoso de todas las tardes. Y to duraría mientras el señor Arístides De Matteis › descubriese el retrato del difunto Jota Eme —Aquel Mocito Mayor, tan inservible..."— entre las das rancias de la infiel consorte. Esto podría ocuir un agrio amanecer del próximo verano. Jacobita arrojaría a la cara todo su despecho al señor don rístides, y el señor don Arístides pondría fin a su

padecimiento tomando en ayunas una cucharada sopera de estricnina.

—Lleve otra, joven; esta otra también está premiada —sugería el buen rifero.

Pero ya Jaime Mayor corría tras el Fitipaldi que dejaba cerca de la calle Deseado.

XVIII

Hombre, sí, las casas donde uno ha vivido durante casi toda la adolescencia; ésta de la calle Deseado, por ejemplo. Todas se ensanchan en un patio mal protegido por un vasto alero de chapas llamado galería con cierta exageración. En la columna de hierro galvanizado que lo sustenta restriega el lomo un gato de albañal desteñido y voluptuoso, pero amable y aventurero. Las persianas de las tres habitaciones dispuestas al hilo y comunicadas entre sí de a pares, se abren sobre el patio, y también las del comedor y las de la sala. La sala y el comedor se enfrentan en línea longitudinal y sobresalen del resto. La casa toda ha sido distribuída por el primitivo constructor en forma de ce mayúscula, en C de imprenta.

La señora doña Malvina descansaba en la sala con las manos debajo de la pañoleta, en actitud de espera, como si no hubiese pasado ese medio año tan largo por tantos motivos.

—Tuve el pálpito de que ibas a venir —es el saludo.

Algo seco, esta vez en la mujer pequeñita que era la madre; algo desencantado. ("Ya secas las fuentes

de mis lágrimas/sufro y no lloro'' tal vez era el caso). Jaime permanecía delante de ella como si fuese necesario empezar a crear una amistad nueva entre la madre y él, un extraño idioma común.

—Me parece que estás adelgazando, Jaime —lo recorría ella con una mirada tenue, indagadora.

Imposible volver a emplear el lenguaje original, hecho de gestos, actitudes o vocablos convencionales, mediante el cual era factible sostener largas conversaciones y llegar sin desgaste a profundos entendimientos. Seis meses de separación eran seis años, seis décadas... Algo fundamental se interponía ahora entre madre e hijo; ahora hacía falta inventarlo todo desde el comienzo. Imposible anunciar: "Te traje una buena rifa, mamá", y estirar las piernas y echar atrás el tórax fatigado. Todo *Da capo, andante* y *con moto,* como se lee en las hojas de música.

—Vendí el piano, sabrás —dejó caer la madre—. Total nunca venías a tocarlo.

—Yo diría que no le interesaba escucharme.

—Siempre te escuchaba.

—Bah, tocaba ejercicios.

—Estaba tan acostumbrada a oirte tocar el piano, que cuando te fuiste me faltó eso además.

—¿Quién lo compró?

—Los Gosende, antes de mudarse. Se mudaron hace tiempo.

—¿Adónde se fueron? —Jota Eme simuló determinado interés.

—No sé. Creo que heredaron. Murió Bárbara, la abuela. Ahora los Gosende se dan la gran vida y quisieron comprarme el piano. Claro que para ellos fue una buena pichincha.

—¿Y los Ferrarín?

—Murió la madre de los Ferrarín. Estuvo tres meses impedida en una silla de ruedas que compraron los hijos a escote, y después se murió sin sentir nada, como un pajarito. Cada vez vamos quedando menos

gente de antes. Te voy a preparar una tacita de té, Jaime.

Un té luctuoso de media mañana; el mismo Té Tigre que doña Malvina gustaría en adelante, por las tardes, pequeñita y tan seca, en compañía de Jacobita De Matteis. Ceremonia destinada a rememorarlo a él, a Jota Eme ya inexistente.

Rito fúnebre, Jota Eme. Vanidoso, Jota Eme. Jota Eme acicalado.

—No, mamá, no se moleste.

Tuvo que contener el impulso de seguirla hasta la cocina, reino de las batatas asadas de gloriosa memoria. Entendió que ahora —por ser ahora, por ser hoy— no debía hacerlo. Un poco visita se sintió, y como tal hubiera sido cosa torpe rastrear a la dueña de casa hasta la intimidad de la cocina.

¿Posible esto de haber sentido a la madre tan existente, tan vívida al recordarla de pronto ante el buen rifero aparecido en Libertad y Corrientes, y hallarla ahora desprovista de savia, como si hubiese perdido los humores al amenguársele el tamaño? Y con los humores, naturalmente, una parte del alma sentimental propicia a los limitados desbordes.

Se había cortado el cordón umbilical entre madre e hijo hacía ya seis meses largos como seis años (puesto que habían sucedido tantos acontecimientos en el barrio) y desconcertaba reconocer la nitidez del corte. Algo distinto en la actitud de esa madre, y por el contrario todo igual, idéntico, en el aspecto de la habitación: las mismas esterillas portarretratos en las paredes blanqueadas a la cal, libres de la menor partícula de polvo; las mismas puntillas almidonadas, con una orla roja de hilo lucero, dispuestas para desplegar las ríspidas ondulaciones alrededor de los floreros donde hacían lo posible por marchitarse las rosas de tela y los jazmines de cera; el mismo llavero forrado con paja rafia en la cerradura del armario esquinero.

Pero ella distinta, la madre.

Volvió al rato con la bandeja de peltre y las tazas japonesas en cuyos cuencos tintineaban las cucharas de plata labrada, demasiado groseras para la exquisitez del conjunto. Doña Malvina tomaba el té sin limón, ya él lo sabía. Por supuesto había sido una suerte en el fondo.

—¿Una suerte?

—Que le fallase el corazón a la madre de los Ferrarín, cómo. La pobrecita tenía reumatismo deformante, no se podía mover y hasta se hacía encima.

Por suerte también, y a Dios gracias, doña Malvina tenía una salud de acero y viviría doscientos años. Las terribles jaquecas habían cedido muy mucho gracias al tratamiento del doctor Larriviere a base de piramidón.

¿Cómo qué doctor Larriviere? Un médico nuevo que acababa de instalarse en el barrio, en la casa que fue de los Gariboto, ¿no se sabía eso en todas partes? El doctor Magliano estaba muy desprestigiado. A partir del disgusto aquel con la esposa ya no fue el mismo de antes. Descuidaba a los pacientes, se equivocaba.

—¿En números?

—Decía el boticario que se equivocaba.

Pero el nuevo doctor curaba a la gente que era una gloria. En las recetas se equivocaba el doctor Magliano. El boticario Kajel descubrió que prescribía dosis mortales de ciertos medicamentos. "¿Qué hago? —preguntaba el bueno de Kajel a los clientes de su confianza—. ¿Habrá que denunciar el caso en la 25?" —preguntaba, consultaba. Se le aconsejaba entonces: "Avise a la clientela, y no mande a la cárcel a ese pobre santo". La gente tiene el alma de oro, así en general. Y volviendo al doctor Larriviere, es casi un sabio y atiende de maravilla. Lástima que todavía no se hubiese instalado aquí para aquellas nanas que tu-

vo aquella vez la tía Filipa. (Bien, bien por el momento la excelente tía Filipa...). Cuando se inclina sobre un enfermo para auscultarle el pecho (el doctor Larriviere no es un superficial, y siempre ausculta...) se le desprende del cuello un manojón grande como un puño de medallitas de la virgen Nuestra Señora.

—Por lo demás, el barrio parece el mismo —acotó Jaime.

—La gente vieja se va yendo; y de la nueva no me ocupo.

—Por fin adoquinaron la calle.

—¿Está bueno el té?

El té era bueno, casi tanto como el doctor Larriviere, pero Jaime no tomaba sino una sola taza, la mamá ya lo sabía; y dejaba en el fondo dos o tres hojitas de la borra para leer el porvenir; ¿quién era aquella señora que sabía leer el futuro en las tazas de té? Ah, ya: Bárbara, la abuela de los Gosende.

—Era medio bruja, y por eso ganaba plata a montones y pudo dejar una fortuna en casas y terrenos allá por el lado de Olivos. Echaba las cartas y decía la buenaventura. Eran genoveses, los Gosende.

Manoplas genovesas las que ahora aporreaban el pobrecito Breyer, entonces. Ella en cambio tomaba siempre dos tazas, la segunda con más azúcar que la primera, quién sabe por qué. ¿Sabía Jaime por qué razón venía tan oscuro el azúcar de un tiempo a esta parte? Parecía melaza. Desde la Semana Trágica no se veía un azúcar tan terroso.

—¿No era pan lo que no se conseguía en la Semana Trágica?

—Tampoco azúcar. Pan, tu padre conseguía siempre. Panes de la Panificación, de un metro de largo, o pan balear, redondo y sin sal. Horas de plantón para conseguirlo, santito mío. Tenía mucha paciencia.

Jaime contempló la foto de su progenitor en la esterilla de la pared. Tenía la barbilla paciente, pero los ojos violentos. Ni la más remota idea acerca de

cómo pudo haber sido aquel hombre de donde le vino el ser. Se le hacía habitante de otro planeta en el cual los individuos llegaban a entenderse a fuerza de miradas coléricas. Grotescamente lo imaginó con un descomunal pan casero al hombro, huyendo a todo meter de los cosacos durante las cargas de la Semana Trágica.

—¿Era buen mozo, mi padre?

—Todos los hombres eran buenos mozos en aquel tiempo —fue la respuesta asombrosa de doña Malvina.

—¿Qué hacía?

—Era colonizador.

Ocupación de campanillas, esta de colonizador, pero inindagable. Jaime supo alguna vez que también había sido obrero manual.

—Me parece que tenía los ojos muy penetrantes.

—Era bastante corto de vista; pero nunca quiso usar lentes.

Procedía de las islas: Mallorca, Menorca, Ibiza... Cuál de las Baleares no se sabía con certeza. Lo obligaron a viajar a América con un puñado de pesetas en un bolsillo, y en otro el pasaporte de su propio padre, abuelo de Jaime, raído de la memoria familiar. Cuando no levantaba aún dos palmos del suelo (doña Malvina solía recordar a menudo la anécdota), ya conocía Jaime aquel estupendo diálogo con el capitán de un barco llamado Princesa de Asturias o cosa así:

—"¿Gonzalo Mayor y Carreño?"

—"Mande usted".

—"¿Edad?"

—"Cuarenta años".

—"¿Es éste tu retrato?"

—"Lo es".

—"¿Y estas barbazas?"

—"Rapémelas antes de embarcar".

El capitán del Princesa de Asturias lo dejó seguir viaje porque resultaba inhumano devolver a Mallor-

ca, Menorca o Ibiza a este pergenio de catorce años cuyos ojos furibundos parecían tan espantados.

En el puerto de Buenos Aires dio de manos a boca con un tal Joan Llobregat, disimulado entre la parentela de los inmigrantes que tenían parentela. *Valenciá, si non te l'ha fet te la fará...* Llobregat se la hizo: lo conchabó en su tallercito de aparar calzado situado en la calle Maza, a cambio de casa y comida (de la liviana comida y el techo de un altillo con goteras), hasta que el menudo mallorquín, menorquín o ibiceño se la hizo de retroceso al valenciá: le sedujo a una hija de no muy buen ver, puesto que tenía una pata tiesa, y escapó primero a Lincoln (provincia de Buenos Aires), luego a Tres Arroyos, más tarde a Tandil y posteriormente a quién sabe dónde. Ahí, en quién sabe dónde, en el sur desértico, se hizo colonizador. Plantó un enorme cartel: "Villa Mayor y Carreño". Hizo fortuna con tierra ajena y la perdió. Amasó otra, más exigua que la primera y la perdió también. A continuación no hizo fortuna ni nada. Se sabía poco más, aparte de su matrimonio por amor con Malvina Aldaba, hija de un hotelero del Once. Que había enfermado y muerto de cólico miserere. Hombre incomprensible. Vaga memoria de él y de sus hazañas sentimentales o financieras. Sensaciones que siempre, un poco, habían resbalado en el ánimo de Jaime Mayor.

—¿Y la Jacobita, mamá?

—Me viene a ver de vez en cuando.

—¿El señor Arístides vive todavía? Habrá progresado. Estará ocupando la situación del señor Imbusto, me imagino.

—Tuvo que viajar. La Bitumina lo mandó a Bélgica. Gran hombre, el señor Arístides. Todo corazón. El hijo, en cambio, aunque todavía es un gurrumino... También él va por camino torcido.

—¿También él? ¿Como quién más?

—Qué sé yo... También él, es un decir.

Jaime Mayor, vástago del remotísimo Gonzalo furioso y Carreño, pensó que ahora sí, hacía falta marcharse.

Quién sabe: llegó tal vez a la casa de la calle Deseado con la microscópica esperanza de que la madre doña Malvina terminase alguna labor de ablandamiento, y hacerse así de un motivo especial para desistir de la muerte reservada para esta noche. Pero no, la casa de la calle Deseado era una casa que Jota Eme no había habitado nunca. La madre doña Malvina cruzaba los brazos debajo de la pañoleta, ya no tenía jaquecas, y se desmadraba con lentitud, pero también con la seguridad de quien pierde poco a poco los más preciosos sentidos.

—Chau, mamá —susurró con aún más muerte en el alma que al llegar.

—Hasta pronto, Jaime —cabeceó la señora.

—Me va bastante bien —quiso tranquilizarla el hijo.

—Lo supongo.

—¿Por qué?

—Porque te deseo el bien en mis oraciones, Jaime.

—Gracias, vieja.

La madre lo acompañó hasta la puerta de calle y cerró detrás de él con gesto nostálgico.

El herrero vecino machacaba su hierro, ahora con tañido pastoso de campana falta de temple. Jaime quiso verlo y se asomó a la verja al pasar ante la herrería. Ahí estaba el antiguo demonio con todos los colores del infierno marcados en las mejillas. Vivo también él. Redimido también él, luego de esta noche.

—Chau, mamá; chau mamá para siempre —se dijo el vanidoso.

XIX

El dueño de la casa de música estaba en la trastienda del negocio. Con aguda pedantería, enfatizada por los anteojos doctorales, hacía escuchar a una tilinguita los últimos foxtrots en la ortofónica. Jota Eme se sentó a esperarlo en un silloncito forrado de raso, frente al busto de Wolfrang Amadeo Mozart. Ésta era una visita que efecuaba con regularidad de día por medio y sin necesidad ninguna, solamente porque se le había convertido en hábito no desagradable esta de cambiar un par de amenidades con un comerciante para quien la música, además de modus vivendi rendidor, era una meta inalcanzable.

A través de la vidriera de cristales se veía ir y venir y agitarse sin sentido a la misma plebe vacua y apremiada de la calle Tucumán, de Corrientes, de Sarmiento. El local estaba irritado de solos de clarinete provenientes de la trastienda y filtrados a través de los resquicios. Herr Mozart se sentía un poco violento ante ese fragoroso "Rumbo a Búfalo" cacareado por una locomotora enloquecida, pero ya había recobrado de nuevo su imperturbabilidad marmórea.

Por fin apareció la muchacha en el vano de la rebotica, seguida untuosamente por el patrón. Era una menudencia rubia, con ojeras que la situaban al borde de cualquier desatino.

—Oh, no, gracias, no se moleste. Usted siempre tan amable —agradecía al irse, quién sabe a raíz de qué ofrecimiento.

—Hola —saludó Jota Eme al patrón.

Y en seguida supo que, efectivamente, durante la noche anterior se había producido un tiroteo de padre y señor mío ahí mismo, enfrente, en el mercado de Sarmiento y Montevideo. El dueño de la casa de música, sorprendido en pleno sueño por aquel pandemonio, se había convenientemente alarmado.

—Lo que son las cosas —comentó—. En ese momento soñaba que me perseguían con balines de fogueo el padre, el hermano y el marido de una dama con quien yo mantenía relaciones incestuosas (a ver, explíqueme esto...). Sin embargo, no sabía de quiénes se trataba, y el esfuerzo que debí hacer para identificar a esos salvajes fue lo que terminó por despertarme.

Una vez despejado pudo escuchar los verdaderos disparos, y atinó a saltar del lecho como disparado por una catapulta y a recorrer en media docena de zancadas la alfombra que separaba el dormitorio de la cortina metálica del negocio. Ahí, con las costillas adheridas a la cortina, se había sentido más seguro, con una seguridad errónea cuyo recuerdo le erizaba el pelo, por cuanto un bombón de máuser atraviesa un árbol sin dificultad.

—¿Usaron de veras balas de máuser?

—Me lo pareció. Entonces, como si lo fuesen.

Desde el pretendido refugio pudo asistir con las arterias en disponibilidad al horror de las últimas descargas. Oyó corridas y voces desaladas en demanda de auxilio. La noche hacía eco a los fragores desacostumbrados, le pareció. Era como si la tiniebla absorbiese de pronto el taponazo extemporáneo de los proyectiles para dejarlos otra vez en libertad, renovados y mucho más lúgubres.

—El miedo, amigo, es cosa que no se puede contar —opinó—. Es algo que quieras o no quieras ensancha los esfínteres.

—¿Escuchó voces, dice?

—Gritos especiales. Perseguían a alguien, y lo perseguían a muerte.

—¿A quién?

—Como a mí los parientes de la damisela con quien yo tenía relaciones non sanctas. "Ahí va, es él...", gritaban.

—Pero... *Él,* ¿quién?

El dueño de la casa de música no lo sabía. Luego, agregó, se produjo un silencio a modo de marco dentro de cuyo seno hasta era posible percibir la opacidad de la noche como un sordo ruido de púa. Ni una sola lejanísima vibración en la cortina metálica. Un poco de viento, eso sí. De rato en rato un ventarrón autoritario como un cosaco a caballo dispuesto a llevarse por delante todo lo que pasaba.

—Me quedé encogido y castañeteando los dientes durante un tiempo inacabable.

—¿No volvió a escuchar nada más?

—Sí, más tarde. Un cuerpo humano.

La explicación fue ésta: había podido reconstruir la presencia de un cuerpo; el silencio quedó alterado nuevamente (el ventarrón policía, cabo o sargento, pasó a segundo plano) por el chapoteo que solamente puede emanar de un ser de carne y hueso al tratar de movimentarse a duras penas y se deja tumbar con manos y caderas de plomo contra la chapa acanalada de una cortina metálica. La casa de música tenía tres cortinas: las de ambos escaparates y una tercera, más estrecha, correspondiente a la puerta del centro.

El desplazamiento del sujeto duró un siglo. La sensación —explicó el comerciante— fue la de una manaza ensangrentada que busca apoyo en la chapa acanalada. Todo lo demás resultaba calma horrorosa, e incluso el pampero o lo que fuese había cesado de lidiar y atisbaba quieto enredado allá arriba en los cables de la Unión Telefónica. El comerciante nada más percibía salvo los gorgoritos del propio corazón y el

caudal de la sangre que volvía a tomar pausada posesión de las arterias.

En el alba, cuando tuvo la temeridad de levantar la cortina central del comercio, un puestero del mercado de enfrente lo informó acerca de varios pormenores. En efecto, un hombre acribillado quedó hecho una bolsa de papas o de arena en el medio de la calle, y cosa de diez minutos o un cuarto de hora más tarde (según versión ampliada por el sereno que, en la azotea del mercado, pudo vicharlo todo desde un atisbadero), el herido consiguió ponerse de pie para alcanzar la acera mediante un esfuerzo de titánica desesperación.

Fue, conforme la explicación brindada por este sereno, como si en los brazos y piernas del tipo se le hubiesen amontonado bloques de arena endurecida, y además —lo diò a entender— como si una lengua descomunal le fluyese al hombre desde cualquier agujero de la cara.

Alcanzada la acera, logró erguirse y colocar las espaldas contra las molduras de la pared opuesta. Allí jadeó y tosió. Más tarde, con ambos puños hundidos en el vientre, consiguió imponer al lastre de las piernas unos pasos vacilantes, y así pudo llevar a cabo como un pelele trágico, una parodia de caminata.

Al recorrer el frente de la casa de música, su fuerza desfallecía ya del todo, y necesitó reclinar el hombro contra la cortina metálica. De ese modo, a borbotones de una voluntad que se escapaba de un cuerpo que ya no era cuerpo, sino carnaza de desperdicio, avanzó todavía un trecho. Cayó y volvió a alzarse sin soltar un solo gemido, ni más ni menos que un árbol ahincadamente enderezado contra las ráfagas de un vendaval.

—Era un mazacote andando —aseveraba el sereno.

—Y lo más espantoso era la lengua afuera y la sangraza que le chorreaba por todas partes —confirmó el puestero del mercado.

El individuo pudo llegar a la esquina, frente a lo de Robino. Allí se doblegó y definitivamente se desplomó como muerto.

Una gran vaciedad en la calle durante media hora, lo menos, hasta que se vió llegar una ambulancia a todo meter. Lo subieron y salieron al trote. Quedaban del hombre rastros de sangre en las paredes, en los adoquines de la calle, en las baldosas cuadriculadas de la acera.

Lo extremadamente curioso fue que nadie acudiese a los disparos. Ni un alma abrió las ventanas, ni se dieron por enterados los noctámbulos de Robino, ni un bendito agente de policía asomó la jeta al olor de la pólvora. A no ser por la sangre coagulada un poco en todas partes como una suciedad más del mercado, y por los relatos del sereno y del puestero, aquello tan cumplidamente ocurrido hubiera podido ser apenas una continuación de la pesadilla inconsistente de un dueño de casa de música, un carnaval desatado dentro de la imaginación culpable de un dormido.

Jota Eme prestó oído a la narración sin dejarse impresionar. Si toleraba que lo avasallasen fantasías de esta índole, algo empezaría a marchar desencajadamente en las horas futuras. El miedo estaba en alguna parte, cierto, pero fuera de él, no en Jota Eme. Imprescindible ponerse a cubierto contra las acechanzas de lo exterior, entonces. El miedo ajeno, entonces, en esfinter ajeno. Todo aquello que hiciese peligrar lo definitivamente resuelto debía ser netamente eliminado.

—"Tengo una coraza a mi alrededor —pensaba lleno de coraje—, una cintura y un peto protector. ¿Tiroteo? ¿Balas de máuser? ¿Triste final de un quídam en la esquina del mercado, frente a la borrachería de Robino? ¿Qué más da el estruendo de una batalla para los fraguados por el fuego y la pólvora?".

—Le aseguro que fue bravo —terminó el dueño de la casa de música pasándose un pañuelo por la frente.

—No lo dudo.

—Sin embargo, usted no parece mayormente impresionado.

—Mayormente no.

—¿Pero cómo? Lo que acabo de contar sucedió en serio, amigo. No es una historieta del *Tit-Bits* ni una guayaba de la *Última Hora* o del *Telégrafo.*

—"Pasa que estoy defendido —Jota Eme se oponía mentalmente, con denuedo—. Pasa que mi armadura me protege contra el terror que este hombre incalificable está buscando infundirme. No lo escucho, no lo estoy escuchando y no lo voy a escuchar más".

¿Para quién te acicalas, vanidoso? ¿Para quién?

XX

Lo escuchaba todo, a despecho de los rasgos de piedra que sentía ahora tirantes en los pómulos y que solamente estaban enderezados a asombrar al dueño de la casa de música. También a Jota Eme, como a cualquiera, se le engalletaban las tripas, y los colores del espanto subían y bajaban como si hubiese estado trasegando chop tras chop, y todo en este momento fuese arisco y movedizo a su alrededor.

Sin embargo, ¿verdadero miedo? No, por qué. El miedo no penetraría en las entrañas si todo el ardor de esas entrañas seguía tan obstinado y hosco, como un furor próximo a ser parido. El tórax y el vientre se le hacían a Jota Eme una robusta trenza de arterias, nervios, fibras, músculos, huesos, linfa: todo ahí en-

tremezclado, rígido, inconmovible, positivo basamento de una estatua de colosales piedras.

Por otra parte... ¿por qué verdadero miedo, por qué *ya* miedo a la presente altura de los acontecimientos? No sentía nada, Jota Eme, estaba probado, porque todo él era de pies a cabeza un monolito ahincado contra las incitaciones exteriores.

—Desde que el Doctor vive ahí arriba —explicó el dueño de la casa de música— siempre me imaginé que terminaría por suceder un toletole de esta clase. Vienen muchos admiradores a visitarlo; gente de todo pelo y marca; y tiene amigos poderosos. El Doctor recibe o no recibe, según esté o no esté con el Vértigo de Mennier.

—¿Quién es el Vértigo de Menneir?

—Es una enfermedad. Siempre hay un ordenanza en la puerta de la casa para avisar a los visitantes si el Doctor está o no está con el Vértigo. La gente de respeto tiene enfermedades respetables, amigo. Pero cuando está bien de salud no tiene inconveniente en recibir a todo el mundo, y en la cuadra se arman jaleos de Dios es grande. Créame, a veces incluso hay que soportar discursos exaltados, y eso es lo único que infunde un poco de animación a esta zona del centro. Usted habrá oído hablar de Spavaldini, el compositor de tangos y milongas... Bueno, Spavaldini compuso una marchita para el Doctor, con letra de un tal Galante. Se titula *Coronados de Gloria Vivamos,* y es una murguita irreverente, un plagio irresponsable que "ellos" berrean a todo berrear cuando el Doctor se presenta en el balcón.

—¿Quiénes son "ellos"?

—Los turiferarios.

—¿Tiene muchos turiferarios?

—A veces pasan de cien. El Doctor los arenga desde el balcón y "ellos" se desgañitan cantando *Coronados de Gloria Vivamos.*

—¿Fue contra el Doctor, entonces?

—¿El qué?

—Lo de anoche. ¿El hombre de anoche quiso liquidarlo a él?

—Claro que sí. Por lo menos tuvo la santa intención.

—¿Quién era?

—Qué sé yo quién era. Era el hombre de anoche, el que alcanzaron a ver medio muerto o muerto del todo el sereno y el puestero del mercado. El Doctor tiene turiferarios, pero también le sobran enemigos, aunque se ignora en qué proporción. A todo el mundo le consta que hay enemigos infiltrados entre los turiferarios, pero como cantan al unísono no se los puede distinguir. Sin embargo, le aseguro que *Coronados de Gloria Vivamos* es una marchita baratieri y además un plagio impúdico, una copia descarada de cuatro o cinco compases del *Nabuco*.

—Rigoletto de Verdi —murmuró Jota Eme.

—*Nabuco*, de Giuseppe Verdi —rectificó el dueño de la casa de música, mirando por encima de las antiparras doctorales.

Jota Eme frunció las cejas como si estuviera haciendo cálculos, y compuso un semblante que en su interior sentía lleno de inocencia, para preguntar con voz neutra.

—¿Cómo es?

—¿Quién?

—El Doctor.

—Desde que se instaló ahí arriba lo vi dos veces y pare de contar.

—¿Es un viejo?

—Debería serlo, porque yo era chico y a la gente ya se le hinchaba la boca hablando de él. Pero no, usted lo ve y se da cuenta de que sigue teniendo cuarenta años.

—¿Qué se sabe de él?

El dueño de la casa de música se encogió de hombros porque tanta curiosidad parecía fuera de lugar. ¿Quién no conocía al Doctor, siquiera fuese por meras

referencias? Su vera efigie aparecía en los diarios, en los carteles... Era un hombre de la ciudad, del país entero. Un conductor que nunca había conducido al país de frente, pero cuyas manos sabían de manejar las riendas indirectamente, por mediación de otros personajes convertidos en marionetas a pesar suyo.

—Testaferros.

Claro que también había testaferros. Era la política del Doctor: mandar fingiendo obedecer; una política del más puro, del más inteligente maquiavelismo social. Se podía o no estar de acuerdo con él y con su sistema, pero resultaba indudable que el Doctor era el Doctor, el Hombre, el Símbolo. Algunos lo odiaban, esto era inevitable porque, se sabe, siempre existen resentidos capaces de no soportar a los semejantes sobre todo cuando éstos traen una misión al mundo y la cumplen hasta el final, caiga quien deba caer.

El Doctor podía ser odiado desde muchos puntos de vista, aceptado; más odiable que otros, aceptado también; pero lo intergiversable era que se hubiese convertido en la esperanza de ... De nadie. Simplemente en la Esperanza. Lamentablemente había adversarios encarnizados, decididos a todo, entre los aparentes incensadores. Lo de la noche anterior fue ejemplo de lo que podía pasar en cualquier momento; y de lo que podía volver a ocurrir.

—¿Qué se sabe de él? —preguntó otra vez Jota Eme, como si antes no hubiese formulado la misma pregunta.

El dueño de la casa de música no sabía gran cosa, aparte de lo manifestado. ¿Acaso era bachiller en Doctores? Se encogió de hombros y, por hacer algo nomás, seleccionó un disco de la Víctor y lo cambió de estante.

—¿Qué quiere que se sepa? —interrogó a su vez; y luego reflexionó—: Es un hombre público. Su vida privada, si tiene una, no le interesa a nadie. Se murmura que está casado (casado varias veces), y que allá por Río Gallegos o Puerto Deseado tiene hijos como para

llenar un corte de vagones. ¿Interesa esta clase de datos? Y además, vea, amigo: yo no me meto en política.

Jota Eme se llevó una mano a la frente, y luego la dejó caer sobre una rodilla, bañada en sudor. Por fin dijo, tratando de recuperar la voz neutra lograda un rato antes:

—Y en cuanto a ese individuo, a ese pobre tipo que anoche intentó liquidarlo...

—Joven: sé tanto como usted a ese respecto.

—Usted escuchó los tiros de máuser que lo mataron, usted se dio cuenta de que el cuerpo de ese hombre se apoyaba todo ensangrentado contra esa cortina metálica. Es absurdo que ahora diga que sabe tanto como yo.

Sintió que le invadía el pecho la habitual grandilocuencia nacida del bordón de Landa. Por eso añadió con un excelente gesto:

—Entre lo que usted sabe y lo que yo no sé se interpone la muerte de un semejante en la esquina del mercado.

Se puso de pie y sintió en el vientre y el pecho el peso de las entrañas agilizadas por la fiereza y por la natural agresividad de su sangre. Rodeó el silloncito forrado de raso y apoyó los brazos en el respaldo. Con las manos libres se rascó ambas mejillas. Cóncavas como correspondía, esas mejillas; y pobladas de esa barba que ya nadie afeitaría jamás.

El dueño miraba pasmado al visitante, pero sin duda atendía más al propio pasado terror que a la irracional gesticulación de Jota Eme.

—¡Quiero mudarme! —exclamó al fin—. ¡En este barrio no gana uno para sustos!

Jota Eme desarmó su apostura de individuo acodado en un silloncito con adornos de raso. Estuvo tentado de marcharse, pero cambió de idea y optó por acercarse al piano. Hizo girar con rapidez el taburete, se sentó en él y en seguida comenzó a teclear un juego de arpegios con el tema principal de una

sonatina de este grave Herr Mozart equilibrado en la estantería.

—Tengo en vista un local precioso en la calle Florida —dijo el dueño.

Y se arqueó reverencioso para dar la bienvenida a un cliente recién llegado, individuo que aparecía de tarde en tarde y compraba piezas fáciles de ejecutar para cierta novia que decía tener. Jaime lo vio de reojo, pero siguió acariciando la melodía de Mozart en tanto aquellos dos se arrinconaban para cuchichear:

—El diario trae el parte de la policía —susurraba el cliente.

Traía un papelucho plegado debajo del brazo, pero no parecía conceder al asunto tanta categoría como denunciaba el tono del cuchicheo. En los mofletes de este caballero había zonas azules; tenía ojos profundos y oscuros; usaba galerín arratonado y un abrigo campanudo, pero demasiado corto.

—¿Ya se va? —preguntó el comerciante al ver que Jota Eme abandonaba el piano—. No se vaya, espere. En seguida pongo el candado y lo llevo a tomar el vermú en el café del mercado o en lo de Robino.

El cliente lo miraba de soslayo, como si por algún motivo hubiese empezado a sospechar cualquier barbaridad a su respecto. Jaime fijó la mirada en la frente de Mozart y, sumido en hondísimas meditaciones, le pellizcó al desgaire la barbilla.

—¿Salimos juntos? —tuvo que hacer un esfuerzo, necesitó descender desde lo alto para escuchar la invitación de ese cliente que compraba piezas fáciles para la novia.

XXI

El cliente le tocó el codo al salir. Era escabroso el modo como este ejemplar antipático podía hablar de sus oscuras intimidades.

—Mi novia no toca tan bien como usted —sólo dijo eso; pero en su boca una expresión tan sencilla se hacía completamente ingrata.

—"Otro charleta, uno más —meditó Jota Eme—. Otro representante de la ralea incapaz de sentir amistad por mí, ni piedad, ni simpatía. Otro como Rigoletto de Verdi, como el rifero criollazo ahijuna, como el mozo Lopecito del Ideal-Bar, como el hombre sin piernas, como la señora Malvina de la calle Deseado, como el herrero que hace repicar campanas mal templadas".

Otro, quizá, como la misma Donata Siria.

¿Es la mariposa o el murciélago —meditaba— el animal imbécil que choca siempre contra las paredes sin aprender nunca a no chocar? Son la mariposa, el murciélago, y en grado sumo Jota Eme, el incauto redentor, el chapucero hombre de acción que sucumbirá esta noche en homenaje a la población irredimible. Sordos todos, todos ciegos y embarcados en la asfixiante atmósfera de sus vidas minúsculas. ¿Qué pretenden? ¿Que haga acto de contrición, que me arrodille ante ellos y les cante mis cuitas en verso, para luego reírse de mí a carcajada batiente, como cuando van a ver un sainete de Vaccarezza en el teatro Nacional?

Se encaminó hacia el mercado. Aspiró briosamente el aire de la calle: allí estaba aún todo el suceso de la noche anterior, las corridas, los ayes, los impactos

de máuser y el propósito que guiaba los hechos. Todo parecía moldeado en ese hueco de la ciudad, compuesto de alguna materia plástica capaz de retener y eternizar las voces y los movimientos. El drama había sucedido, y había sucedido para la eternidad entera.

No comprendía; Jota Eme se negaba a aceptar todo eso como llevado a cabo sin su intervención de individuo designado, de hombre-máquina, de enfurecimiento fríamente desatado contra el Entregador. Alguien le había tomado la delantera, alguien que debía tener con él alguna desconocida afinidad.

—¿Quién y por qué? —mascullaba, impotente para pensar.

El suceso estaba marcado para esta noche, para la noche de hoy, dentro de horas; no hacía horas, no la noche previa. Y debía terminar con el Entregador, no dejarlo con vida.

¿Quién y por qué razón, entonces? ¿Qué trastrueque engañoso se había operado en el corazón de la ciudad, a la altura del mercado?

Advirtió que el cliente de la casa de música lo seguía. ¿Quién y por qué? Primero pensó despistarlo, pero en seguida trató de no interesarse más en ese ridículo seguimiento. ¿Qué trastrueque engañoso?

—Fíjese un poco —exclamó el seguidor con voz potente.

Jaime no pudo impedir un nuevo contacto con él.

—Mire, fíjese —estaba diciendo a sus espaldas—, todavía hay un poco de chicha entre la juntura de los adoquines.

Se había detenido en el medio de la calle y mantenía fijos los ojos en dirección a los propios pies. Allí resaltaba una mancha parda de forma irregular.

—Seguro es chocolata de anoche —insistió.

—No hace falta pararse a verla —replicó Jota Eme—. Le diré que sangre de anoche (chocolata o chicha, como usted prefiera), la hay en todas partes.

—¿Dónde, a ver?

—¿No la huele en el aire?

El otro absorbió el aire con las fosas de la nariz muy dilatadas y parecía querer burlarse de Jota Eme, pero no hizo ningún comentario.

—¿Usted conoce el motivo? —preguntó en cambio—. Todo el barullo de anoche debe de haber sucedido por alguna razón.

Jota Eme desconfió. El individuo, tan ridículo con su rara vestimenta de medio invierno a pesar del tórrido enero, podía incluso ser uno de los turiferarios al servicio del Entregador, no obstante la afección al hígado que lo hacía tiritar a veces por sorpresa.

—Por alguna razón o por ninguna —dijo cautelosamente—. Pudo haber sido un hecho fatal, inevitable.

—No hay nada fatal, no hay nada inevitable —sentenció el otro con voz doble, de pronto aguda como de mujer y al rato expresa y dura como un instantáneo bramido.

—"¿Será un parlanchín de esos? —meditaba Jota Eme—. ¿Y si este gracioso contemporáneo no fuese en realidad un turiferario, si no fuese nada el desgraciado? ¿Si por el contrario resulta ser, por ejemplo, una réplica de mí mismo y de mi propia infelicidad?".

Transpusieron en silencio el resto del camino. El cliente se le adelantó y estaba ahora con un hombro apoyado en un poste, frente al portal del mercado. Jota Eme y él se encontraban frente a frente como dos meticulosos antagonistas.

—"Dice que tiene una novia, y a lo mejor no tiene nada. Yo también tuve una, y lo cierto fuè que no la tenía. Ahora está ahí, oblicuo contra el poste, y me mira con esos ojos apampanados. Imposible darse cuenta de si es un enemigo que me aborrece o un hermano que intenta salvarme la vida".

Empezó a sentirse enternecido ante esta posibilidad de hermano, como hoy temprano ante la posible hermandad que babeaba en la boca muda de Rigoletto de Verdi. Le pareció que este encuentro podía ser un topamiento entre redentor y redimido, un mano a mano de dos símbolos opuestos.

—Usted tiene mucha razón —aceptó con gran cordialidad—. No hay nada fatal, no hay nada inevitable. Todo sucede cuando alguien se empeña en hacerlo suceder.

—¿Alguien?

—El hombre de anoche, usted, yo mismo.

—A mí no me meta en líos. Yo no tengo nada que ver en este imbroglio.

—Yo a lo mejor sí, tengo que ver.

—Lo siento por usted.

Palabras certeras, cortísimos bramidos. Oh, sí, oh, sí, enemigo este contemporáneo. Hermano, de ningunísima manera.

—Lo dije en broma —se atajó Jota Eme.

—¡Bah!... —susurró el otro con buena cantidad de desprecio en la exclamación.

—¿Qué le pasa?

—¿A mí? Nada. Me dan bronca algunos tipos.

—¿Yo le doy bronca? ¿Por qué?

—¡Bah!

—¡No, no!: ¡tiene que decirme por qué!

—Yo, a los mamelucos engreídos no los soporto. Hace rato que no los puedo soportar. Se pasan la vida macaneando, estafando a la humanidad.

—¿Yo vengo a ser un mameluco engreído?

—De cabo a rabo. Me dio en la nariz no bien lo vi sentado en el piano de la casa de música. Tocaba el piano como si buscase mostrar a los demás que era usted y que estaba tocando. Chantapufi de la cabeza a los pies. Después se puso a rascar la nariz o qué sé yo de ese busto de mármol de modo que se notase que era usted, nada menos que todo usted, quien ras-

caba de esa manera. Y cuando habla, habla como si en realidad dijese otra cosa además de lo que está diciendo. Chantapufi de arriba abajo ¿sabe? Y no pregunte más. No le llevo más el apunte. Conmigo pierde el tiempo.

Sacudió los hombros y dirigió una mirada hacia la casa de música por si el dueño terminaba o no de darle las siete vueltas de práctica a la llave del candado. Fuè una mirada por la cual Jota Eme quedó completamente segregado de la imaginación de este hombre agresivo sin pelos en la lengua.

Se sintió disminuído en un grado próximo al desmayo y necesitó descartarlo a su vez. Le dio bruscamente las espaldas y taconeó al atravesar los portales del mercado.

—Chaucito —dijo afectadamente, para hacer ver que aquellas palabras no habían producido en él sino un minusculísimo efecto.

En el mercado no lo conocían ni de refilón, y por eso pudo plantarse ante los puestos con la actitud de quien tiene intención de adquirir èsto o aquèllo, y duda, y medita.

Avanzó unos pasos y se detuvo de pronto, como si dentro del pecho acabase de repicar el badajo de una esquila de latón. Se revirtió, se contempló. Se viò a sí mismo en tren de adoptar la postura. Se observó a sí mismo, también, desde el punto de vista de aquel puestero, y advirtió toda la razón que podía caberle al sujeto del abrigo demasiado corto por quien había sido tratado con inesperada rudeza.

—"Soy Chantapufi de arriba abajo y de la cabeza a los pies —se dijo—. Realmente, cabalmente es así. Me estoy mostrando aquí como si hubiese venido a comprar algo para la manducatoria y se ve al primer golpe de vista que no vine a comprar nada. Me estoy adornando".

La esquila dentro del pecho se le hizo insistente, y cencerreó angustiosa. Era así nomás, era así nomás. Desde las primeras horas del día (desde antes más bien; quién sabe desde cuándo...) Jota Eme se desempeñaba con un mínimo de lealtad en relación a los propios antecedentes. No vivía: actuaba. Chantapufi que era: simulador, comediante, gallito empingorotado y suficiente. Y ese tipejo del galerín, maldito, había venido a enrostrárselo justamente ahora, cuando era preciso mantener tan enteras las profundas agallas.

—"Me he pasado todo este tiempo adornándome y admirándome los adornos como en un espejo empañado".

Pensó en sí mismo con cierto horror. Toda la sustancia moral de Jota Eme se hubiera exaltado para cubrir de desprecio a un hombre hecho de materia tan deleznable, espectador de sí mismo, actor de sí mismo, fatuo empenachado, como si el nervio sagrado que es la vida se hubiese convertido para él en fútil gesticulación a partir de determinado momento.

—"Chantapufi de arriba abajo; Chantapufi de la cabeza a los pies".

Revirado como estaba, se veía como en la luna de un espejo, de pie en uno de los corredores del mercado, fingiendo esas inmensas ganas de llorar que en realidad tenía. ¿Y no era él quien lloraba, entonces, sino Jota Eme? ¿Jota Eme, el chantapufi, y no el verdadero, el que había en él, quien aguantaba esas incontenibles ganas de disolverse en una catarata de lágrimas, de pie en uno de los corredores del mercado?

El piso aguanoso, acabado de barrer con aserrín, despedía un olor particular de materia descompuesta, un hedor pringoso a sebo, a gordura y a ratos a carne fresca de hombre acribillado en el cruce de dos calles. Alguien cantaba una copla española a la vuelta de los soportales que se erguían como estañados

ıparejos de trapecista. Al interrumpirse el berreo se ›yó dos o tres veces el chasquido de una hachuela uando desgarra carne y cartílago todavía resisten-es. Luego empezó a funcionar, lejos también, algo ısí como una bomba de agua, y se pudo escuchar el renesí del líquido al ser lanzado con fuerza contra l piso de cemento: toda la pútrida emanación pro-edía de aquellos lados.

—¿Va a llevar algo, míster? —se oyó.

La cosa era con él. Jaime se volvió y se halló ante ın corpulento puestero, especie de encendido verdu-o sin víctima inmediata a la vista, de espaldas muy lesarrolladas y rubicundo hasta la base del cuello.

—No, por ahora nada —contestó con mesurada cor-esía.

El puestero hizo un gesto de prescindencia defe-ente, y prosiguió su tarea como si jamás hubiese pre-untado "¿Va a llevar algo, míster?"

Hacia la izquierda el mercado se ensanchaba en un ›rofundo pasaje pespunteado por tinglados de hierro ›lanco. Aquí y allá varios puesteros le daban al es-ropajo y dejaban el zinc y los caños galvanizados an brillantes como los aparatos quirúrgicos en las alas de operaciones. Otros, todavía más allá, pare-ían empeñados en deshacerse de las remanencias ofre-iéndolas a precio vil a las clientas postreras: pilas le verduras quemadas, zocotrocos de charqui negruz-o patinados de coágulos.

—¿Tiene hora, por favor? —preguntó Jota Eme a ın mocito que pasó al azar con un enorme tacho al ombro.

El chico calculó de doce y media a una menos cuar-o, y se alejó al trote porque parecía tan urgido co-ıo todos los demás.

Por el pasaje avanzaban hacia este lado dos seño-es muy bien puestos, que evidentemente cruzaban el nterior del mercado de puerta a puerta para ahorrar amino. Jota Eme los vio llevarse por delante a un

verdulero que llevaba dos canastas de mimbre pendientes en los extremos ensogados de una tacuara atravesada a manera de yugo, sobre los omoplatos. Los señores, luego de la colisión, siguieron adelante pomposos y con la nariz hinchada.

—¿Fruta, siñó? —el vendedor ambulante se encaró con él.

También Jota Eme siguió adelante con la nariz oronda. La vio delante de sí como en un espejo empañado: nariz oronda de chantapufi. La esquila volvió a campanear dentro del pecho, el badajo volvió a golpearle el esternón, las costillas. Hizo un esfuerzo mental y ahogó badajo y esquila entre las dos manos muy apretadas. Luego giró hacia la derecha y observó que el nuevo desfiladero llevaba a la misma puerta de la calle Sarmiento por donde había entrado minutos antes.

Se sentía más liviano y desenvuelto, luego de cumplido este periplo sin objeto en un medio extraño.

XXII

Los fétidos olores del mercado y el fragor constante de agua vertida lo distrajeron en parte.

—"De doce y media a una menos cuarto —pensó— se produce un vacío en el estómago de la ciudad".

Escuchó los propios pasos en el cemento sonoro. Curioso haber venido a parar en el hallazgo de una especie de paz en un medio hediondo, en un ámbito desolado, dejado aparte por la multitud.

—¿En serio no lleva nada, míster? —otra vez el mismo provocador de la vez pasada, ancho, rubicundo y amenazante; ahora con esa cuchilla empuñada con la mano derecha.

—Ya le dije que no —repuso Jota Eme, cortante.

—¿Por qué se enoja? Usted pasa, mira, y yo pregunto.

—No me hace falta comprar nada porque vivo en una pensión de la calle Tucumán. Yo almuerzo en cualquier parte y a cualquier hora.

Entonces el puestero dijo algo fuera de tono y de razón:

—Rentista, ¿eh? —dijo.

—No, señor. ¿Por qué rentista?

—Tiene cara de trompudo. Ahora que me fijo bien, no sé por qué, pero me parece que usted es un trompudo de esos que andan por áhi para molestar al prójimo.

El hombre bajó los ojos y comenzó a hurgarse la cutícula de un pulgar con el cuchillo tamaño. Lo hacía con habilidad y delicadeza sorprendentes. Ante el mutismo de Jaime (Jota Eme estaba lleno de estupefacción) insistió con bárbara ironía sin levantar los ojos.

—¿A que pasó por el chelibo antes de venir para acá?

—¿Por dónde?

—Unas copas de más, me parece.

Y canturreó insidiosamente, sin dejar de mirarlo ni de repasarse las uñas al tacto:

Cuando tomo una copa de más
y mi pecho comienza a sufrir...

—No pruebo una gota desde hace un año —quién sabe por qué razón mintió Jota Eme.

—¿Una promesa?

—¿Por qué no?

—¿A su peor es nada?
—A lo mejor.
—¿O a la Virgencita de Luján?
Jaime quedó avergonzado y quiso alejarse. Este era un tipo invasor, un troglodita obligado por su naturaleza de verdugo a hacer alardes envanecidos con un cuchillo de tronchar reses. Quiso alejarse, pero se sintió retenido como si la estupefacción lo hubiese espetado en el piso de cemento.
—Medio litro de semillón no le hace mal a nadie —prosiguió el enemigo—, y menos a un taita como usted.
—¿Un qué como yo?
—Un taita y un borrachito.
—Estoy lúcido, se lo puedo asegurar.
—Tiene ojos de semillón, me parece.
Dejó a un lado el arma formidable y se quitó el guardapolvo cuya zona abdominal era toda un lago de púrpura. Quedó en camiseta calada de ciclista, con los antebrazos negros de vello, y de ese modo resultó mucho más agresivo. Volvió a canturrear, ironizando además con los músculos móviles:

El recuerdo de aquella fiel mujer
que me quiso de verdad,
y yo ingrato abandonéeee.

—Le repito que estoy lúcido, de arriba abajo, de la cabeza a los pies —se crispó Jota Eme con opaca indignación y contemplándose (oh, sí, contemplándose) en el espejo empañado—. Me siento lúcido como el que más, y las ideas me fluyen.
—¿Qué le hacen las ideas?
—Me fluyen.
El puestero lo miró con ojos de susto. Jota Eme interpretó erróneamente la mirada como síntoma de aprecio y le pareció que podía empezar a disertar. Aludió a que los pensamientos suelen ser como las

ıguas de un río pedregoso, que no dejan de desli-
:arse no obstante los innumerables obstáculos que en-
:uentran en el camino.

—Ah, pedregoso —aceptó el puestero, asombrado
ʳ riente, como si por fin hubiese hecho pie en el chi-
lado que le estaba haciendo falta; y resolvió diser-
ar a su vez—. Vea, compañero: yo me levanto a las
:uatro de la mañana y no descanso ni siquiera un
ninuto. Sudo lo que se llama la gota gorda ¿com-
›rende? Y por eso a veces no entiendo lo que habla
. esta hora del día un magnate como usted. Al Doc-
or de ahí enfrente, sí, lo entiendo. Habla claro, le
lice al pan, pan y al vino, vino, y nunca que yo sepa
lijo nada de un río pedregoso. Yo soy pueblo, me
›arece. Y bueno, ahí tiene, el Doctor habla como pue-
›lo.

—El pueblo tiene los Doctores que se merece, señor.
Se detuvo a destiempo. Vio en el espejo empañado
ıue el argumento no era tan elocuente como hacía
alta y que la frase, pronunciada sin el tono adecua-
lo, en realidad lo perjudicaba.

—¿Cómo dice, cómo dice? —algo se irritó el otro.
Jota Eme intentó zafarse de la cuestión mediante
ın gesto de grandilocuencia. Otro habitante del mer-
ado se aproximó al primero para cambiar con él una
ápida mirada. Frutasiñó vino a añadirse a la pare-
a con la tacuara cruzada sobre los lomos. También
e allegó el robot que comandaba la manguera; se cu-
›ría las manos con gruesos guantes de cuero y de la
intura hasta las rodillas estaba protegido por un
nandil de caucho. Todos eran rostros rebosantes, pig-
nentados, aguerridos en la burla y en el desprecio a
iertos semejantes. Jota Eme se negó a sentirse per-
lido. Esta era, estaba ahí a tres pasos la humanidad
›ara cuya redención él había sido designado en las
avernas del Férguson, ignorado lugar de salvación.

—Están sucediendo cosas fundamentales —empezó
. argumentar haciendo de tripas corazón— y todavía

existe gente como ustedes que hacen oídos sordos y ojos ciegos.

—Ojos de semillón, ya se lo dije —reiteró con los brazos cruzados el puestero inicial.

—¿O de clarete? —captó al vuelo el segundo, y completó la burla.

—No, no: para mí son de viejo pinot —la remató el robot de la manguera.

Las mejillas de Jota Eme se colorearon con dos parches al rojo vivo. Advirtió que estaba desbarrancando y que una vez llegados a este punto era difícil detenerse, ya que estos sujetos unidos codo con codo terminarían por embretarlo. Un chaleco de fuerza, esto era lo que le estaban preparando. Se sentía objeto del regocijo de esa gente y comprendía que su salvación no estaba tal vez en la fuga vergonzosa sino en el acierto de arremeter contra ellos y fustigarlos.

—Anoche ¿hubo o no hubo un tiroteo en la vecindad? —interrogó con firmeza, con el puño extendido hacia ellos—. Lo hubo, ¿no es así? Por eso digo: están sucediendo cosas fundamentales.

—¿Un tiroteo es una cosa fundamental?

—Mientras existen y medran ganapanes como ustedes, que tienen por meta llenarse las tripas...

—Atenti con lo que dice, por favor.

—Mientras ustedes se llenan las tripas, hay otros capaces de morir y de matar en beneficio de la comunidad.

—Altruísmo se llama esa figura —intervino el segundo puestero.

—Altruísmo, sí señor. Y amor al prójimo. Y horror por todo lo injusto y maligno.

Hubo un breve silencio. Jota Eme se creyó a punto de dominar la situación. Al parecer los energúmenos cedían, puesto que se miraban unos a otros desconcertados. Podía ser éste el momento de la mayor oportunidad para arrancar al instrumento las sonoridades persuasivas de Saverio Landa.

—Hay razones incomprensibles —susurró con voz ncha, grave—, pero si solamente fuesen comprensi-les nadie les prestaría atención, nadie creería en llas, nadie las tendría en cuenta. Señores: a veces es nenester sacrificar la vida a un solo gesto.

—¿A un solo qué?

—Un gesto es algo que se hace gratis.

—Hoy no se fía, mañana sí, por ejemplo —intentó raducir con aparente buena voluntad el primer pues-ero.

—No se trata de fiar, sino de dar por entero, de rriba abajo y de la cabeza a los pies.

—¿La vida por entero? ¿La platita que la patrona uarda debajo del colchón? ¿La familia? ¿El empleo? La salud? ¿Todo eso?

—Bueno, sí, todo eso.

—Hay que ser loquito para tirar tantas cosas a la narchanta.

—Un poco.

—Del todo. Pero ¿sabe una cosa? Los locos están n el manicomio. Cuando alguien se vuelve loco lo lespachan enseguida rumbo a Vieytes.

—Sin embargo, eso es lo que necesita el mundo: ocos capaces de cumplir un gesto de amor a la hu-nanidad.

—¡Ya caigo! —exclamó el segundo puestero suma-nente convencido de pronto.

—¿De veras?

—El señor es Evangelista.

Jaime negó parsimoniosamente con la cabeza. ¡No, o, no, Dios misericordioso! Otra vez desbarrancaba. Nuevamente surgía vencedora la jauría impersuadi-le.

—¡Evangelista! ¡Evangelista! —aullaban los pues-eros, y hacían visajes.

—Señores, positivamente, anoche hubo un tiroteo...

—¡Evangelista! ¡Evangelista!

—Hubo un tiroteo y sucumbió un hombre que pensaba en ustedes porque era generoso.

Se escuchó fuera del grupo una carcajada artificial, mal comprimida. Se trataba del hombre que compraba piezas fáciles para la novia. Saludaba con el galerín arratonado en alto. Graciosa, inconteniblemente. Otra vez se trataba de él.

XXIII

Acababa de llegar quizá en puntas de pie y apoyaba el hombro en una columna de hierro galvanizado. Dejó de reír tan ostensiblemente, encasquetó al bies el galerín en el cráneo calvo, apoyó el codo en la planchada del puesto percudida por los planazos, y fingió hacer dibujos negligentes con el dedo índice mojado en una medalla de agua. Todos se volvieron para observarlo con detención.

—A esta clase de macaneadores no hay que llevarles el apunte —expuso sin exaltación, solamente con firmeza y autoridad, sin rastros de la carcajada que le había servido de introducción a los presentes.

Jota Eme se volvió hacia él y avanzó medio paso entre furioso y amilanado.

—Usted debería callarse —tartamudeó.

—Está mal del marote —puntualizó el recién llegado; y guiñó el ojo a los puesteros, decididamente enemistosos para Jota Eme.

—No, no es que esté mal de la cabeza —intervino Frutasiñó, con ánimo pacificador—. Pasa que el señor es Salú y Erre Ese.

—Y nosotros que lo creíamos Evangelista...

—¡Qué va a ser Evangelista!, ¡qué va a ser Salú y Erre Ese! Sucede que aquí el joven no conjuga el verbo marotear. Yo maroteo, tú maroteas, él marotea... Bueno, el joven no marotea y sanseacabó. Colibrillo de nacimiento, ¿me explico?

Jota Eme los miró en redondo, desanimado. Toda esa gente estaba ahí pendiente de él. Lo enjuiciaban, y parecían aguardar que partiese de él alguna genialidad que los divirtiese en grande.

—Pero... mataron a uno, anoche —su voz se diluyó en una queja.

Y pensaba:

—"Esto me sucede porque no sé alternar con la gente del mercado, porque no conozco ni la manera de reaccionar ni el idioma propio de la gente a la que me propongo redimir".

Sintió un gran desmayo interior, como si se encontrase ante enemigos armados, inflexibles, resueltos a no dejar pasar en balde la oportunidad de mostrarse despiadados.

—"Es la conciencia de lo que me pasa —reflexionó apresuradamente—. Mi conciencia tan pesada, tan cargada de significados, me inmoviliza y me pone a merced de estos individuos grotescos que se agitan a mi alrededor como monigotes. Pero ¿son ellos, de veras, los individuos grotescos, o vengo a ser yo el ente superfluo metido en lo que sólo a ellos interesa y lo que sólo ellos saben resolver?".

Se daba perfecta cuenta: aquí había un tal Jota Eme que perdía fuerzas a medida que transcurrían los minutos, y allá un grupo compacto, vigoroso, capaz de asistir irónicamente (y felizmente) a su descalabro, sin advertir que también estaba en juego el descalabro de ellos. Mil y una leguas de distancia entre el pianista Jota Eme convertido en redentor de miserables y, por ejemplo, ese horroso matarife entretenido en hurgarse las uñas con un

facón de atravesar al prójimo de parte a parte; y mil leguas y una entre Jaime Mayor, el persuadido, y esos otros de más allá (incluído el payaso del galerín) capaces de recorrerle el cuerpo de arriba abajo con una mirada presuntamente vencedora.

La liebre despelambrada en aquel gancho: ésta podía ser la imagen de Jota Eme en el espejo empañado; liebre desnuda, a quien el rayo de sol que penetra por una alta rendija obliga a despedir reflejos violáceos.

Se oyó caer a plomo la cortina metálica de la casa de música, allá enfrente. Nuevo opositor *ad portas*, entonces. Otro contrario descastado y falto de entendimiento con quien entrar en liza dentro de un rato.

—Usted tiene ahí el diario de hoy —habló Jota Eme en dirección al payaso.

—Sí ¿y qué?

—A usted le consta que anoche se armó la de San Quintín en esta misma cuadra.

—Claro que sí. A todos nos consta. ¿Cómo no nos va a constar?

—Voy a esto: también debe constarles entonces que ha muerto un semejante en la esquina del mercado.

—Un semejante ¿de dónde? Además no ha muerto nada.

—Oh, sí.

—Oh, no. El diario no dice que hay un muerto; dice que hay un herido, nada más; que hay uno con cinco o seis buracos en la piel.

Jaime se agitó, sin saber con cual de estos sujetos vociferantes hacía falta encararse:

—Bueno, mejor así. Si el agresor no ha muerto, mucho mejor. ¿Qué suponían los señores? ¿Qué vino aquí e hizo lo que hizo porque tenía unas ganas locas de que le perforasen la caja torácica con balas

de máuser? —sonrió despectivamente; creyó haber dado con la justa entonación sarcástica.

—Nadie supone nada. Usted supone.

—Yo les voy a explicar: el Hombre precisa ser redimido.

—¿Qué hombre? ¿El que balearon?

—Hablo del Hombre en general.

—¿Y precisa ser redimido?

—Redimido, sí, señores —miró otra vez en redondo, pero esta vez con ojos en parte triunfadores. Se contemplaron unos a otros. A cada rato se consultaban muda e intencionadamente, para demostrar que no salían del asombro.

—Está en un error, permítame.

Había hablado el hombre que compraba piezas fáciles para la novia, con ligera suficiencia, en tanto dibujaba con el índice mojado un lento jeroglífico en la planchada del puesto.

—El género humano ya fue Redimido una vez —añadió sin levantar los ojos de su pretendido entretenimiento—. Una vez y de una vez por todas. Redimido con una gran R mayúscula.

—Y bien, yo soy partidario de la redención permanente, señor.

—Explíquese.

—Partidario del sacrificio permanente de simples seres mortales, de criaturas elementales nacidas bajo un signo y señaladas desde la cuna para el sacrificio.

—Música —disparó el segundo puestero.

—No hay como quedarse en casita para conservar sana la piel —secundó el de la manguera, y restregó los descomunales guantes en el mandil de caucho—. El locatelli de anoche era un otario como hay tantos. Gil a cuadros sin remedio, porque, para que sepa, fue él quien empezó a los bufonazos. ¡A quién se le ocurre, sabiendo como debería saber que por ahí andaba el pardaje?

—¿El pardaje?

—Bueno, ahora resulta que el joven no conoce a los pardos.

—Lo confieso.

—Los hay ignorantes ¿eh? Los pardos son esos caballeros que cuidan la espalda del Doctor.

—Del Entregador.

—Llámelo Hache. El Doctor se cuida la tos. Tiene guardaespaldas el Doctor. El gilastro de anoche andaría por ahí de sospechoso. ¿Cómo la iba a sacar barata? Imposible. Se ve que vinieron los pardos y, al percatarse de la intención que lo traía, le dieron el alto. A lo mejor le pidieron el santo y seña y el pobre merlo, en vez de hablar claro, peló el bufoso. ¿A quién se le ocurre? Suicida que es la gente.

Jaime se exaltó:

—Ya lo ven: no tuvo miedo de nada.

—No lo defienda, por favor. Tiró a matar, y le salió el tiro por la culata porque estaba de Dios.

—No lo defiendo, puesto que fracasó. Es intolerable que un hombre decidido a tanto haya fracasado tan lamentablemente.

—¿Qué dice? ¿Qué dice? ¿Fracasado? ¿Lo lamenta?

—Digo que cumplió con su misión y que no tuvo miedo en ningún momento, pero que no la cumplió en todos sus alcances.

—No entiendo.

—Ese hombre pensaba en usted al venir aquí.

—¿En mí? ¿Y por qué en mí?

—Y en el señor, y en el señor, y en el señor. Pensaba en todos.

—Mire lo que son las cosas: yo, a esa clase de meteretes los colgaría de un poste, sin asco.

El primer puestero clavó el cuchillo en la planchada del puesto con gesto aparatoso y miró a Jota Eme con estupefacción:

—Oiga, oiga —exclamó—. ¿Es amigo suyo, el suicida?

—No.

—Habla de él como si usted y él fueran carne y uña.

—No tengo la menor idea acerca de quien puede tratarse. Pero le advierto, señor, que cualquiera puede ser amigo mío si intenta llevar a cabo un acto de justicia o de redención.

—Y dale con la musiquita. Pero ¿cómo no se da cuenta de que ese belinún tenía menos seso que una radicheta? ¿No sabía acaso que la casa del Doctor está vigilada y que para llegar al Doctor hay que voltear antes a cinco o seis pardos por la parte baja?

—El Doctor es un entregador.

—Política.

—Está sentenciado.

—Política sporca.

—Tiene las horas contadas.

—Es amigo de los pobres, el Doctor. Él mismo se cansa de decirlo cuando discursea en el balcón largo y tendido.

—Y ustedes lo creen.

—No lo creen los imbéciles. El tipo de anoche era un pelagatti y un ingrato. Y usted debe ser otro pelagatti que lo defiende porque es amigo suyo.

—No es amigo mío.

—Piensa como él. Y es un enemigo de los pobres, si es enemigo del Doctor. Y sobre todo si, además de enemigo del Doctor, es amigo del pelafustán de anoche.

Frutasiñó comenzó a entonar *Coronados de Gloria Vivamos*; el hombre de la manguera tarareó el acompañamiento. Jota Eme dio un brinco para protestar con toda su alma:

—No conozco al hombre de anoche. Juro que no lo conozco y juro que nunca soñé que anoche podía suceder una cosa así.

—Era un perfecto desconocido —se le oyó asegurar al payaso que se jactaba de noviar con una novia insulsa, mala ejecutante de piano.

Tenía desplegado el diario y acababa de recorrer sus columnas luego de colocarse a favor de la luz proveniente a la vez del portal y de una hendedura del techo:

—Saverio Landa —leyó.

Y comentó, con los ojos muy agudos bajo la orla del galerín, mostrando los dientes:

—Qué nombre ridículo: Saverio.

XXIV

La piel se le ajustó a Jota Eme en los pómulos. Tuvo la sensación de haberse convertido todo él en sólo pómulos salientes y lustrosos. Las órbitas se le exageraron. Luego le llegó a nivel del estómago una sólida oleada de frío.

Dijeron los hombres del mercado:

—Lo dejaron mormoso, hecho un colador de cero noventa y cinco. A esta hora debe estar sentado en una nube, tocando el arpa con los angelitos. Qué infeliz: nadie le hizo saber que el Doctor es, ha sido, y será siempre invulnerable.

A esta altura de la disputa el dueño de la casa de música daba por suficientemente afianzada la cortina metálica del negocio. Se lo vio cruzar la

calle y aparecer haciendo vista hacia adentro en el portalón del mercado.

—Usted tenía razón —le dijo al primer puestero, no bien quedó incorporado al grupo—. No me atrevía a mirar, pero hay una mancha de sangre en mi cortina.

Todos, incluído Jota Eme, se asomaron a la calle; pero no tuvieron ocasión de reparar en la cortina metálica manchada de sangre por cuanto allá, en la vereda de enfrente, se produjo en ese instante un movimiento de individuos nuevos.

—Es el pardaje —susurró con una intensa pe de admiración el peón de la manguera.

—Está por salir el Doctor. Siempre se preparan así.

Tres o cuatro personajes iban y venían en la acera opuesta, al lado de la casa de música. Uno de ellos era un gigantón de traza ciclópea y parecía encauzar a los demás, todos ellos casi tan desarrollados como él. Les encauzaba la inquietud, porque en este momento y tal como se los observaba ir y venir y permanecer atentos, parecían encalabrinados por la nerviosidad. También se notaba algo de paralizado en la calle, desde Montevideo hasta Rodríguez Peña, como si en ambas esquinas alguna voluntad autoritaria impidiese el tránsito y el andar de los transeúntes. La minúscula cohorte de guardaespaldas se mostraba aislada en la calle restallante de sol. Bien urdida, en cambio, compacta, sin mallas flojas en la trama.

—Valentazo el Tordo —admiró una vez más el encargado de la manguera—. Vaya adonde vaya, siempre va de a pie.

La puerta ante la cual se paseaban los taitas a breves pasos cadenciosos correspondía a la planta alta de la casa de música, y se mostraban a la vista los primeros tramos de la escalera de cedro envejecido que ponía allá arriba.

Allá arriba, a lo ancho de todo el frente de la casa, se cerraban tres ventanas pintadas de gris, cuyos vidrios estaban protegidos con papel estrellado semitransparente.

Se produjo una pausa expectante.

El Doctor seguramente estaba detrás de los postigos, y quizá elevaba preces por su alma antes de resolverse a bajar al mundo de los seres inferiores.

Alguien apareció, primero en los peldaños de cedro y luego en la puerta: un feto esmirriado y galoneado, todavía húmedo de formol. No parecía tener gran autoridad, pero sin duda su presencia debía de responder al anuncio importante de que el Tordo estaba a punto de dejarse ver. Esto se observó en el ramalazo que recorrió en ese instante a cada uno de los llamados pardos. No variaron la posición ante la puerta, sin embargo. De todos modos fue como si se hubiesen puesto en fila.

—Ahí baja... —dejó escapar Frutasiñó con un jadeo.

Bajaba nomás. Ahí estaba el Doctor. Primero las piernas en la escalera de cedro y luego el Doctor entero empinado en el umbral de la puerta.

Jota Eme supuso que no podía tratarse sino del Doctor (el Tordo, según decía esta gente), no ya porque se vislumbrasen signos premonitorios en el cielo, sino porque ese hombre estaba auroleado con un nimbo radioso que en el acto ayudaba a la identificación.

—¡Ah, tigre! —balbuceó el segundo puestero rebosante de santo entusiasmo.

—Corajudo hasta decir basta —añadió su colega con la voz desvanecida.

Además de corajudo hasta decir basta —Ah, tigre...— el Doctor era de estatura tirando a elevada y no poco cargado de espaldas. Tenía los mofletes blancos, mucho, como si se hubiese empolvado con polvo Le Sancy luego de afeitarse. Usaba grue-

sos anteojos de carey, y un bastón de caña en la misma mano con que apretaba contra la cadera un sombrero negro, lustroso, flexible.

—También es manco —se sorprendió Jota Eme, levemente.

Acababa de notar la manga izquierda del saco chata y vacía, y ensartada en el bolsillo correspondiente. Eso le daba al Doctor un aspecto todavía más airoso, porque rimaba bien con la inclinación del busto, ligeramente echado hacia atrás, y con la cabeza de proporciones perfectas, rematada en una melena bien teñida.

—Le liquidaron el brazo en un duelo —oyó a sus espaldas.

Todo sucedió en segundos. El Entregador clavó la vista en la poca gente agavillada en el portal del mercado y sonrió, como si hubiese reconocido y recordado el nombre de cada uno a los turiferarios amparados debajo de la marquesina. Fue una sonrisa larga, reposada, pulcra. Como si el turiferario fuera él. Jaime tuvo el convencimiento de que la sonrisa, el reposo, la pulcritud, le estaban dirigidos, y que lo penetraban hasta quebrarle la entereza por dentro.

Todo lo demás acababa de esfumarse: los puesteros, Frutasiñó, los pardos colosales, el feto galoneado de lacayo, el hombre que compraba piezas fáciles para la novia, el dueño de la casa de música.

Solamente el Doctor y él en la calle solitaria. Y aquella sonrisa fecundante, sostenida por el aire tórrido del mediodía, dirigida a él, al correligionario Jaime Mayor —"Tanto gusto, Jota Eme... Bienvenido a nosotros, Jota Eme..."— perteneciente ahora al equipo suicida del Férguson, pero antiguo exponente de la calle Deseado.

Oh, sí, algo se le quebraba por dentro a Jota Eme: un antiguo resorte.

Luego, cuando con un positivo esfuerzo consiguió acomodar los ojos a la atmósfera titilante de la calle, supo que el Doctor y los guapos circundantes marchaban ya calle arriba, hacia la esquina de Montevideo, en solemne procesión.

—Siempre de a pie, el Doctor.

—Pero si da gusto.

Los demás podían traducir en palabras y en exclamaciones la admiración, el sagrado entusiasmo. Jaime se sentía embobecido.

Enfrente, el lacayo cerró la puerta con seco chasquido de pestillo a prueba de ganzúa, con lo que se quebró casi todo el encanto. Un doble fáeton maniobró a la distancia. Fue un punto final.

—Machazo —gargarizó uno de los del mercado con un último orgasmo de enajenamiento.

—Machazo hasta la pared de enfrente —gimió como si estuviese femeninamente desalentado y en las últimas de su resistencia física, el hombre de la manguera.

También estas enajenaciones fueron puntos finales. Todos un poco doctorados, ahora. Todos. Los puesteros regresaron a sus tinglados de feria, a las mesas de operaciones respectivas. Frustasiñó se alejó bamboleante, con el cogote agobiado por el yugo de caña tacuara. Jota Eme permaneció debajo de la marquesina en compañía del dueño y del cliente de la casa de música. Otra vez recomenzaba la normal agitación de la calle Sarmiento. Peatones y vehículos circularon de nuevo.

—Ni se fijó en las manchas de sangre —musitó el dueño con voz resentida.

—Sonrió —dijo Jaime.

—Yo no lo vi sonreír —negó el hombre de la novia.

—Se equivoca: sonrió... plenamente.

En la opinión secreta de Jota Eme, aquella sonrisa del Entregador había resultado devastadora para

algún nucleo fácilmente licuable situado en el interior de su organismo. Él, Jota Eme, el pianista del Férguson, el persuadido del Férguson, acababa de sucumbir al melifluo toque que convertía el nimbo de aquel hombre en una obra de arte. Un dulce influjo emanaba del Doctor, cosa indudable, y ni siquiera hacía falta ser tan receptivo como los puesteros, buenos para amariconarse de pronto, para sentir resbalar a lo ancho de la piel toda la dulzura. Lo inesperado siempre sucede —recordó—; y un inocente nunca está demasiado prevenido contra lo que necesariamente existe para ser odiado.

—"Todo es maligno y se disfraza alrededor de uno —le pasó por la mente—; y darse por vencido ante meras fantasmagorías de bondad o de afecto es lo triste del hombre".

Por eso murmuró para los otros dos, aunque sin auténtica convicción:

—Es un maldito entregador.

Luego de aquella sublime sonrisa afectuosa, amable, sincera, trascendente... ¿quedaba algo del predestinado habitante del infierno intuído siempre en el Entregador maldito?

—Es un entregador, es un entregador —repetía con obstinada furia ante el silencio agresivo de los otros dos—. ¿Cómo que no lo es? Sí que lo es.

Quiso hablar de pruebas documentadas. La traición, sí, señores, constaba en pruebas de su puño y letra. Existía acerca de este punto el convencimiento, la constancia más absoluta. ¿Cómo decía Landa?

—"La traición a un núcleo social es irreversible..."

Esto decía.

"La entrega no admite componendas en última instancia; el que ha entregado una vez; ha entregado para siempre; la entrega concluye con la muerte del entregador".

Hablaba así, Landa, tan convincente. Pero Jota Eme, si bien tenía todo ese torrente de palabras dentro de sí, no acertaba a exteriorizarlas, las encontraba desubicadas en su garganta, deshilachadas, sin el orden preciso de acuerdo con el cual los vocablos traducen un pensamiento riguroso.

—Es un entregador, es un entregador —repetía.

Pero lo repetía en primer término para sí mismo, buscando un modo de ahuyentar de la imaginación ese fantasma sonreidor en cuyo poder de alguna manera desgarradora comenzaba a sentirse. El odio nacido en el Férguson contra el hombre fatal podía ser un falso odio, un odio de raíz injustificada. ¿Por qué no? Oh, señores: esta gente del mercado creía en él, juraba por él, le cantaba a él la marcha de *Nabuco*. El nimbo que nimbaba la cabeza airosa del Entregador podía ser un buen nimbo. Oh, sí, señores, también esto resultaba irreversible. Esto: que algo se disolvía en las entrañas de Jota Eme, hombre del Férguson, algo que lo amenguaba segundo a segundo hasta convertir sus últimas fuerzas en cosa desolada, deslucida y sin solución.

—Es un entregador, es un entregador —castañeteaba entre dientes sin que los otros dos pudiesen oírlo.

—Usted está muy pálido —observó el dueño de la casa de música empujando los labios hacia afuera.

—Parece un agonizante —ratificó el cliente.

—Es que "soy" un agonizante —la jactancia resurgió en Jaime, repentinamente; y esto significó un alivio de último momento.

—Lo que es por mí puede crepar ahora mismo y sobre el pucho —propuso el cliente, y se alejó agitando el aire caliente con los revuelos del sobretodo acampanado.

—¿Tomamos un café en lo de Robino? —insinuó el dueño.

—No —se negó el agonizante.

Y añadió con un poco de sublimidad apagada:

—Todo es maligno y se disfraza.

—Salute, entonces —remató el otro con un cordial ademán al ver que, luego de esa sublimidad (¿Para quién te acicalas, vanidoso?). Jota Eme también se alejaba.

XXV

A las dos y media Jota Eme entraba a comer una tortilla fría en El Morro. Tenía gran parte de la sublimidad en las rodillas, a la altura del sobrio almuerzo.

La noche ya
su manto echó;
y la penumbra
invita al amor.

Acababa de sorprender de pasada en la cuadra anterior una debilidad ajena, y la padecía ahora en El Morro como el descubrimiento de una propia no confesada debilidad. En una vidriera estrecha, el vecino siempre tan afeitado, el mismo que cantaba la *Danza de las Libélulas* en el balcón: lo vió ahí encristalado y rasurándose nuevamente y fingidamente. Maniobraba con una navaja de gran tamaño y tenía las mejillas hinchadas de espuma. Este hombre, un hombre capaz de cantar por las mañanas, se encontraba ahí para que los transeúntes apreciasen las bondades de un jabón famoso. Se pasaba la brocha por la cara ancha, blanca de esa palidez suya, propia; luego esgrimía la navaja, repasaba el supuesto filo

en la palma de la mano, arrancaba un supuesto pelo de la nuca, lo cortaba supuestamente en el aire, ajustaba ante sí una ficción de espejo y comenzaba a mentir la tarea de rasurarse con gran felicidad —gracias a las propiedades del jabón famoso— ante una media docena de abribocas plantados en el otro lado del escaparate.

Jota Eme quedó tanto como los otros, con la boca abierta. Fue un segundo durante el cual el hombre de la vidriera pudo situarlo entre los mirones, y luego enrojecer furtivamente por debajo de la exagerada espuma.

Jota Eme bajó los ojos. El vecino del balcón de arriba también.

El Morro era un local diminuto, aunque bastante hediondo. Ningún remanente del primitivo fulgor en las mayólicas elevadas hasta la altura de un hombre en las cuatro paredes. Salpicaduras de comida en todas partes, direcciones y números de teléfono anotados en la pátina grasienta. Un grupito de energúmenos jugaba al tute cabrero cerca de la máquina Express.

Al rato entró aquel vecino con las mejillas refrotadas y todavía contraídas por la piedra alumbre. Fue como si buscase a Jota Eme con la mirada, y como si hubiese abandonado precipitadamente su berlina para dar con Jota Eme, el vecino de abajo. Tenía los ojos caseros, aunque no sin un brote de fantasía.

—¿Me permite, por favor? —oyó.

Y pudo ver como aquél se sentaba en una mesita opuesta (tan apretadas todas como los cubos de un juego rompecabezas) donde inevitablemente quedaría frente a frente. Era de estatura mediana, mejilludo según convenía a su extraña profesión. Podía pasar por artista, y quizá lo era en parte, dada su actividad de comediante de una sola pantomima.

Jota Eme lidiaba con la tortilla fría y se ayudaba a deglutir mediante sorbos de cerveza. El otro revolvía su cafecito con melancolía macabra. Tenía un brazo enganchado en el respaldo de la propia silla. Revolvía el café y suspiraba de tanto en tanto.

Hubo un tumulto entre los jugadores de tute. Uno de ellos, más fogoso que los otros, arrojó las cartas con toda esa violencia, enceguecido por la ira, buscó el chambergo, lo encontró, y se mandó a mudar. Los demás reían a barriga suelta. Eran todos extranjeros y jovialísimos: ágiles bigotes, férreas mandíbulas de polacos. Toda gente consustanciada, esa; toda comunicante.

El barbero de sí mismo dejaba caer los párpados reflexivos, y también el basamento de las mejillas.

—''Usted: es pianista, Jota Eme'' —una voz nacía de este semejante a quien la presencia de Jaime había hecho enrojecer un cuarto de hora antes, porque era un congénere, un camarada, un co-sufridor de profundas nostalgias.

Jaime prestó atención. En realidad se la prestó a sí mismo por cuanto esa voz provenía tanto de los labios apelotonados del congénere como de su propia maraña interior.

—''Usted nació tanto para interpretar sonidos, o a lo sumo para crearlos en un intento de ordenar el caos. Debería bastarle la circunstancia de haber llegado al mundo para cumplir semejante misión, Jota Eme. No se ve por qué necesita además meterse a redentor de papanatas. Usted toque el piano, invente laberintos musicales... y hágale el amor a esa muchacha Donata. Déjese de grandezas que lo van a matar antes de que le haya tocado el turno de morir en serio, y sin que ninguna de sus pretendidas generosidades cuente para nada ni para nadie en el mundo''.

Era un amago de polémica mental librada entre risas y jerigonzas de polacos. Jaime quedó ensimismado, con el paladar y los ojos asqueados por la tortilla grasienta.

El Morro se hizo irrespirable el aire estaba saturado de humo, de jotas y de kaes. Un reflejo de sol vino a dar desde una banderola justo en la frente de Jota Eme, para enceguecerlo además.

El habitante del piso de arriba ya no estaba ahí enfrente. Ni sombra del vecino de la calle Tucumán al doscientos. Quién sabe en qué momento de su audaz intromisión en el alma engolfada de Jota Eme había optado el barbero por irse con la música a otra parte. Ahí quedaba todavía el pocillo del café express para vagamente recordar su presencia fugaz. Y un escarbadientes partido en un zig zag de tres fragmentos, era testigo de la inmersión de aquel extraño en su propia vaciedad tan incomunicante como la de Jota Eme.

—¿Qué se debe, mozo?

Necesitó respirar, pensar más libremente. Pagó y salió a la calle. El llameante polaco del altercado anterior volvía en ese preciso momento.

En la calle, un sol extraordinario rebotaba en los adoquines y en los llamadores de bronce de algunas casas.

—"Este mismo sol —se encontró pensando Jota Eme— calcina ahora la sangre de Saverio Landa en las piedras frente al mercado y en la cortina metálica de la casa de música".

Puso el pie en la vereda y sintió nuevamente el resurgir de la jactancia siempre un poco emboscada en el interior de su organismo, pero también siempre decidida a rebrotar a la menor punzada.

—"También, esta porquería de Saverio Landa... ¿para qué se mete?"

Tenía el cerebro embotado, calcinado como la sangre del amigo.

"Para qué se mete, Landa; y para qué se mete el vecino de arriba a dar consejos que nadie le pide...".

Se encontró rabioso, pensando en que unos buscaban su ablandamiento, y otros precisaban quién sabe por qué romperle en pedazos el destino prefijado. Fuera de esto no conseguía pensar en nada válido.

—*La noche ya/su manto echó*... —runruneó para calmar la rabia.

Pero, además del sol, en la calle estaba Donata Siria, esa muchacha a quien era necesario hacer el amor.

Se encontraron frente al reducto de un comerciante en zuecos y canastos de mimbre, y se miraron como si ambos hubiesen llegado a ese trecho de calle por la sencilla razón de haber quedado en encontrarse, porque de alguna manera sutil se habían dado cita.

—¿Qué tal, que tal? —la saludó Jota Eme.

Y se quedó mirándola como si hubiese tenido relación con ella durante más tiempo que el que en realidad había tenido. Ella le devolvió una mirada azorada. Tenía puesto un vestido largo, una especie de túnica color borravino, con un ancho cinturón de cuero que casi le abrazaba las piernas. Un sombrerito de fieltro, como una campana, le circuía la frente y dejaba en claro algo de los ojos, la nariz recia, sólidamente implantada, y la boca restallante y mordida.

—¿Qué tal, Jaime? —ella hizo eco con apenas un poco de vergüenza al saludo impersonal de su moribundo enamorado.

XXVI

La calle adyacente era abigarrada. Se tropezaba en ese lugar con toda especie de negocios y arbitrarias industrias, y con todo género de desconocidos. Esta muchacha, Siria, no sorprendía de ninguna manera en aquel ambiente de feria y circo tan animado aún a horas inverosímiles. Paraná, desde Sarmiento hasta Corrientes, se hacía un rectángulo hirviente dominado por varios restaurantes y en el extremo por la mole rojiza del Politeama. Había por ahí cerca un almacén de suelas, una casa de Tés y Cafés con un alarmante indígena de cartón piedra en la puerta y, pasos más allá, el escaparate de cierto óptico diplomado en Bulgaria ante cuyo cristal podía uno distraerse cinco minutos al hilo observando a un pollino de madera hueca capaz de mover la cabeza y de asentir de continuo sin negarse jamás.

Cualquier cristal de estos resultaba estupendo para reflejar un encuentro de manos a boca con Beata Colantuoni.

—Beata —exclamó Jota Eme, alegremente, luego de la acogida inicial en la que hubo cierta distracción.

Ella oyó o no oyó, quién sabe. Así, de pronto, no tuvieron tema de conversación. Inseguros del conocimiento trabado en la mañana, se pusieron a contemplar los zuecos multicolores y las chancletas y las alpargatas ahorcadas en el dintel de la zuequería, ambos vagamente aparejados en la necesidad de no hacer ningún esfuerzo para justificar la propia inhabilidad.

Donata acababa de salir de casa para comprarle una chuchería a la señora Asunta. Ya no recordaba qué.

Ah, sí: unos ovillos de lana. Y ya que estaban ahí le llevaría también un par de zuecos baratos para el baño. Uno de estos días era su cumpleaños ¿verdad que sí?

—Beata Siria —murmuró Jaime, esta vez de veras inaudiblemente.

Y luego en voz alta:

—Saverio está herido. Lo balearon anoche en el tiroteo que hubo frente al mercado.

Y sintió por primera vez, a partir de la noticia sabida en el mercado, una real preocupación:

—Habría que hacer algo, ir a verlo —añadió.

—Yo lo acompañaría —dijo Donata Siria.

—¿Usted, Beata?

(Ella no manifestó ninguna sorpresa al oírse llamar Beata. Quizá se llamase Beata. A lo mejor esta joven era nomás Beata Colantuoni.)

—Si no le resulta molesto, a mí no me cuesta nada acompañarlo —insistió la muchacha; y se encaró sin transición con el tendero oculto en la penumbra, entre los trastos mugrosos de la zuequería.

El hombre descolgó el par de zuecos que ella le señalaba malamente, los envolvió en papel madera ya usado para empaquetar otras mercaderías y entregó el bulto a Jaime. La muchacha se apresuró a tomarlo sin que Jota Eme hiciese un mínimo intento de pagar el gasto.

—Doña Asunta es furba, y se dio cuenta de que esta mañana sucedió algo grave entre nosotros —confesó Donata inesperadamente.

—¿Ah, sí? ¿Algo grave?

—Pero es una buena mujer y me estuvo hablando dos horas seguidas como si fuera mi propia madre.

—Consejos, claro.

—Muchos consejos.

—Y usted le va a hacer caso, me imagino.

—Oh, no. ¿Qué puede aclararme ella, que yo no sepa? Tengo veintidós años, y tuve más que de sobra para aprender a encarar la vida. ¿Quién era Saverio Landa, ese que hirieron anoche?

—Uno del Férguson.

—Ah, ese lugar. ¿Por qué lo hirieron? ¿Sabe una cosa? Esta mañana no fui a la oficina.

—¿Por qué?

—Necesitaba hablar de nuestros problemas con usted. Tenemos muchos secretitos de que hablar ¿no le parece, Jaime?

Se expresaba con volubilidad, y al decir esto último reía con una leve crepitación de ceniza.

Jaime Mayor hundió las manos en los bolsillos del pantalón, las sacó, pidió a la muchacha el envoltorio de los zuecos, se lo metió debajo del brazo y volvió a hundir las manos en los bolsillos. Era alto y cargado de espaldas, sí, un poco, ligeramente. Ella le llegaba al hombro raspando, y caminaba a su lado completamente feliz por haber conquistado ese derecho.

—Si quiere acompañarme hace bien —dijo él—. Cuando estoy solo del todo me siento bastante indeciso. Landa es uno del Férguson, y ahora lo primero que se debe hacer es hablar con Amparo.

—¿Quién es esa Amparo?

—La mujer que todavía tiene Landa, aunque vivan separados. Tiene también una hijita. Nadie piensa nunca en Amparo, y yo ahora quiero pensar.

—Si es muy amigo de ese Landa, claro, es un deber.

—A lo mejor ella ya sabe la tragedia. Pero a lo mejor no la sabe, y entonces hace falta que alguien le avise.

—Eso mismo, hace bien, hay que estar en todo.

—Después ella hará lo que crea conveniente. Primero avisarle las cosas a Amparo ¿no le parece?; y después más tarde, ver de hacer algo por el pobre Landa. Averiguar dónde está, etcétera.

Donata a todo respondía que sí, que claro, que cómo no. Accedía a todo. Donata era Beata Colantuoni y no le costaba nada acceder porque siempre había sido consentidora de profesión.

—¿Y de lo suyo, Jaime? ¿Qué hay de lo suyo? —preguntó con voz temerosa y ojos sombreados por una nota de alarma.

—¿Qué quiere decir "de lo mío?".

—Las cosas terribles que me confesó esta mañana.

—¿Le confesé algo, yo? ¿Algo especial?

—Vaya si fue especial. Me dijo que usted también está en peligro, qué sé yo, que usted también tenía que morir.

—Oh, se me ocurre que ahora la perspectiva ha cambiado.

—¿De verás? ¿Ya no tiene por qué morir?

—A lo mejor no.

—Qué bueno. Oh, si, que bueno. Me alegro.

—¿Por qué que bueno y por qué se alegra?

—Estoy contenta, Jaime, la alegría no me deja respirar. Esta mañana, no sé, todo empezaba y terminaba al mismo tiempo. Me hubiera visto llorar. Pero ahora, estando con usted ¿quién llora? Más que tonta habría que ser. Voy con usted a cualquier parte, yo. A la casa de Amparo, a ver a su amigo esté donde esté. Estoy contenta y tengo ganas de decirle lo contenta que estoy.

Se colgó del brazo libre de Jota Eme y caminaron hacia el pasaje La Piedad con paso sosegado, por Paraná derecho hacia la plaza del Congreso.

XXVII

El sol parecía cada vez más enfurecido a medida que pasaba la tarde, rajaba sin tregua el empedrado y llagaba el contorno de las casas. Jote Eme avanzaba a zancadas y Donata se veía obligada a zanquear también para mantenerse pareja en su avance.

—Esta mañana, después de escuchar a doña Asunta y de haber llorando tanto como le dije, volví a su cuarto para tomar las medidas de la ventana —dijo ella jadeando por el esfuerzo—. Encontré una tela que viene de perilla para hacerle una cortinita de correr.

Jota Eme no la oía; se dejaba vagar en otros pensamientos neblinosos, relacionados con Beata:

—"Sin embargo la señora Asunta se va a hacer de nuevas cuando me le aparezca con Beata para decirle que va a vivir conmigo en el cuarto".

Y por encima de ese preciso pensamiento repensó, sin poder evitarlo, que a lo mejor ese dichoso día no llegaría nunca por la complicada razón de que Beata Colantuoni había muerto.

Ideas contradictorias, opuestas entre sí. De todas maneras —nueva oposición, sensación engorrosa, difícil de explicar— la noción melancólica de haber vivido desde larguísimo tiempo bajo el mismo techo esta Donata-Beata. Parecía un contacto muy familiar el de esta Beata-Donata, presente aquí a su lado, galopando graciosamente para adecuarse a su tranco deslabazado.

La miró de reojo y vio que la muchacha mantenía una permanente sonrisa de mujer feliz entre labio y labio, como si gozase de un triunfo y también

como si a partir de este minuto se aprestase a gozarlo cada vez con más intensidad, como si el sol le caldease la felicidad y como si del seno se le alzasen hasta las aletas de la nariz vaharadas de esa estremecedora alegría de vivir.

Una especie de sencilla revelación acerca de la insignificante tarea de hacer dichosa a una muchacha cuyo goce puede consistir en dejarse besuquear detrás de una puerta o en imaginar cortinados de cretona para la ventana de un hombre solitario.

Hermosa y definitiva, Beata-Donata. A Jota Eme le hubiera lisonjeado mucho que la aventura amorosa llegase alguna vez a la plenitud que de seguro esta muchacha anhelaba.

—Estaba preocupada porque leí en el diario lo de su amigo —dijo ella, reteniéndolo para obligarlo a acortar los pasos.

—¿Qué amigo?

—Ese Saverio Landa.

—¿Usted sabía que era amigo mío?

—No, pero lo presentí. No bien abrí el diario que apareció en la pensión hoy después de mediodía (creo que era un *Diario del Plata*) me di cuenta de todo. ¡Cómo le puedo decir? Se me nubló el corazón. Yo siempre tengo presentimientos, ya lo sabe. Siempre me pasa como si viviera dos veces, gracias a los presentimientos que suelo tener.

—"Habrá hurgado en mis estantes con el pretexto de tomar la medida de la ventana" —meditaba Jota Eme.

—Todo lo vivo con la imaginación antes de vivirlo... con la vida. Esta felicidad de ahora, Jaime, también es un presentimiento mío. Es como si yo misma, de antemano, me la hubiera estado fabricando y ahora me costase creer que empiezo a vivirla en serio.

Otra vez, al lado de Jota Eme, ahí, debajo, a la altura del hombro lo sumo, la instantánea risa cre-

pitante de cenizas echadas a revolotear por el aliento de un fuelle melodioso.

—"Después de todo —pensó Jota Eme— puede ser precioso vivir una vida simple con una muchacha del temple de esta Beata-Donata. Este apellido, Colantuoni, trae reminiscencias de condottiero, de hija de cardenal florentino. Beata Siria, Donata Colantuoni... Dulces confusiones".

Se complacía en estas dulces confusiones, alimentaba con ellas la nebulosa dentro de la cual se trasladaba de un lado a otro a partir de haber pisado la calle Tucumán al doscientos, en la mañana, y sobre todo ahora en que la presencia de la muchacha a lo largo de la requemada calle Paraná constituía apenas un leve y atractivo torpor en el antebrazo.

—Ya llegamos —le advirtió.

Por encima del hombro, sin francamente mirarla, alcanzaba a ver el cuerpo macizo de Donata, sus miembros inesperadamente frágiles dentro del largo vestido borravino, la nariz ansiosa, la cabeza tocada con el sombrerito triunfante.

—"Vaya y hágale el amor a esa muchacha..." —todavía conservaba en la mente la insinuación: y junto al oído se le renovaron los pasos de ella, pulposos en el piso de la habitación, cuando escapaba de él semidesnuda.

Llegaron al pasaje donde Amparo Landa vegetaba con su hijita desde años atrás. La ventana sin duda era ésta, pero debieron entrar por una especie de soportal y adelantarse corredor adentro hacia un ensanchamiento de la mohosa planta baja del edificio. Un lugar como cualquier otro, el de Amparo y su hija, aunque más tétrico. En el fondo del corredor, la ropa tendida comunicaba un tinte de viscosa claridad a la tiniebla. Y como en alguna otra parte (en los recuerdos) también aquí la humedad desprendía en placas el revoque de las paredes y tra-

zaba vastos mapas, complicados continentes y archipiélagos de argamasa podrida.

—Esta es la puerta de Amparo.

Jota Eme se puso a golpear con el puño. Era una gruesa hoja de madera pintada con aceite color de aceituna. Mal pintada, porque espesos goterones de linaza habían rodado hacia el zócalo en época remota, y las visitas al llamar o al esperar se pudieron entretener durante años en levantar los coágulos con las uñas. Las visitas... Quizá la mano de Saverio habría acariciado esos goterones alguna vez.

—Amparo es la mujer de Landa —volvió a explicar Jaime en tanto aguardaban—, pero no viven juntos. Se separaron hace tiempo. Es más bien una cosa rara, la de ellos. Una situación rara.

—¿Que se hayan divorciado?

—No, que vivan separados y que sin embargo estén los dos siempre alerta por las mismas razones.

—Soy un poco torpe y no entiendo, Jaime.

—Creo que Amparo y Landa forman un matrimonio especial.

—Quién sabe qué significa eso: un matrimonio especial.

—Ella piensa en él; y él en ella. Amparo en Landa, y Landa en Amparo. Lo especial debe ser eso.

—¿Por qué se separaron, entonces?

—Una vez él quiso matarse. Subió a la azotea y se colgó de un saliente. Amparo y la hijita subieron detrás de él y llegaron a tiempo. Rompieron una botella contra la pared, y con el filo del gollete cortaron la cuerda. Saverio cayó al suelo. Estaba tan ridículo ahí, en el suelo de la azotea, que Amparo necesitó vivir lejos de él para seguir apreciándolo un poco.

Jota Eme volvió a golpear, esta vez con ambos puños, y con impaciencia. Estaban en un largo pasillo flanqueado de puertas que, todas, ostentaban el mismo hálito de tristeza olivácea. En cuanto a

mansión, no era famoso aquello. Una serie de presuntos departamentos alineados con uniformidad, a ambos lados del corredor que terminaba abruptamente con la retaceada claridad de la ropa tendida en el patio trasero. Todo siniestro, aquí. Infecto. Repugnante olor a verduras hervidas y, como pantalla de fondo, el jeringar de chicos peleadores.

Apareció una mujer brava hacia el final del corredor. Se restregaba las manos en el delantal a listas verdes arrollado a la cintura. Era una señora opulenta y canosa.

—Es inútil que siga golpeando —chilló, porque (desgreñada y malhumorada) se hizo ver solamente para protestar—. No está en casa.

—Busco a la señora de Landa.

—¿No le estoy diciendo que no está? No están ni ella ni la hija.

—¿Salieron?

—La puerta estuvo cerrada toda la mañana.

La señora del delantal listado como un toldo retiró el tacho de los desperdicios y se metió en su vizcachera sin dar nuevas explicaciones. Jaime y su amiga se sintieron expuestos a la curiosidad pública, pues al reclamo de los gritos destemplados de la primera comenzaron a mostrarse otras mujeres, todas ellas con delantales y asomadas a las puertas aceitunadas.

—¿Buscan a alguien? ¿Necesitan algo?

El corredor pareció más pringoso en este momento, y las mujeres eran con seguridad canosas y carnosas en demasía, y todas secaban sus manos en delantales listados.

—No, nada. Perdón.

Jaime y Beata (a menos que se tratase solamente de Donata) comenzaron a retroceder hacia el sol de la calle, visible ahora desde el soportal como un restallante rectángulo, en tanto escuchaban cerrarse una tras otra las sucesivas criptas. El brazo de Do-

nata, cálido contra el flanco de Jaime, era algo más consistente y grato de llevar y traer que el paquete con los zuecos apretado contra el otro. Llegaron al escalón de piedra donde el pasillo quedaba transformado en zaguán.

Ella bajó el escalón, pero él no la siguió en el movimiento. Donata quedó muy por debajo de Jaime, a la altura de su pecho. Miró hacia arriba, vió los ojos inexpresivos del muchacho clavados en los de ella. Una mirada que se prolongó durante cierto tiempo, como si de las pupilas de Jaime emanase un temblor tan caliente como para obligarla a arrancarse el alma hecha pedazos y entregársela a él. A él, que por otra parte no se la pedía.

—Oh, Jaime... —murmuró Donata.

Tenía los ojos entrecerrados y completamente sumisos. Él bajó el escalón y comprendió que si la muchacha le quitaba la mano del brazo para colocársela en el pecho sobre los pliegues de la camisa, ello no se debía a un movimiento defensivo sino, todo lo contrario, a una nueva cesión de sí misma.

—Oh, Jaime —dijo ella otra vez, porque de alguna manera hacía falta llenar con voces eso, que, al revés de todo lo previsto, sucedía sin sombra de palabras.

Él alargó el brazo y le rodeó primero la espalda y enseguida la cintura. La atrajo y le puso la boca en los labios. Ella cedió de inmediato. Esperaba eso.

Eso fuè prolongado y excitante. Tal vez ninguno de los dos llevaba la excitación dentro de sí, sino que la encontraron allí de pronto. Ninguno de los dos tembló más de lo necesario. Era exacto, entonces, que llevaban meses, sino años de convivencia.

—Pueden vernos esas viejas brujas —se defendió Donata, cuando ya no había nada de qué defenderse.

—Ah. sí, claro—aceptó Jota Eme muy convencido.

—Jaime, creo que soy muy feliz —ella necesitó hacerle saber.

XXVIII

Una vez en el pasaje, Jota Eme golpeó con los nudillos en la ventana que correspondía al cuarto de Amparo. Lo hizo con tozudez porque, si no lograba dar remate a la intención que acababa de traerlo a estos lugares, quedaría en banda, algo que no terminaba de comprender, ni siquiera de recordar.

—Es inútil: ¿no vé que no está en casa, querido? —ella intentó alejarlo.

Jaime se dejó apartar de la ventana. Otra vez ella lo tomó cálidamente del brazo y lo obligó a salir del pasaje.

—Yo seguiría queriéndolo lo mismo ¿sabe, Jaime? —susurró apretando la mejilla en el antebrazo de él.

—¿Ah, sí? ¿En qué caso?

—Naturalmente que sí, si alguna vez llegase a verlo a usted en ridículo. Como cuando esa Amparo lo vió a su amigo Saverio. Cuando vió que su amigo no había conseguido ahorcarse y estaba tendido en el suelo de la azotea.

—Es que estoy en ridículo... Es que estoy también yo tendido en el suelo de una azotea...

—Bueno, ya ve que lo quiero lo mismo.

—Pasa que usted no sabe que estoy tan tendido, tan en el suelo.

Donata no hizo hincapié en el amago de confesión. Manifestó en cambio que en su opinión esa tal Amparo no debía de ser tan gran esposa como tal vez Saverio Landa necesitaba. Jaime no objetó. Y ella quiso saber, cuando ya dejaban a las espaldas el pasaje La Piedad.

—Todo aquello que a usted le pasaba hoy ya está olvidado ¿no es así, Jaime?

Él fingió no entender; ella entonces aclaró:

—Que tenía que morir esta noche. Está terminado del todo eso ¿no es verdad?

Estaba terminado y no estaba terminado. Habían ocurrido cosas extravagantes, para llamarlas de alguna manera. Así como ella podía imaginar previsiones acerca del porvenir, el porvenir para él se había adelantado en una sola noche, pero en una sola noche bastante definitiva.

No empleó la palabra "suplantación"; pero "suplantación" (que resultaba un terrible vocablo) se agitaba en su mente sin decantarse, agigantada más y más a cada segundo que transcurría.

—¿Qué le pasa Jaime? ¿Por qué está tan angustiado?

Ella dijo que él estaba angustiado porque se daba cuenta de que no conseguía expresarse libremente. Sin embargo no tuvo intuición suficiente para ver la palabra "suplantación" en el fondo de todos los inconexos argumentos que él esgrimía.

—Tal vez estoy angustiado —dijo él entonces— porque todavía no he visto a Landa. Ahora mismo voy a ver a Landa y todo va a quedar tan claro como este sol.

—El *Diario del Plata* trae que lo llevaron al Rawson. ¿Va a ir a verlo al Rawson?

—Claro que sí. Por supuesto. Ya mismo.

—Me parece que yo no debería acompañarlo.

—¿Por qué, Beata?

—No me llame Beata, por favor. Me molesta que me llame como a esa que fue novia suya. Sí, sí, usted me dijo esta mañana que esa Beata había sido su novia.

Otra vez reclinó la frente en el antebrazo de Jaime, afiebradamente, y luego se apartó unos pocos centímetros para mirarlo desde la barbilla hasta los ojos con una mirada de amorosa reconvención.

—“¡Qué difícil va a resultar ponerle un nombre al hijo que tengamos!...” —meditaba Jaime.

—Pienso que sería mejor que yo volviese a casa para preparar el cuarto —dijo ella—. O casi sería preferible que nos mudásemos los dos. Eso es, voy a buscar una pieza aunque sea en los alrededores. A menos que fuésemos a vivir a Caballito, o a Burzaco. Yo tengo una compañera de la oficina que vive en Burzaco. Verduras, gallinas, y hasta frutales, ¿comprende, Jaime? Usted viene todos los días, hace sus cosas en el Férguson (siempre que no piense cambiar de ocupación) y todas las tardes, cuando vuelva, yo puedo esperarlo en la estación. Me gusta esperar a alguien que llega en tren. No me voy a aburrir porque puedo hacerme amiga de alguna vecina. Jaime...

—¿Qué?

—¿Usted no me escucha porque piensa en esa otra?

—Tengo que ver qué pasa con Landa.

Ella torció la cara e hizo un ligero movimiento como para alejarse. Jota Eme obedeció a un instintivo impulso y la retuvo.

—Donata —la nombró para retenerla.

Ella volvió a mirarlo con delicada interrogación, pero él otra vez no conseguía expresarse.

—¿Qué? —interrogaba la muchacha con suavidad—. ¿Qué?

—Una vez —empezó Jaime— me echaron de un empleo de mala manera. Desaparecían cosas y (escuche...) era yo quien se las llevaba.

—¿Usted?

—El ladrón era yo, ni más ni menos: es lo que le estoy diciendo. ¿O es que no me cree?

—¿Qué importancia tiene, Jaime?

—¿No tiene importancia, de veras? ¿Para usted... no tiene ninguna?

—Por nada del mundo.

—Sin embargo, todo empezó con esa calamidad. A partir de ese momento no conseguí nunca volver a

ser el mismo de antes. Fue como si dentro de mí se hubiese formado otro muchacho, y como si yo, durante todo ese tiempo, no hubiera hecho otra cosa sino tratar de parecerme a él.

—Raro, eso, Jaime.

—Muy raro. Pero me sucedió. Antes era un muchachito corriente, un inocente sin categoría y sin importancia. Después fui a parar el Férguson.

—¿Y llegó a tenerla, Jaime?

—¿Qué?

—Categoría, importancia.

—Me parece que sí. A menos que usted esté diciendo que me doy dique. ¿Quiere decir eso?

Donata creyó haberlo ofendido. ¿Dique? De ninguna manera. Aunque si llegara a dárselo, la verdad, quién diría que no tuviese sus motivos, sus razones. Un hombre que está resuelto a morir, una especie de conjurado... La importancia no se la da un hombre a sí mismo sino las circunstancias en las cuales se ve envuelto como las diferentes capas de piel pueden esconder la pulpa de un fruto.

Jaime se contrajo. Efectivamente, la muchacha razonaba con cierta lógica y era verdad que él hasta determinado punto (no él, las circunstancias...) se había subido sobre los propios hombros a babuchas. Hasta determinado momento, nomás. Nomás hasta hacía unas pocas horas, cuando vió salir de su casa al Entregador apretado entre el pardaje turiferario y pudo contemplarlo nimboso y arrogante desde la marquesina del mercado. Algo se había venido rotundamente abajo, al deflagrar ese mágico instante.

—Fue una visión celestial, ¿sabe? —murmuró entre dientes.

—¿Cuál, Jaime?

—La suya, la de usted —se rectificó a sí mismo con rapidez.

—¿La mía?

—Claro, pues. Recién, en el zaguán de la casa de Amparo. Fue como si nos hubiésemos estado besando delante de un altar.

—Oh, gracias.

Donata tuvo toda la dicha en la garganta. Miró hacia la Piedad. El atrio de la iglesia estaba sombreado. Parte de las columnas se recocían al sol. Una línea oblicua, en cada columna, separaba con un filo que hacía daño a los ojos la zona umbrosa del trapecio asoleado.

—¿No quiere que entremos? —dijo ella con la voz quebrada por una infinita ternura.

Jota Eme negó con la cabeza, como si le hubiesen pedido algo incomprensible. Donata sonrió, comprensiva, justificándole la negativa.

—"Además es ateo" —debía de pensar.

Y entendía que él pudiera ser ateo. Caramba, un muchacho capaz de pensar con tanta hondura, alguien tan cercanamente vinculado a la muerte... Sonrió otra vez, con gran caridad, le apretó una mano e hizo de nuevo un leve movimiento para alejarse. Jota Eme no tuvo ánimo para retenerla como antes. Donata murmuró:

—Querido mío de mi alma... —y cruzó la calle. Se detuvo en los escalones de la Piedad. Incluso en las espaldas y en las caderas oscilantes se le advertía aquella sonrisa que le poblaba toda la boca.

—"Vaya y hágale el amor a esa muchacha Donata".

—Chau, querido —vocalizó ella desde allá.

Cuando la vio desaparecer con paso ágil hacia las penumbras del pórtico insistió en encontrarle (desde la santería de enfrente) aquel ímpetu amoroso, aquella fulguración de un goce que cambiaba la vida porque transitaba de ella a él sin poder evitarlo.

—Chau, chau —tendió la mano hacia ella, como si todavía fuese factible asirla de la túnica color borravino.

Todo Jota Eme hasta ahora —el cuerpo, el alma, la moral...— había sido metal líquido, candente e incontrolado. En estos momentos, en esta Donata Siria que fue la Beata Colantuoni mantenida en secreto dentro de su organismo, encontraba el molde de fundición donde volcarse. Después de todo debe ser muy hermoso vivir en un cuarto de los alrededores —¿Burzaco?— con cortinas de cretona instaladas por una jovencita tan jugosa, que besa y se deja besar. Deleitoso ver cómo se transparenta el sol y cómo se tamizan los rumores de la calle a través de la tela floreada. Todo lo demás puede ser fantasmagoría. El resto está hecho con pensamientos que se le meten a uno en la cabeza, con resoluciones ajenas que maniobran dentro de la intimidad de uno la propia perdición.

—"Vaya, y hágale el amor a esa muchacha".

Una mujer así salva a un hombre, lo despuebla de marañas interiores por solo acto de presencia, por el mero sonido opaco de los pies desnudos en el entarimado del piso.

—Chau, Beata, chau... —musitó; y encontró que tenía el corazón dulcemente acongojado y el vientre lleno de un suave deseo de acercarse nuevamente a la muchacha para sentir en el brazo libre en el costado que ella acababa de desamparar, otra vez aquella calidez amorosa.

XXIX

Se encontró con Basilio Prato en el parque del hospital, hosca extensión de verdor suspendido en torno de los pabellones.

—Le han puesto vigilancia a la vista —informó Basilio.

—¿Cómo está Saverio? Lo hirieron mucho.

—Nadie se puede acercar a la sala.

—¿Pero cómo está? ¿Se puede morir?

—Parece que sí. Un enfermero me dijo que tiene las horas contadas. No sé nada más.

Se dejaron caer en un banco, junto a un convaleciente que llevaba el brazo derecho en cabestrillo. Otros individuos en vías de curación pasaban pálidos y acabados por los distintos senderos del parque, vagamente cómplices entre sí, distanciados con orgullo de los visitantes cuya buena salud para ellos equivalía a un exceso.

Jota Eme no conseguía evitar el pensamiento de sentirse ajeno a ese acabamiento tan cacareado como si se tratase de un mérito personal.

—¿Esta gente sufre de veras? —se interrogó a sí mismo.

—¿Por qué? ¿A usted le parece que no? —Prato recogió el interrogante con regular sorpresa.

De un lado estaban los enfermos, y del otro los que gozaban de excelente salud; por una parte Basilio Prato, por ejemplo, y por el otro este carcamal con un brazo al cuello... ¿Sufría en serio este buen señor? Quién sabe qué clase de humanidad era esta a cuyo conglomerado, por lo menos en el momento presente, Jota Eme creía no pertenecer. Se sintió en el

aire. Su precisa sensación era la de flotar, y al mismo tiempo la de una acentuada irresponsabilidad.

—Es triste para Landa —suspiró Prato— morirse así, sin un amigo que le alcance un vaso de agua.

El lisiado que ocupaba el banco con ellos inició un gemido en procura de provocar también para él una frase de consuelo. Basilio Prato se levantó y comenzó a pasearse.

—Ahí tiene —se enojó, e hizo grandes ademanes, yendo y viniendo—, ahí tiene. Éste es uno de los aspectos de la vida que uno está obligado a aborrecer.

—Ni más ni menos —corroboró Jota Eme, flotando.

—Es injusto, es injusto —siguió Prato—. ¿Por qué caray tiene que pasarle esto a él, a Landa? ¿Por qué justamente a él, y no a usted o a mí o a otro cualquiera del Férguson?

—Vaya a saber —susurró Jota Eme, que solamente se hacía una vaga idea de la indignación de Basilio.

—Los seres humanos tienen siempre una sombra hostil que los acecha, ¿no es así, Jota Eme? Landa acechaba al Doctor, y falló de la peor manera, como un principiante. Pero la sombra que vigilaba a Landa, ahí tiene, dio en el blanco sin la más mínima dificultad.

El lisiado no se resignaba a pasar inadvertido. Extrajo un cortaplumas y con la mano buena comenzó a grabar una serie de letras en el respaldo del banco.

—¿Algún pariente grave? —preguntó solícito, aunque sin levantar la vista de la tarea.

—No, señor —contestó Jota Eme secamente.

El enfermo quizá se ofendió. Terminó de tallar su nombre a toda prisa, le añadió las dos cifras finales del año, se levantó, y sin admirar su obra marchó en dirección a los consultorios externos.

"Musante, 24" —quedó esculpido en el banco.

—Hay algo que empuerca la vida —estalló Basilio Prato como si también a raíz del tal Musante la sangre se le hubiese calentado todavía más.

—¿Le parece que Landa se puede morir? —Jota Eme interrogó de nuevo.

Prato le dirigió una mirada sospechosa de la región flotante en la cual Jaime Mayor empezaba a navegar. Después ordenó:

—Venga conmigo.

Comenzó a recorrer un sendero enripiado con rumbo a uno de los cuerpos de edificio entre los cinco o seis que se columbraban diseminados en la arboleda y los jardines, manchados todos ellos por la esmeralda del césped. Jaime recogió el paquete que acababa de poner en el sitio ocupado antes por Musante, y lo siguió. En un recodo los detuvo para hacerles varias preguntas una mujer esmirriada y llena de exigencias: le habían asegurado que el marido estaba internado en el Rawson, pero ahora resultaba que no, que lo mejor era preguntar por él en el Alvarez o en el Fernández. ¿Era justo?

No, no era justo, pero no era éste el momento indicado para rabiar ante injusticias ajenas. Prato y Jota Eme siguieron de largo, y al llegar a la escalinata que daba acceso al pabellón les asaltó un hedor nauseabundo de fenoles y demás. Subieron y entraron como si esa arcada fuese un portal de todos los días.

—Si le preguntan algo trate de no contestar —advirtió Basilio.

Jaime no recordaba haber pisado un hospital desde los días de la infancia: otitis, una enfermedad del oído, grave, dolorosa. Doña Malvina lo llevaba y lo traía diariamente con toda esa santa paciencia. Lo hacía sufrir un hombre de blanco, recordaba. Siempre un hueco doloroso en el bajo vientre, recordaba, cada vez que atravesaban la primera puerta del hospital y se ponía uno en manos de los hombres blancos, tan feroces. Y rememoraba, pero con deleite, el

ompleto de cero veinticinco que tomaban al salir. Jna compensación: el café con leche, el pan y la maneca tenían un sabor inconfundible luego de tanto palecer.

—Escuche, Jota Eme: si nos llegan a parar hay que decir que nos equívocamos de pabellón.

Bajaban una camilla por el montacargas. Ni soñar on que podía ser otra vez Beata Colantuoni esa forna envuelta en un sudario. Basilio y Jaime optaron or deslizarse hacia la escalera del costado. También n la escalera había seres con las mejillas como pael de escribir cuyas vidas parecían pendientes de in hilo o a lo sumo de dos. Personas saludables y nuy cariñosas los ayudaban a bajar.

Llegaron a un vestíbulo de losas amarillas y luego ropezaron con una puerta dividida en varias subuertas, una sola de las cuales era practicable. Soplaa desde adentro un aire frío como un relente enfernizo. El vigilante ahí apostado los miró, a la vez lerta e indiferente, pero era fácil advertir que se abía constituído a sí mismo en inabordable barrera. Además, por fuerza debieron comprender que Saverio Landa no estaba demasiado lejos por cuanto, con l relente enfermizo llegaba también la certeza de que in banderín flameaba para indicar que Landa anlaba por ahí, invisible.

Prato dió un paso hacia la sala; Jaime lo imitó. Alcanzaron a ver una hilera de camas de metal blanqueadas con esmalte, y en una de ellas les pareció divinar la forma agónica de Saverio Landa.

Era él, sin duda. Saverio agrandado e hinchado por los vendajes, y parecido a la enfagotada imagen yaente de algún Ramsés sin números romanos.

Esto duró dos o tres segundos a lo más, porque el agente de facción se les aproximó de inmediato y nada más que con la actitud severa dió a entender que eso que ellos hacían era cuanto menos temerario.

—El doctor Malatesta ¿es aquí?

—¿El doctor qué?

No, el doctor Malatesta no era allí; Prato y Jaime estaban equivocados. En ese momento un señor anciano abandonaba la sala. Al parecer era visitante de privilegio, vinculado a algún internado expectable, pues de otro modo no siendo él mismo un desahuciado no se entendía cómo le permitían entrar y salir con semejante desparpajo.

—Oiga... —fue como si Basilio intentase dirigirle la palabra a un sordo.

El hombre del brazo en cabestrillo, aquel llamado Musante, llegó de afuera y cruzó con el viejo un saludo de alegre amistad. Miró desdeñosamente a Prato y a Jaime y se deslizó hacia la sala con paso prepotente de dueño de casa.

Un nuevo "Oiga..." dirigido esta vez a Musante se le ahogó a Basilio en la garganta, luego de lo cual tomó a Jota Eme de un brazo y lo obligó a salir del vestíbulo.

En realidad marcharon detrás del anciano que ahora bajaba la escalera esclerosadamente, con una mano sarmentosa apoyada en la rejilla del montacargas.

Jota Eme se sentía obediente a la voluntad precisa de Basilio. No le requería ningún esfuerzo dejarse conducir de un lado a otro como si sólo fuese un apéndice sobrante de este amigo tan amistoso, y tan excelente razonador a veces. Todo se les hacía en ese lugar una mezcolanza de sol y ácido fénico. Estos patios, estas escaleras, estas salas friolentas conformaban el mismo lúgubre hospital de la infancia (que era otro, por supuesto), después del cual, previo indecible sufrimiento, había siempre una lechería de enfrente donde devorar un completo a cero veinticinco per cápita.

—Oiga, señor...

Prato acababa de dar alcance al viejo, y Jota Eme se amparaba en Prato. El sol se perfilaba oblicuo entre las ramas de los árboles, y la brisa que circulaba

por momentos era como una pastosa y caliente baba del diablo pegoteada en las mejillas.

—Usted viene de la sala —dijo Basilio al viejo.

El viejo asintió sin sorpresa.

—¿Sabe quién es Saverio Landa? Es un herido, uno que está al lado del enfermo que usted fue a visitar. Dígame cómo se encuentra, por favor. ¿Habló alguna vez? ¿Dijo algo?

—No sé nada. No me fijé.

—Tiene que haberse fijado. Es un herido grave. Lo balearon esta madrugada.

El anciano tenía un tic nervioso en el labio inferior, y cuando mantenía la boca cerrada esa nerviosidad se le comunicaba también al bigote manchado de nicotina.

—Bueno, sí —terminó por reconocer—. Parece que su amigo no anda. No sé si habló. Creo que no.

—¿Qué significa que no anda?

—No hace nada por salvarse. Parece al menos.

—¿Se va a morir? —intervino Jaime como lechuza agorera.

—Claro —concluyó el viejo con las cejas enarcadas.

Y se alejó. Era un viejo retacón, rimbombante. Debía conocer a carradas lugares comunes de alto vuelo. Tenía un clavel punzó en la solapa y usaba polainas grises con botones de nácar.

—Es injusto, es injusto... —comenzó a mascullar Basilio Prato.

Los rasgos se le diluían, las manos se le aflojaban, y parecía próximo a un llanto indigno.

—Vamos a ver —prosiguió—, ¿por qué siempre tiene que estar todo cortado por la misma tijera? ¿Por qué? ¿Por qué?

—No sé —exclamó Jota Eme.

—Yo hubiera podido apostarlo antes. Este era el fin más probable y el más natural. Las cosas de esta índole no pueden terminar de otra manera por vuel-

tas que se le dé al asunto. Es su final... específico, Jota Eme.

Miraba al discípulo con serenidad desesperada. Hurgó en el bolsillo del chaleco color de pan quemado, extrajo el indefectible medio toscano, lo chupeteó en toda su extensión y trató de encenderlo contra el viento.

—Siempre, siempre ha sucedido lo mismo —continuó luego—. Es algo invariable, predestinado. Usted quiere eliminar al Doctor... Pongamos que es usted quien busca aniquilar al Entregador por que el Entregador es una lacra, algo que está de más, que es dañino, que perjudica, que apesta, que es intolerable porque toda su maldita existencia está basada en la mentira organizada y en el sometimiento de los semejantes.

—Cierto, Basilio, muy cierto.

—Es algo que hiede como una carroña; y usted trata de suprimirlo para beneficio de todos.

—Cierto, Basilio. Tremendamente cierto.

—Pero todo cuanto haga usted para quitarlo de enmedio no tiene otra solución sino ésta. Como si estuviera escrito en bronce: es él quien sobrevive, y usted el desgraciado que no cuenta el cuento.

—¿Qué?

—Siempre es el Entregador el encargado de escribir la historia.

Se desplomó anonadado en uno de los bancos. El sol le golpeaba la cara y las manos. Era como si un manojo de víboras le rodease el cuello y la mitad del cuerpo. El juego del sol tardero y de las sombras proyectadas por las ramas de los árboles comunicaban a Basilio Prato una vivacidad de organismo que se retuerce.

Jaime se ubicó a su lado. Primero calló durante un buen rato a la espera de entrar también él en la trama de ese retorcimiento. Prato sufría un horror, era visible; pero también resultaba visible que dentro de

ese padecimiento casi paroxístico no quedaba un miserable hueco destinado a Jota Eme y a los fantasmas que lo tenían encepado.

—Prato... —susurró.

—¿Qué?

Demoró en hablar. Era muy difícil plantear los propios inconvenientes en las presentes circunstancias.

—¿Qué? —lo acució Basilio Prato—. ¿Qué?

—¿Por qué Saverio me tomó la delantera? ¿Por qué esta suplantación? ¿Qué necesidad tenía? En realidad él me engañó. Y usted también me engañó, Prato.

Prato descendió desde las alturas de su dolor para hacer oído a esta lamentación de Jota Eme.

—¿Nosotros lo engañamos?

—Sí.

—¿A usted, Jota Eme?

—Siempre me hicieron creer que era yo quien estaba destinado a eliminar al Entregador.

—¿Usted?

—Yo.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—¿Usted? ¿Usted, Jaime Mayor? No, usted no. ¿Cómo piensa eso? Ni siquiera Landa era capaz: ya ve lo que pasó. Usted no, Jaime. Usted ni hoy ni nunca. O por lo menos, usted todavía no. Pasa que se habrá hablado delante de usted un poco más de lo que se debería haber hablado. Pasa que usted habrá creído lo que no era. ¿Cómo podía ser usted el destinado a eliminar al Entregador si no lo ha visto jamás, si no sabe quién es, ni dónde vive, ni cómo se llama?

—Todo eso lo sé.

—No, Jota Eme. Usted no estaba destinado... todavía. Usted se creyó lo que no era, se dejó subir a la cabeza una fantasía. Cálmese ahora, por favor. Ya

le va a llegar su turno: el turno de morirse, como se está muriendo Landa.

Una ratona aterrizó ante ellos y avanzó a saltitos indiferentes. Se oyó a la altura de los consultorios externos una grosera carcajada del cirujano mayor. Entró o salió del hospital una ambulancia.

—Prato...

—¿Qué?

—¿A usted también le parece, Prato, que yo llegué a creerme todo eso nada más que para mostrar?

—¿Para mostrar qué?

—Yo soy (a lo que dicen) un tipo que a veces le gusta mostrar lo que no es. Esta vez, entonces, todo puede haber consistido en eso: en las ganas que tuve (una vez más) de ser lo que no soy y de ponerme a hacer lo que nadie me indicó nunca que hiciera. ¿No le parece que tal vez la cosa es así, Prato?

El amigo lo miró fascinado, abierto del todo a la confesión del camarada más joven, pero todavía entorpecido por el dolor que la agonía de Landa ya desencadenaba.

—¿Qué diablos piensa, Jaime? —lo escrutaba con una atención ávida, pero sin gran certeza de llegar a comprenderlo.

Jaime ajustó el paquete con los zuecos de la señora Asunta entre las rodillas y restregó la palma de las manos en los muslos. También dirigió una mirada vaga hacia el pabellón de enfrente, donde otra gente —igual que Saverio Landa— sufría y lloraba antes de morir.

—Quién sabe cómo llegué a pensar que yo era el designado —meditó en voz alta—. Pero no lo era. Pensé, inventé que lo era. Y en cierto modo llegué a serlo, porque me olvidé de que todo era pura invención.

—Usted no razona bien, Jaime. ¿Por qué habla de "el designado"? Le está dando al asunto una pomposidad que de veras no tiene, si se pone a usar pala-

bras escalofriantes. Además... Designado, designado... Si hubo un designado fuè Saverio y no usted. ¿Quién pensó nunca en usted para un intento de este calibre? Nadie.

—Yo hubiera podido hacerlo ¿sabe, Prato?

—¿Hacerlo usted? No, hijo. Usted se hubiera podido morir en lugar de Landa a lo sumo.

—Le hablo de eso, precisamente.

—Cuidado, Jota Eme. No hay que ser tan presuntuoso.

Ahora lo miraba inteligentemente con toda el alma abierta para la comprensión, pero también con severidad y con irónica aunque apagada indignación.

Jaime tenía los ojos clavados en el pabellón de enfrente y se restregaba las manos en los muslos.

—No hay que ser tan presuntuoso —insistió Prato—, y usted a lo que se ve es presuntuoso hasta decir basta. Presuntuoso como para construirse toda esa importancia desde los cimientos. Está ensoberbecido... ¿Quién o qué lo ensoberbeció hasta ese punto? Ni Landa ni yo, con seguridad. Usted mismo. En base a qué tanta soberbia, me pregunto. Jaime...

—¿Qué?

—¿Qué necesita ser usted?

—Ahora no sé.

—¿Un héroe?

—Sí.

—Escuche, Jaime: no hace falta un héroe; hace falta una justicia. Los héroes, los protagonistas, los matachines están de más.

—Yo pienso en una justicia importante.

—Importante... ¿o de esas que publican los diarios? Ya veo: a usted le gustaría mucho que los diarios de hoy dijeran que fue Jaime Mayor la víctima de esta madrugada, que Jaime Mayor fue el baleado, y que los de esta noche o mañana digan a toda página que es Jaime Mayor el héroe que acaba de morir y

que ahora está en el cielo a la diestra de Dios padre. ¿Se trata de eso? A ver, conteste.

—Yo soy un tipo que muestra, ¿verdad?

—¿Y con eso?

—Entonces tengo que mostrar hasta el final.

La ratona fuè y volvió varias veces, siempre muy compadrita y con la mínima cantidad de precauciones.

Ahora debía ser una enfermera rolliza la que reía groseramente a la distancia.

Jaime apretaba el paquete de los zuecos contra las rodillas y restregaba con fuerza las manos contra los muslos.

XXX

Prato miró al amigo joven, empavorecido. Decepcionado también, y además irónico, indignado. Éste, éste era el hijo torcido de su intelecto y del intelecto de Saverio Landa. La persuasión había llegado a una absurda plenitud en la cosa grotesca que era este Jaime Mayor inmaturo y ya de alguna manera podrido por la jactancia, si no por la presunción de convertirse de cualquier modo pueril en lo expectable, en lo grandioso.

—Usted es una criatura, Jaime. No sabe lo que hace.

Callaron ambos. Prato volvió a encender el medio toscano que obstinadamente se le apagaba. Fruncía las cejas y apretaba los dientes, agobiado por la doble congoja de saber a Saverio Landa agonizante en aquella sala prohibida y de tener aquí al lado a este

pobre mozo equivocado que se le deshacía entre las manos.

—Escuche, Jaime... —rogó.

—Hay que remediarlo todo —dijo Jaime entre dientes, negándose a escucharlo.

—¿Remediar qué?

—Lo que está mal hecho, lo que Landa hizo mal.

—Sí, ¿pero de qué manera?

—Pienso que hay que seguir adelante.

—¿Otra intentona?

—Ajá.

—¿De qué clase?

—De la misma clase.

—¿Para qué? ¿Lo que sucedió anoche no le parece ejemplarizador? Ya, a usted le parece que no... Está equivocado, Jaime. ¿Por qué deberíamos espichar usted, o yo, sin que se presente ni la más insignificante posibilidad de conseguir lo que nos proponemos? Escuche, Jota Eme: la acción individual no arregla nada.

En eso radicaba el error de Prato, porfiaba Jaime en su interior. No existía tal acción individual, si era cierto que el hombre alguna vez llega a convertirse en órgano de la multitud. "Conciencia y brazo ejecutante de la masa...", ¿estaba eso olvidado? Prato era, Prato, el que no razonaba bien. Anquilosis, vejez. Cosa lamentable, tener que comprobar una decadencia. Por suerte Jaime Mayor conservaba la imperturbabilidad precisa para no perder el hilo del destino.

—¿Usted vió alguna vez al Entregador, Prato? —interrogó cortándole al otro el discurso.

—No, nunca. Era Landa quien le seguía los pasos.

—Yo sí, lo vi. Hoy lo vi.

—¿Y bien?

—Hay que eliminarlo, sí, pero con los ojos cerrados. Hoy a mediodía descubrí el secreto, y por eso me consta que soy el único individuo del mundo con agallas para terminar con él. Hay que no verlo, hay que no oirlo, para tener libertad de acción. Si el Entregador

habla o mira, o nada más dice "Buen día" con un ademán, con el bastón o con el sombrero, no hay salvación y el que revienta es uno. Saverio se está muriendo porque disparó contra el Entregador con los ojos abiertos. Error craso, Prato. Tiene un nimbro.

—¿El Entregador? ¿Un nimbo?

—Ajá, una luz, una corona, un resplandor en la cabeza. Hoy se la vi, Prato. No hubiera podido tirar contra él, de seguir él con todo ese resplandor encima. Hay que cerrar los ojos. Yo los voy a cerrar. Hay que volver a martillar en el mismo yunque, pero con los párpados apretados.

—Usted está loco, Jaime. Solamente los locos llevan a cabo esa clase de proezas completamente estúpidas.

Sí, señor, sí, señor. Toda la vida de Jota Eme ha consistido en una proclividad hacia esta clase de enloquecimiento benefactor. Un plan debe ser cumplido hasta el final, y debe ser cumplido por quien ha sido designado. ¿Quién arguye ahora que Jota Eme ha inventado esa designación y la ha construído a partir de los cimientos? Y si de veras la inventó y construyó, no se trata de que haya inventado y construído cualquier cosa, sino precisamente aquello para lo cual estaba conformado desde lejanos tiempos. Toda la cantidad de pasado que rebullía dentro de Jota Eme era una acumulación de heces, lentos sedimentos que ahora le apuntalaban el carácter, la predisposición.

—Golpear, volver a golpear —reflexionó en voz alta con gran excitación, mientras Basilio Prato lo contemplaba incrédulo y decepcionado—. Eso es: golpear de nuevo en la misma sonoridad del yunque, como el herrero de la calle Deseado.

Cerró los ojos, meditó aparatosamente con las manos crispadas en las vecindades de la cara.

—Nadie espera que se repita el mismo golpe, ¿no es así? Un rayo no cae dos veces en el mismo sitio de la tierra, ¿no es así? Sólo Dios Todopoderoso, Omnipotente, puede hacer que un rayo se descargue en un

mismo punto. Solamente Dios, ¿comprende? Dios: un pensamiento que estalla por encima de todo lo creado.

Quedó extático, con la cabeza levantada y los ojos apretados y las manos rectas a ambos lados de las sienes. Tenía los labios entreabiertos, tocados por una sonrisa de predestinado. Una ola detrás de otra lo bañaban por dentro y chocaban contra las paredes monumentales de su cuerpo. Por fuera, se sintió minuciosamente mirado con asombro por los ojos admirativos de Basilio Prato. Abrió apenas los suyos para gozar todo ese asombro, esa ancha admiración. Pero ahí estaban las pupilas del maestro (tan superado maestro...) entristecidas, sumergidas dentro de un plácido desencanto.

—Usted... ¿igual que un dios, Jaime? —murmuraba sin atreverse a dar crédito a las propias palabras, mordisqueando el cabo del cigarro.

—¿Dije eso, yo, realmente? —Jaime tuvo una esquirla de inquietud.

—Lo dijo, Jaime, lo acaba de decir.

Jota Eme desmontó la maquinaria. Abrió del todo los ojos, dejó caer de nuevo las manos sobre las piernas, aflojó la tensión de los músculos y sonrió con su buena sonrisa de pianista del Férguson.

—Qué imbécil, ¿no le parece, Prato? —comentó bruscamente, como si intentase burlarse de sí mismo.

Y en seguida, a modo de disculpa:

—Bueno, son maneras de decir las cosas. A lo mejor uno no ha querido decir todo eso. Se le ha ido la lengua de mala manera, a uno. Nada más.

Pasó ante ellos una hermana de caridad: gorda, vieja, antipática. Siguió de largo sin echarles una mirada, arrastrando los pies. Fué como si de derecha a izquierda se corriese una cortina.

—Jaime... —oyó.

—¿Qué?

—Aquella vez que usted cayó al Férguson ¿se acuerda? Me gustó cómo tocaba el piano.

—¿Por qué se acuerda de eso ahora?

—Porque para lo único que usted sirve es para tocar el piano. Tiene que convencerse, Jaime.

Jota Eme no contestó, ni se consideró agredido. Se puso de pie cansinamente, como fatigado de alternar con este hombre envejecido en la inoperancia y superado por la furia de los acontecimientos presentes y futuros.

—Me las pico, Prato —dijo.

Estaba olvidado de todo; no existía nada dentro de Jota Eme a no ser el fervor intenso de disparar contra el Entregador con los ojos cerrados. Pasó al olvido toda la sustancia de su existencia: Donata Siria, doña Malvina allá en la calle Deseado, la Bitumina, Jacobita, Impoco, De Matteis, los sucesivos pianos, el Férguson, Saverio Landa, Basilio Prato, la dulcísima vida al lado de una ventana por donde a veces se trasluce el sol y se contagia de color rosado, el índice de la mano derecha entre las páginas 19 y 20 de un libro de Hans Driesh. El miedo sobre todo.

Cuanto de un modo o de otro resultaba negativo, ha desaparecido de Jota Eme sin dejar tras sí el menor rastro.

Canceladas las personas y las cosas, para solamente dejar espacio a una exaltación enfervorizada a lo largo de todo el organismo.

Oh, sí: sería —llegado el momento— sumamente viril el dedo en el gatillo.

—"Cuando el momento llega —decía Saverio Landa en el Férguson, con su gran sabiduría y sin sospechar el triste fin un poco desdoroso que le estaba reservado— uno se hace otro hombre. Es como si uno mismo ya hubiese acabado de vivir y fuese el alma de uno mismo todavía ahincada en la tierra lo que marcha adelante para cumplir el propósito.

El alma inmortal de Landa estaba ahora ahincada en la de Jota Eme, la sentía en la conciencia; había

caminado desde aquel pabellón, paso a paso, se le adhería, percibía de ella la totalidad de esa fuerza aniquiladora que escapaba por los poros de la piel.

—Chau, entonces, Prato.

Sin clara noción de sí mismo se sintió andando hacia el portalón del Rawson. Llevaba las manos en los bolsillos del pantalón y, debajo del brazo derecho, apretaba los zuecos de la señora Asunta envueltos en papel madera. Oyó la voz derrotada de ese hombre viejo, Basilio:

—Por favor, escuche, Jota Eme...

No quiso escuchar y, una vez en la calle, el hedor de fenoles había desaparecido, pero el sol rasante encendía las espaldas y recocía las paredes y los adoquines.

Todavía era hoy, todavía Jota Eme se encontraba viviendo en la víspera de la noche anunciada, pero ya por completo acicalado para la muerte.

Comenzaba un definitivo atardecer.

XXXI

Durante las últimas horas de la tarde Jota Eme merodeó por las calles de Buenos Aires como si ya hubiese dejado de pertenecer a ellas. El sol terminó por desvanecerse de la ciudad y del mundo. Las sombras ahuecaron el vano de las casas.

Estuvo en varias partes. Primero pasó por su propia casa en Tucumán al doscientos, y leyó la chapa de bronce nunca vista antes: "Asunción Retagli, pensión familiar". Y además otras chapas esmaltadas

que anunciaban a una partera y a un pintor de letras.

Estaba por alejarse, pero ella lo llamó desde el balcón. Sonreía alegremente, agitaba un retazo de cretona de colores muy vivaces.

—¿No sube, Jota Eme? —gritó muy enamorada Donata Siria.

Él enarboló el paquete envuelto en papel madera como si el objeto de su presencia ante el portal de la calle Tucumán fuese el de entregar los zuecos a la señora Asunción Retagli.

—Suba, suba —lloriqueaba allá arriba Donata, y era evidente que detrás de la lamentación estaba el propósito de largarse balcón abajo, caso de no ver satisfecha la exigencia.

Jota Eme no tuvo más remedio que subir. La muchacha aguardaba detrás de la puerta semientornada del departamento y disparó hacia él ambos brazos para envolverlo con la pieza de cretona y besarle fogosamente las dos mejillas y el cuello. Jota Eme logró depositar el paquete de los zuecos en la mesita enana, junto al florero, antes de consentir que ella lo arrastrase de viva fuerza a su propia habitación.

—¡Mire, Jaime, mire!

La ventana estaba abierta, y ya hacía muy buen efecto la media cortina colocada y fruncida con gracia.

—¿Le gusta? Dígame si le gusta por favor. —Donata casi sufrió un colapso al dejar caer la cabeza contra el pecho de Jaime.

Se meneó sobre él, lo obligó a zarandear con ella de un lado a otro y trataba de hundirse cada vez más en sus sentidos, lealmente y sin subterfugios especiales. Y como él no se pronunciaba:

—¿Qué le pasa, Jaime? ¿Ya no me quiere, acaso? Oh ¿por qué no habla? ¿Por qué no me acaricia?

Levantó los ojos hacia él sin vergüenza ninguna. Lo vió seco, inexpresivo, con los ojos muy abiertos

de quien trata de recordar algo muy importante que de momento se le escapa de la memoria. Le aterrorizó pensar que ya podía haber sido olvidada por Jaime Mayor.

—¿Es eso, entonces? ¿Es que ya no me quiere más? Hable, por el amor de Dios. Se lo estoy suplicando, Jaime. ¿Me quiere?

—Sí, sí. ¿Por qué no?

Jaime concedía sin entusiasmo, esto era visible. Concedía para conformarla pues necesitaba darse tiempo para pensar y para no resultar de pronto tan insensible como podía parecerle a ella. Se sentía duro, envarado, extraño e inflexible. Advertía la presencia de Donata, el calor de sus miembros, como puestos ahí a propósito para desquiciarle la entereza que le había comunicado cierta jocundidad a partir del distanciamiento de Prato en el parque del Rawson.

Todo volvía a fojas cero, si estaba aquí esta muchacha apretada contra él, anhelante de él. Todo regresaba a la inicial indecisión, a las primeras dudas, al miedo, si Donata lograba su objeto de desviar su exaltación hacia otros canales en cuyos senos la sensualidad de esta muchacha podía trocarse en interferencia mortal.

—¿Y cómo me parece a mí que no me quiere más? —gemía Donata, cálida, apremiante, achatada contra él.

En otras épocas de la vida de Jota Eme la tentación cobraba formas extravagantes para inducirlo al mal y a la condenación eterna. Demonios invisibles, hervores subterráneos... Esta vez, esta Donata Siria, era también ella una tentación demoníaca delegada ante él para escurrirle del ánimo el magno encono que habría de conducirlo a la matemática eliminación del Entregador.

—Hay que dejarlo para luego —balbuceó.

—Para luego ¿qué?

—Esto.

—¿Esto qué? ¿Yo, Jaime?

—Ajá.

Él no quería manifestarse brutal, pero ella se negó a sentirse decepcionada. Se apretujó aún más contra el pecho y la cintura de Jaime, se empinó sobre la punta de los pies y acezó junto a la boca del muchacho en busca del beso profundo que habría de borrar todas las diferencias. Y puesto que lo anhelaba tanto, no tardó en encontrar lo que buscaba: pero los labios de Jaime parecían ateridos, crispados contra los dientes.

—¿Para luego? —Donata runruneaba—. ¿Por qué para luego?

Le recorría la nariz, el mentón con los labios ardientes. Puso una mano dentro de la manga de Jaime, se introdujo, avanzó y le apretó el antebrazo a la altura del codo deliberadamente para hacerle daño y para ver si de veras se había vuelto tan insensible.

—Entonces es cierto que no me quiere más —ella se separó un tanto, para mirarlo llena de angustia.

Lo vio petrificado en el centro de la habitación, superior, alejado. Entonces tuvo la certeza, y le subió al corazón una ola asfixiante. Su jadeo no cejó, pero ahora era provocado por la falta de respiración. Tenía los ojos maravillados y avergonzados. Se le colorearon las mandíbulas, la barbilla, y apretó los labios y comenzó a temblar con pequeñas negaciones de toda la cabeza pasmada.

—A medio día me quiso ¿por qué? —preguntó con un gemido ronco.

—¿A mediodía?

—Sí, en la casa de la Amparo esa.

—La quise ¿verdad?

—Me quiso, me quiso. Tengo la seguridad. No fue un engaño. Usted mismo dijo que me había besado como delante de un altar. Y yo ¿para qué entré en

la iglesia después sino para agradecerle a Dios que usted me hubiese besado así? Recé tanto, estaba tan contenta, tan agradecida... ¿Cómo podía pensar que unas cuantas horas después usted iba a portarse de una manera tan atroz?

Intolerable que esta muchacha tratase ahora de conmoverlo. No, no: Jaime Mayor tenía que ser, era, inconmovible.

—Donata, tiene que perdonarme —pronunció con tono inseguro.

—¿Cómo no se da cuenta de que estoy tan avergonzada?

—Es justo, es natural.

—¿Pero qué gusto puede encontrar en avergonzarme así?

—Ninguno. Se trata de otra cosa.

—¿De qué?

—De una fatalidad imperiosa.

Meridiano y perfecto que ella no entendiese lo que él necesitaba decir. Pero ahora no había tiempo para disertar acerca de temas tan subjetivos. Solamente le pedía que no hiciese preguntas dilatorias y que tratase de meterse en la cabeza la idea de que si Jaime Mayor obraba así con ella, esto se debía a razones poderosas, de carácter inalcanzable por lo menos por el momento.

Donata le dirigió una mirada ancha, llena de azorado reproche, y preguntó con la voz estrangulada:

—¿Otra vez como esta mañana, Jaime?

—¿Qué pasó esta mañana?

—¿Eso de que hoy usted tiene que morir?

—Ah, sí. Ahí tiene. Es eso nomás. Pero ahora más que nunca porque sucedieron cosas inesperadas. Mi amigo se está muriendo, eso usted ya lo sabe, Donata. Y hablé con Prato. Ni Prato ni Saverio han creído nunca en mí.

—¿Quién es Prato?

—Otro amigo del Férguson. Ninguno de los dos habló nunca en serio. Ahora, si yo cumplo en serio mi destino, es la única manera de llegar de una vez por todas a una solución.

Los dos advirtieron al mismo tiempo que la puerta había quedado entornada, y que en el vestíbulo la señora Asunta se dedicaba al habitual espionaje.

Donata encontró decisión para correr a cerrarla. Lo hizo con violencia sofrenada, con la vista hundida en el piso, con ganas de desaparecer tras esas tablas y quedar ahí debajo, quieta, como muerta desde hacía varias semanas. Desde la puerta echó una mirada hacia Jota Eme. Lo vió en el centro de la habitación, ofreciéndole las espaldas, inmóvil, no demasiado seguro de sí mismo, quizás no, pero en cambio obstinado, resuelto a usar con ella esa suerte de implacabilidad que sólo se halla en las criaturas pervertidas.

—Jaime...

—¿Sí?

No se volvió para mirarla. Tal vez temía sufrir un nuevo acoso y quedar vencido. Ella entendió que debía vencer; por lo menos que hacía falta intentar una nueva arremetida con el fin de hacerlo desistir de su obstinación y atraerlo de una vez por todas. Entonces se aproximó sin hacer ruido, le circundó la cintura, sin verdadera pasión, vigilándose y vigilándolo.

—También me gusta estar avergonzada por causa tuya ¿sabés Jaime?

Lo tuteó, le puso la barbilla en la columna vertebral, con las manos entrelazadas atrajo hacia sí el vientre del muchacho. Luego rogó:

—No te vayás, querido; no me dejés solita.

Escuchó, aguardó. Ahora, ahora venía la respuesta. Ahora Jaime le apretaría las manos, se las llevaría a la boca, se las besaría y, porque se las estaría

besando no sería capaz sino de susurrar entorpecidamente:

"Yo también te adoro, Donata..."

No dijo nada. Jota Eme seguía empedernido, como ella misma cuando se sentía debajo de las tablas del piso, muerta desde hacía varias semanas. Ella no cejó en la presión del abrazo, esperó todavía y lo aferró con más fuerza aún. Tanta que a él se le acabó el respiro, y entonces le puso las manos en las manos, claro que sí, pero no para acariciarla sino para lentamente hacerla a un lado y darle a entender de esa manera definitiva que con él no había nada que hacer porque él era Jaime Mayor, Jota Eme, el gran predestinado.

Le estaba repitiendo que era el gran predestinado, el predestinado inamovible, cuando giró sobre los pies para verla con la cabeza gacha, vencida del todo, avergonzada más que antes.

—Hay que entender las cosas, Donata —dijo con suavidad.

—No entiendo nada —susurró ella sin mirarlo.

—Hay que dejarlas para después.

—Después usted va a estar muerto.

—Así y todo: hay que dejarlas para después.

Quién sabe cómo, él se fue luego de hurgar en el armario y extraer del cajón una pistola herrumbada.

Cuando oyó que él cerraba la puerta, Donata corrió a poner la boca junto al postigo. Sintió los pasos de Jaime en el vestíbulo, oyó que le decía "Ahí le dejé los zuecos, señora..." a doña Asunta, y que doña Asunta farfullaba que ya los había encontrado antes.

—¿Qué pasa? —inquiría la mujer.

—¿Qué va a pasar? —contestaba Jota Eme, ya con la mano en el picaporte, y seguramente con un encogimiento de hombros.

Cuando Donata fue a la ventana y la abrió para ver a Jaime en la calle, no lo pudo ver porque él

—tal vez sin propósito deliberado— caminaba muy cerca de las paredes, rozando los muros, los umbrales, los zócalos de las casas.

XXXII

Llevar a cabo la acción fue para Jota Eme un anhelo nada razonado de ejecutar lo inejecutable, acordadamente con la música chapucera de la persuasión.

Al dejar esta vez para siempre la pensión familiar de doña Asunción Retagli caminó en efecto como si tratase de disimular el propio cuerpc en las primeras sombras de la noche que se acercaba estremecidamente.

Hubo momentos de la ciudad en que Jota Eme fuè solamente un vago objeto solitario apenas movedizo entre la gente que se dispersaba hacia sus casas de la periferia. Un mustio objeto pensativo de ningún pensamiento, mero mecanismo de andar y de avanzar, del cual sentimientos, sensaciones e incluso ideas habían huído despavoridos.

La esquina del Ideal-Bar era muy otra a esta altura de las sombras. La calle Corrientes contaba con nuevos habitantes. Comediantes nocturnos que no huían hacia los refugios de la orilla, sino que parecían confluir a estas aceras desde lejanos confines para saludarse unos a otros con ampulosos ademanes y a veces con gritos de destemplada cordialidad. Un señor hubo, capaz de mirar a Jaime Mayor de arriba abajo como si con su andar y avanzar Jaime Mayor hubiese ofendido a la suripanta que sujetaba con brazo dominante.

Esto hacía encoger de hombros y flotar hacia la columna del alumbrado donde horas antes se había tremebundamente monologado con Rigoletto de Verdi por testigo.

Gente nueva, aquélla; gente última.

Caminó y se fatigó en busca del sitio, y de la hora tarda en que todo llegaría a su fiel ejecución. Intentó soñar al Entregador con los ojos cerrados. No pudo: sólo se le formaron ante las pupilas los puesteros del mercado en tren de burlarse de él y de entonar loas y de flagar vivas aquel hombre con las gargantas afónicas.

—*Coronados de Gloria Vivamos* es una murguita irreverente y un plagio descarado de *Nabuco*. Qué vergüenza.

En la calle Sarmiento, por fuerza a esa hora profunda, tuvo que tropezar con las mujeres. Ojerosas, de mirada calculadora, manoseaban a los viandantes aún a metros de distancia.

—¿Vamos, ricura? ¿No venís, precioso?

Jota Eme seguía de largo, de vidriera en vidriera, dejándose iluminar u oscurecer impertérrito según las luces o la opacidad viscosa de esa calle propicia a determinadas horas de la noche a cierta clase de transacciones.

Rico y precioso, Jota Eme desdeñaba sin gestos exteriores a las últimas emisarias del antidestino. Una de ellas más urgida que las otras llegó a detenerse frente a él para impedirle el paso. Dos ojos enormes, de puro carbón, y una oleada de espesa Agua Florida hicieron lo posible para obligarlo a ceder; pero Jota Eme, en este lapso de la víspera, podía mirar con tal inexpresividad que lograba deteriorar de inmediato cualquier intento en su contra.

—Estoy tan abandonada, nene. ¿Por qué no querés ser bueno conmigo? Soy bastante cariñosa, ¿sabés? Te puedo dar una noche de órdago.

Impertérrito, Jota Eme. Como si la mujer hubiese hecho tanta propaganda de sí misma ante el aborigen de cartón piedra de aquella casa de Tés y Cafés. No hizo falta ningún esfuerzo particular, además, para desprenderse de ella, tan insistente como prudente en los gajes de su oficio generoso.

El tiempo fuè avanzando en la medida de la necesidad. Se hizo noche alta de alguna manera, y las calles empezaron a despoblarse de noctámbulos. Hubo un momento en que Jota Eme se sentó ante una puerta cerrada y se acodó en las rodillas para dejar que se hiciera más perfecto el paso de las horas. Paso sólo sensible para él, a la espera de que alguna señal llegase de haber sonado en el ámbito de los cielos el minuto espectacular aguardado desde períodos prehistóricos.

Se detuvo un taxi ante él, junto al cordón de la vereda. Una señora rutilante de sedas y enjoyada en los dedos, en los brazos, en la garganta, bajó del vehículo y discutió con el chofer. Pagó, y luego se quedó de una pieza al ver ahí a Jota Eme, vago o borracho ensartado en el umbral para impedirle el acceso a la casa.

—Piante, poligriyo —chilló la dama como una rata irritada.

Se había plantado ante él y lo amenazaba con aplicarle un carterazo. Jota Eme se incorporó sin réplica. y todavía tuvo que caminar durante un siglo lo menos hasta llegar al Morro, donde quizá fuese posible dar de nuevo con aquel amigo *La noche ya/su manto echó,* cosa de cambiar con él un par de párrafos sabrosos.

Ni esperanzas de ver al hombre espumoso, afeitadísimo; y que además ni siquiera era amigo como bien se podía recordar. Solitario el Morro, a esa hora. Se apoyó en el mostrador mientras dos tipos le daban ostensiblemente las espaldas y seguían con el tema secreto del cual participaba el mozo que debía atenderlo, pero que no lo atendía. Fuè una manera tan resuelta de no atender, la de ese mozo, que Jota Eme fingió consultar el reloj, en lo alto de la estantería simuló gran apuro repentino y huyó del Morro como si ya fuese demasiado tarde para marcharse a cumplir con su deber en alguna parte.

Luego, la calle del mercado en sombras (salvo el parpadeo de los ventanales de Robino) se le hizo un plácido tobogán que lo depositó ante la mansión del Entregador, frontera con el mercado y hombro a hombro con la casa de música detrás de cuyas cortinas metálicas debía de cabecear un sueño el inestimable Wolfrang Amadeo Mozart.

Aquí era donde el hombre señalado, el cautivante monstruo marcado con banderines al rojo, albergaba sus días y noches tumultuosos.

Todo comenzó a hacerse lúcido y más o menos real.

La calle se mostraba transparente de tal modo que incluso lo francamente irreal parecía tan posible como un entretenimiento.

Lo irreal se produjo al fin, lentamente o no, qué podía importar, y consistió en el hecho pasmoso de encontrarse Jota Eme dentro de la casa rotulada, indicada, señalada mediante un guión invisible, sin peligro previo y sin positivos obstáculos, tal como, sin todavía conciencia exacta de lo que más tarde podía suceder, tenía intuído desde hacía una eternidad.

Sorprendente, toda esta facilidad; pero a Jota Eme no le hacía mella. Desde la vereda de enfrente, en la tarde, tuvo el privilegio sobrenatural de intuir el acceso por esa puerta guardada por un lacayo

carnavalesco. Ahora el acceso tenía ocasión sin el más insignificante esfuerzo, tal como si la inteligencia extrahumana que obraba en él guiase sus pasos a lo largo del camino más expedito.

Estaba la puerta franca, se quiere decir. La totalidad de la mansión se hacía de golpe invitante y cordial como había sido cordial y efusiva, en la tarde, la nimbada sonrisa del Entregador.

La de Jota Eme era una lucidez parcial, enderezada solamente al logro del objetivo previsto. Se encontraba ya dentro del caserón, y eso era ya mucho la maravilla y el milagro. Qué sencillo todo, Dios mío. El alma de Saverio Landa, la voluntad del amigo vencido, trascendente, dejó de actuar y Jaime Mayor se halló obrando por sí mismo en un instante dado.

Ni rastros de la inteligencia o de los sentimientos: sólo la voluntad voluntariosa, capaz de obrar por sí misma con exactitud y minuciosidad de instrumento matemático.

Sentía algo de radioso en esta realidad suya, actuante, haciente, sensacional, detalladamente histórica.

De la calle del mercado, traslúcida, Jota Eme se había transferido al penumbroso hogar del Entregador. Había logrado penetrar por el boquete previsible, amigablemente, como si aquel mismo cómico lacayo, ahora benigno, le hubiese abierto de par en par los batientes acogedores. Fue un gran deslumbramiento esto de sentirse de pronto inmerso en la atmósfera poblada por los sueños del enemigo, pero enseguida comenzó a dolerle como si fuesen heridas recién abiertas la densidad de las cosas con las cuales tropezaba cada vez más seguidamente: sombras proyectadas por los elevados armarios, las ornamentaciones de grueso estuco, las verdaderas lucernas

pendientes de los techos, los candelabros ahincados en los muros lujosos.

También lastimaba la carne este avanzar minucioso en los corredores tenebrosos, hacia las proximidades del Doctor, igual que rumbo a la máxima simpatía.

—"Hola, doctor..." —cada uno de los latidos del corazón podía formar esta salutación de dos palabras.

Desconcertante, un poco: sentir que además el corazón se abre en dos y recibe el beneficioso influjo que parte del Entregador yacente en algún hueco de este domicilio invadido, y viene hacia este agresor malamente pertrechado para el combate. Esto de desplazarse con cautela hacia la eliminación de un hombre enemigo hasta la raíz de la sustancia era como si en rigor se marchase hacia él para recibir la bendición que ha de superarlo todo...

Ah, sí, desconcertante. Un alivio máximo, y a la vez una pena que comienza a mostrarse insufrible.

—"Gusto en verlo, Jota Eme".

El Entregador era capaz de sonreir desde cualquier recoveco y de recibir al agresor con los brazos abiertos, es decir con el único brazo abierto, extendido hacia él. El otro, Saverio Landa, ya aniquilado por la espada certera de otro doctor, quién sabe dónde estaba ahora o qué quedaba de él, en qué gases, en qué polvos de tierra estaría convertido.

—"Jota Eme, alegría de verlo..." —la acogida del Entregador.

Y él, Jota Eme, su propia voz formada a propósito para la respuesta, aunque quebrada por el encanto, musitó realmente a las paredes, a los muebles, a los candelabros apagados:

—Gracias, doctor.

Hasta que todo cambió otra vez y se hizo verídico hasta el asco. Le pareció advertir que alguien

se aproximaba. No, no el Entregador sino alguien de mal ver, un pardo de ese pardaje tan oprobioso. Sin embargo ni la portentosa tranquilidad del aire ni la oscuridad se habían alterado de ninguna manera. Hasta pudo ser chiste que un reloj se pusiese ahora, inoportunamente, a largar campanadas a vuelo.

Con todo estaba en lo cierto, y alguien rondaba por ahí y no casualmente, pues aquel extraño rumoreo de cosa extraviada era producido por una persona, también ella empeñada en no delatar su presencia. Y cuando Jota Eme ahincó las pupilas para hacerse cargo del fenómeno con más detenimiento, pudo observar que con las campanadas del reloj la sombra de una sombra comenzaba a oscilar detrás de una ancha columna situada a la izquierda. Jamás, jamás se pensó que los mármoles pudiesen oponer una presión hasta tal punto intensa. Todo esto —mármoles, alfombras, bronces... —opresor, tan opresor.

Se tarda más en contarlo.

Lo cierto es que en contados segundos la nueva lucidez de Jaime Mayor lo convence de que alguna inutilidad ha estallado en el aire. Si aquí hay una presencia innocua, es la suya.

—Sonamos los de levita —murmura, porque acaba de colegir que son escasas las perspectivas de llevar adelante la misión.

Se tarda más en contarlo.

Y hay que precisar: se encontraba agazapado detrás de la balaustrada, en plena escalera ablandada por la alta alfombra, oculto pero no del todo, con el oído tenso hacia la respiración de las formas dormidas y con todo el organismo volcado en dirección al aliento vivo de aquel que en principio era preciso eliminar y que ahora —"Tanto gusto, Jota Eme; Jota Eme, tanto bueno por aquí; ale-

gría de estrecharle los espárragos, Jota Eme..." —pero que ahora por una fuerte irradiación de la simpatía se hacía punto menos que ineliminable.

Sonamos, sonamos los de levita.

Había que no sonar, sin embargo. Llevó la yema de los dedos a la altura del pecho, ahí donde hacía bulto esa pistola de género ambiguo, previa a la era de las pistolas, toda ella una vieja herrumbre. En algún momento próximo estaría al alcance ese alentar del Doctor entre las plumosidades de su lecho, y Jota Eme entonces debería disparar y disparar el arma orinienta hasta desagotar la totalidad de la venganza.

—Pobrecito Doctor, pobre alma...

Contradicción extraña este matar y no matar, este huir y no huir y este sentirse a sí mismo sin verdad ninguna, suspendido y flotante, inservible al máximo. Todo tan verdadero y verificable a su alrededor, y solamente Jota Eme (toda su vida efímera) tan inconsistente e inverificable.

Algo se inquietaba en algún punto tenebroso de las columnas. Jota Eme se encontraba aquí; pero allá existía esa cosa móvil intolerable al máximo. Se irguió sin ruido y se desplazó hacia el corredor de la derecha, alfombrado este también, altamente alfombrado.

Aquello era nomás un pardo del pardaje oprobioso. Acababa de despertarse contra él y recorría semivigilante las posesiones del bello monstruo, el laberinto alfombrado inacabable.

Cosa curiosa: al llegar al corredor de la derecha y al volverse con rapidez para sorprender si alguien lo seguía, observó detrás de otra columna la misma sombra de una sombra y la misma oscilación de péndulo de la vez anterior. Falsa alarma, quizá. Las sombras se entrelazaban intraducibles, y los mármoles y las alfombras alternaban calor y hielo hasta hacer

centro en el plexo solar. Algo dudoso maduraba un plan de ataque contra él, ridículo intruso.

—"Vaya y hágale el amor a esa muchacha..." —esto sí, hubiera sido oportuno y fácil.

Un oído sutil e interno le permitía escuchar incluso lo inaudible.

—"Sonaron los de levita, amigo. Siempre suenan".

Toda esa cantidad de palabras, y la irónica bienvenida en el golpe de tos seco como de quien tiene una pepita en la garganta, allá detrás de la columna.

XXXIII

Algo se le ayescó cerca del corazón. También en el corredor de la derecha la sombra y la oscilación aquellas se repetían con regularidad, pero más lejos, como si la corporizada amenaza, al seguirlo, lo hubiese sobrepasado. Engorrosa impresión de vergüenza, entonces, al sentirse al mismo tiempo vigilante y vigilado.

Y el Entregador cada vez en menos partes, como si aquí no hubiese existido jamás ningún Entregador, y como si Jota Eme acabase de caer desde el cielo sobre esa mansión de sueño para entregarse a un inocente juego del que ya no había esperanzas de salir.

—"Siempre suenan los de levita, y esto es cosa que hay que saber desde el principio, mi amigo".

Desde el corredor bajó a la escalera y comenzó a descender peldaño a peldaño con una mano en la balaustrada y la otra metida debajo de la solapa, con el viril dedo adecuado a la tibia curva del meca-

nismo. Al mediar el descenso (los hombros endurecidos, el aliento apagado, un temblor húmedo en las aletas de la nariz) sintió redoblada la intimidación de los instantes previos. De todos modos en el corredor la tensión se hacía más llevadera. Aquí era inaguantable en cambio, y uno se moría. Un cable eléctrico se puso a zumbar en su interior con alternancias feroces. Miró hacia atrás, y otra vez velozmente hacia el pie de la escalinata. Jaime Mayor tuvo la certeza absoluta de ser también él hombre liquidado.

—"Luego —rezongaba la voz difunta de Saverio Landa— todo desaparece. En el momento de la acción uno se convierte en otro uno".

Este era el instante de la acción fallida por la que el mismo Landa debió de haber pasado. Tal vez abrió inmensamente sus temibles ojos de felino, Landa, llegado a este punto que era (Jaime ¿cómo no lo iba a comprender?) el centro de la perdición misma. Como si uno hubiese muerto ya, y sólo fuese el alma de uno lo que vaga por paisajes de la tierra dando cumplimiento a una proeza concebida en la eternidad e irrealizable en la tierra.

—"Ahora hay que salvar el pellejo, Jota Eme" —admitía Landa con voz gatuna desde el paisaje de Dios donde ahora habitaba.

Llegaba el miedo a buen trote. Le habían dicho que se limitase a hacerle el amor a Donata... El consejo fué desoído y ahora el miedo se presentaba a borbollones como una sucesión de certeros culatazos en el plexo.

Solamente percibía los ecos previos, la llegada, la anticipación del terror, pero se lo adivinaba ahí a dos pasos, inevitable y como golpe y golpe y golpe.

Segundos más, nomás, y Jaime Mayor —procedente de la calle Deseado vía Férguson— sería entregado a la muerte tantas veces prevista, intuída, adivinada, atado de pies y manos, igual que un fardo destinado a ese fin.

Oh, sí: la misma muerte aquella tan llevada y traída, tan zarandeada en los últimos tiempos.

—¿Hay alguna manera, Saverio?

—"¿De qué?"

—De salvarlo. El pellejo, como usted dice.

Se aguardaba en vano la respuesta. Hacía falta interponer lo más rápidamente posible un positivo movimiento salvador entre el riesgo amenazante de la columnata y este supremo terror en el cual se estaba a punto de zozobrar.

No lo pensó más, con un esfuerzo que no era suyo acogotó al miedo, lo hizo a un lado, apoyó ambas manos en la balaustrada y saltó. Sensación de precipitarse en el vacío a lo largo de una semana entera. Y luego un frenado estrépito, y un clamor general de toda la osamenta dentro de la carne: cayó en el piso bajo (siempre, siempre las calientes alfombras...) con un loco frenesí de dejarse estar ahí quebrantado hasta el fin que ya era este, que consistía en esto.

Pero se produjo una suerte de tumulto en la parte inferior de la escalera.

—"Me alegro de verlo bueno, Jota Eme..." —es la salutación alborozada que resuena con la caída.

—Lo mismo digo, doctor —alguien pronunció por él, dentro de él.

Surgió una sombra nueva, idéntica a la entrevista momentos antes.

Se dirigió hacia él, que yacía derrumbado junto a una consola de bronces arborescentes; y al mismo tiempo otra sombra —la fantasmagoría oscilante del piso alto, seguro— saltó con agilidad de pantera y se dejó desplomar a su lado. En seguida una tercera sombra. Y entre las tres lo aferraron.

—Los hay suicidas...— escuchó con el oído roto. todavía separado por murallas de algodón de estos seres de las tinieblas cada vez más corporizados a su alrededor.

Le tantearon el cuerpo, le hurgaron la piel y le metieron en los ojos toda la luz de una linterna. Las tres gargantas recién llegadas jadeaban sonidos sin ilación. Ni siquiera se oyó el plaf de la pistola herrumbrada de Jota Eme cuando se la arrojaron sobre un sofá vecino con todo ese gran desprecio.

—¿Finiquitado, el hombre?

—Parece.

Hubo un silencio. Luego lo agarraron por las solapas y lo sentaron contra la consola. Un pie le rozó la cadera, una mano le acarició la barbilla y le volcó la cabeza de un lado a otro.

—Ni siquiera es cara conocida.

—Ni tan siquiera.

Nuevo silencio y luego descargaron sobre él un terrible golpe que le dió en plena mandíbula. Caído y todo, derramado parte en el suelo y parte en la consola, fuè como si todo Jota Eme volviese a caer y a derramarse. Lo enderezaron. Un largo eco de carcajadas —pareció al menos— fue devuelto acrecido por los mármoles de la columnata, pero tamizado por las estopas que todavía le circundaban el entendimiento. Dios sabe cuanto tiempo podía pasar entretanto. Lo que se presentía fácilmente era el regocijo franco de esa gente vencedora.

—Qué manera de caer en el garlito —se comentaba.

Constaba brumosamente: Jota Eme había sido atraído a una trampa elemental. La calle solitaria, una trampa; la puerta abierta de par en par y tan acogedora, otra trampa para simples, para tipos como él supremamente idiotas; estaba de por medio la perdiz levantada por uno de los puesteros; o por todos ellos en bloque por Frutasiñó, quizá Jota Eme era aguardado; la bienvenida fue efectiva; en esa mansión se lo esperaba con impaciencia, y aquella sentencia "Los hay suicidas" era el indicado remate de un final sin vuelta de hoja.

—Pero qué gusto verlo subir la escalera como un chorlito.

—Dónde habrá aprendido a hacerse el malo este ejemplar de salamín, yo me pregunto.

—Cara de gil no tiene, eso es lo raro.

Terminaron con él, o por lo menos lo dejaron ido de sí mismo durante un buen rato, todo el que demoró esa selección de pardos en reírse de nuevo de él, abundantemente, porque le habían también encontrado en uno de los bolsillos esa cosa desmigajada, esa pringosidad absurda que estaba ahí olvidada.

Lo arrastraron hasta el sillón más próximo.

Jota Eme se disolvió.

—El fordward estaba orsai —oyó al recomponerse.

—El réfere empezó a bombear desde el principio.

Primeras voces inteligibles, corolario de una obstinada discusión que recogió Jota Eme al volver a existir luego del desmayo. A él posiblemente lo estaban aguardando estos pardos, y posiblemente comprobaban ahora que estaba dando señales de vida con los ojos grumosos.

—Qué manera de estar listo ¿eh, amigo? —dijeron.

En efecto se dirigían a él. Les echó una mirada circular, de averiguación. Los situó al resplandor de la mirífica araña de caireles que allá arriba vibraba imperceptiblemente. Se asombró de que seres tan imperfectos hubiesen podido dominarlo con tanta facilidad. Muy poco que ver este pardaje con los pardos diurnos, aquellos que se hacían admirar a la vera del Doctor cuando se dejaban admirar desde el portal del mercado. Uno de estos era un hombrecito miserable vestido con un overol, notable por un tic repulsivo que consistía en quitarse y ponerse una

especie de casquete de jockey, luego de rascarse una y otra vez la coronilla desprovista de pelo. Los otros dos eran todavía menos gran cosa. Estaban despatarrados en poltronas alejadas, todas de terciopelo, muy brillantes a los reflejos del cristal de roca, renuentes al abuso que hacía de ellas esta gente indigna.

—¿Quiere decir por qué miércoles se mete en camisa de once varas, usted, mocito? —preguntó uno de ellos, grenchudo, tartajoso.

—¿Le pagan para ser tan merlo? —añadió el compañero.

Jaime los miró sin encono. Se encontraban en un vestíbulo esplendoroso. Con las luces encendidas a giorno se daba uno cuenta de que la mansión del Doctor era como para soñada, a pesar de su arquitectura despistadora cuando se la consideraba desde la calle. Mil y una noches, se pensaba enseguida. Un techo artesonado, muy alto, paredes cubiertas de pinturas, traídas del museo: mujeres desnudas, algunas, y otras tan a medio vestir que estaban desnudas del todo. Un temblor rosado de tules en los rincones escondidos. Y oro y piedras de precio como arrojadas a la marchanta. Todo tibio y trivial, muy acogedor.

—¿No me cuenta quién lo mete en estos bailes? —insistió aquel sujeto, que era una especie de mastín violento; y habló enseguida como si se despejase: —No me mirés así, amorcito... El que te dejó fuera de combate no fui yo, fue éste.

Señaló al superhombre que no se enteraba de nada, persistente en la tarea de mondarse el cráneo con y sin su gorrito multicolor; individuo enteco pero capaz de tener llegado el caso un artero cross de derecha.

—Lo que no se entiende es esto... —murmuró perplejo el otro que ahí estaba apoltronado.

Sopesaba en la palma de la mano un buñuelo machucado semienvuelto en papel de diario contaminado de grasa.

—¿Está alimentado a esto, usted?

—Se da la buena vida ¿no?

—Es un vicio.

Hablaron todos a la vez, incluso el tercero, apoltronado, que equivalía a un término medio entre el primero y el segundo, ni coloso ni alfeñique, pero cuyos ojos podían ser al mismo tiempo vivaces, atentos y de una crueldad en busca de ocasión propicia. Esta vez la ocasión había sido encontrada. Hizo ademán de arrojarle a la cara la fritura de Donata Siria. Jota Eme se sentó en el sofá con rapidez, pero el individuo maligno retardó el movimiento y sólo ahora jugó con la víctima a la distancia y le envió el paquete a la nariz. Los otros dos rieron sin demasiada brutalidad.

—¿Salimos, pibe? —preguntó el de los ojos crueles.

—¿O preferís descansar un poco ahí sentadito? —añadió el mastín.

La víctima, mientras se limpiaba el aceite de la cara con el dorso de la mano, sintió que cuando se pusiera de pie estaría más ridículo y lastimoso todavía. Trató de toser y de enderezarse.

—Cuando quieran —repuso con un asomo muy resquebrajado de la antigua impertinente jactancia.

—¿Te parece, ché?

—No, mejor que descansés un minuto.

—Te van a hacer falta piernas para andar un poco.

Jota Eme se puso de pie. Vaciló, tuvo que buscar apoyo para sostenerse. Tardó en encontrarlo en un brazal del sofá. Preguntó, con un suspiro.

—¿Andar para qué?

—Hay que filar, ahora. Pero no te aflijás. No te vas a dar cuenta de nada.

—¿De qué tengo que darme cuenta?

—De nada ¿no oís?

—No entiendo.

—¿Sos o te hacés, pipiolo?

Le hablaban cariñosamente. Comenzaron a desplazarse; abandonaron los soberbios sillones forrados con terciopelo granate con actitudes de desperezo. El pardo que equivalía a un término medio de los otros dos quedó fijo en su sitio, pero sentado de otra manera, con una pantorrilla debajo del muslo de la otra pierna.

—¿De qué tengo que darme cuenta? —insistió Jota Eme.

—Vam, vamos —oyó con sonido de sílabas secas como de maíz puesto al fuego; voz también de esqueleto, de gatillo apestillado.

—¿De qué tengo que darme cuenta? —gritó.

—No, lo que es vos no te hacés: sos. ¿Dónde te metemos si te la damos chanta aquí mismo, querés decirme?

Hubo que caminar, que marchar delante para recorrer a la inversa el itinerario seguido al llegar, desde la entrada de la casa hasta el punto del salto al vacío desde la balaustrada al piso bajo. Las columnas refulgían límpidas y sonoras, las alfombras de Esmirna se alimentaban de pasos, grandes ramos de flores azucaraban el ambiente.

—¿Y el Doctor? —preguntó Jaime inesperadamente.

—Duerme como un bendito —el mastín parecía más divertido que los otros dos—. Ni se entera de lo que pasa. Tiene tantas cosas en que pensar.

—Menos charla —ordenó el pardo que usaba gorra de jockey y que parecía, ahora, tener cierta autoridad.

—Bueno, vamos —carraspeó el de los ojos crueles.

Llegaron a la puerta, escalera abajo.

XXXIV

La calle aparecía otra vez solitaria y más entenebrecida que nunca. Ahí enfrente, el mercado elevó su tétrica masa y exhaló fuerte olor a desinfectante. En lo de Robino cantaban la Violeta a puertas cerradas. Cuadras más en dirección al río, la ciudad titilaba como un organismo viviente. El borrico de la vecindad decía que sí, que sí, que sí, y en el piso alto, detrás de alguna de las tres ventanas cuyos vidrios estaban empobrecidos por papel estrellado semitransparente, quizá el Doctor sonreía una última despedida a Jota Eme:

—"Chau, Jota Eme, chau..." —se despedía de la víctima.

Y Jota Eme, con la misma entonación de un lejanísimo Silvio Gosende, murmuraba en respuesta:

—"Sumo placer... Lo mismo digo... Como usted disponga..."

Comenzaron a recorrer la misma ruta que en la madrugada anterior Saverio Landa había dejado tinta en sangre, Jaime Mayor delante y el mastín secundado por el hombre cruel detrás. Quién sabe qué se había hecho del tercer atacante. Quizá había endosado su uniforme de lacayo antes de cerrar la puerta del Doctor con triple vuelta de llave.

—Cuidadito con lo que se hace ahora —previno el mastín.

Ni un alma en las calles, ni una sola estrella en el cielo. Todo estaba encapotado y ausente, aún la atmósfera que los tres debían desgarrar para abrirse paso era como una tela de finísimo rocío. A no ser

por algunas fosforescencias distantes, columbradas como a través de un vaso de agua, esto no era el Buenos Aires obra de generaciones sino una aglomeración de edificios fingidos durante la noche por un mago oriental cómplice del Entregador.

Las peripecias empezaban a suceder dentro de un recuadro que ya no era Buenos Aires. Que tampoco era Cristianía de knutjansum.

Quizá también esta vez el sereno del mercado permanecía oculto en su minarete, dedicado a fisgar el apresamiento de Jota Eme luego del fallido intento de terminar con el Entregador, el amable, riente, nimbado Entregador de quien el sereno y los puesteros del mercado eran de algún modo cómplices involuntarios ni siquiera a sueldo.

—"Yo estaba arriba y vi como le hacían marcar el paso..." —contaría mañana con pelos y señales al dueño de una casa de música.

—"Ah, tigre" —clamarían los puesteros y Frutasiñó, al saber que otra vez, inexorablemente, el Doctor seguía vivito y coleando.

Jaime tuvo ganas de topar de manos a boca con Rigoletto de Verdi en alguna zona del trayecto, y comprobarle en la rejilla de la frente que él también era cómplice pasivo del Entregador. Y el buen rifero de Libertad y Corrientes, y la señora en busca de cambio y Parpadakis, el cigarrero, y el mozo Lopecito del Ideal-Bar... ¿Todos compinches entonces? Todos conjurados para hacer al Entregador ineliminable.

—¿Y dice que el Doctor estaba durmiendo? —preguntó sin volverse.

—Y cómo le va.

—Duerme sin pesadillas, a lo mejor, sin remordimientos.

—Natural, sin nada.

—Es un gran Doctor, entonces.

—La pregunta: es el Doctor de todos los Doctores.

Los pasos de los tres hombres rimaban entre sí; a un sonido respondía otro sonido como un entretenimiento de los ecos. Hubo algo de burlesco en la caminata a lo largo de muchas calles nocturnas del centro de Buenos Aires, laterales y despobladas.

Ésto hubo de burlesco: el entretejido resonar de las pisadas sonoras en las aceras desiertas, largas, enrevesadas como el derrotero de un demente.

—¿Es cierto eso, señor?

—¿Qué?

—Como usted dijo: que me la van a dar chanta o cosa así.

—Y no.

—¿Me van a matar, quiere decir?

—Ajá.

—¿Dónde, señor? Tengo que saber.

—Menos pregunta Dios, amigazo.

—Me gustaría saber en qué lugar.

—Por áhi, por áhi, donde cantaba Garay. ¿No te dije que no te vas a dar cuenta de nada, paparulo?

Los pasos rimaban, los tres trancos eran por momentos un solo tranco al unísono. También hace falta decir que a Jota Eme lo favorecieron la oscuridad y aquel encapotamiento de la noche como fabricada por un mago ahora desfavorable para el Entregador y sus guardaespaldas, pero favorabilísima para el incauto agresor.

Del mismo modo lo benefició, y muy a fondo, ese recreo tonto de los pasos que entre sí rimaban y desviaban la imaginación hacia estúpidas contradanzas; y además su conocimiento al dedillo del sector de calles donde se encontraban· sabidas por Jota Eme hasta el hartazgo de tantas caminatas ciudadanas.

Se da a entender que Jota Eme consiguio zafarse.

Ello ocurrió en la primera oportunidad y sin larga elaboración ni meditación previa. Al llegar a la altura del negocio donde horas antes Donata había comprado los zuecos para la señora Asunta marcó un paso hacia atrás, impensado, con sólo el objeto de quebrar la armonía musical o la monotonía de los ritmos. Fue aquel un instante de puro milagro. La imaginación rudimentaria de los pardos quedó desconcertada, y Jota Eme no tuvo otra necesidad —más vivaz que ellos— sino la de echar a correr en la dirección menos inverosímil.

—Hijo de una gran... Párese ahí ¿quiere?

Para los dos pardos la dirección emprendida por el fugitivo fue cualquiera; para Jaime Mayor se trató de un rumbo rápidamente intuído, puesto que el primer desplazamiento de la fuga —unos cincuenta metros— lo ubicó ante una ventana baja puesta ahí a propósito para ser escalada por un pobrecito amenazado de muerte.

—No salís con vida, perro —oyó rechinar, ya despistado tal vez, a uno de los pardos.

—Se metió ahí —señaló el otro, rugiente, husmeando la noche.

Llegaron al rato. Escalaron también ellos la ventana, y penetraron en una habitación desconocida y con toda probabilidad desierta. Allí la oscuridad era completa. Se olía forraje almacenado.

—Pará, cretino.

—Entregate o te quemo como a una sabandija.

Jaime no oyó nada. Estaba en algo así como en un patio interior, deshabitado, agazapado e intuyendo la otra ventana que estaba ahí y que, en caso de haber sido dejada franca como la anterior, aún jugándose la vida, habría de constituir su salvación.

—¿No me oís, bellaco?

—Entregate o reventás aquí mismo como un sapo.

Los bellacos eran ellos, y andaban a los encontronazos en la obscuridad de la primera habitación.

Jaime halló la segunda abertura. El cielo se rasgó en ese momento justo para ayudarlo a deslizarse. Luego se volvió a cerrar el cielo. De un salto Jota Eme fuè a parar otra vez a la calle.

—Mire por donde va, loco —dijeron; pero no los pardos, sino una pareja de marido y mujer que paseaban del brazo.

Emprendió una carrera desenfrenada. No supo qué otra cosa había en el mundo además de esa huída. Ni siquiera de la ciudad noctámbula que se enfurruñaba a su paso tenía la más ligera noción. Durante buen trecho no se sabía nada de los perseguidores. Se podía saber en cambio de la persecución. Sentía la persecución a sus espaldas como emanación tangible, como si aquellos hombres mayores que él en crueldad y decisión, pero evidentemente menores no sólo en apellido sino también en astucia, le enviasen constantes oleadas de alarma.

—"Hay que ser loco..." —la voz de aquella esposa le rezumaba en las orejas.

No importaba, tenía idea de que a partir de ahora los acontecimientos empezarían a obedecerle. Lo imprescindible era sumirse en las sombras con un musculoso esfuerzo cumplido para incorporarse a las negruras de esa noche que seguía siendo mágica.

Bajo el cielo, anubarrado para él, Jota Eme se hacía inencontrable.

Por fin se detuvo para retomar aliento junto a las vigas descargadas en la tarde ante una casa en construcción. *R. Damián Callegaris, Arq.* —rezaba un enorme cartelón. La cal que allí usaban era hidráulica y de Córdoba.

Jadeó como un corredor de fondo una vez terminada la carrera. El espíritu alerta se le manifestaba en los ojitos veloces y cautelosos. Le habían anunciado que moriría como una sabandija... Y bien, todavía no había conseguido nadie matarlo como a una sabandija. El peligro le comunicó otra vitalidad,

el cuerpo se le acomodó a esa nueva fuerza en un intento casi inconsciente de sacarle partido, y por esa razón jadeaba con la cantidad de esfuerzo precisa para templar la sangre. Nada más que con el esfuerzo imprescindible porque, si no, aún era fácil morir como sabandija al pie de esta empalizada.

—"Hay que ser loco..."

Posible. Más que loco, tal vez. Pero semejante más que locura por el momento lo dejaba con una palpitación con vida, y no resultaba una ganga así nomás sentir toda esa cantidad de porvenir dentro de las venas.

—Ah, tigre... —se encontró murmurando vanidosamente de sí mismo, todavía sin saber por qué motivo ni a raíz de qué o de quién.

Tal vez un motivo de esta clase: locura, sí, pero también agallas para zafarse de un peligro como él había sido capaz de zafarse.

—Hay que tener agallas —silabeó para su coleto, jadeando aún un poco, pero con autoridad.

Regresaba al galope la antigua jactancia, la presuntuosidad inextirpable. Mentalmente adoptó actitudes de indio pampa para escuchar los ruidos de la manzana.

Normales, los ruidos: un cuzco aquí, olisqueando la base de los paredones; un carro pausado a lo lejos; dos paseantes trenzados en amistosa polémica de cantina, ahí nomás, a treinta pasos. Ningún otro rumor llegaba a su alertar de pampa. Lo demás era todo exasperado silencio.

—Ah, tigre...

Se deslizó hacia las vigas y se sentó en una de las salientes. Madera aún rugosa, sin desbastar, pino baratieri, el mismo de que estaban fabricados los suecos de doña Asunción Retagli, amiga y hasta confidente de una tal Donata Siria de buen ver, muy amorosa, que está metidísima conmigo. Y yo les voy a dar a esos pardos. No ha nacido el guapo.

No pregunto cuántos son. Ah, tigre de la Malasia. Y que tal, y que tal.

Tuvo ganas de fumar, cosa que nunca. Cuando comenzó a hurgar en procura de algún pucho olvidado, encontró restos de frituras deshechas en uno de los bolsillos. Los aunó con la punta de los dedos y se los llevó a la boca. Masticó menudamente hasta cansar las mandíbulas y sin acordarse otra vez de Donata.

—"El pellejo se salva así, Saverio" —meditaba, aconsejaba...

Pasó la lengua por los dientes y dejó caer las manos exhaustas sobre las rodillas. En eso estuvo hasta que se quedó dormido, sentado en las vigas y de espaldas contra la empalizada.

Soñó que estaba en el Férguson, que no advertía que estaba abierta la tapadera del sótano, y que entonces caía y volvía a caer y volvía a caer, siempre lo mismo, y que el pellejo se salva así, Saverio —gritaba sin darse tregua en aquello de caerse y caerse y caerse, siempre lo mismo, al sótano del Férguson, lugar como cualquier otro para iniciar un fracaso.

Cuando despertó creyó haber dormido un par de meses porque aparentemente se sentía descansado. La calle seguía oscurísima sin embargo. Se incorporó y encontró por fin, ablandado pero todavía fumable, un 43 de treinta en el bolsillo del pantalón. Lo encendió amparando con la mano y contra una pared sin revocar la llama vacilante del último fósforo.

"Todo ha de ser último esta noche, Saverio" —pensó confusamente; o siguió soñando.

Le volvió al oído aquel mismo rodar de carro pausado de momentos antes. No había dormido gran cosa, entonces. Una ráfaga suave le retrajo el chirrido de las llantas de hierro en la piedra de la calle lejana y, casi sobre esas llantas, un nuevo trozo de la con-

versación cansina de aquellos paseantes que volvían a sus cuevas luego de haber pasado la noche copa va y copa viene.

E la Violetta la va la va,
la va sul campo
piena di fiori...

Quién sabe dónde había escuchado esta canción de borrachos. En una esquina, detrás de unas puertas. Quién sabe cuándo.

Ah, qué descansado era sentirse a salvo al amparo de esta casa en construcción. La noche era hermosa... Bueno, después de todo, también había sido espléndido el atardecer. Todo hermoso, vívido y radiante. Saverio Landa ha resistido, su sangre ha circulado por las venas con obstinación, y no ha muerto nada en aquella cama del Rawson. Basilio Prato consulta la hora en su Roskoff y otra vez escucha la música de Jota Eme en las gratas horas del Férguson, con el pulgar metido en la sisa de su chaleco color de pan quemado.

Y ¿por qué no el Entregador muerto en su cama, de muerte natural, de inevitable muerte justiciera?

E la Violetta la va la va,
la va sul campo...

Sin duda esta era noche ordenada por un mago favorable. Y porque lo era sin duda, Jota Eme no tuvo por qué no dejar la casa en construcción y bajar a la calle para fumar en santa paz, y mezclarse a la vez con la noche y con el humo de su cigarrillo viejo.

La va sul campo
piena di fiori...

Sonó un disparo. Ah, tigre... La bala le había sido dirigida desde algún lado de la vereda de enfrente, y le rozó un hombro.

—Qué vaina ¿no?

Otro disparo, y otro más. Conmigo es la cosa. Hay que rajar, Saverio. Con el culo a dos manos hay que picar ahora. El miedo no es sonso, dicen.

Jota Eme echó a correr. Pero iba herido. Dentro del zapato el talón chapoteaba.

Unas voces por ahí:

—No va a correr casi nada porque está listo.

Un seguimiento a sus espaldas, ni veloz ni lento. Esta porquería de pie que duele dentro del zapato. Pobre Donata Siria, cuyas cortinas de cretona se han manchado de rojo sin saberse por qué. Triste, comprobar que Saverio Landa está muerto, bien muerto en una cama del Rawson y envuelto en vendajes blancos como la momia de Ramsés quién sabe cuánto. Y que Basilio Prato, Roskoff en mano, le pregunta a Musante 24 si no será posible averiguar algo acerca de un tal Jota Eme que anda por ahí a medio liquidar.

Pucha digo, y el Doctor rozagante en su cama de plumas, nimbado y entregado al sueño porque, no hay vueltas que darle, no se puede contra su ley de entregador nacido en cuna de oro.

XXXV

Ocurría esto: Jota Eme dejaba de escuchar la carrera a sus espaldas y volvía a atronarle los oídos segundos después. Como si el destino encarnado en los pardos jugase con su angustia de hombre perdido sin remedio.

—"Fin lamentable —así y todo pensaba— para un hombre puesto en el mundo para otro porvenir".

Corrió, acezó, chapoteó por calles desconocidas. Hasta que las conoció, ya que esta por de pronto estaba en las inmediaciones de La Piedad. Sí, señor, aquí estaba la calle Bartolomé Mitre y la iglesia de La Piedad. Y allá enfrente la santería de esta tarde, ahora con los altos postigones cerrados.

Se encontró en el pasaje, justo cuando los rumores del seguimiento parecían haberse disuelto a sus espaldas. Pero no, qué se van a disolver, si ahí están esos perros perdigueros bajando y subiendo los peldaños penumbrosos de la iglesia, rastreando las sombras con la nariz ensanchada, enojados, decepcionados porque una pieza tan excelente se les había escapado de entre los pies.

¿Escapado, señor? ¿Pero, cómo? Apenas mediante un preciso cambio de registro. Señor: son cosas que no se aprenden. Hace uno sabiéndolas. Hay que ser quien es uno para escapar limpiamente así.

Jota Eme los dejó abandonados a su ansiedad, se internó en el pasaje y se paró a aliviar el cansancio ante el soportal conocido, transpuesto hoy al filo del mediodía en compañía de Donata Siria. Juzgó que había corrido tanto. Se asombró ante lo larga que debió de ser la persecución para haber llegado hasta aquí.

—Me van a agarrar si son brujos —se dijo luego de respirar con verdadera calma.

Franqueada la puerta principal de esa casa del pasaje se tenía acceso como se sabe al oscuro corredor escoltado por los vanos laterales y ahora iluminado a largos trechos por minúsculos focos de luz desganada. Por aquí estaba Amparo Landa: debía de estar. Esta era la casa, la puerta era esta, y Amparo, ya de regreso, lo acogería ahora indudablemente.

Empujó la puerta, pero encontró que no cedía y que se repetía la dificultad de hoy temprano. En este caso la situación era más desesperada, sin embargo; por eso recogió las fuerzas que le quedaban y le aplicó a la puerta un vigoroso golpe con el hombro sano. Un batifondo de mil demonios, como consecuencia. Lo que ahora faltaba era que se apareciesen a las puertas todas las mujeres con sus delantales y que se pusiesen a preguntarle quién era y qué hacía antes de retirar los tachos de la basura.

Hacía nada ¿no se estaba viendo? Escuchó temeroso. No: por suerte no pasaba nada anormal. Otro recio envión con el hombro ileso, y esta vuelta el batiente se desgonzó un poco y terminó por ceder, y Jota Eme —ah, tigre...— tuvo el camino expedito. Luego colocó en su lugar la tranca carcomida, desplazada más de lo debido ante la potencia de su empuje. Todo quedó más o menos. Pobre Amparo. Algún día, la semana que viene, habría que volver por aquí y arreglar el desperfecto con un poco de maña carpintera.

Caminó unos pasos, arrastrando la pierna jorobada. Junto a una maceta del patiecito se quitó el zapato y supo así que lo del pie no era tan preocupante como se pudo temer en un primer momento. Lo del hombro tampoco sería cosa del otro jueves.

—Amigazo, pa sufrir han nacido los varones —canturreó interiormente.

Prestó atención a la calle, a través de la puerta, a lo largo del corredor. No era natural; inusitado, todo ese silencio; cierta espectacularidad en ese no suceder nada ni escucharse nada en tanta oscuridad a la redonda.

No me venga con cuentos señor mío: allá debe seguir, expectante, la persecución.

No recordaba si la casa de Amparo tenía o no alguna vía de salida, a no ser esta puerta acabada de atrancar. Aquella vez que estuvo aquí por encargo

de Landa... ¿tuvo la precaución de comprobar acaso si existía por lo menos una escalera al techo, mediante la cual fuese posible deslizarse a otros techos y luego a la calle, por ejemplo? Qué iba a comprobar, aquella vez; pero si el hombre pone el pie en aquello que ha de salvarle alguna vez la vida... y pasa de largo.

Cierto que en aquella ocasión no se estaba para nada con Amparo sino para auscultar su soberana tristeza, y para celebrar de pasada la alegría ficticia de esa hijita suya recién llegada del colegio. Mujer pálida, Amparo. Sufrida mujer, llena de antiguos reconcomios.

Pero sí, hombre: había otra vía de salida. Amparo tenía nomás una ventana que daba al pasaje a través de la cual era muy factible hacerse humo de alguna manera. Pero si con Donata la habían estado viendo hoy a mediodía, con todo aquel sol.

Adelante, pues. La mujer de Landa estaba en casa, cómo no iba a estar. La adivinó en la cama cuando entró a esa habitación que también hacía de dormitorio. A su lado, abrazada a ella, la hija.

—Amparo.

Estaban dormidas. Veía las formas de la chiquita y de la mujer, entrelazadas como un solo cuerpo dormido. Jota Eme tanteó detrás de la puerta en busca de la llave de la luz. Quién la encuentra: llevaba el zapato ensangrentado en una mano y con la otra hacía tacto en la pared. Quién encuentra una llave. Ensuciaba la pared quizá, con sangre.

—Por favor, Amparo, despiértese.

Se acercó a la cama y puso una mano en el hombro de la mujer, no muy gruesamente para no despertar a la hijita.

—No se asuste, soy yo.

Volvió a tocar el hombro de la mujer de Landa, esta vez con fuerza bastante para que Amparo se volcase de espaldas, casi. Era un raro equilibrio ese en el que se mantenía. En otras circunstancias Jota

Eme pudo haberse asombrado. Ahora, echando sangre por dos buracos y con un caminante en la mano no había tiempo para meditar en tan raro equilibrio y juzgar que Amparo, bajo ningún concepto, pudo volcarse de espaldas en la cama tan rígidamente, casi.

—Soy yo, Amparo, soy Jaime Mayor, aquel amigo de Landa que estuvo con usted aquella vez.

Le pareció que la mujer se movía y se incorporaba un tanto (un poco asustada, cómo no...) para prestarle atención.

—Unos mastines me están persiguiendo, Amparo. Le aseguro que va en serio. Tiene que escucharme. Vamos, despiértese.

Evidentemente, la pobre lo escuchaba con los ojos muy abiertos y demasiado brillantes.

—No me gustaría comprometerla por nada del mundo ¿no es así? Debido a la nena, claro. No me acordé. Si llego a acordarme de la nena le aseguro que no me ve el pelo por aquí. Pero no me acordé, señora, no me acordé. En realidad no tuve tiempo de nada, pero ahora estoy aquí estorbando y ya no hay caso de volverse atrás.

La voz se le entrecortaba porque, por debajo, no conseguía dejar de pensar:

—"Es tarde para muchas cosas, desde hace rato. ¿Qué estarán tramando aquellos perros en el atrio de La Piedad? Con seguridad ya saben que estoy aquí, y son tan pacienzudos que son capaces de esperarme hasta que salga el cura y los eche a patadas. A lo mejor Amparo aquí me protege hasta que salga el cura".

Hizo un esfuerzo para dejar de pensar por debajo, y otro tendiente a no reparar en el ardor del hombro o en el dolor del pie.

—Tenga la seguridad —prosiguió ante el oído atento de la mujer de Landa— de que no cuento el cuento, señora. Y por eso quise ver una cara amiga... antes de. "Antes de", palabra de doña Malvina y de la Jacobita. También se trata de querer escapar, claro

pues. Pero más que nada de ver una cara amiga antes de. Landa y yo no éramos muy compañeros que digamos, pero nos apreciábamos algo, y si a él le pasó lo que le pasó y a mí me pasa lo que me pasa, se debe a que los dos somos de la misma pasta inmortal. Gente de agallas, en el Férguson. Quienes más, quienes menos, pero todos un poco. Bastante. Además hay una muchacha. Sí, Amparo, sí. Se llama Donata Siria y vive en la pensión familiar de doña Asunción Retagli en la calle Tucumán al doscientos. Necesito que usted haga algo, entonces. Poca cosa. Sólo que vaya a verla un día de estos para decirle que yo, a último momento, me le presenté a usted aquí para hablarle de ella. Recuerde, se llama Donata. También le pediría que después, si pueden, vayan las dos juntas a visitar a doña Malvina para consolarla de muchas cosas. Y a ver si se la puede librar de una vez por todas de Jacobita De Matteis, que es una mala pécora como hay tantas, pero que resulta más mala pécora que las demás. No pido más que eso, Amparo. Es cosa que usted y Donata pueden hacer mañana o pasado. Ir a la calle Deseado, ver a doña Malvina y darle de a poco la noticia. De paso le puede preguntar, hágame el favor, por qué también el hijo de Jacobita tan joven como es anda en malos pasos. Como quién más ¿comprende? Es una curiosidad que tengo a veces. Fíjese bien: como quién más.

Nada, esta mujer no se movía. Se quedaba ahí, mirando espiritada, ida de sí, los ojos descerrajados.

—¿Dónde está la llave de la luz?

Para qué iba a molestarse Amparo en contestar. Daba rabia tanto silencio inoportuno.

—¿No me oye, señora? Pregunto dónde está la llave de la luz. ¿Qué le pasa? ¿Todavía duerme? Ayer tarde (sí, ya puede hablarse de ayer) estuve aquí con Donata. Usted, según me dijo una mujer gorda, no estaba en casa.

Cojeó otra vez hasta la pared. Tanteó y, ahora sí, encontró el conmutador en un ángulo menos rugoso por el constante uso. Lo hizo girar. Amparo estaba de espaldas en la cama, efectivamente, y tenía los ojos desencajados y vidriosos; la cara muy firme y más pálida que de costumbre; el gesto entero, orgulloso; la nariz afilada. La chiquita, a su lado, prendida a ella, tenía también las facciones hundidas y marmoladas. Pero los ojitos de la nenita estaban cerrados.

—Amparo, oh, Amparo.

La aferró por los hombros y comenzó a sacudirla. La mujer no respondía a los impulsos violentos, rígido el cuerpo de tanta rigidez que Jota Eme sintió un vuelco en el estómago y la dejó caer otra vez sobre la almohada. Mientras recogía el zapato caído entre tanto, se dió cuenta de que Amparo, mujer de Landa, seguía mirándolo desde sus pupilas de nítido cristal.

Jaime Mayor se dejó desplomar en la silla que estaba al lado de la cabecera de la cama y pensó que no debía de saberle a nuevo lo ocurrido con esta pobre señora.

—"El mejor día termino con todo" —había sido la amenaza, aquella vez, cuando la visitó por encargo de Landa.

Ahora tenía el mismo talante orgulloso de aquella vez, al anunciar el propósito. Amparo estaba ahí, blanca y vidriosa, y en la mesa de luz había un vaso opacado, blancuzco. La chiquita tenía los ojitos cerrados. "Algún día, el mejor día" había llegado. "Terminar con todo" significaba esto.

Hay días finales, Jota Eme.

XXXVI

Jota Eme se levantó y cerró los ojos de Amparo. En seguida cubrió la cara de madre e hija con el rebozo de la sábana. La mujer y la chiquita fueron solamente dos bultos blancos, ni siquiera alargados, acariciados por la luz desgraciada de la lámpara eléctrica que pendía del techo.

—Chau —les dijo a ambas.

Apagó la luz y salió al patiecito. Desatrancó la puerta y se halló en el corredor. Ya no fastidiaba el pie. Se sentó en el umbral para calzarse el zapato, si es que se podía, antes de salir a la calle. Lo consiguió. Era sólo viscosidad de sangre lo que allí se resistía. Si algo dolía era eso. No era cosa de darle tanta importancia.

Cuando llegó al soportal de la casa del pasaje, pensó que la muerte muy probablemente estaba ahí detrás también para él. Y bueno, ya que estaba... No era para darle tanta importancia.

Abrió la puerta a la noche silenciosa y vacía, al pasaje silencioso y vacío. Miró hacia ambos lados y no observó ningún movimiento especial. Solamente la noche y su negrura a un lado y otro. Hacía falta aguzar mucho el oído para escuchar otro carro tan pausado, tan monótono.

Avanzó hacia Bartolomé Mitre. Ahí delante estaba La Piedad, linda en la noche, ajustada a los buenos pensamientos. Donata Siria había saltado esos escalones del atrio y había rezado también para él. Gracias, Donata.

Más apoyándose en un pie que en el otro comenzó a remontar hacia el río por si de algún modo era todavía posible dirigirse al Férguson y, una vez

allá, contarle al patrón toda la aventura. Esta era una noche de magia, y había por supuesto excelentes cosas que contar.

Contar la Aventura, sin más. Lo de sentirse perseguido por los perros perdigueros y triunfar finalmente de la persecución. Contar lo de Amparo Landa y lo de la chiquita de Amparo Landa. Lo de la Piedad, tan linda de ver en la noche por fin apaciguada.

—"Calcule, patrón, que no pensé contar el cuento..." —empezaría.

—"Capaz que no tuvo miedo" —se asombraría el patrón, o quizá el mismo Basilio Prato, de vuelta de la resurrección de Landa, allá en el Rawson.

—"¿Miedo? Pues, sí. Ni poco ni mucho. Cantidad suficiente".

Pero los más serían pensamientos alegres: la muchacha Donata, el amigo Saverio bien repuesto de una enfermedad sonsa. Amparo que lo aguardaba con la hijita para el pan dulce y la sidra de la reconciliación final con Saverio.

El Doctor muerto, muerto, muerto. Acribillado, irrecomponible.

Y una gran alegría de sol en las calles de Cristianía.

Sonó un tiro de esos. Otra vez un disparo de esos para rozarle la vida. Pobre Jota Eme, que necesitaba tanto, que quería tanto regresar al Férguson para contar la historia.

Otro disparo más, y esta vuelta certero. Entró por la espalda. Llegó hasta ahí, hasta ese lugar. Dulce quemazón en las entrañas.

Una alegría de sol en las calles de Donata Siria.

—Jaime —pronunció alguien con su dulce voz.

—En realidad —explicó Jota Eme a ese señor amigo suyo de la infancia—, en realidad durante

toda mi vida no hice más que venir hacia aquí. ¿Me entiende? De la calle Deseado hasta aquí hay un buen trecho. Pero lo recorrí, compañero, No se me queje. A usted yo lo busqué varias veces, pero usted ni mus. No está bien eso de darle la espalda a un pobre, ni eso de tener exigencias complicadas para no dársela. Cuando alguien lo llama, usted viene y nada más. Eso sería lo justo.

El gesto del amigo parecía acogedor. Prosiguió Jota Eme:

—Al fin, después de tanto machacar lo encuentro. Pero ¿no es tarde? ¿Seguro seguro que no es un poco tarde? Mire que tengo hechos mis buenos macanazos... Además ¿está seguro de lo que hace conmigo? Fíjese que soy de esos que se equivocan en números, señor. Humildemente le digo que siempre me he equivocado en números. Me sentía engreído por cosas que no valían la pena. Muy engreído. Desde hace meses me vengo acicalando para llegar a esto. Pero hay que concederme esta grandeza: soy uno de los que más se ha equivocado en números desde que el mundo es mundo.

Ese que estaba ahí parecía un tipo macanudo. Chivudo, con el traje raído y sin sombrero. Parecía sumamente divertido ante el alegre moribundo que se iba en sangre, que estaba ahí de pie, y que sin embargo se moría. Cuando se tambaleó para cruzar hasta la Piedad, ("epa, amigo..."), le tendió un brazo para sostenerlo.

Vacilando Jota Eme llegó hasta el atrio de la iglesia del brazo de ese tipo formidable. Cuando cayó en la escalinata —sonaron antes dos o tres disparos más —se juntaron dos perseguidores para verlo desangrarse.

Pero ya Jota Eme se marchaba con la cabeza recostada en el hombro de ese sujeto extraordinario.

—Ah, tigre... —le decía al oído ese gran sujeto, un poco en broma.

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES,
EN LOS TALLERES GRAFICOS DE
GUILLERMO KRAFT LTDA.,
SOC. ANÓN. DE IMPRESIONES GENERALES,
RECONQUISTA 319,
EL DÍA VEINTISIETE DE OCTUBRE DE 1959.

COLECCION
AMERICA EN LA NOVELA

ROSAURA A LAS DIEZ, por *Marco Denevi*. (Premio Kraft 1955).

NIÑO PEDRO, por *Pilar de Lusarreta*. (Mención Concurso Kraft 1955).

LA DEUDA, por *Alejandro Ruiz Guiñazú*. (Mención Concurso Kraft 1955).

MI PROPIA HORCA, por *Juan Manuel Villarreal*. (Mención Concurso Kraft 1955 y Premio Provincial de Literatura —Ley 5769— año 1956).

MARIA DONADEI, por *Arturo Cerretani*. (Mención Concurso Kraft 1955).

UN DIOS COTIDIANO, por *David Viñas*. (Premio Kraft 1957).

VILLA MISERIA TAMBIEN ES AMERICA, por *Bernardo Verbitsky*. (Mención Concurso Kraft 1957 y Premio Municipalidad de Buenos Aires 1958).

COMPARTIDA, por *Federico Peltzer*. (Premio Kraft 1959.).


G K

